

DONDE LA PATRIA NO ALCANZA

Polo Godoy Rojo

(Año 1972)

A Dora y a mis hijos, que compartieron mis penurias de maestro rural.

A la memoria de Don Francisco de Erauskin, maestro de verdad.

A los pequeños campesinos que fueron mis alumnos, pareciéndome que todavía me miran con sus ojitos ávidos de ternura desde los bancos destartados.

A los miles de maestros argentinos, que anónimamente, construyen el futuro de la patria.

1

Se quedó de pie sobre la tarde muriente, en medio de la desolación. A su lado estaba la valija destartada por el largo viaje. Ni un sonido se levantaba de los viejos árboles que bordeaban el arroyo ni desde las piedras que parecían crecer a todo viento alzando una muralla pizarrosa hasta el cielo. El entusiasmo que lo había impulsado hasta ese lugar, parecía haber sido barrido, de pronto, por el desaliento.

El aire de junio tiritó por los pajonales. Tragó saliva con dificultad e instintivamente se aflojó el cuello de la camisa. Iba a ser duro vivir allí! Sentía en su pecho el ahuecamiento sombrío y callado de las tumbas. Todos sus sueños se le habían escapado en un instante, como una bandada de pájaros ariscos.

Allí estaban los estrechos senderos hilvanando ranchos descascarados, sucios, de volados aleros, con sus corrales de cabra, los culebreantes linderos de

piedra trepando la abrupta serranía del poniente, y de todas partes, de los peladares, ese silencio que le parecía vivo, amordazante.

Un grito de borracho llegado desde la lejanía, pareció despertarlo. Se pasó la mano por la cabeza; le ardía; el machacón de las leguas recorridas el tranco de los caballos por los pedregales, bordeando despeñaderos, caracoleando siempre hacia lo desconocido, le golpeaba todavía las sienas. Y la pregunta echa con ansiedad tantas veces, obtenía siempre la misma respuesta: -Pisco Yacú? ¹ Di'ande...nunca oímos nombrar ese paraje-, le aumentaba más el desaliento, se hacía más viva la sed y su entereza de hombre se achaparraba ante el cansancio que le quebraba la cintura, le adormecía las piernas y le cargaba de leguas la espalda.

Cuando la desorientación le nublaban los ojos y la tarde los senderos, ya endurecidos de frío, tanto él como su guía, una cinta de humo los llevó a un rancho solitario –Pisco-Yacú, dice? más o menos por aquí es.

-Buscamos la escuela, señor.

-La escuela? Bah! –exclamó el viejo mirándolo como a bicho raro-. Es un rancho donde no hay más que pulgas y murciélagos. Alguna víbora también –agregó calmosamente rascándose una oreja.

-Soy el maestro; vengo a quedarme acá.

-Vea, por mi mal consejo, mejor es que ni se le ocurra meterse en esa cueva.

-En alguna parte debo hacer noche; si usted me indicara un lugar...

El viejo hizo unas señas, nombró a una tal Rufa y hacia allá enderezaron sus cansadas cabalgaduras con el muchacho que lo acompañaba.

A poco andar, dieron con los tres algarrobos raquíuticos que escondían el rancho. Atropelló la perrada y una anciana, alta y delgada, con atiplada voz, los obligó a replegarse.

-Güenas tardes... -saludó aproximándose con curiosidad.

-Buenas tardes, señora. –Los perros que seguían toreando sin cesar, taparon sus palabras.

Soy el maestro-, dijo explicando el motivo de su visita.

-Ah, el maestro... -abájese, pues, joven. –No esperó otra invitación; tenía las piernas acalambradas por el cansancio y el frío.

-Rancho 'e pobre es éste, señor...las comodidades son pocas...pero si usted si'allana, le podemos hacer un lugarcito hasta que si'acomode mejor...

No lo pensó mucho; estaba dispuesto a allanarse a todo; el cansancio lo rendía; aunque por un instante, mirando todo aquello tan desolado y deprimente, sintió unas ganas tremendas de huir, de huir a cualquier parte; pero ya no era posible; pasaron a la estrecha galería; desde los rincones, más y más oscuros, adivinaba muchos ojos espiándolo. Trajeron en seguida la vela, pero la noche seguía apretando igual con su sombra cuajada de silencio.

-Traigan mate p'al maestro –ordenó hacia uno de los cuartos la dueña de casa que al caminar levantaba polvo con su larga y ancha pollera negra. Y luego, mirándolo con sus ojos que aparecían desmesuradamente abiertos en su cara huesosa y morena, agregó: -Con que traí l'escuela otra vez...

-Sí, señora.

-Pa qué! Sí aquí los maestros no duran! Un mes, cuanti' más, después se van.

-Creo que no haré lo mismo, -respondió luchando por recuperar su fe.

¹ Pajarito del agua

-A más, aquí son chúcaros y naide quiere saber nada d'escuela. Pa qué van a ir los chicos a perder tiempo con la falta qui'hacen en las casas!

-Es mi deber convencerlos.

-Será por demás...se lo digo yo que los conozco a toditos. -Su convencimiento se volvía firmeza en la boca ajada-.A más, es güeno que lo sepa -continuó diciendo-: este paraje es de mucha carestía... a ocasiones nu'hay agua ni carne ni nada.

-Comprendo; viven muy aislados. Tal vez si abrieran algún camino...

-Camino? Qui'antojo! -La risa le avivó el sarcasmo-. Ya le digo...a la gente no le va a hacer ni pizca de gracia su escuela. En vez de libros, harina pa' una torta necesitan!

-Lo uno vendrá con lo otro, descuide, señora- y procuró ser persuasivo, aunque la duda lo azorara ante todo lo que había visto y lo que estaba oyendo. Cuanto había observado era extraño, primitivo, sin asomo de lo que imaginó. Se quedó en silencio contemplando la miseria del rancho, cuyo techo parecía deshilacharse hacia dentro, y las chorreras de barro, estirándose por las paredes que alguna vez fueron blancas, se le echaban encima deprimiéndolo más todavía.

En la tierra ya se había enlagonado totalmente el día y la noche soplaba estrellas heladas, cuando desde más allá de unos hualanes, subiendo un "alto" por el callejón que cortaba por el frente de la casa, se alzó un tropel, un oscuro polvaderal, un grito, un aullido, más de loco que de animal que se acercaba a toda furia. Como por un resorte, pegó un salto doña Rufa y corrió hacia el patio: sorprendido, la siguió, a tiempo para ver pasar, como una fantástica sombra, un jinete castigando a dos verijas a su montado y por atrás, corriendo por el lado del chicote, otro, que sin aflojarle ni tranco de gallo, más parecía volar que correr.

-M'hijo! -lanzó un chillido la vieja y se guastó desvanecida al suelo. Corrieron a socorrerla unas chinitas salidas quién sabe de dónde y en un instante aquello se convirtió en un avispero de llanto y clamores a Dios y a todos los santos.

-Juanca! Juanca!, -salían algunas gritando desesperadas por el callejón. Y más allá se oía un solo: -Atajen! Atajen! -sobre el tropel endemoniado que parecía perderse en los bajos, entre las piedras, para reaparecer de inmediato como sobre la copa de los montes con su repicar duro, metálico, frenético.

Miraba y escuchaba todo aquello sin comprender y no acertaba hacer lo que le correspondía.

Al rato se le acercó un hombre, ya cuando la señora había reaccionado y tropel y gritos sólo eran un eco en el confín.

-Es qu'el muchacho es hijo d'ella, sabe? Y le da muy mal la bebida.

Y otra vez el silencio. Y el agua florida desparramada sobre los sollozos secos, entre cortados y más allá, el llanterío de los perros cerrando el horizonte. Dos o tres hombres más se habían desmontado y comentaban en el patio: -Es un loco el caballo 'e Juanca.

-Pero cómo hace eso!

-Mire si se despeña...Dios lo libre y guarde!

-O queda colgau en una horqueta! -Corrían las voces bajas y cuando aquello más se asemejaba a un velorio, se escuchó subir del sur una bullita y pasos lentos de caballos amortiguados por las sombras. No bien pisaron el patio, doña Rufa, con el cabello todo revuelto como bruja a la que agarra el día, lo descolgó del caballo al muchacho, todavía sacudido el pecho por los sollozos y tartajeando: -qui'ha hecho, m'hijo, por Dios!

Trastabillando el negro, un chino alto, medio desnudo, perdiendo la camisa y echa jirones la bombacha, dijo dejando caer un brazo sobre el débil cuello de la mujer: -Y quise ver cómo andaba este sotreta, mama! Yo le voy a dar!

-Casi que no lu'alcanzo! Si es una luz el zaino 'e juanquita, -agregó con voz de mujer uno de los que lo acompañaba, largo y flaco como capataz de ánimas.

-Y qué te crés, carajo, que yo monto en vacas?

-Cállese, m'hijo! Venga conmigo! -lo invitó la madre, medio arrastrándolo de un brazo-. Tenemos gente esta noche.

-Y a mí ...que me come el zorro! -respondió adelgazando la voz en la broma.

-Es el maestro, sabe? -le dijo cuando pisaban el ramadón.

-Maestro? Bah! L'único que faltaba! -y soltó una gruesa escupida.

-El señor maestro, m'hijo, -lo presentó al llegar donde él estaba. Tartamudeando dijo un nombre Juanca y tras darle la mano se sentó. Gacha la cabeza, con los cabellos largos sobre los ojos.

-Qué risa le da al talón... -y de repente soltó una carcajada guasa, hiriente, que no parecía tener fin.

-M'hijo! -exclamó la dueña de casa alarmada otra vez.

-'Toy pensando en la cara que va a poner el Capataz cuando s'entere!

-Pero... y qué tiene que ver él!

-Si 'tá esperando que nombre a un muchacho 'el pueblo qu'él ha pediu... y ése no se rasca nunca p'ajuera... y es mal bicho cuando se l'hinchan las patas..., -y siguió riendo más bajo como si gozara al hacerlo.

Acercándosele al recién llegado, la mujer bisbiseó:

-Li'hace gancho con l'hija d'él, la Natividá, a ese maestro... por eso m'hijo hace esos acuerdos.

-Mal bicho es el Capataz!, -repitió con los labios fruncidos, entrecerrando los ojos el Juanca.

-Ellos, es cierto, esperaban otro maestro.

-Ellos?

-Sí, -Le aclaró-. Son como uña y carne con el comisario...los que mandan; aquí si'hace todo lo qu'ellos dicen, por eso, claro..., -se chupaba los labios y se pasaba un pañuelo percutido por los ojos todavía mojado por las lágrimas, cuando, repentinamente, a Juanca que había quedado como adormecido, de le dieron vuelta los ojos y preso de terribles contorciones, empezó a revolcarse por el suelo, echando espuma por la boca, sin que hubiera fuerza capas de contenerlo. Y de nuevo rasgaron el silencio el llanto agudo de las mujeres y los quejidos roncós, desgarradores del muchacho.

-La que nos tocó, compañero! -Comentó por lo bajo con su baqueano.

-Y si'anima a quedarse aquí después 'e todo lo qui'ha visto?

-Ya pasará...

-La pucha! Le juro que yo ni por toda la plata del mundo m'enterraría en este lugar! Pa mí qu'es cosa 'e brujería. -Y abrió grandes los ojos, desconfiado.

Tras largo rato, por los cuartuchos fueron muriendo la voces, se escucharon suspiros de alivio y con los últimos pasos en punta de pie, el silencio quedó dueño de la noche otra vez.

Alguien puso un catre en la ramada y le dijo que podía acostarse. Su compañero tendió las caronas en un rincón y antes de caer del todo ya estaba roncando. Pero él no podía conciliar el sueño. Primero fueron unas pulgas que empezaron a explorarle todo el cuerpo... después, una sensación de inseguridad,

de repugnancia...olores distintos, ruidos oscuros y raros. Todo lo sucedió desde su llegada a ese rancho, había pasado como un turbión sucio y negro sobre el espejo limpio de esperanzas que traía. Y se daba una y otra vuelta en el catre, pero era inútil. El cuerpo no daba más de cansado, pero los ojos no se rendían, vivos, atormentados, ansiosos por escaparse a aprisionar los pensamientos que le llegaban cargados con las imágenes queridas: su madre, la pequeña ciudad, su amor fresco por Fernanda y ella, otra vez, rogándole con una triste sonrisa, sin poder resignarse: -Te voy a extrañar mucho, mucho... No me dejes sola! No sé qué voy a hacer sin tenerte a mi lado. -Y los ojos, tan jóvenes y dulces, le rogaban largamente.

Y luego se oía, susurrándole apenas las palabras esperanzadas: -Es por nuestro bien, querida. Estaremos separados un año, cuando más. Conseguiré el traslado...me lo han prometido...además, haré méritos...sabré ganármelos...

-Un año...yo sé que no podré vivir tanto tiempo sin que me hables, sin que me mires, sin tenerte conmigo...! -Y el temor y la pena le ensombrecían el rostro de piel sedosa y le nublaban los ojos negros en los que a cada instante encontraba renovada su promesa de amor.

-Es la única forma de salir de pobres, querida! Con este miserable empleo que tengo, cuándo. Ahora somos jóvenes; puedo intentarlo. No estaba seguro de haberla convencido... pero esa noche lo encontraba desmenuzando recuerdos, el día que la conoció, el primer beso, los mil proyectos que la vida les daba para compartir, el día del casamiento...después, cuando al confundirse sus vidas alcanzaba la felicidad de saber que ella podía darle con la calidez de su amor y pura belleza, todo lo que su amor reclamaba. Y aquello apenas si había durado tres meses...luego, el nombramiento, la promesa...

-Fernanda! -La llamó como si estuviera seguro que iba a escucharlo. Un gusto a sal le quemó la boca. Luego fue la madre la que vino a acompañarlo, con su rostro bondadoso, a alentarle como cuando él era estudiante y ella se sobreponía a todas las adversidades para que no interrumpiera sus estudios. Qué temple tenía su madre! Cierta vez, pensando en todas las privaciones que se imponía para que siguiera estudiando en la ciudad, al proponerle quedarse a su lado para ayudarle a trabajar, le había respondido sin basilar un segundo:

-Mientras Dios no me prive de estos dos brazos, usted seguirá estudiando hasta terminar. Su padre así lo quería... y usted será un hombre de provecho!

Y no cejaba en la lucha para criar bien a los hijos, mandarlos a la escuela, remendándoles la ropa en sus largas noches de soledad, sin más fuerza que la de su amor y la voluntad de seguir adelante, sin someterse jamás a nadie, resolviendo por sí todas las dificultades, cosiendo, vendiendo flores, cultivando su quintita. Sí, tenía que cumplir con las dos. Lo reconfortó este recuerdo y le pareció ver el rostro de cientos de niños con los ojos llenos de pena llamándolo, tendiéndole los bracitos flacos y morenos. Luego eran unos cantos de voces infantiles, girando y girando en las rondas más alegres y graciosas del mundo, las que le llevaban paz al corazón. Más de una vez se enderezó a mirar la noche, que allí nomás se levantaba solemnemente muda. Sólo más tarde, sobre su sueño afiebrado, pasó el gañido largo, estremecedor de un perro.

Cuando los gallos empezaron a picotear la fruta todavía verdosa del amanecer, salió en busca de la primera senda, ansioso por develar lo que había escondido en aquel pedazo de tierra que iba a ser la comarca de sus inquietudes, de sus preocupaciones, de todos sus afanes.

Sonaba el día, lejos, como una campana gigantesca de agua y los amarillentos tonos del invierno empezaban a caer desde los faldeos pedregosos

del arroyo; musicalizaba el silencio uno que otro cencerro cuando vio subir y bajar por los tulisquines a una pititorra, entretenida en hacer gargaritas de luz. Pero luego era la soledad, la tremenda soledad cerrándole todos los caminos, mostrándole uno que otro algarrobo retorcido por la furia de los vientos, que parecían querer enseñarle la rudeza que debía soportar quien se atreviera a clavar sus raíces en ese lugar.

Detuvo su andar con el corazón encogido. Lejos, lejos, escondidos por los pircales o amurallándose contra los altos rocosos, distinguió ranchitos de piedra, algunos con puertas de ijares y techos de paja, pelados, corralitos redondos apagándoseles, y otra vez el silencio floreciendo como un pedazo espinoso de cielo.

De las piedras, de lo vivo que ellas alimentaban, parecía alzarse una claridad desbordante y una alegría que estaba en alguna parte, pero que no alcanzaba a definirse. Era como si se encontrase emboscado en esa hoquedad, un contorno de sombra pronto a estrechar a quien se mostrase demasiado confiado y optimista. Era una encrucijada.

El muchacho que lo acompañara desde “Pozo de Piedra” no había regresado todavía. Lo divisó a lo lejos, ensillando su caballo, preparándose ya para iniciar la marcha. Pensó, desesperadamente, que tenía tiempo... era cuestión de correr, cargar la valija y volver de una vez a su casa... Le dio un vuelco el corazón. No comprendía cómo podía estar pensando en eso. Era una cobardía. No. Quedó afirmado a un monte seco mirando hacia el “bajo”; lo divisaba al muchacho cada vez con mayor claridad... en ese momento daba la mano a uno y otro. Se prendió al árbol como para no salir corriendo y allí se detuvo... lo miró montar y finalmente partir, al trote largo, llevando de tiro el caballo que lo trajera a él y desaparecer tras una lomada. Sintió que se le anudaba la garganta... el último vínculo que lo ligaba al mundo civilizado acababa de cortarse. De ahí en adelante tendría que valerse para todo de sus propias fuerzas e inteligencias. Veinte leguas de andar a caballo y muchas en sulki y tren los separaban de los suyos. Cerró los ojos y largo rato estuvo sin que pudiera escapar de su confusión. Hacia donde mirara veía tan sólo piedras; menos mal que por los cerros altos del naciente, venía el día como invitándolo a vivir. Contemplando ese amanecer deslumbrante, se sintió reanimado; lentamente siguió su marcha, aspirando la luz con hierbabuena, cuando vio que avanzaba un hombre, por la misma senda, pero en sentido contrario; lo hacia a pasos cortos, al tiempo que golpeaba con retorcido leño el sitio donde debaja caer los pasos vacilantes. Traía una bolsa al hombro y en las manos, pedazos de cuero y lonjas sobadas.

-Ave Maria Purísima. –Dijo en voz alta al oír los pasos, echando un poco hacia atrás la cabeza y buscando la luz con la desesperación de los ciegos.

-Buenos días, -respondió el maestro deteniéndose.

-Güen día... usted nu'es di'aquí, no?, -estaba afirmado al bastón, moviendo levemente la cabeza de sienes encanecidas, blanca la niña de los ojos y desgastadas la blusa y el pantalón.

-Así es; cómo lo supo?

-Uhhhh! A los di'aquí me los conozco a la legua. Hasta por el modo de pisar. Soy el cieguito Nicolás.

-Va lejos?

-No, ahicito nomás; claro que voy despacito. Esta ceguera no me deja. Ah, si tuviera mis ojos...!, -se lamentó suspirando-. Y güeno... eso le pasa a uno

por ser chico travieso. –Una sonrisa triste creció sobre el dolor de las últimas palabras. En la pausa que sobrevino, trató el maestro de sosegar su emoción.

- Me recibirá una moneda?

-Sabe, señor? Yo trabajo; hago bombas y botones pa' riendas. Si se va a quedar le recibiré a cuenta del trabajo que alguna vez le voy a hacer; di'otra forma, no.

-Sí, voy a quedarme y estoy seguro que llegaremos a ser buenos amigos, -dijo depositándole en la mano unas monedas.

Las recibió y con un Dios se lo pague, las guardó en el bolsillo.

-Vivo con mi nietita a orillas del arroyo. Ahí nomás en cuanto baje la cuestita...cuando guste...

-Cómo no que iré. Ahora debo llegar a la escuela.

-Ah! Usté es el maestro? Por fin!

-Sí, vengo a abrir la escuela.

-Que suerte! Pueda ser que no se haya veniu abajo el rancho... Ahí lo va a ver en cuanto suba ese altito.

-Adiós...

-Que Dios lo acompañe, -y mirando para adentro con sus ojos, siguió punteando el sendero.

El maestro continuó su marcha en sentido contrario; le preocupaba un poco el Capataz. Si era verdad lo que escuchara, no dudaba que le iba a caer mal enterarse de su designación. Necesariamente debía enfrentarlo de entrada, porque el rancho de la escuela era de su propiedad y él tenía la llave. Donde le indicara el cieguito, lo divisó, petiso y panzón como aplastado por el tiempo. El día doraba las sierras y el aire fresco y oloroso, lo tonificaba. El frío parecía ahuyentarse. Bajó el callejón y continuó caminando, observando de trecho en trecho huertas viejas, abandonadas, cuadros empotrados contra lisas paredes rocosas, aptos para sembradíos. Anhelante de conocer, bajo el arroyo crecido de piedras y pensó en lo lindo que sería verlo corriendo como chiquilín travieso, con sus aguas dulces bordeado de helechos, molles y cocos corpulentos, acompañado por cientos de pajaritos, a los que no conocía todavía, pero a los que ya imaginaba desgranar sus flautas desde el amanecer, en la primavera.

Al subir divisó unos niños jugando en el sendero y se le alegró el corazón. Tenía muchísimos deseos de saber cómo iban a ser sus alumnos. Avanzó un poco y cuando ya creía tenerlos al alcance, se le hicieron perdiz tras unas rocas; trepó a ellas y los buscó, pero fue inútil. Por ninguna parte aparecieron. Le llamó la atención. Era como si se los hubiera tragado la tierra. Y sin embargo, en un displayado, había descubierto sus rastros frescos, por lo que estaba seguro que aquello no había sido una aparición.

Después de avanzar un trecho, al darse vuelta, los vio de nuevo a la distancia, jugando atrás suyo. Evidentemente eran hábiles para escabullirse.

-Huraños –pensó-. Tendré que buscar la forma de atraerlos.

Distraído, había llegado ya a la tranquera de la estancia; desde lejos lo descubrieron unos perros grandes, que se vinieron como a comerlo. Se armó de un palo y parapetándose tras un poste, esperó el ataque. Las furiosas arremetidas le enfriaban la sangre; nunca se había visto en un trance tan difícil. Con el palo los mantenía a raya, pero más los embravecía; cada minuto se le hacía una eternidad entre ese torbellino de colmillos y desaforado ladrar que lo obligaban a estrecharse más y más. Respiró aliviado cuando, desde una ramada, salió un muchacho con mucha pachorra, que espantó, no sin trabajo, a la brava jauría, con un largo látigo que traía.

-Ya hái venir el patrón, mozo. Espereló, -le dijo al llegar al patio y sin tardar, caminó de vuelta a la casa, que era una sucesión de piezas bajas en hilera. Más allá, en la cocina, parecían estar ahogando vizcachas con el humo que de ella escapaba. Detrás de la casa, en un corral de piedra, una veintena de terneros balaban famélicos. No pudo distraerse mucho en la observación, porque los perros, encrespados, seguían rodándolos. En el tala grande pió un pájaro que le devolvió un poco la tranquilidad.

Cuando no sabia si regresar o llamar de nuevo, apareció otra vez el muchacho pegando fuertes chicotazos en el suelo y más allá, un hombre bajo, regordete, de amplio pecho, bien echada para atrás la cabeza sostenida por un cuello corto.

Güen día. -Lo miró con desconfianza, achicando los ojos penetrantes y frunciendo el ceño, en tanto se levantaba las amplias bombachas que lo embolsaban.

-Buenos días, señor, -respondió con firmeza, tratando de encontrar en sí mismo una seguridad que le estaba faltando.

-Soy el maestro que viene a abrir la escuela y me indicaron...

-A abrir la escuela? -Retrocedió dos pasos como para medir mejor, tomando distancia, al insolente que así le hablaba-. Usté va abrir l'escuela, dice?

-A eso he venido, señor. Me dijeron que usted tiene la llave.

-Y quién es usté p'abrir l'escuela, ah? Usté es más qu'el diputau, más qu'el senador, por si acaso, ah?

-No, señor; soy simplemente un maestro de escuela.

-Entonces, debe estar equivocau...sí, sí... disculpe, no? Pero no puede ser.

-Aquí está mi nombramiento. -Y metiendo la mano al bolsillo sacó un papel y se lo extendió.

Leyó en voz baja masticando las palabras, en tanto la piel apergaminada del rostro se le iba volviendo amarillenta. Luego hizo un largo, sofocante silencio.

-Pero es que no puede ser..., carajo!, -gritó alterado, transformando la voz y agitando los brazos como si estuviera a punto de morir ahogado.

-Ya vio usted la nota.

-Es que esta canallada no pueden hacérmela a mí, es una canallada...una canallada, sí, señor! -Bufaba-. Es que ya no somos nada en el departamento? Que si'han pensau? Nada más qui'una basura? Eso somos?

-Señor, yo ...

-Sería mejor que no s'enterara el comisario, porque se le va a ladiar el apero que va a dar miedo... Y como pa no! Dejarle fuera del puesto nada menos qui' al sobrino? No, no...! Si es como pa' torcerles el pescuezo! Qué diablos hará el senador Aravena Ramírez que se lo prometió! Rascarse... hijos de ...! -Y dando una media vuelta como para irse con su furia a otra parte se pasó de medida y dándole entera, se clavó de nuevo frente al maestro.

Acezaba y le corrían gruesas gotas de sudor por la frente como en pleno verano: -Usté es un intruso, m'entiende? Un intruso! -Y fue a golpearle el pecho.

-Un momento, -dijo retrocediendo-. He venido aquí sólo por la llave. Lo demás es asunto suyo.

-Con que altanero el mozo?, -y se manoteó el ralo bigote con toda la fuerza de su rabia contenida que hubiera querido descargar sobre ese muchacho alto, que permanecía imperturbable.

-No se equivoque. He venido a cumplir con mi deber y nada más.

-La güelvo a repetir qui'usté un'es más qui'un intruso y en su cara se lo digo, su insolente! –Parecía que la rabia le estiraba como goma el cuello cortito que siempre le hacía perder la cabeza canosa entre los hombros.

-Estoy esperando la llave, -le recordó afirmando las palabras en el gesto y haciendo lo posible por no perder la calma.

-La llave...!, -repitió amargado-. Jué pucha que si'hacen perrerías en este mundo cochino! –Y otra vez lo miró como dudando entre golpearlo o escupirle la cara-. La llave...se la voy a dar, pero si no sabe galopiar, agárrese juerte, porque ésto no va a quedar así! –Y dando media vuelta salió para las casas, como si le hubieran echado rescoldo, y a los gritos que iba pagando a medida que avanzaba, empezaban a movilizarse como sombras, formas humanas por las ramadas, ramadones, cocinas y corrales.

-Tiodoro! Ensilame el zaino, carajo! Y vos, Diolinda...adónde diablos ti'has metiu, patas pesadas? Andá, largá esos terneros! O te pensás dejarlos que se sequen? Carajo, si uno un'anda en todo se los llevan los piojos! Y seguía, seguía, entrando por una puerta y saliendo por la otra, como una tromba. Hasta los perros, oyéndolo, se hacían un ovillo, medrosos, en los rincones.

-Y vos, traza 'e perro sentau, -gritó dirigiéndose a un viejito que a penas si podía enderezar su humanidad-, ya me debías haber lustrau las botas...holgazanes, carajo...! Traeme la llave, Natividá...cuál...cuál...! –dijo remedándole y haciendo fea la cara. La de l'escuela, po, cuál...! Hijué di'una...la que se va a armar también...andá, Salí di'una vez...llevá esa llave...aquí naide se mueve si nu'es a palos... Qué! Qué... -Y alzaba mucho más todavía la voz-. Quieren que los haga por las claras a todos?

A los saltos salió una chinita flaca, trasera de avispa, a alcanzar la llave; en tanto, atrás, seguía bramando la rabia del Capataz en su voz aflautada.

-Gracias, -dijo el maestro al recibirla y escapó como de un infiernillo.

-Para empezar no está mal –pensó oyendo todavía el alboroto que armaba con su rabia el viejo cascarudo y al que hacían coro ahora, el griterío de las gallinas, el balar de los terneros y el aullar lastimero de un perro azotado. Sonrió con amargura. Le giraban los pensamientos en la cabeza como un violento remolino. Nada hasta entonces resultaba alentador y por momentos sentía que el pesimismo le hacía aflojar hasta las piernas.

Cuando llegó al rancho de la escuela de tan sólo mirarlo de afuera, le entró miedo; estaba poco menos que destechado, colgaban como nidos viejos de cachilote, hacía adentro, hundimientos de jarilla y barro. Era tan grande el abandono y estaba tan sucio aquello, que repelía.

-Madriguera de bichos –se dijo desalentado.

En un rincón donde pudieran estar más o menos a salvo de la lluvia, que entraba a chorros según podía verse por los rastros dejados en las paredes, había unos bancos desvencijados y un montón de papeles y libros viejos, todo arruinado por la humedad. Las arañas, las vinchucas que llenaban los rincones del techo y los murciélagos, al primer golpe de luz, se revolvieron mortificados. Pasó a la habitación donde pensaba poner su dormitorio y comedor y en nada la encontró más habitable. La cocinita quedaba a unos cinco metros; un fogón semiderruido, un ventanuco que daba al poniente y nada más entre las paredes ennegrecidas por el hollín.

Era desesperante aquello. Por dónde podía empezar? O sería mejor ni intentarlo? Pero esas vacilaciones ya estaban de más. Se remangó con apuros y comenzó de inmediato a quemar papeles sucios; con una escoba vieja que encontró, decidido, entró a sacudir escobazos a todo viento. Luego arregló el

pizarrón, que estaba reducido a un montón de tablas y puso orden en los libros que pidieran servirle. Tenía seca y amarga la boca. Con desaliento miraba lo mucho que le quedaba por hacer; pero una voz que parecía nacerle desde muy adentro, le decía una y otra vez, dándole ánimo: -podré...podré, tengo que poder!

Cuando se aproximaban las doce, se sentó a descansar a la sombra de un algarrobito. Por el callejón de piedras peladas, pasó un muchacho de piernas largas montado en un burro con ruidosas árganas. Los pasos seguiditos del animal se dejaron escuchar hasta muy lejos sobre el sendero pedregoso. Enredándose en los cerros de grisáceos faldeos, los vio subir y subir por la sendita andariega. Mirando aquella serranía que se iba hasta el azul y oyendo el canto del aire, sintió rebullir en el corazón la alegría que llevaba largas horas de encierro. Aunque el hambre lo apuraba, quiso conocer, antes de regresar, algunos de los vecinos de su escuela, cuyos ranchos divisaba aquí y allá, trepando la cuesta, separados por pircales que corrían culebreando como senderos de piedra en relieve y allí mismo los corralitos, y las majadas de ocho o diez cabras pellizcando las matas espinosas.

De la primera casa a la que llegó, salió una mujer de tez morena y seca, de ojos tristes, envuelta en una pollera larga de color indefinido y llena de parches, que a todas sus palabras respondía de igual manera.

-Escuela, ah? -Y se quedaba abriendo la boca.

-Pa'qué, ah? Me quiere decí...? A mis chicos ni falta que les hace saber ler. Total...pa'criar chivas...

-No, señora; no tan sólo es para eso, -intentó explicarle-. Voy a tratar de hacer felices a sus hijos de muchas maneras.

-Feliz, ah?

-Sí, señora. -Y se explayó en sus propósitos con palabras que su entusiasmo encendía-. Además, -agregó-, es obligación de todos los padres cumplir con la ley escolar, por lo que le voy a matricular a sus hijos.

-Yo no sé d'estas cosas...yo no... hable con él cuando venga.

Comprendió que no había para qué insistir. Se alejó dominado por una sensación extraña, mezcla de disgusto y de pena. Ya volvería....

En el siguiente, después de andar unas cuadras, salió una vieja cabello tinto, apelmazado, polleruda y medio descalza, que lo recibió muy cordialmente. -Sírvase de asiento, joven, -dijo, indicándole una silla baja de cuero al resguardo de un coco. Cuando se enteró el motivo de la visita no opuso reparo.

-Anote; eso sí, son dos sabandijas, ya los va a conocer...más alegres qui'una calandria...yo no sé...a la agüela habrán saliu...pa mí nu'hay pena ni año malo y si sí' ofrece 'e revoliar el pañuelo no se mi'ha'i cáir el brazo...ellos son mis nietos...la madre me los dejó por unos días y nu'ha güelto y hace d'esto, güeno, que sé yo...añares...

-Se acuerda cuándo nacieron?

-Ve que no?, -Contestó con picardía-. El chalolo nació a l'hora 'e largar las cabras y l'Inesita, güeno, también a esa hora d'echar el zapallo al locro; sí, sí, cómo no me voy a acordar, señor!

Anotó los nombres, tomó un mate y siguió la marcha. Un buen rato caminó de sur a norte, subió y bajó cerrizales, costió laderas, queriendo con desesperación comprender todo aquello, buscando interpretar por lo menos el paisaje, hacerse amigo de él para tener a quien confiar las inquietudes de su alma. Pero eran tristes los árboles, aplastados, mudo el arroyo, seco, todo hurraño, como si hasta las cosas le mezquinaran la cara verdadera.

Los pajaritos se desparramaban ariscos por el cielo y una que otra vaca o caballo que encontraba, ni bien oían sus pasos le huían como si vieran el león, para detenerse a la distancia haciendo resoplar las narices. Y eran flacas, aspudas las vacas y peludos, de casco trizado los caballos, todo, como un símbolo de esa tierra a la que aspiraba a conquistar.

Regresó tarde a lo de Doña Rufa, con los pies pesados y reseca la boca, pasado de hambre. Cuando pidió agua, le trajeron un porongo hasta la mitad con un líquido barroso, oscuro.

-No sé si l'irá a poder tomar; hace tanto que no llueve...!.

Bebió aquello y sintió que el barro se le pegaba a la garganta.

-Y el arroyo?

-Y güeno...si no llueve nu'alza agua...así qui'hay que cavar más al sur pa'destapar vertientes, pero pa'este tiempo siempre 'ta muy seco todo.

Y luego, de almuerzo, le sirvieron un zanco con charqui salado y harina, que a pesar de su hambre, a penas si pudo pasar con gran esfuerzo.

-Va a tener que dispensar. Nu'hay carne ni verduras. Ya le dije...nu'es nada lindo vivir en estos parajes. A veces nu'hay ni qué echarle a l'olla aunque tenga los bolsillos llenos e'plata.

Veía, comprendía, se mordía los labios. Descansó un momento y salió enseguida a continuar su recorrido, matriculando, ansioso por conocer el vecindario de una vez, acompañado por Juanca. A poco andar, le pidió disculpa por el episodio de la noche anterior.

-Yu'antes nu'hacía estas cosas, le juro...pero después... güeno, alguna vez a lo mejor le cuente... -Había sinceridad en su manera de expresarse y esto y el comedimiento que estaba poniendo en atenderlo, la hicieron que mirara con simpatía al mismo muchacho que tan repulsivo le resultara la noche anterior.

Un rancho que se alzó detrás del torear de una decena de perros doblados por las garrapatas, cortó la confidencia. Allí todo anduvo bien hasta que expuso el motivo de la visita. Ya, entonces, en la casa no tuvieron niños ni les importó nada de lo que él habló. Parecía que nombrar escuela era decir una mala palabra. Salieron.

-Va a tener mucha contra, -le comentó Juanca cuando se alejaban. Aquí hay gente güena, pero también hay malos que saben prenderse como liendres. La policía se vende por un vaso 'e vino y entonces, los cuatreritos han agarrau esto pa' guarida. Según la mama, esto nu'era así antes. Pero es güeno que lo sepa, pa' que se cuide. Son chinos desbocaus, a los que les gusta el alpiste y la joda...son malos bichos. Aquí cerca vive el Santos Aguirre, que tiene más muertes en la maleta que pelos en el bigote. Es d' esos que matan y después, por puro gusto, le patean l'osamente.

-Y anda en libertad?

-Y no? El miedo del comisario nu' es sonzo. Lo llevan, se da un paseíto por la ciudad hasta qui' algún senador lu' hace largar a cambio del voto y di' allá vuelve con las alas más largas todavía.

-Los malos políticos....

-Y el gaucho negro? No, ya se va ir enterando di'a poco. -Y así le fue numerando nombres vinculados a historias, a cuál más trágica.

Todo era extraño, asombroso. De veinte niños que había inscripto, la mitad no tenían padre, eran solamente hijos de nadie, "hijos del viento".

-Y qué quiere! -le explicó el muchacho_. No se puede esperar hasta que venga un cura! En los veintitrés años que tengo nunca hi visto una sotana por aquí. Eso sí. Llevo vistos también muchos cueros ajenos hechos lonjas. Esu es

más fácil que vivir di' un conchavo. Aquí hay mucho que salen temprano, como los pájaros a buscar algo, donde sea, pa' echar al buche. Ya va a ver.

Eso, las puñaladas, las rifas y amigadas, estaban a la orden del día. Pero por lo que llevaba visto, el hambre se sentaba en casi todas las mesas y la tierra seguía intacta, con sus ubres duras, sin amamantar semilla alguna; porque no había manos que las acariciaran amorosamente y con constancia.

-Qué quiere que le diga, -seguía contando Juanca en tanto regresaban-, aquí casi todos somos como el viejo Adán; siempre si'anda quejando 'e que no llueve; cuando a las mil y quinientas cae un güen aguacero, se lo pasa una semana en preparativo. Entonces, ha de tirar el maíz al voleo y recién va a pasar el araito 'e reja; peru'es tan alma descansada, que cuando va por una punta, los pavos y las palomas ya lí'han comiu el maíz por la otra. A la güelta las corre, pero tranquilamente, como haciéndole burla, siguen comiendo más allá. A más, que ya la tierra si'habrá puesto dura otra vez y con el araito que tiene, apenas si la rajuñará por encimita nomás.

Regresó alicaído. Allí tenía algunos libros y cuadernos, allí estaba el pizarrón y lo bancos, allí, con él, todos sus conocimientos de maestro normal. Pero todo eso le iría a servir para algo? Iba a poder su escuela imponerse a tanto mal, a tanta indiferencia desparramada sobre las piedras ásperas, a tanta agazapada soledad y maledicencia?

Qué fácil era soñar con ser maestro en una escuelita rural, sembrando alegremente en un horizonte limpio, con niños sonrientes, sonrosados, vistiendo su blanco delantal! Y qué diferente era ésto, donde no se veía despuntar una sola esperanza para afianzar las propias convicciones!

Todo se mostraba cerrado, sombrío. Pero tal vez, como esas estribaciones rocosas que acababa de recorrer, y que, de repente, reventaban en un verde que exhalaba una fragancia agreste, hechizante, era posible que más abajo de todo eso estuviera el corazón, un manso y puro corazón que todavía no afloraba y al que tenía urgente necesidad de encontrar, para poder seguir adelante.

Podría levantar su escuela, lo comprendía mejor, solamente si era capaz de descubrir hasta sus más escondidas fuentes de amor, de despojarse sabiamente de toda blandura que pudiera confundirse con cobardía. Pero podría? Sería capaz de encontrar el justo equilibrio para sostener su posición, la que debía afirmarse manejando la cartilla en una mano y el látigo en la otra, si era necesario? Esto último resultaría más difícil, porque era demasiado manso y nunca había alternado con individuos de semejante calaña; tendría que modificar su carácter, hacerse el fuerte si no quería ser pisoteado de entrada; largo rato estuvo mortificado por estos pensamientos que se le hacían un torbellino y emergía buscando en vano con los ojos una respuesta a su alrededor. No la encontraba. Sólo el silencio y la soledad de la tarde fría, alzándose como turbia creciente, le batían con fuerza de marea el corazón.

"El hombre más fuerte es aquel que está más solo", -le llegaron como un leño flotante las palabras de Stokman. Y luego como un vientecito alegre que sopla las brasas, recordó algunas palabras del Evangelio: "Yo os envió como ovejas en medio de lobos. Por tanto habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas". El no era un apóstol ni un sacerdote, y su religión apenas si alcanzaba para elevar un pensamiento a Dios el día domingo... "Como ovejas en medio de lobos", así, con su pobreza, mansedumbre y esperanza de derramar el bien... Sintió liviano el corazón, sin miedo, sin perturbación alguna. Es que estaba tocando ya su destino. Iba a ejercer su magisterio pese a todo. Porque

no podía dejar a sus niños, a los que había visto devorados por la escoria de noche tan larga, librados a su desgraciada suerte. Y ya decidido, en tanto la tarde se despedía de los cerros, se apresuró a colgar de un algarrobito la campana y al tirar el piolín con suavidad, le pareció que sus sones eran clarinadas de luz desparramándose sobre las negras bocas de los ranchos.

2

La noche aleteaba en el aire que bajaba cortante desde los cerros vecinos. Le pareció oír a lo lejos un grito de borracho, al que amplificaban las honduras pedregosas del arroyo.

Desde la cocina le llegó el chirriar alegre de su asadito. Era una pata flaca de cabrito, pero, por lo menos, iba a variar el charqui salado de todos los días.

-Esto le manda l'agüela, -le había dicho el Chalolo esa mañana-. Y dice que si algo li'hace falta, que ya sabe. -Era bueno conocer que alguien, por lo menos, estaba dispuesto a compartir su pobreza con él.

El mechero dejaba caer su luz humosa sobre el catre pobre, dibujaba la mesa rústica con papeles, el banco que él mismo construyera. En una esquina afirmado a la pared el aparador, hecho con un viejo cajón en el que guardaba sus dos platos, una taza, la cacerola y los cubiertos, que era casi todo cuanto tenía. Lo demás, era el frío de los rincones oscuros.

Observando los cuadernos recién empezados de sus niños, con los que se entretenía procurando acortar la soledad de sus noches invernales, sintió pena una vez más. Era tan tosco y rudimentario todo lo que hacían! Morenitos, peludos, ojos negros, redondos, apagados, cabello tinto, pómulos aindiados, ariscos, que lo miraban todavía asustados, prontos a la espantada, llenos de desconfianza y de miedo. De los veinticinco anotados, apenas si iban quince. Los otros se presentaban un día y no volvían por diez o veinte. Cuando iba a reclamarlos siempre había un pretexto. El viejo Aniceto le había dicho: -Si le mando las dos chicas, usté me deja con los brazos cortaus, no ve? Mi mujer 'ta enferma y yo tengo que salir a changar.

Tal vez tuviera razón; él tan sólo le pidió hiciera lo posible. Aunque por la cara que puso el hombre al alejarse, comprendió que su pedido le había resultado molesto.

Cerró los cuadernos y se levantó para cruzar el patio, a dar vuelta el asado en la cocina. La noche se le aparecía, desde que estaba en Pisco-Yacú como un mar fantasmal sin orillas. Y cómo ayudaba a apretarlo contra su soledad y su nostalgia! Arriba, muy cerca, la ramazón dorada de las estrellas, le devolvía en parte la paz.

Ya llegando a la cocina, por sobre el tropel de un caballo escuchó más cerca los gritos claros, definidos: -Me caigo y me levanto en el maestro!

Como una llamarada la rabia le llenó el pecho. No. Tal vez oía mal. No podía ser. Y el caballo se acercaba...y los gritos seguían y seguían en términos insultantes parecidos. Medio agachado para no tocar las varas del techo con la cabeza, dejó la cocina, entró a la pieza y levantó el revólver. Desde el cajón que

hacía de mesa de luz, el retrato de la madre pareció mirarlo preguntándole dónde iba con esa arma; a la vez que su mujer, desde otro cuadrito, le sonreía prometiéndole toda su cautivante belleza.

Tres meses se le habían ido ya en Pisco-Yacú, pero en ese corto tiempo se daba cuenta que de aquel muchacho lleno de ilusiones que llegara un anochecer, era muy poco lo que le quedaba. Otro hombre había madurado en él, con otra visión de cosas, con otra filosofía de la vida, que nacían de esa realidad quemante a la que ahora iba aprendiendo a descifrar. Pero cuánto le había costado interpretar aquello! Porque cuando empezaba a buscar explicaciones, sólo halló en su cabeza una idea bonita de patria, con grandes héroes, soldaditos bien alienados y valientes luchando por la libertad, una bandera de fiesta ondeando alto y el orgullo de ser argentino. Sin embargo, nada de eso encajaba con la patria real que ahora pisaba y que le dolía como un machucón en sus sentimientos. Había mucha gente cercada por el hambre y de ella no se hablaba en las escuelas... había muchas cosas que se hacían al margen de la ley y de eso eran pocos los que querían darse por enterado. Empezaba a comprender como hacían su riqueza algunas firmas poderosas hasta límites fantásticos, cómo muchos daban el salto vertiginoso que les permitía cambiar, de la noche a la mañana, los andrajos que vestían ayer, por las ropas de gran señor que lucían sacando pecho. Había una patria de tarjeta postal para turistas extranjeros y criollos desaprensivos, que era fundida reverente por los “profe” de la escuela normal y muchos maestros de la primaria, que nada tenía que ver con la otra, con la auténtica, con la del hambre, del dolor, de la desesperanza. Y minuto a minuto se hacía carne en él la idea de todos los que hablaban de patria mentían, que casi todos los que hablaban de fraternidad, amor y caridad eran nada más que unos farsantes. Porque nadie podía estar hablando con verdad de todo aquello, en un mundo poderoso y rico, inmensamente rico, en tanto existieran vidas como aquéllas a las que día a día iba conociendo.

Sucedía que los “puebleros” cerraban los ojos con egoísmo a esa realidad, que era el abandono y la miseria de miles y miles de criollos y tan sólo se acordaban de ellos los políticos en víspera electorales o el día mismo del acto en la limosna de la empanada y del vaso de vino. Pero el hambre y la ignorancia con su secuela de temores, violencia, brutalidad y de generaciones estaban allí y él palpaba vivos y repugnantes sus efectos.

Pero haber llegado a comprender aquello no era lo suficiente. Sometido su espíritu conformista de antes, todo podía seguir sucediendo igual. Pero no; al hacerlo, había descubierto vibrando sus fibras de hombre, igual que tirantes cuerdas, y sintiendo como si la fuerza de su decisión le hubiera destapado un volcán en su pecho, había arribado ya a una conclusión que era definitiva. Se arrancaría de sí, de su comodidad de su egoísmo y orgullo, de todo lo que era su vida, cuando fuera necesario para hacer sentir a esos hermanos, por lo menos, el calor de su mano tendida y la esperanza entregada sinceramente, para salir en búsqueda de caminos hacia una vida mejor. De aquel muchacho superficial e indiferente, hijo de un medio sin mayores inquietudes, había nacido un hombre, como brotado de su propia tierra al descubrir aquellas llagas, a las que no escondería avergonzado ni ignoraría, sino que iba a jugarse entero para curarlas. Sinsabores, amarguras y cimbronazos a lo bárbaro estaba seguro que lo esperaba, pero estaba dispuesto a hacer frente a lo que fuera, como en ese momento en que apelaba a todo su sentido de comprensión y de piedad, para hacer que aquellos insultos resbalaran sobre su piel, para olvidar su amor propio, para dominar esa furia que no sabía dónde podía conducirlo.

Los gritos de don Aniceto continuaban acercándose y algún perro lo acompañó con sus aullidos desde una oscura quebrada. Le escuchaba ya nítidamente todo el alegato y comprendía bien lo sucedido.

El enojo provenía de aquel reclamo que le hiciera, para que mandara sus hijos diariamente a la escuela. Por eso ya tenía otro enemigo. Y sabía que no era de dejarle las riendas sueltas. Don Aniceto era de esos criollos flojos y mañeros, boca sucia, cobardes y traicioneros, que con un litro de vino encima, son capaces de cualquier cosa. Además, llenan el rancho de hijos, hacen del pechazo una profesión, andan envueltos en hilachas y dejan que le hambre les siga los pasos como perro fiel hasta el día final en que se quedan sin sombra.

Tenía un caballo viejo, flaco y mañoso como el dueño, que según opinaban, debía saber leer, porque allí donde hubiera un letrado que dijera "Boliche tal o cual", había de arrimarse sin que se lo pidieran. Y además, cuando su dueño le hacía jugar por las verijas unas viejas espuelas, era baqueano por demás para entrar en los boliches, topetear mostradores y armar adentro las de "San Quintín".

Vivía don Aniceto en unas taperas, ruinas de una casa de las de antes, entre los esqueletos de una quinta hermosa, de la que sólo quedaban uno que otro duraznero arruinado y algunos viejos nogales, cuyas flores no cuajaban jamás. Su mujer, negra y flaca, prácticamente se arrastraba consumida con una tisis sin remedio. Pero era suficiente que algún día amaneciera con aliento para que debiera soportar los palos que le daba el marido, al regresar borracho por las noches. No era nada más que una sombra movida por un hilo finísimo de la vida.

A las doce, tuviera dinero o no, don Aniceto había de estar pechando los mostradores y con unas rodajas de mortadela, empezaba a pasar los "medio litros", que compraba, siempre muy pocos y los que garreaba, que, esos sí, eran muchísimos. Al atardecer, en cuanto el bolichero le negaba cualquier pedido, porque se había puesto "pesado por demás", ya ganaba la calle y empezaba con su retahíla de insultos.

Muchas de esas cosas eran las que encontraba afuera de la escuela, las que le hacían morderse los labios, avergonzado, dolorido, como si fuera su misma espina dorsal la que estuviera arqueándose al peso de semejantes cimbronazos.

Por qué tanta gente vivía desorientada, entregada totalmente indefensa a una fatalidad de la que ni siquiera intentaban escapar?

Eso tenía que descubrirlo. Como a esos muchachos sanos, fuertes, a los que un día les preguntaba:

-Trabajás, vos?

-A veces.

-Te pagan bien?

-No sé.

-Cuál es tu oficio?

-Ninguno

O si no, ese otro vecino que llegó un día diciéndole:

-Maestro, no le voy a mandar más los chicos a l'escuela porque tengo dispuesto irme.

-Adónde se va?

-No sé.

-Y en que se va?

-No sé.

-Y volverá?

-Vaya a saber... -De un día para el otro armaban viaje, cargaban lo poco que tenían, en lo que fuera, un caballo o burro y se largaban a la yanca, a la buena de Dios. Los corría la necesidad. A veces alguno que no pensaba de todo mal, decía: -Y, por lo menos iremos donde haya un arroyo pa' que tomen agua los chicos y los animales.

Y en la escuela, lo mismo. Qué podía hacer con ese puñado de niños que se aplastaban a mirarlo con el rostro más para llorar, más para clamar por un pedacito de torta que para atender lo que él quería enseñarle y a ellos muy poco les importaba?

Tras cada mirada adivinaba una pena mansa, callada, echada como un perro centinela ante el alma esclavizada. Y qué tenía él para darle a sus niños? Acaso le servían para algo esos libros que había llevado de la ciudad o ese montón de conocimiento que el programa de enseñanza le indicaba, o todo lo que había aprendido en la escuela normal? Sin duda alguna que no. Comprendió que lo primero que debía hacer, era sentirse niño él también, abrir todas sus compuertas de alegría, volcarse como una lluvia de rocío, fresca y vivificante sobre el corazón de aquellos niños. Necesitaba borrarles del rostro esa vejez prematura, tenía que enseñarle a reír ante que nada si quería salvarlos de aquella cruel helada de sombra que estaban sintiendo caer sobre sus vidas, desde el día primero, desde el día mismo en que fueron concebidos.

Tunino, Pajarito, Juancho, el Tarta, después de huirle, de escapársele en los primeros días, habían cedido en parte a su bondadosa preocupación y ahora los percibía más de cerca, los sentía silencioso, siguiéndolo como pollito de incubadora.

-Qué les pasa hoy?, -Les preguntaba a veces-. Por qué han venido tan tristes? O están cansados? -Nadie le respondía-. Bueno, dejen todo. Vamos al arroyo, quieren? -Pajarito ganaba primero que todos la puerta, ganoso de cielo. Se iban conversando, observando cuento le salía al paso, preguntándoles, haciéndose enseñar por ellos, para obligarlos a hablar, buscando una mayor comunicación.

Pedrito se quedaba más atrás a veces, porque en todo era perezoso.

-Vamos, flojo. Nosotros nos quedaremos aquí; vos sigue más adelante. A ver...ahí...ahí... Te damos toda esa ventaja y corremos una carrerita hasta el tala aquel...atención! Uno...dos y tres! -Y todos largaban esa carrera que terminaba en risas y felicitaciones para el vencedor. Y ya sentados bajo el tala, les decía:

-Atención! Cierren los ojos...Qué pajarito es ese que pía por arriba? -Casi todos lo sabían.

-Y cómo es el nido, a ver? -También todos lo sabían, pero el que se destacaba en esto, era pajarito. Con sus ojos limpios en la cara redonda y morena, una sonrisa de felicidad, si estaba al aire libre, le lavaba permanentemente el rostro. Tenía unos ocho años, pero era vivo y conocía todos los secretos del monte, especialmente en cuanto se refería a la vida de los pájaros. Era hijo natural y desde la edad de meses quedaba solo en el rancho, en medio de la soledad, porque su madre salía a buscarse la vida, melizando lo que fuera, con tal de ganarse unos reales o un pedazo de pan. Para entretenerse el chico busco al principio la compañía de las aves y les fue conociendo al dedillo su plumaje, nidos, costumbres y silbos; cada día más y más atraído por ellas, llegó a conocer hasta cada parejita de las que frecuentaban por su vecindad, por nombres que él les inventaba.

-Ah, sí, don Pito...con que ya anda haciendo nido. Y doña Pita? Que hace que no viene todavía a ayudarle? O si no, mirando pasar una pareja nueva de

jilgueros, decía: -Ahí vienen los novios...veré adónde van...-. Y los seguía y seguía, sin acordarse del hambre ni de la sed, alejándose más y más del rancho sin darse cuenta siquiera. Volvía por lo general siempre de noche y se quedaba en la covacha que hacía de cocinita, solo, arrinconado soñando con su madre y con su mundo, ese mundo que era el día luminoso, con árboles bien verdes, el cielo y los pájaros.

-Sirve para algo este tala?, -interrogaba el maestro.

-Y claro, -respondía alguno con voz desganada.

-Y de no?, -contestaba algún otro, sin que pasaran de ahí las repuestas.

Con infinita paciencia insistía y como jugando les iba arrancando las palabras, enseñándoles a sondearse, a razonar y a usar su instrumento vocal, al que desdeñaban con su habitual pachorra. Así enumeraban paso a paso las utilidades del árbol y algo semejante al asombro empezaba a pintarse en el rostro de los niños, frente al descubrimiento de cosas que habían tenido antes sus ojos sin ver jamás; ahora, al serles develadas, veían con claridad y quedaban fijadas en su mente de manera lógica y ordenada. Entonces, en los ojos claros del maestro, reaparecía la esperanza.

-Y esa avecita que juega arriba, arriba de las ramas, qué nombre tiene? Nadie hable; vamos a dejar que sea Pajarito el que lo haga, porque desde hace rato esta muy callado. O te comieron la lengua los pájaros? -Acertaba de inmediato el niño y luego todos continuaban caminando por el cauce seco del arroyo, jugando al que encontrara una piedra más bonita o un caracol, todo para llevar a la escuela.

Y entonces él empezaba a soñar en voz alta, como sería la casita que pensaba construir un día para la escuela, con qué plantas y flores la adornaría para que fuera más bonita, hacia dónde orientarían las ventanas, de qué color las iban a pintar y las mil cosas que harían la felicidad de todos, en esa cajita que ya soñaba como de cristal, llena de aire, luz y alegría.

Y la ternura desbordaba de sus palabras, como queriendo contagiarlos, deseosos de sacudirlos para que despertaran a las posibilidades de ese mundo mejor a donde aspiraba conducirlos.

-Y a vos, Tunino, qué te pasa? -el chiquito de camisa rota, con la hilacha que apenas le sujetaba el pantalón, alzaba los ojos lastimeros, como si le amagaran con un palo y ni una sonrisa fluía de su boca seca, de labios partidos.

-Está en casa tu mamá?

-Sí'ha ido, -respondía el niño bajando la cabeza.

-Volverá luego?

-Yo no sé.

Se quedaba como ausente largo rato, impasible su carita de viejo, masticando quien sabe qué cosa. A veces, de repente, encontrándose en le patio, corría hacia donde él estaba y apegándosele con su montoncito de huesos puntudos, disimulados debajo de un saco viejo de hombres, gritaba aterrizado: -Tengo miedo! Me van a apretar esas nubes! -Y señalaba algunas muy gruesas que pasaban barridas por el viento. O de bien estar en clase, interrumpía para decir al borde del llanto: -Me duele el pupo! Me duele el pupo...!

El sabía que tenía hambre y sueño, que tenía dolores que nadie curaba, heridas abiertas en la carne tierna y viva, que nadie podría curar jamás, aflicciones del alma a la que nadie se arrimaba ni por descuido.

-Y tu hermano, por qué no vino? -preguntaba a veces a algún otro.

-Porque nu'ha pelechau, señor. -Comprendía; era porque no tenía otra muda de ropa para ponerse.

-Y el tuyo?

-Porque 'ta en pata, señor.

Tremenda realidad que se alzaba como una pesadilla. Su escuela, esa escuela que él quería de alegría, amor y saber, se impondría alguna vez contra todo eso?

Su juventud, su alegría de vivir, se le escapaban todavía por todos los poros y quería contagiar su risa, esa dicha de sentirse con las manos llenas de semillas y todo un predio por delante para sembrar.

-Maestro, le quiero poner este chico, pero no sé si usted irá a poder con él.

-Pero cómo no! –e inclinándose le miró sus ojos limpios.

-Es que, sabe? El nu'habla... Nu'ahí poder de Dios que lu'haga hablar.

-No? –Lo levantó en sus brazos fornidos como si fuera una pluma-. Ya verá que sí, señora. Le pondré por aquí una gomita como a los muñecos, dijo señalándole el estomago y cuando le apretamos la barriguita. Dirá mamá y papá... ya verá! –Rieron la madre y el chiquilín y él siguió observándolo apasionado ya por resolver esa nueva dificultad que se le presentaba. Presentía que Casianito le daría mucho trabajo.

Y así los días iban apilando en su cabeza montones de obstáculos, cientos de escenas que entraban a veces como afilados relámpagos en su corazón. Eran, casi todas, escenas deprimentes, dolorosas, como esas tan frecuentes en las frías mañanas, cuando veía algunos de ellos a punto de desmayarse y lo llevaba de inmediato a la cocina.

-Te desayunaste esta mañana?

-No, maestro, -le respondía débilmente el enfermo

-Comiste algo, anoche?

-Nada más que un chiquitito de cuajo viejo...tata se jue hace tres días y no ha güelto.

Ya sabía de esas historias. Cuando el hombre, tan esperado por el hambre de todos, regresara al hogar, sería como si no lo hubiera hecho; Porque el dinero tan duramente ganado, era lo común, abría quedado en el boliche o en un solo tiro de taba.

Pensaba, razonaba, buscaba alguna explicación para que todo aquello se viniera repitiendo de igual manera, quién sabe desde cuándo. Pero confiaba en descubrir algún día las motivaciones que llevaban a tanta orfandad, a la desidia incorregible, a todo lo que conducía a esa ciénaga infecta, que repugnaba.

Una tarde que tomaba mate con doña Desposoria, aquella abuela que conociera en su primer día de permanencia en el lugar, mirando la viejecita a los nietos que venían sobre el atardecer acarreado su majadita, contenta, porque siempre lo estaba, le había dicho: -Oígalos...ve cómo se ríen? Ya le dije, son más alegres que una calandria en primavera. Y no tienen más brazos que los ampare que los d'esta vieja. M'hija era güena, pero vino el Regalau, chino que no sirve más que p'andar enlabiando mozas y después de engañarla, me la dejó áhi tirada, sin un rial pa'los pañales si quiera. Ella era decente, porque aunque usted no lo crea, hemos siu de una familia humilde pero muy güena. Aquí antes hubo de todo, no había de faltar ni qué comer ni qué ponerse a la gente d'este vecindario... Pero después... Ya sabe... dí'ande se saca y no se pone, todo se descompone... -Juntó las manos, suspiró y se quedó pensando. Como si hablara entre sueños continuó después.

-De todo lo lindo qui'había, sólo quedó el nombre...qué cosas suceden en la vida, señor!

-Pisco-Yacú.

-Pajarito del agua.

-Pero ese nombre es como una burla... si no hay agua!

-Pero antes sí había, no le digo? Antes todo era di'otra laya. Llovía seguido y los arroyos se llenaban di'agua hasta la boca. Y ande usté juera había de ver las vertientes derramándose, y creciendo por todas partes los berros, las totoras y pasturas qu'era aquello un contento!

-Y lo de Pisco-Yacú?

-A eso iba. Yo oí contar la leyenda 'e boca 'e mi agüelo, qu'el Señor me lo tenga a su santo lau, qu'era una joya di'hombre, tan modosito y tan agraciau pa' relatar... El contaba qui'aquí vivió en un tiempo una india más linda que las flores y que su canto era tan dulce, que naide podía resistir a su encanto, por lo que todos los de su tribu l'adoraban. Cierta vez, nos decía, con rumbo al norte pasó Pisco, un chasqui del Inca, que llevaba un mensaje de vida o muerte a la Ciudad de los Césares, que quedaba cruzando en estas deraceras. Y jué que acercándose a beber en una d'estas vertientes, la oyó cantar a ella y se prendó... perdidamente se prendó.

Como se quedara ausente en una larga pausa, la azuzó.

-Y después? -Vio que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

-Soy una zonza...le pido me disculpe...m'hi tau acordando 'e tata, -dijo pasándose el pañuelo por la comisura de los labios-. Otra vez le voy a terminar el relato.

Comprendió. Eran recuerdos hondos, era una vibración telúrica, tal vez, la que traspasaba con su amor a la anciana.

Mas tarde, como si saliera de un pozo, agregó tratando de disimular lo pasado con una sonrisa: -Yo ya 'toy lo mismo qui'un viejo que sabia vivir p'al alto y que cada vez que le pedían un relato o sucediu, después di'hacerse rogar, empezaba allá a las cansadas con su voz 'e trueno: -"En ese tiempo viviyamos yo...mi tata...Bostián... y como si de repente si'hubiera acordau decía...voy a vé l'agua...y se metía en la cocina y salía cuando los otros si'habían ido, cansau d'esperarlo.

De todo lo dicho sacaba en conclusión que era posible hubiera mucho de verdad en las palabras de doña Desposoria. Porque en forma semejante le había hablado doña Rufa, un día que se lamentaba por la vida que llevaba su hijo Juanca.

-Usté me puede ayudar a enderezarlo al Juanca, -le había dicho en tanto la paleta de su telar subía y bajaba combinando los colores, en los que iba estirándose el poncho que hilaba.

-El nu'es malo, pero no tiene oficio y 'stá medio enviciau. Y áhi 'ta la desgracia! Yo mi'acuerdo qui'antes la vida nu'era así. Hasta en la casa del más pobre siempre había alguna industria, algo lindo qui'hacer, hilar, tejer, hace cestos, ollas y por eso nunca había de faltar el triguito p'al frangollo, el güen zapallo asau pa'comer con leche, las frutas secas, el quesillo con arrope, los dulces, todo... A cada cual más, las dueñas 'e casa sabían aprovechar cuanto tenían, que nu'era escaso. Agora no, no ve? Si nu'es comprau en el boliche, no sirve.

-Yu'aprendí de mi madre la tejeduría y mi hombre, Juan, de su propio padre a labrar madera. Nadie lo igualaba en hacer primores en eso! Y así había otros que trabajaban el cuero, con el que hacían petacas finísimas, aperos, cinchas, riendas que daba gusto ver... otros, los chifles, los anillos 'e cobre, di'aspa o de lo que fuera...y qué mano pa'tirar los surcos y echar la semilla justo

donde y cuando debía ser! Pero ahura! –Y la boca chupada, le enflaquecía aún más la cara arrugada con el desaliento.

-Qué sé yo lo que pasó después! –continuaba diciendo-. Pero jué como una locura que los agarró a todos. Qu'el ferrocarril que había llegau, que las hachadas, los fletes... Las cosas que contaban! Aquello nu'era más que ir a llenar los bolsillos 'e patacones y pegar la güelta...todo iba a ser mucho mejor que antes... Pero qué ... tantos jueron y no volvieron más... otros ganaron, es cierto, pero tierra se les hizo todo...esquilmaus por unos o por otros, se jueron dejando estar y dejando estar y prendiendo a chupar y ser pendencieros...todo lo di'aquí quedó tirau, muerto, sin valor. Así como le digo, me lo mataron a Juan...y después, los hijos 'e tantos otros se jueron quedando sin oficio, hechos a ese pensamiento de qu'era suficiente tener cómo abandonar las sierras pa'ir a cualquier parte a ganar la plata que traían a mano llena los gringos, sí, señor, los gringos. Porque todo lo d'ellos valía, aunque fuera una chuchería...pero lo nuestro...si no faltaba más! Y así se jueron quedando vagos y pelvertidos... Ah, si habrán visto cosas mis pobres ojos! –Y se los restregaba como buscando aquella vieja luz para ellos.

Tal vez tuviera razón doña Rufa, aunque no toda. Había sobrevenido una época de cambio, para la que no estaban preparados, sin ideas para hacerle frente y entonces...

-Tal vez si usted, señor me lu'aconseja al Juanca, se enderece; es joven-, concluía apenada-. Probablemente; a él le gustaría que así fuera. No parecía malo el muchacho, si no más bien un desgraciado fruto del medio ambiente en el que se había criado, muy dejado de la mano de Dios y apegado a la pollera de la madre que se mataba trabajando para que a él no le faltaran unos billetes en el bolsillo, cuando de ir a unas carreras o alguna rifa se trataba.

Sí, también lo ayudaría. Se sentía capaz de hacer todo eso y mucho más todavía. Quedaba uno solo, un gran enemigo que lo preocupaba profundamente: era la soledad, la tremenda soledad cuando lo arrinconaba y se le venía encima con el grito lacerante de los recuerdos. Y entonces le dolía el tiempo, todo le parecía oscuro y que en tanto él permanecía sepulto como bajo un sueño pesado, alguien se encarnizaba en atacarlo arrancándole pedazos de su vida. Y el tiempo allí, inmóvil detenido, torturándolo. Otras veces, desconcertado, se sentía como ausente de sí mismo, como si sus pensamientos anduvieran desparramados en un cuerpo que no era el suyo. Se angustiaba entonces y buscaba las causas de ese fenómeno, pero sólo conseguía aumentar la sensación de que miles de garfios se le prendían tratando de despedazarlo. Tiempo y recuerdos, recuerdos que se cristalizaban en un tiempo sin transcurrir... sacudía entonces fuertemente la cabeza, tratando de aventar lejos aquellas pesadillas. Porque ahora estaba en ese lugar y debía estarlo íntegramente si no quería fracasar y defraudar a los que confiaban en él. La lucha estaba abierta en todos los frentes y era sin cuartel. Y no faltaba día en que sucesos inesperados se la hicieran más difícil.

Una mañana, mientras daba clase en el aula que había blanqueado y mejorado en lo posible, un murciélago voló de entre las varas del techo, lleno de arañas y de otros insectos a los que todavía no había podido desalojar. Se quedó pensando en tanta inmundicia, cuando el Chalolo dijo señalando hacia las cañas del techo: -Maestro, mire, aquel palito que se mueve!-. Alzó la cabeza y le pareció ver nada más que la punta de un palo que colgaba, un hundimiento de jarillas, tal vez en el techo penumbroso. Siguió dando clase, cuando enseguida, otro revoloteo enloquecido del murciélago, que planeó sobre su misma cabeza, lo

obligó a seguirlo con la vista, fastidiado, ya dispuesto a echarlo de una vez, cuando quedó paralizado. Allí, encima, balanceándose en procura de la presa que se le escapaba, una víbora dejaba caer como medio metro de su cuerpo rollizo, triangular la cabeza, con dibujos cruciformes en blanco sobre fondo negro, inmóviles, asqueantes las pupilas impávidas...

-Y es de la cruz...! –gritó el Chalolo.

Ordenó de inmediato que todos abandonaran el aula y corrió a buscar el revólver; regresó de inmediato, pero tal vez al ver tanto movimiento, el ofidio se había ocultado. Hurgaron el techo hasta cansarse, pero todo fue inútil. Esa noche, el maestro, por las dudas y aunque la noche estaba bastante fresca, tendió bajo las estrellas su cama. No le hacía ninguna gracia compartir su habitación con tal huésped.

Consideró que dada esta circunstancia y ante el peligro que ello significaba, era oportuno destechar la casa para obligar al animal a escapar y aprovechar de paso para renovarlo. Pero sólo pensar en una nueva entrevista con el Capataz, lo hizo desistir; había quedado ofendido el hombre, porque toda la movilización de cañas para hacerlo saltar a ese “intruso y atreviu”, no le habían dado resultado. Y de ahí que los juramentos y amenazas, a los que se unían los del comisario, también tocado en su amor propio, anduvieran pasando de boca en boca.

-Este no va a durar... no se consientan ... que no se li'haga el campo orégano... di'aquí s'irá solito y de no, conocerá el calor de mi marca...

Estaban acostumbrados a someter, ya haciéndoles sentir necesidades o por la fuerza, a todo el mundo y se sentían anchos de que los consideraran amos y señores del lugar. El era un rebelde y poca duda quedaba de que estarían esperando fuera un día a buscarlos, acosado por su necesidad, para largarle entonces, “con las dos patas”.

Pensó dejar las cosas como estaban; ya haría arreglar por su cuenta ese techo inmundo, no bien encontrara dos comedidos que le ayudaran. Pero a la noche siguiente, sin embargo, se abrieron en flor las esperanzas de la tierra que se moría de sed; desde largos meses, los animales, puro hueso y pellejo, clamaban por agua; envueltos en nubes de tierra se cruzaban hombres, mujeres y niños, con su majada o arreíto, buscando la aguada más resistente, para salvarlos; también la boca seca de todo la gente pedía un poquito de “agua llovida” aunque más no fuera para hacer unas gárgaras con agua limpia, y las viejas prolongaban ese mismo clamor en las noches, en sus oraciones sollozadas.

La nubazón gruesa bajó de los cerros, atropello el viento con furia y gruesa chispa rociaron de primavera a la tierra en aquella noche de setiembre. Muy a su pesar, el maestro se vio obligado a refugiarse en su dormitorio; no podía pegar los ojos; cada crujido de las cañas, cada quejumbre de las carcomidas varas, le parecía causada por la víbora que había decidido descolgarse. Fue imposible dormir. Oyó el aguacero diluirse y después la maldición del viento resonando por los quebradales, haciéndose pedazos en las ramazones, ululando por cresterío de las piedras, rasguñando bárbaramente la tierra. Y, al amanecer, ya tenía la decisión tomada: prefería enfrentar al capataz, por muy holisco que fuera a tener que pasar otra noche semejante.

El recibimiento que le hicieron el la estancia, fue el mismo de la vez anterior. Perros bravos atropellándolo, larga espera en el patio y al fin, el muchacho que apareció por el ramadón. Al enfrentarlo, se paró adelante y le largó la pregunta con tono insolente: dice el patrón que qu'es lo que anda queriendo.

-Deseo hablar con él. –Salió el muchacho rumbo a las casas arrastrando los pies y al rato apareció el hombre con las mismas bombachas de la vez anterior, el mismo pañuelo al cuello corto, más brava la mirada, eso sí y despreciativo el gesto: -Qué busca acá? –le preguntó descomedido, sin molestarse en saludarlo.

Le explicó en pocas palabras lo que sucedía y la necesidad de levantar el techo de una vez, lo que sería aprovechado, de paso, para dejarlo en condiciones.

Ajustándose el pañuelo al cuello y hamacando su cuerpo gordo sobre las piernas cortas y finas, le soltó el sarcasmo: -No será que li'anda buscando la güelta pa'no dar clases?

Sintió como si lo levantaran de los cabellos. Lo miró desde su altura como para aplastarlo de un manotón, pero se contuvo.

-Se equivoca, señor, porque no necesito de techo para dar clase a mis alumnos. Además, no puedo tolerar impertinencias como la suya!

-Si ustedes son todos iguales!

-Pienso probarle que son falsas sus suposiciones.

-Y yo... que nu'hay duro que no si'ablande...mocito consentido, éste! Y casi apunto de reventársele la cara por la congestión, dio la vuelta y se marchó. De ese hombre jamás conseguiría nada. Tal manera de proceder, no hacía más que confirmar lo que de él le habían contado algunos vecinos. Había sido un pobre muchacho que llegó a capataz de esa estancia y que después, con un poco de trabajo, algo de suerte y algunos manejos un poco turbios, hechos con animales y tierra que arrebató a gente humilde y confiada. Finalmente aprovechando una circunstancia favorable, por enfermedad y malos negocios de los dueños de la estancia, quedó todo de su propiedad. Y desde entonces creció su avaricia, su sed de sentirse rico, admirado y temido.

No iba a molestarlo más. Pero las cosas iba a hacerlas. Se arremangó un buen día y con la ayuda de Juanca y de otro muchacho, hizo volar el techo y con él todos los bichos allí refugiados, la víbora en primer lugar.

Fue otra cosa desde entonces la escuelita; era un rancho, pero tenía olor a barro fresco, a tinaja, a nido de caserita, a cal saludable.

Comprendió que sólo así, con resoluciones como esa, podría llevar adelante su obra. De la superioridad, que no atendía ninguno de sus reclamos, nada debía esperar y de los vecinos, poco, muy poco. Pero tenía que salir adelante. Su escuela no sería la simple casa que recibe niños para educar, sino un bastión de vida y cultura y él, desde esa cuatros paredes, tenía que constituirse en apóstol y en el combatiente aguerrido a la vez, que con abnegación y valor, sembraría saber y amor; si era necesario, a golpes haría entender a torpes y necios que debían entrar por el aro. Se convencía cada vez más que solamente ése era su destino y que cumpliéndolo, era la única forma en que llegaría a sentirse feliz.

En todas esas cosas pensaba cuando la tarde lo rodeaba con su soledad y tratando de escaparle, huía por los senderos, vagando sin rumbo. Viajaba a veces al arroyo y mirándolo tan seco, le gustaba imaginarlo como en otros tiempos, cuando, según doña Rufa, con el agua cristalina pasaba brincando entre las piedras, lavando arenas, vistiendo sus márgenes con las varas aromadas del quiebraarados, juncos y mentas, llevando felicidad a todos. Pero ahora no era más que un gran esqueleto, sin una esperanza, descansando largo a largo en su oscuro cajón de arena.

Sentado sobre una piedra, entonces, sacaba alguna vieja carta de Fernanda, (siempre eran viejas las cartas de Fernanda) y pareciéndole oír su suave voz en las confidencias, sentía avivársele el decaimiento que le andaba en los huesos de tanto mal comer, de tanto echar y echar jugos amargos en la sangre; y el impulso de cortar esas nuevas raíces que lo ataban al lugar, se levantaba desde muy adentro y ya se imaginaba corriendo a preparar su valija y dejar todo aquello para siempre. Pero un instante de reflexión tan sólo, le hacía comprender que era indigno alimentar, siquiera momentáneamente en su cabeza, esa idea que a veces se alzaba como un monstruo que crecía y crecía, anulando todos sus razonamientos. Superior a todo, entonces, regresaba el ansia de correr y abrazar a su mujer, de apegarse a su cara joven y bonita y besarla, besarla mil veces, de sentirla otra vez palpitante, enamorada, entregándose como la vez primera...Se sofocaba pensando...y después, mucho después, contarle las mil cosas que en ese momento se le hacían un nudo en la garganta. Tal vez, así como ese que recorría, había sido el camino de los santos, en el que la carne lo martirizaba y el espíritu parecía querer separarse de su cuerpo, para dejarlo quemar enteramente en el dolor, la duda, el deseo. Fernanda! Era el amor, pero también era la carne...Cerraba los ojos y se decía: "No puedo abandonar, no puedo ser tan cobarde...tengo que ser fuerte, muy fuerte. Soy nada más que un hombre, sí, un hombre común, pero debo matar todas estas impurezas, todo lo que me tienta para que yo reniegue de mí mismo, de mi profesión, de la obra noble que estoy destinado a cumplir. Mis niños, esta gente aplastada por el desamparo, esperan todo de mí. Ya llegará la hora en que podré disfrutar de mi vida de hombre, de jefe de un hogar, de ciudadano argentino. Porque ese día llegará. Debe haber justicia. Debo ser fuerte, fuerte, Dios mío!". Y entonces sentía que una lágrima le quemaba los ojos. "Romperé este silencio que me acosa, quebraré como a un hueso impuro la maldad, llenaré mi corazón de más y más ternura, quemaré mis deseos. Aprenderé a perdonar mil veces, partiré mi hambre con el necesitado y aprenderé, tengo que aprender a nadar con abnegación entre esas aguas infectas".

-Dios! –musitó.

Pero más allá los gritos del borracho que parecían haber decrecido, subieron avivados desde el norte, por sobre la sombra de los montes, ensuciando la tersa superficie de la noche.

-Yo no preciso saber sumar ni restar! A mí no me hace falta saber multiplicar ni dividir, carajo! Ni a mis chicos ni a mi mujer! Qué me vienen con sumar y restar! Porquerías! Libritos...! Por mí, que los quemé a todos...! Pa lo que me come el zorro! Con maestro y todo que los quemé, carajo! Si no digo! Metiéndose en mis cosas! Me caigo y me levanto en el maestro, carajo!

-Dios! –Volvió a escuchar una voz desde su pecho, como si una campana de capilla hiciera la imploración

-Maestro! Maestro! Puaff!, -grito otra vez el borracho atiplando la voz de manera cómica, ya llegando al rancho. En ese momento, escondiendo su rabia, sintió ganas de reírse de aquel hombre pobre.

-En todo caso, si es tan atrevido que llega hasta aquí a provocarme, me bastarán los puños. Le haré entender...

Entró a la habitación y dejó el revólver. Por la estrecha ventana se colaba un airecito fino que jugaba con la llama del mechero, que se movía de aquí para allá, descubriendo pedacitos de recuerdos queridos: los retratos, el cubrecama que un año le tejiera su madre...

El tropel llegaba en ese momento y decidido, salió dispuesto a hacer callar la boca a aquel hombre, si no era por las buenas, finalmente como fuese. Pero no le iba a tolerar insultos.

-Güenas maestro! –Un caballo jadeante rayó a sus pies en el patio oscuro. Le conoció la voz, que no era la del borracho: -Buenas, don Leonte. Bájese.

-Perdone, maestro, pero vengo con un gran apuro. ‘Ta muy grave la chiquita de mi compadre Indalecio. Es un fiebre muy grande el que li’ha dau... Dice que si usted no podrá hacer algo por la criatura.

-No sé... en realidad, sé muy poco de esas cosas... pero, de todas maneras iré a verla. Saldré a buscar en qué.

-Y en mi morito nomás, maestro! Yo me enancaré... Caray! Se le muere la chica a mi compadre, maestro!

-Bueno, no perdamos tiempo...un momentito, ya salgo –Y en un segundo recogió la caja con remedios y jeringas, cargó el poncho y montó decididamente.

La noche abría unas estrellas grandes sobre la provocación del borracho, que iba debilitándose más y más entre la espesura de sombra y piedras del arroyo.

3

La flor había amanecido allí, pegada como un pedacito de cielo al viejo duraznero, achaparrado y de retorcidas ramas, que vaya a saber por qué, había continuado viviendo solo y olvidado, entre jarillas y churquis, sepulto en la desolación más grande, no lejos de la escuela. Pero allí estaba, y el maestro, desde la puerta del rancho, con el mate de la madrugada en la mano, la mirada y un temblor de regocijo le recorría el cuerpo.

-Volver...! –Hay más esperanza de volver ahora! Cuando venga el verano... -pensó como deslumbrado, como si fuera una idea que aquella flor le resucitara, después de mucho tiempo abandonada.

Ese domingo iba a tener la visita de los niños que le ayudaban a acortar los días, pero lo mismo se levantaba con el alba a respirar las últimas estrellas. Balaban ya las cabras y algunas subían retozando por el colorido pedregal. Por el viejo nogal de alguna huerta abandonada, cantaba el zorzal y el aire quería ser juguetón y alegre. La tierra misma en algún distante cencerreo parecía sacudir el agobio de sed y lamento que la mantenía postrada y esclavizada al sufrimiento desde tanto tiempo.

Sintiendo esa comunicación secreta que le recorría el cuerpo como una vieja amortiguada alegría, que le ponía chispas en los ojos claros, se la ensancho el alma y midiendo lo andado, como un buen trago de vino, lo reconfortó ese recuerdo.

Día a día había ido profundizado más en el conocimiento de la gente que lo rodeaba. Allí estaba, no lejos, el boliche con su sucia estantería, con algunos pares de alpargatas y una que otra lata de sardina y viajas baratijas, pero con las

damajuanas, eso sí, siempre bien llenas de vino “bautizado”, y un viejo y una vieja ladinos para entretener, para ser melosos y obsecuentes, hasta que el vino entraba a calentar las bocas y hacía abrir por sí solo el bolsillo del tirador o las chuspas con plata para compadrear; y además arditos para quitar el miedo a los imberbes que empezaban a arrimarse poco a poco, como mosqueteros primero, hasta que un buen día capujaban un pucho y un vaso con sobra que les alcanzaban, y desde entonces ya se hacían clientes firmes. De ahí en adelante, real que consiguieran había de ir a parar al cajón del bolichero. Y en él, chiquilines todavía, aprendían de las conversaciones que escuchaban, empezaban a tallar con la baraja, y la guitarra que pulsaba algún cantor al que admiraban, les habría otro mundo jamás imaginado, de dulzura, misterios y hombrunadas en los cantares, cuando no picantes picardías:

“Negrito, si me querís,
por qué no mi’has hecho seña
pa’ decirle yo a la vieja:
-Mamita, voy pa’ la leña.”

Así también conocía ya cuáles eran los ranchos donde se organizaban las rifas de una funda, de un lazo o si otra cosa no había, una cabeza de chancho, oportunidad en la que se armaban los grandes entreveros y donde la moral que él empezaba a enseñar, era olvidada en nombre de la costumbre.

Doña Anastasia, que era famosa por sus bailes, sin duda por las hijas que no eran del todo feas y con las que, según decían, podían usarse ciertas libertades, donde los músicos hacían escuchar sus polcas lisas sin darse respiro y el vino andaba destrabando las lenguas, mandó invitarlo cierto día. Como respondiera la imposibilidad de hacerlo, fue más que suficiente para que intentara tomarlo para la farra. Pero llegó el momento que esperaba de agarrarla a tiro para hacerle oír sus razones.

-Me enteré lo que anda diciendo, pero deseo explicarle que si no voy a su casa, no es por usted ni por sus hijas ni tampoco por su pobreza. No soy un agrandado; simplemente no voy porque no me gustan esas fiestas donde usted compromete la honra de sus hijas.

La vieja que era muy pulgas ariscas, se encrespó como una araña: -Mire lo que si li’ocurre decir! Como si en todo el pago hubiera otra madre como yo y chicas ‘e tanta virtud como las mías! Además, sepa que cuando yo digo: hasta acá, hasta acá es... y di’áhi no pasará ninguno!

-Es posible, pero con tanto entrevero y gente joven, a veces...usted me entiende, Doña Anastasia...Mejor es prevenir que curar...

-D’eso mi’ocupo yo. Y pongo las manos en el “juego” por mis hijas. Que más hubiera queriu usted qui’una ‘e mis hijas le pusiera encima sus ojos! -La dejó ladeando la boca y masticando vaya a saber qué maldiciones. Era otra enemiga de cuidado por su lengua, la que se había echado encima.

Conoció a personas como “La Tuerta”, una solterona, alta, seca, con cara de pajarona, siempre bien enharinada, que pasaba meneando su figura de escoba por los senderos, amarrada la cabeza con un pañuelo ceniza, llevando en la punta de su lengua de víbora los últimos chismes, mirando de reojo con su único ojo vivo y desatando su carcajada agria y aguda de bruja de una punta a otra del vecindario. Ella era la primera en llegar en cuanto empezaba a enfriarse un finado, la infaltable en las rifas y en todo lugar donde hubiera reunión, siempre espionando, atendiendo, buscando siempre meterse en la vida de los demás.

Conoció asimismo a Doña Pancha, vieja ignorante y zafada, madre de tres chinitas, a las que rondaban los halcones a sol y a sombra y a los que ella pensaba mantener a raya, mezquinándose las con estas palabras:

-Dentren, mozos: tomen mate y vino si es qui'hay. Si quieren charlar, charlen con yo: si quieren bailar, bailen con yo. Con las chinitas, eso sí que no.

-Los muchachos se le reían y uno chiquilines medios desnudos que andaban por ahí, que la llamaban "abuela", demostraban cómo se burlaban de ella.

Mirando tantas cosas irregulares que ocurrían, no escapaba a su juicio que en Pisco- Yacú faltaba una policía responsable en el cumplimiento del deber, que no había en los alrededores un médico que ayudara a combatir tanta ignorancia que endiosaba a manos santas y "médicas"; que no se escuchaba jamás la voz de un sacerdote predicando moral y ayudándoles a desmalezarles el corazón. Allí, en esa costa de piedra y desolación, quien sabe por qué, parecía haber sido elegida para que el odio instalara su reinado.

Había familia que lo heredaban en contra de otras y bastaba que los hombres se encontraran donde fuese, para que sin decir "agua va", desmontaran de sus caballos y se cuadraran frente a frente, facón en mano, a dirimir diferencias que ni sabían cuáles eran.

Y después de eso, la pereza de muchos de sus pobladores, que a penas si rasguñaban la tierra, los vicios, el vino, el robo, la sequía que ayudaba a que aquello fuera así, negándolo todo para los guapos, para los decentes y el hambre y las penurias, por último, carcomiendo los frenos morales de los débiles.

Como a golpe de hacha se le había ido modelando el nuevo corazón, que necesitaba para poder sobrevivir en aquel medio, para ser el hombre duro, como la misma piedra que lo cercaba; altivo, resuelto todo, que a nada podía mezquinarse el cuerpo, si el caso llegaba, y a la vez saber ser tierno como un padre, más cariñoso todavía si era posible, para todos, con un amor evangélico escapando a su paso, bien abierta y tendida la mano con el perdón, incansable en calmar el dolor y en consolar el sufriente.

Maduraba, sí; comprendía; él tenía que ser, si no quería vivir para siempre en la indignidad de sentirse aplastado por la vergüenza y el fracaso, no sólo un verdadero maestro, sino también juez, médico y sacerdote. Vuelta a vuelta las circunstancias lo enfrentaban con crudas realidades, y en tales casos, no podía quedarse con las manos cruzadas, desairando con su actitud pasiva a los que empezaban a confiar en su acción.

-Y qué puedo hacer, maestro con mi compadre? -le decía un vecino-. Antes, cuando l'interesaba mi chancho pa' que les sirviera a unas qu'él tenía, me lo pedía prestau y hasta me quería pagar por eso. Ahura qu'el animal si'acostumbró allá y qu' en cuantito puede se m'escapa, mi'hace una denuncia en la policiya por perjuicios que li'hace el animal. Qué puedo hacer, ah? No le parece que debo partirle la cabeza di'un garrotazo a mi compadre?

Tenía que evitar mayores discordias. -Deje esto por mi cuenta, don Juan. Lo voy a hablar y lo convenceré de que le compre el chancho. Así terminan con este asunto y vuelven a ser tan amigos como antes. No le parece?

-Si usted manda? -Así empezó oficiando después.

Y después debió actuar como médico. La noche aquella que llegó un paisano a buscar su auxilio para una niña moribunda, le había enseñado muchas cosas. Al llegar, el cuadro era desolador; entre la penumbra, la chica se moría asfixiada por la difteria; en un rincón, tirado como un perro, el padre dormía su borrachera, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Había buscado olvidar sin duda, y lo había conseguido de esa manera.

Con la inmediata inoculación del suero, la niña, como por milagro se sintió aliviada; desde entonces lo miraban con más respeto los descreídos y los que le desconfiaban. Pero todavía quedaban sin entregarse los que sólo fiaban de la fuerza, de la baquía para imponer su voluntad bruta, para quienes las palabras nada significaban; los que lo miraban socarronamente a la distancia y lo consideraban un flojo, incapaz de hacer la pata ancha si el caso venía. –Es un pobre mozo-, sabía que habían comentado de él en el boliche en una rueda de bravos y no ignoraba cómo medían a los que admiraban y lo que significaban, llegado el momento, ser mirado en menos por ellos, señores del cuchillo y del atropello. Por eso se fortalecía en su idea que a nada tenía que achicarse si quería salir adelante en aquella verdadera encrucijada. Y a poco, debió demostrarlo.

El “Gaucha Negro”, el cuatrero alzado, había dejado la cumbre en aquella fría tarde, con el viento de la sierra, lo mismo que los pumas y llegado como un muerto de sed al boliche. Greñudo, la cabezota ruda sobre su cuello de toro, en cuya cara fosca asomaban sus ojos como dos balazos cargados de odio y desconfianza por todo y contra todo, había pedido su medio litro, al que bebía en silencio, estudiando los gestos del bolichero y observando a todo el que se acertaba a pasar, con un pie adentro y otro afuera, por las dudas. Era hombre que no confiaba ni en su misma madre.

-Andan melicos, Reyes?

-Hace años que no se ve uno ni pa'muestra- le respondió respetuoso.

-Así que nu'ha pasau una partida buscándome.

-Que yo sepa... -El bolichero lo miraba con desconfianza.

-Que no vaya a ser por tu boca que'entere qu'hi bajau 'e la sierra.

-Pero amigo...! –protestó haciéndose el trigo limpio.

En eso, con su hambre y aburrimiento a cuestas, tiritando bajo su remendada camisa, había acertado a asomar la nariz, Pedro, un muchachón trotacamino, más fiero que un susto a medianoche; huesosa la cara flaca, duro el pelo, aindiados los ojos, pero de buen corazón, comedido por un plato de comida y que llevaba, por todo bagaje, a donde fuera su hambre y su simpatía de muchacho bueno. Su madre, un buen día lo había abandonado y nunca más se supo de ella. Y así había crecido, un poco hijo de todos y de nadie.

-Me conocís vos? –le preguntó el cuatrero al verlo asomar.

-Y no? –respondió sonriente, ignorando que entraba a jugar con fuego.

-No será que me andais espiando? –Los ojos le echaban chispas.

-'Ta loco? –siguió chanceando Pedro, como siempre lo hacía.

-Loco yo? Vení p'acá! –lo mandó.

-Venga usted p'acá, si si'anima! –continuó bromeando, pegado a la pared por el lado de afuera, dejando asomar nada más que la cabeza al despacho.

-Con que querís que yo vaya? –El corpachón del gaucha avanzó a largos pasos de simio, naciendo de entre el negro breñal de su cara barbuda, el rencor de las palabras.

-Si quiere...digo... -Se le enfrió la sangre y empezó a retroceder.

-No disparís, que te voy a enseñar que conmigo no juegan los mocosos.

-Dele...! –jugaba todavía aunque ya sólo por darle gusto a la lengua.

Atropelló como un toro el guacho, y Pedro, ya sin color en el rostro, dio la vuelta y buscó el callejón. Pero ya el otro iba con el puñal en la mano, embravecido y era imposible creer la agilidad que mostraba persiguiéndolo.

-Sosiegue! Sosiegue!, -gritaba corriendo por atrás el bolichero, pero no había poder alguno que pudiera detener en su carrera al hombre aquel, que por momentos parecía iba a dar alcance a su perseguido.

El maestro, al oír los gritos y el tropel, dejó la senda por donde andaba alzando sueños, y al caer al callejón, comprometió de inmediato el grave riesgo que corría el muchacho. Rápidamente llevó la mano a la cintura y allí encontró firme a su compañero.

-Que sea lo que Dios quiera! –dijo y dejando pasar al muchacho, a cuyas piernas ya aflojaba el miedo, se cuadró en medio del callejón resuelto a impedir el paso de aquel hombre que parecía un loco.

-Déjelo! –atinó a gritarle pensando que con eso bastaría.

-Agasé a un lau, carajo! –vociferó el otro, a tiempo que le tiraba un hachazo que alcanzó a esquivar; y fue a retomar de nuevo la furia de su carrera, gacha la cabeza como un toro que se dispone a dar el encontronazo, cuando al grito de : -Que lo deje, le he dicho! –se dio vuelta y medio de reojo, se encontró con un revólver que le apuntaba. Se detuvo en seco y mudó la cara. Comprendió que aquello no era broma y que lo tomaban desprevenido; luego, acercándose unos pasos, abriendo grande los ojos como para medir mejor al insolente que se animaba a hacerle eso, preguntó con voz ronca: -Y qu'en carajo es usted pa'meterse en lo que l'importa? –Y tras sostenerle con fiereza la mirada por un instante, agregó: Al "Gaucho Negro" naide li'ataja el paso...Naide...! –E intentó continuar su persecución.

-No se mueva o lo quemó! –Allí vio que no le temblaba el pulso al hombre aquel. Y tras un amago de atropelladas, mirándolo como para comérselo vivo, le espetó: -Sabelo que me l'has hecho a mí, qu'es como cavarse la tumba! –Y guardando el cuchillo, de su boca carnosa, de labios tintos, dejó caer la maldición: -Pero a ésta me la pagarís, como qui'hay Dios! –Y pegó la vuelta.

Viendo aquello, Pedro se había detenido y tiritaba como en medio del invierno. El maestro se le acercó: -Qué le pasó?

-Nada...no l'hice nada –apenas si pudo responderle.

-Así que éste es...

-Sí, sí, el Gaucho Negro! –agregó con terror el muchacho y echándosele en brazos como un niño, sollozó como si escapara de una pesadilla: Casi me mata... si no es por usted, maestro...!

Eso ya era un recuerdo, aunque la amenaza pendiera en cada uno de sus días.

Al lado de aquél y de otros como él, atrevidos y chúcaros, estaban el comisario y el juez, y eran los más; para contar los buenos, que también los había, sobraban los dedos de la mano. Eran estos, hogares de virtudes cristianas de mujeres y hombres hospitalarios, caritativos, laboriosos, limpios de cuerpo y alma, aunque de limitadas aspiraciones, porque vivían cercados por la ignorancia y por el sometimiento al que los condenaban los prepotentes, esos que no reconocían más ley que la fuerza.

A los indefensos, pertenecían don Lázaro Sosa, un viejo chiquito, apasadito, boca chupada, ojos de mirar distante y lacrimosos. Hábil asador y si igual para charquear, donde hubiera una rueda anunciada había de estar él parando asadores. Y después de entonarse la garganta con unos buenos tragos, dejaba escuchar unos cuentos añejos, que sólo él sabía. Pero siempre había de hacerse rogar. Cuando alguien le decía:

-Ahora cuentesé algo, don Lázaro, -tenía que responder todas las veces: - Y qué sé yo... si yo no sé nada! –levantando sus manitos de peludo como para atajarse.

Con su pobreza empezó a llegar hasta la soledad del maestro y se fue aquerenciando para las mateadas de la noche.

-A ver un cuento, don Lázaro –le pedía. Y tras recorrer leguas de campo memorioso, iba hilvanando la historia con silencios, monosílabos y miradas cargadas de intención, con maestras chupadas al cigarrito de chala con hinojo, que cortaban el relato en lo mejor y dejaban temblando largamente el suspenso.

-Güeno, pues...ahura creo acordarme qui'aquello jue así. –Y se acomodaba el sombrerito desteñido como si estuviera por galopar.

-Aquella vez que Juan el Zorro no conseguía que su tío Tigre le diera ni una partecita 'e la res con la que se atragantaba el muy goloso y no pudiendo darse por vencido porque el hambre ya lo podía, le rogó lastimero: Deme, aunque más no seya la vegiyita, tío, de todos modos nu'es más qui'un cuerito sucio. Se despachó al buche el último bocau el tío mesquinazo y entonces, gruñendo, le dijo: -Aunqu'era pa'la tabaquera 'e tu tía Tigra, pa' que vías como ti 'aprecio, te la daré; agarrala, y se la soltó por los aires. Ahí nomás la capujó Juan y entretenido en inflarla y hacerla subir p'arriba, si'olvidó un momento del hambre que li'hacia chiflar las tripas.

-Vení, Juan. Poné el hombro –le gritó en una de esas el tío-, que te voy a cargar con este costillar pa'que se lo llevés a tu tía Tigra. Que me lo guarde, decile; has óido? Y cuidaíto, no? –Y li'apuntó con el dedo uñudo la carga, como si juera a jusilarlo. Salió Juan a las culanchadas con la carga, pero de tan contento que iba, le parecía que cargaba una pluma y más pronto que corriendo, ya con la nohecita por todas partes llegó ande 'taba la tía.

-Esto le manda mi tío pa'que comamos y después dice que durmamos los dos.

-Que durmamos? –preguntó frunciendo la cara la tía Tigra.

-Sí, tía; que durmamos los dos.

-Qué 'tais diciendo, insolente? –le dijo amoscada.

-Qu'eso le manda mi tío pa'que comamos y dice que después durmamos juntos los dos –repitió casi gritando. Pegó un coletazo la tigre y sin decir más, conociendo las zonceras de Juan, y apuraita por el hambre, en menos que canta un gallo preparó el costillar y comieron los dos hasta hartarse.

-Y ahura, tía... -dijo Juan retorciéndose los dedos como con mucha vergüenza.

-Y ahura qué?

-Y... como ya himos comiu... viene lo que dijo mi tío.

-Qué dijo tu tío!

-Y...lo que ya le dije-, y bajaba los ojos pícaros.

-Y qué me dijiste, pues!

-Lo que yo le dije que mi tío dijo, es que... es que... güeno, que durmamos los dos-, dijo enterrando los ojos y bajando mucho la voz.

-Yo por mi lau y vos por el tuyo. Andá nomás, tendete por áhi –y le señaló un rincón.

-No, tía, no...es que mi tío Tigre dijo que durmiéramos juntos –porfió Juan.

-Has óido mal u estás con una chaveta floja.

-No, tía, le juro...

-No les digo! Si no faltaba más... -rezongó acostándose ya y como lo viera a Juan remoliniando, le dijo: -tendete en los pies, si querís.

-Tía, es que yo no soy mocito 'e los pies... a más que mi tío dijo; y lo qu'el dice pa'mí es ley.

-'Ta bien... tendete áhi, sobre las cobijas.

-No, no, -siguió porfiando Juan-. Si mi tío dijo clarito que durmiera esta noche con usted... y a lo que mi tío dice, yo, usted sabe...

Ya cansada y con sueño, la Tigra gruñó al fin: -Todo sea por tu tío, y apartando las cobijas l'hizo un lugarcito a su lau. Jue así como aquella vez Juan se salió otra vez con la suya. No le digo? Si era sin agüela, Juan.

Y en su sonrisa expresaba la satisfacción que sentía, como si las viviera de nuevo a aquellas historias aprendidas en su infancia.

Esos cuentos y algunos versos que don Lázaro cantaba acompañándose con la guitarra, le dejaban en la boca la frescura de las risas sanas, que le ayudaban a vivir. Pero también sucedían otras, a medida que conocía mejor el lugar y su gente, que lo desconcertaban profundamente.

Había visitado a una familia muy modesta, los Nievas, que tenían varios hijos y entre ellos, una niña que le llamó la atención. A los diecisiete años deslumbraba con su bellaza; los grandes ojos verdes, el cutis blanquísimo, una boca de labios bien dibujados, un cuerpo perfecto, los dedos largos y finos y con modales que nadie podía haberle enseñado. Y mirándola, le nacía la pregunta: Cómo pudo nacer entre estas sierras, siendo hija de criollos serranos, una niña como Pastora, que bien vestida, podía pasar por una princesa? Era curioso aquello.

Le resultaba agradable encontrarse con ella, para mirarla y admirarla como se admira una obra de arte, para regocijarse con su frescura y su belleza. Y se estremecía al pensar que eran muchos los del lugar que la rondaban y que las mayores posibilidades para hacerse dueño de sus encantos las tenía Regalado, aquel chino grandote, de melena cuadrada, ojos vivos, diablo para halagarlas, ya con fama de picafior, que entre otras, había hecho desgraciada a la hija de doña Desposoria; tipo vago sin remedio, pero que andaba con el tirador siempre lleno de plata y al que no le faltaban los aduladores; además sabía lucir como pocos la alpargata bordada, el pañuelo blanco al cuello y el ramo de albahaca tras la oreja.

Movió bruscamente la cabeza como para aventar de ella un mal sueño. Como si acabara de abrir los ojos, vio la serranía azulada, los senderitos riscosos enroscándose por la loma y talas falsos que subían más y más.

-La flor de duraznero... la primavera... una esperanza de regresar...! pensó con alegría. Desde la puerta, alto y fuerte, curtido ya el rostro por los vientos cerreros, seguía contemplando el día que con la luz y el aire vegetal, se le iba muy adentro a destapar recuerdos.

-Irme...sí, claro. Pero, y todo esto? -Otra vez la idea cruel de siempre volvió a machacarle la cabeza. Porque allí estaban sus negritos serranos que lo querían mucho y había que ver cómo le ayudaban con su presencia a derramar agua sobre ese volcán de su corazón, siempre convaleciente de ausencia.

En esos días había dado entrada a un alumno nuevo, que era tontito. La madre también lo era, una pobre mujer cuyos trapos parecían abajera de matungo, de la que algún infeliz se había abusado. En tanto él le tomaba los datos, el niño, como perdido, miraba pasar las moscas como si las viera por primera vez: -Mama, mire eso... -dijo señalándolas.

-Que no conocís moscas? –dijo pegándole un zamarrón a lo perro. Las mechas duras, como de paja negra y los ojos vidriosos de animal enfermo, le daban el aspecto de un demonio.

De igual origen era también la Goyita, flaca, jorobada y mal hecha, que con sus dieciséis años, andaba por las sendas a la yanca, ora llorando o cantando con su media lengua. Pasaba a veces por el callejón frente a la escuela y ya desde lejos, como si fuera a gran velocidad, empezaba a los gritos, saludando a los alumnos que conocía: -Adió, Bencho... Adiós, Grabiél! Adiós, Gemórino!- A otra, esperaba la salida de clase, y entre sus delirios, al mezclarse con los chicos, les contaba que un día se iba a casar con el maestro; cuando se reían, disgustada, continuaba apurada su camino .

Todo aquello y los papeles mal garabateados que empezaban a llegarle de algunos padres, servían para ubicarlo más y más en una realidad que lo sacudía profundamente y a la que no podía cerrar los ojos ni escaparle de manera alguna. “Le pido disculpas porque no le mando el chico –le decían-. Lo tengo descalzo y desnudo y nada lo puedo surtir. Con decirle que hay días que no tengo ni qué echarle a la olla...”

El tenía que poder arrimarle alguna ayuda. Aunque su escaso sueldo se viera disminuidos por muchos pedidos semejantes. Confiaba en que todo eso mejoraría andando el tiempo, y que una vez que le aumentaran el sueldo, le alcanzaría para remediar tales necesidades y algunas propias: una lámpara por ejemplo, una cama, un poncho para encarar las tupidas neblinas de la madrugada.

Pajarito estaba cada vez más manso; ahora le contaba lo que creía entender se decían las avecitas en su idioma y le iba enumerando costumbres que tan sólo para quien vivía en ese mundo, podían ser comprensibles. –Han bajau ‘e la sierra los temporales-, le contaba de pronto y quedaba luego en suspenso. –Alguien les buscaba el nido...pero no, nunca se lo van ha hallar...vienen de la cumbre.

-Qué son los temporales? –le preguntaba.

-Unos pajaritos chiquitos, chiquitos...tienen patitas largas...después que si’hacen ver, llueve...siempre llueve.

-Son teritos –decía otro.

-No, son patitos con pico largo. –Casi todos discutían al fin y no lograban ponerse de acuerdo. El ya los había visto llegar desde la sierra, revolotear formando círculos y gritando en el cielo, a gran altura, desaparecer finalmente hacía las altas cumbres. Era muy difícil observarlos.

A otras le decía Pajarito: -L’agüela m’enseño qu’el tero tiene una pluma ‘e virtù...es güena pa’ muchas cosas, dice. Eso sí, hay que darla envuelta en un pañuelo ‘e seda colorau...pero hay que sacársela cuando ‘ta dormiu...si no, no vale...algún día le voy a tráir una...

Era simple y cándido y cuando hablaba de aves, parecía un iluminado.

Y las hermanitas Reartes, pequeñas, hurañas, que se le alzaron para el jarillal el primer día, pero que ahora venían cantando, montadas en el burro viejo y a las que veía alegrárseles lo ojos, cuando él les tendía los brazos para ayudarlas a bajar. Tal vez los suyos eran los únicos que las estrechaban con tanto cariño. El padre vivía bajo un poncho de mutismo del que jamás escapaba: viejo, dientudo, orejas de guardamonte en la cabeza aplastada y con dos manos gordas, como sapos, parecía resignado a cargar con la culpa de lo que sucedía en su hogar, porque jamás se le oyó quejarse por nada ni ante nadie. Se había casado con Teresa, una muchacha mucho más joven que él, ponderada por lo donosa y

heredera de un lindo campo y una buena tropilla de cabras, sin que nadie acertara a explicarse cómo había podido fijar los ojos en semejante “cuco”. Pero fue el caso que después de nacer la segunda hija, ella quedó muy enferma.

-Es el mal...en eso tenía que parar...porque él, pa'casarse con ella se valió de malas artes –empezó a comentar “La Tuerta” y fue lo suficiente para que todos siguieran repitiendo lo mismo.

Cuando le daba el ataque, se destrozaba las ropas y salía hecha una perdida a los campos, de los que regresaba a los días, desnuda, lastimada, muerta de hambre y sed y se quedaba sentada, insensible a todo lo que la rodeaba. No faltó tampoco quien dijera, que a la noche, una sombra haraposa estaba permanentemente a su lado, como si la vigilara.

Eran cosas terribles a las que el maestro no alcanzaba a explicar, no pocas derivadas del juego del amor, que aquí se volvía brutal. Parecía que la calidez de la tierra, el aroma tonificante del aire, se iban a la sangre y arrasaban con todas las normas fijadas por los abuelos. Había tantos que solo pensaban en satisfacerse, ya descaradamente como el Regalado o muy disimuladamente, como la Diamantina, que se hacía pasar por una santa mujer.

Un día, al preguntarle a la más chica de sus hijas, la causa de sus frecuentes llegadas tarde, se acercó al escritorio y bajando los ojos, empezó a contarle muy despacito: -Dende que tata se jue al sur nosotros dormimos en la cama grande con mama. Peru' a agarrau a venir agora de noche el padrino y se queda a dormir en la cama grande y nosotros tenemos que dormir abajo en unas caronillas y nos hace frío...por eso... -El amor culposo, creciendo como el zapallo en verano, sobre aquellos pedregales ardientes, la fuerza bárbara del sexo arrastrado al adulterio, el deseo imponiéndose fatalmente.

Cuántas cosas como esas le hacían erizar la piel al pensar que solamente él con su escuela ni nada ni nadie más, tenía que intentar modificar radicalmente aquello, limpiar de tanta maleza, rellenar tanta ciénaga y sembrar y sembrar luego para crear un mundo distinto, digno de hombres, de una nación que aspiraba a ser de las más adelantadas del mundo!

Su escuela de horcones, de puertas rústicas, sin bancos, sin elementos para la enseñanza, cueva de cuanta alimaña andaba suelta por los alrededores, podría imponerse a tantas dificultades? A veces tenía la impresión que todo se le derrumbaba encima y le hacía pedazos sus ideales.

Para más, las fuerzas externas, las que intentaban arrastrarlo, alejarlo de allí, se hacían más y más tenaces en el reclamo. Las cartas de Fernanda, cálidas de ternura, llenas de quejas y súplicas en otras, lo dejaban flotando en un mundo de contradicciones.

“De manera que no vendrás hasta las vacaciones? No comprendes cómo te extraño, no te das cuenta cuán triste es la vida que llevo? Qué feliz hubiera sido compartir con voz esta dulce espera del hijo con el que tanto soñamos! Pero no; tejo sola mis sueños y Dios quiera que no sea mal signo, que vea ahora todo tan desamparado, tan falto de comunicación, de ternura, de toda la ternura tuya que ahora necesito más que nunca”.

Comprendía; sabía todo; hervía por dentro su sangre de hombre y en su corazón eran como un revoloteo de pajaritos mañaneros sus caricias, soñando ya con tener entre sus manos al hijo esperado. Cuántos días para amarse, arrojados al abismo de un tiempo sin vuelta posible!

Y allí, arrinconado, renovaba su esperanza en algo, no sabía definitivamente en qué, tal vez, nada más que por costumbre, cada vez que Pedro, que desde el incidente aquel se le había arrimado con la lealtad de un

perro, se marchaba a la estafeta distante dos leguas y adonde llegaban los flacos caballos con la correspondencia, nada más que tres veces al mes. Era esa la única vía de comunicación que le quedaba con el mundo civilizado. Cuando esas voces se silenciaban, sentíase distante, ajeno al mundo, perdido, como si no pisara la misma tierra que sus seres queridos. Como una gran muralla se alzaba la distancia insalvable. Y entonces sentía crecer con la furia de las mareas, la desesperación, una inquietud imposible de apaciguar, una especie de exaltación difícil de definir, la impresión dulcísima y dolorosa a la vez de hallarse a punto de pisar los umbrales de un mundo maravilloso, cuya simple cercanía lo hacía olvidar de las aguas amargas y donde los pensamientos parecieran hacerse música. Era como una locura, como una borrachera divina, esa que lo poseía sobre todo al atardecer. Y un día, casi ahogándose por esa tensa fuerza que pugnaba por encontrar su cielo, buscó un papel y escribió aquello que fluía como si alguien, desde muy adentro y con aliento divino, se lo estuviera dictando:

“Alegre me sube el día
desde alegre guitarrear:
me desflora la garganta
el hechizo del cantar.”

Le pareció haber encontrado un camino secreto que lo llevaba a un manantial de agua clarísima, donde en adelante podría calmar su sed sin tener que pensar, instintivamente, en la copa de vino; porque esta era una sed nueva, que lo hacía vibrar con la dulzura de una guitarra, tal vez más tiernamente que esa vieja guitarra que le habían prestado y a la que tan sólo usaba de tanto en tanto, pues no le hallaba las armonías que desesperadamente buscaba.

-Pisco-Yacú...! Qué difícil! Pero yo voy a remover cielo y tierra. Y arrojaré aquí la semilla; y alguna caerá en surco fecundo como en la parábola del sembrador.

De rato en rato le llegaban los golpes sonoros del hacha, multiplicándose por los bajos pedregosos, como si quebraran la mañana. A otras, los golpes de la mano del mortero que se le había hecho ya familiar, moliendo el maíz para la mazamorra, que en la ollita de barro empezaría a hervir y hervir, alegrando el corazón de los chiquilines con su bullita tonificante.

Aquel día, cuando cerraba ya la tarde, los cascotes del burrito pardo de Pedro golpearon seguidito sobre las piedras, como si por esos altos anduviera tutaneando. Como siempre el corazón le saltó agitado y las manos se le fueron nerviosas del bigote a las patillas, en anudarse y desanudarse los dedos sin poder contenerse. Noticias...allí llegaban...cuáles? Lindas? Su traslado, acaso? Su sueldo? O de las otras? Enfermedades, disgustos, muertes...? Todo podía haber sucedido en tanto tiempo de incomunicación.

Recibió los diarios y un montoncito de cartas...rasgó el sobre con la letra de Fernanda, primero...Y más y más se le volaba el corazón y de pronto fue la alegría queriendo llenarle de gritos la boca: “Llegó el viajero. Sanito, sanito. Le puse el nombre que te gustaba. Lo adoro! Se parece tanto a voz! Tus ojos verdes, tu boca fea pero que me gusta; ese gesto de hombre resuelto a todo, ceño fruncido, pero con una sonrisa de bueno que se prende del corazón como una lágrima! Vení, malo, a verlo!”

Vaya que sí le hubiera gustado hacerlo! Hasta la desesperación. Pero no podía, no podía! Una licencia en esa época podía perjudicar todos los méritos que entendía estar haciendo para lograr el traslado. No, Fernanda lo comprendería.

Ante semejante noticia, no hallaba qué hacer. Quería abrazarse a alguien y no hallaba a nadie. Pedro se había ido a largar el burro. Pero algo, algo tenía que hacer. Lo primero que se le ocurrió fue llegar hasta la orilla de la represa y allí plantó una varillita de álamo.

-Crecerá...crecerá y tendrá la misma edad de mi hijo..., desde aquí lo estaré cuidando y soñaré que estoy siempre con él.

Y cada vez que vuelva desde lejos, sabré que me espera con todo su cariño para acompañarme en mi soledad. Ya nunca más estaré solo! Un hijo...un hijo...! –pensó alborozado.

Esa noche, la vela, lo que nunca, le alumbró una rosada copa de vino en su rústica mesa. Y conversó solo, largamente, esa felicidad de saberse padre, esa alegría tumultuosa que atropellaba buscando escapársele desde la sangre misma.

Y más tarde, sus dedos borrachos buscaron las cuerdas de la guitarra y los vecinos, hasta los de muy lejos, oyeron asombrados cómo la hacía conversar hasta el filo de la medianoche, con la serenidad de las estrellas.

-Ois? 'Ta desvelau el maestro.

-Qué bicho lu'habrá picau!

-Y toca lindo el guaso!

Senderos, cerros y árboles, los niños, todos, todos, supieron esa noche de su desbordada alegría.

4

Entre el golpear de los cascos sobre las piedras, aquella madrugada lo alcanzó el recuerdo con la risa de sus niños, con las bocas golosas gustando alegres los caramelos de fin de año: -Pobres!, pensó-. Pero de inmediato, el sobresalto, una preocupación que no lograba dominar, le apuró el pulso. Había invitado a todos los padres a la fiesta de fin de año y descontaba que no faltaría uno solo. Y sin embargo... bueno, no valía la pena seguir pensando en eso. Era amargarse: la conclusión, una sola. No había sabido hacerse querer: nada más.

Las tres mulas olfateando desconfiadas y pisando cuidadosamente sobre el estrecho sendero, apenas alumbrado por el titular de las estrellas, acababan de bajar a una mesilla de piedra, apegándose al cordón rocoso que amenazaba con empujarlas hacia la oscuridad sin fondo.

Regresaba ahora por el mismo camino de herradura que un día lo dejara en Pisco-Yacú. De vuelta había pasado otra vez por los mismos vallecitos, costeano los cerros, vadeando arroyos, cruzando atajos que otra vez ya mirara deslumbrado por la belleza o ya sofocado por el miedo a despeñarse.

-Y los aparecidos, compañeros? -preguntó alumbrándose la cara con el vislumbre del pucho.

-Y... yo no sé.... Pero decían que por aquí asustaban-, respondió Pedro con alivio, sintiendo que por fin cedía el nudo de la garganta que lo traía medio asfixiado, desde hacía un buen rato. Se le aflojaron las manos crispadas y recobró su cuerpo el calor.

-Son cuentos de viejo, Pedro. No hay que creer en eso.

-Sin embargo... -Todavía no lograba borrar de sus pupilas el miedo que le habían pintado. -Al Tata Mencho le manieron el macho ahí mismo y después contó que oía clarito que las ánimas lo llamaban.

-Al diablo...! -y sonrió como abriéndole cancha para que continuara.

-Sí... don Banta también oyó arrastrar cadenas una vez y unos quejidos de cristiano, y cuando se paró con el puñal en la mano, di'una pedrada se lu'hicieron volar.

-Ah! la flauta! Y él?

-Y él... güeno, él le clavó las espuelas al macho, entonces.

La risa del maestro se diluyó en la honda soledad de piedra que atravesaban. Por un momento se había olvidado de la tenaz preocupación que lo perseguía. Después de largos meses regresaba por fin a su casa; ver a su mujer, a su querida madre, conocer a su hijito; pero sin embargo, su felicidad no era completa. Le parecía imposible que en un tiempo hubiera pensado que regresando al lado de los suyos, ya todo estaría resuelto. Ahora estaba seguro que no. Como un árbol, la ramazón de su sangre caía aplastada, cerrándole ese camino a la sumisa tranquilidad. Es que, por más que hiciera, ese pedazo de tiempo transcurrido lo había transformado de manera radical; comprendía que el mundo, la vida y el hombre, estaban lejos de responder en su contenido y posibilidades a los conceptos primarios y superficiales que él tenía sobre ellos. Y sentía nacer otro hombre, que estaba en posición opuesta al que formaron en la escuela normal, especialmente en lo que hacía el sentido histórico y social del proceso operado en el país. Y esa desnuda realidad que descubría paso a paso, le dolía en carne viva y le hacía apretar los dientes hasta el crujido. Pero lejos de desesperar por eso, como si le subiera de un ámbito imposible de ubicar, le volvía como a los remezones una alegría sana por aquel descubrimiento que lo fortalecía. Tenía para él un claro sentido la vida y más que nunca pensaba que era mejor vivir de tal manera. Pobre de aquel muchacho que un día llegó aquí! -se decía-. Ahora ya sé que solamente se es hombre de verdad, cuando nos ha guasqueado el sufrimiento! -El, que había creído que con su diploma bajo el brazo le bastaba para cumplir con su misión de educar, se daba cuenta que eso no era más que una simple papeleta de conchabo si no se lo complementaba con una definida vocación, el estudio y el afán incesante de perfeccionamiento. También había comprobado que gran parte de la enseñanza que recibiera, no le servía, era inaplicable, pura chafalonía sin valor.

Qué le habían enseñado a él sobre la forma de transformar niños viejos a fuerza de padecimiento, en verdaderos niños, de ojos alegres, boca llena de risas y cantos, y corazón encendiéndose en el nacer del lucero de una esperanza? Y aquí era eso lo que necesitaba saber, más que todas las metodologías, químicas, álgebra y mil lecciones tediosas que le dieron. Porque había sido una enseñanza totalmente verbalista, divorciada de la realidad nacional. Por eso no fracasaban en el medio rural solamente aquellos maestros que por amor a su profesión y a la patria, encaraban por cuenta propia el perfeccionamiento de sus conocimientos.

Pensando en lo mucho que había tenido que aprender obligado por las circunstancias, recordó que hasta debió bautizar a un niño, ya que no le era posible defraudar a una madre desesperada.

Cargando su poncho y el puñal había salido aquella noche, ya más baqueano para andar entre las piedras y los churquis agresivos.

-Ella ha quedau muy mal...y el chiquito se muere, señor...y pide que se lo bautice, por lo menos!

Los perros flacos, pero guardianes hasta la muerte, tras largo andar entre la noche cerrada, le plantaron el rancho contra un cerro airoso. Le bastó echar una mirada al mal iluminado interior, para comprender. Tal vez fuera tarde para todo. Se acercó a la mujer que yacía tendida en un camastro, blanco ya el rostro joven y le tomó el pulso. Comprendió con amargura que nada podría hacer por ella. A la luz de la vela vio que la muerte le caminaba sobre las manos morenas, estáticas, apretadas, como queriendo guardar para su hijo la última caricia.

-La vela, por favor... y una cruz! –El pecho del angelito se rompía en un agudo ronquido.

-Acá 'ta, maestro. 'Ta bendita –dijo alcanzándole una crucecita de palo.

-Agua! –Corrió de nuevo la anciana y regresó de inmediato trayéndole un porongo lleno. Lo recibió el maestro y allí, sobre la claridad del alba que venía despuntando el cerro, dejó caer unas gotas sobre la frente morena.

-Yo te bautizo, Jacinto, en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo... -No alcanzó a hacer más.

-Ya se cortó maestro –gimió la anciana secándose las lágrimas. Había llegado tarde. Dijo una oración y se quedó un momento acompañándola. Luego salió por esas soledades a buscar un alma caritativa que acompañara a la anciana en tan difícil momento.

Así había ido aprendiendo muchas cosas, entre ellas, a ser resuelto, a no achicársele a las dificultades y a andar con los ojos bien abiertos. Hacia donde mirara, solamente encontraba piedras, obstáculos que remover, situaciones enredadas que resolver. Hasta ese momento había podido. Pero sería siempre igual? Soportaría seguir bebiendo esa agua turbia en largas, larguísimas temporadas? Podría seguir tolerando comer día y noche esas carnes secas o con fuerte olor? Esos sebos a los que debía apelar para preparar su comida, cuando ya le faltaba de todo? Aquello era como para ablandar a cualquiera.

-Duro oficio es ser maestro. Más que con la palabra, hijo, enseñarás con el ejemplo, -solía aconsejarlos un viejo profesor, entre los muy pocos que recordaba enseñándole cosas útiles. Y aquellas palabras lo preocupaban. El no podía descender desde donde estaba si quería conservar intacta la integridad de su hombría, tan indispensable para imponer su autoridad moral. No podía ceder a ninguna de sus debilidades. Ninguna de sus flaquezas debía trascender jamás; ante los ojos del vecindario debía aparecer siempre como un ser perfecto. Y tenía que luchar mucho consigo mismo para serlo de verdad, hasta la última instancia, porque no era un santo.

No sabía cómo, por qué le habían sucedido dos cosas casi simultáneas, que se levantaron en su alma desde muy adentro sin explicación lógica; como polvaderal una, que todo lo va envolviendo, como sorbo de luz, la otra, secreta, vedada, pero que le daba gran alegría volver a encontrar. Se sorprendió un día pensando en Regalado, con desprecio; más, con un odio que le venía por ese hombre sin poder explicarse la causa. Lisa y llanamente llegaba a la conclusión de que lo aborrecía y eso que apenas si lo había visto alguna vez. Y no lejos, entre las estrellas de la noche, cuando regresaba de un velorio, entre cocos y hualanes, silbando bajito, el recuerdo de los ojos de Pastora, que lo miraban tiernamente, una y otra vez como diciéndole cosa que él no alcanzaba a escuchar. Hizo cuanto pudo para arrancarse esos pensamientos y le pareció haberlo logrado al fin, aunque así, como se arrancan los dientes; con un pedazo de carne y dolor.

-A usted, maestro, le gusta la Pastora? –Pedro que marchaba adelante en su mula en aquel día feliz del regreso, lo arrancó de su ruta secreta.

-Es una buena chica.

-Es linda, maestro; a mí me gusta. En cuantito me dé calce, la voy a hablar.

Pensó con rabia en Regalado, que le arrastraba el ala descaradamente.

-Con tal que no vayas a llegar tarde...

-Usted cree qu'el Regalau? –Notó que se le había oprimido el pecho al muchacho; se arrepintió de haberlo golpeado sin proponérselo.

-No, no... si a vos te gusta....

-Ella tiene más o menos mi edad... Aunque yo soy muy pobre...

-Eso es lo de menos... Y no estaría mal la pareja –dijo tratando de enmendar su yerro anterior.

-Y usted va a ser el padrino...si es que... usted m'entiende, no?

La risa jovial de Pedro lo acompañó, hasta que de nuevo se encontró recordando los hermosos ojos de Pastora un día que la encontrara en la vertiente. Estaban solos; apenas si lejos se oía el grito agudo de una vieja rejuntando las cabras. Todo lo demás, el susurro acariciante del aire entre los molles, en los junquillos frágiles.

En tanto le preguntaba por los de su casa, ella lo miraba con esa dulce mirada cargada de promesas que tenía, y sonreía. Al verle las manos de largos y acariciantes dedos, la blusita fina ajustándole las turgencias del pecho joven, sintió como si la sangre jovial y riente de ella trepara como una enredadera hasta sus brazos, hasta su boca, y violenta con la fuerza vital de la madre tierra, se abrazara a él, lo envolviera por completo y ciego, ciego, lo condujeran a la más dulces de las muertes.

-Pastora!

-Señor...

-Yo... -La miraba a un paso... la sentía llamándolo...la tentación lo empujaba y el torrente de su caliente savia de hombre, lo estaba haciendo perder todos los frenos. Por qué, por qué lo miraba así? No, no...no podía...no debía...

-Está lleno tu cántaro... te lo ayudo a cargar?

-Bueno... -Y la ayudó y fue el momento en que ella se quebraba en su cintura de junco para cargarlo mejor, cuando sintió la tibieza de su mano rozándolo y por un momento quedó sonriéndole, inmóvil, mirándolo con sus maravillosos ojos verdes, como pidiéndole que le dijera algo, que no se alejara de ella; que estaba allí, fresca, palpitante, ligeramente agitada la respiración, encendido el rostro... y otra vez sintió como si lo envolviera toda la furia de ese cuerpo joven, bárbaramente tentador y fuera acercándosele... ella lo seguía mirando y mirando...Como si saltara un abismo, sacudió la cabeza y se mordió los labios hasta hacerse doler.

-Hasta mañana, Pastora –dijo apartándose de ella.

-Hasta mañana, señor maestro. –Y se alejó, subiendo la cuesta, cimbrando sus caderas opulentas, al aire el cabello sedoso, hasta perderse en las vueltas del sendero.

Y desde aquel día habían quedado esos ojos profundos, tiernos, sacudiéndole la sangre, haciéndole estremecer las sombras de la noche en medio de su soledad. Y sentía, otra vez, como entonces, como si un toro viniera bramando por sus quebradales de hombre, de un hombre que tenía fuego adentro.

Pensó que aquello era nada, un simple sacudón, al fin, que cualquier mortal puede sentir y debe saber aguantar y dominar. Para evitar tentaciones, se propuso evitar todo encuentro con ella. Tenía que olvidar. Le ayudarían a eso sus

“negritos” que de nuevo venían por los caminos cerreros, por hondonadas desnudas despertando con sus bullitas a las piedras, persignándose ante las crucecitas de palo que les recordaba a algún muerto, correteando conejitos de las ramas, con los pies descalzos, medio desnudos, limpia la boca, sucios los ojos de noche todavía. Ellos le ayudaban a pasar los días y tan sólo ellos debían importarle.

Tunino, Pajarito, la Mecha, el Tata, Casianito... todos, todos siempre con su ropita olor a humo, su cuaderno con manchas de grasa, sus lapicitos mordidos en la punta y con sus pechos arrasados como la misma tierra por falta de cariño que da y sabe darse.

-Por qué has andado faltando, Tunino? –preguntaba a veces.

-Porque el Torito m'hizo tiritas la camisa.

-Y quién es Torito?

-Mi perro, señor. –Y se quedaba el niño con los ojos perdidos, chupadas las mejillas, como un viejo de cien años.

-Sueña con un pedacito de pan, -pensaba.

-Señor, -lo interrumpía alguno-. El Tunino sabe comer moscardones y otro bichitos.

-Mentira... yo no! –protestaba débilmente, bajaba los ojos y se quedaba masticando, vaya a saber qué sueños. Hasta que de pronto, otra vez escapaba diciendo que se le venían encima las nubes o hallándose en el patio, regresaba desde atrás de unas piedras gritando que unos pájaros grandotes lo llamaban. El miedo lo llevaba a apretarse fuertemente contra el cuerpo del maestro pidiendo protección.

-Bueno, bueno, ya pasó! –Y dándole unos tragos de agua, procuraba serenarle el corazón que se le volaba.

Y los ojos redondos, chiquitos, duros, de Isidro, mirándolo siempre como defendiéndose, como huyendo, cargados de picardía y con una intención aviesa que se le dibujaba en la boca y en la frente displayada.

-Aquí donde usted lo ve, nu'hallo qui'hacer con esta criatura, señor –le decía la madre, una mujer buena, trabajadora, cargada de hijos y preocupaciones.

-No tiene cruz en el mate, este bandido! Fíjese que nu'acaba di'hacerme una diablura, cuando ya tiene pensada la que me va a hacer en cuantito tuerza el pescuezo p'al otro lau. No sabe usted... los otros días pa'que no se m'escapara lo dejé desnudo en el rancho y l'escondí la ropa... pero lo mismo s'escapó. Se puso un vestido 'e l'hemana y agarró p'al campo a hacer de las d'él... Jesús... señor...! –Y se tomaba la cabeza con las dos manos.

Casianito le había dado la satisfacción de soltar la lengua y sus ojos chispeaban de alegría ante cada nuevo descubrimiento.

También lo había hecho feliz poder cumplir en parte con doña Rufa, ya que Juanca, que lo visitaba con frecuencia, parecía haber entrado a andar por un camino más derecho. Lo respetaba mucho y era visible que hacía lo posible para ganarse su amistad.

-Quiero dejarme 'e farras y jodas –le contaba-. Me gustaría darle ese gusto a mama... hacer como usted dice... Ya ve.... hi andau trabajando como un burro, hi ganau unos pesos... -Se quejaba luego pensativo.

-Tenés algún problema?

-Bueno, problema no, pero a veces...yo no sé... qui'uno también quisiera darle un respiro al cuerpo, divertirse en algo, no le parece?

-Por supuesto.

-Pero aquí, qué voy a hacer! Otra vez tengo que juntarme con el Regalau o con el Poncho, se da cuenta? Y ande vamos a ir? Al boliche...a las rifas...y si uno no chupa con ellos, pasa por gallina...si nu'agarra cartas es un marica...y a mi no me gusta que naide se me ría en la cara.

Tenía razón Juanca. No era fácil mantener allí una línea de conducta sin claudicaciones. El medio se imponía, la falta de esparcimientos adecuados los hacía caer en lo de siempre para escapar de su tedio.

Eran preocupaciones; como también se las creaba pajarito, que seguía pareciéndole un personaje irreal, no de este mundo, sino algo prestado, un ángel escapado de un cielo cristalino, con su flequillo negro besándole la frente, con sus ojos puros, llenos del sortilegio de las plumas; todo él como asomado al maravilloso mundo alado de los pajaritos.

-Este es el nido del hornerito, maestro.

-Pero es igual al que ya tenemos.

-No, no ve que es más chiquito? Y el pajarito que lo hace es igual, igual que la caserita, aunque más chiquito. Pero bueno, como los otros.

Para el maestro, las caseritas siempre habían sido todas de un solo tamaño. Ahora sabía que no.

-Y dónde lo hallaste?

-Y...yo siempre sé dónde hay...hay muchos... uuuuuuuuhhh!. Hay muchos pajaritos pa'dentro 'e la sierra qui'usté no conoce. Hay unos que tienen el piquito como de cristal, pero esos vienen del cielo y cantan de una manera que nadie puede reparar.

-Cómo cantan, a ver?

-No se puede saber.

-Más o menos, contame.

Lo veía transfigurarse, entonces; la cara sonriente, iluminada por una intensa alegría interior, traducía el esfuerzo que hacía en su intento por encontrar la melodía que había escuchado o imaginado escuchar.

-Así... -y empezó a silbar bajito, para interrumpirse de pronto. -No, así no... -Y volvía a fruncir los labios para intentarlo de nuevo. Y ruborizado, decía: -No...no puedo...m'hi olvidau...nu'era así...Hi d'ir otro día a escucharlo.

-No quieres que te acompañe?

-No, es muy lejos...en el cerro...más allá 'e la cueva 'el "chileno".

-No conviene que te vayas tan lejos, porque puedes extraviarte-, le advirtió.

-No, maestro. Si yo conozco todas las sendas. -Y ese misterio que lo fascinaba se hacía luz intensa en sus grandes ojos.

A todos sus niños los iba recordando en ese momento con igual cariño; no importaba que unos cuantos hubieran quedado sin saber leer todavía. Pero, por lo menos, en tantos estuvieron en la escuela, logró romper ese cascarón de tristeza que los oprimía, y reían, aún cuando más de una vez debió hacer de payaso o de niño, para arrancarle una carcajada. Aunque después, la casa, el campo, los cerros con sus oscuras quebradas y escondidas lagunas que bramaban, los embozalara de nuevo con el miedo y los dejara consumiéndose en silencio para adentro.

Porque ellos, con los ojos agrandados, tiritando de miedo al lado del fogón, oían contar a veces, que no hacía mucho tiempo, la noche que oyeron carcajear la bruja y el padre salió a decir las palabras obligadas en esos casos, don Cejas, que había madrugado para ir al pueblo, encontró a la orilla del sendero a una mujer desnuda, junto al mismo arroyo.

-‘Toy helada...! –le clamó-. Me pilló el día..., -había agregado tiritando gacha la cabeza, con el cabello negro y largo, suelto, cubriéndole el blanco pecho. Y que gimiendo había dicho: -Mañana debo volver por sal...!

Y volvió por sal...a esa casa...la mujer aquella... -decía los mayores bajando la voz para que no oyeran los chicos y el la misma forma se pasaban un nombre de mujer, al que ellos nunca alcanzaban a oír; y rubricaban luego la charla mirándose las caras, pintadas por la incredulidad.

-Qu’én iba a decir, no?

-Pues...!

Eran esas noches, cuajadas de apariciones y miedo, las que quedaban impresas para siempre en el rostro de los chicos.

Y nunca faltaba en su recogida oscuridad, el grito de los borrachos que subían quién sabe desde dónde, como un alarido de la tierra enferma, como una maldición que caía sobre los corazones, oprimiéndolos. Esto era más común, el día que llegaba el correo, porque a la estafeta, que funcionaba en un bolichón distante de Pisco-Yacú unos veinte kilómetros, concurrían los pobladores de una extensa zona. Allí vendían cueros, lanas, cerdas y otros productos y adquirían mercaderías para un largo tiempo. En tanto, antes del regreso, para hacer un poco de tiempo, se entretenían jugando, en cuartuchos preparados al efecto, al siete y medio o al monte o hacían un brindis festejando el encuentro con el compadre tal o cual al que no veían desde añares, más o menos pa’ cuando el “acabo” ‘e la novena ‘e doña Estorofila”; y después seguían encadenándose los recuerdo, las historias, las vivas demostraciones de afecto, entre cantos, “cuetes” y gritos. De tal manera, tras haber dado rienda suelta a su vida afectiva, largamente contenida, borrachos, atropellándose en sus caballos, haciendo disparos al aire, enconándose por insignificancias e insultándose, regresaban en cuadrillas, amenazando, estrujando la garganta con los gritos que les subían desde sus mismos huesos indígenas.

Después, siempre, siempre, una guitarra sonando triste en algún rancho, como si fuera el alma misma de la tierra, de aquella tierra, que queriendo cantar, lloraba desde su caja.

Había llegado a comprobar que todas aquellas situaciones, desembocaban en una escena como ésta.

El chiquillo medio desnudo que venía mocosando, tiritando, cortadas las carnes por el frío de la tarde, lastimado los pies por las piedras filosas.

-Qué te pasa, hijo?

-Me pegó mama, señor...

-Por qué?

-Porque yo no l’hice caso!

-Contame...a ver?

-Es que yo no quería ir...

-Bueno, pero a qué te mandó.

-Como nu’había en casa qué comer, me mandó a lo de doña Anastasia a pedirle seis huevos, o cinco o cuatro... -Un hipo largo lo interrumpía y continuaba enseguida: -O de no, tres, dos, o uno o lo que tenga forma de huevo, pero que no me jueara a venir sin nada en las manos.

-Y eso es todo?

-Sí, porque como doña Anastasia no tenía nada, yo sé que la mama me va a castigar –y le entraba a poner al ojo.

A veces se enteraba de la acción incorrecta de algún vecino y como le parecía tener ya alguna autoridad sobre él, lo hacía llamar.

-Me enteré que anduvo metiendo mano en lo ajeno, don Nico...

-Ya le soplaron, maestro, qué desgracia! -Se arrancaba los pelos, se tironeaba las orejas y se hacía pedazos los labios de nervioso que estaba.

-Pero cómo ha podido hacer eso! No está bien, amigo!

-Es qui'hacia dos día que estábamos sin nadita pa' echarle al cuajo... y los chicos, caray, piden...y uno no tiene qué darles ni de dónde sacar.

-Ah, ah...! Claro que es triste ver sufrir hambre a las criaturas. Pero no le parece ponerse a trabajar que andar robando por ahí?

-Sí es razón...pero en qué, maestro, si nu'hay conchabo en nada!

Lo peor era que, a unos cuantos como él, cuando había trabajo les faltaban las ganas de trabajar. Habían perdido el rumbo y la vergüenza y entonces, el ocio los llevaba al boliche, al robo, a la degeneración misma.

En todos los casos, las víctimas primeras eran los niños. Y había quien estimulaba muy bien a esa gente para que errara el buen camino. No era la primera ni la última vez, que el bolichero miraba complacido como a eso de la medianoche, un vecino cargando la última cabra de su majada, se le arrojara al pie del mostrador diciéndole: -Deme todo el importe de esta cabra en vino!, y seguía bebiendo. Se juntaban el hambre con las ganas de comer! Qué más quería él! Si era como mandado hacer para aprovechar en beneficio propio todas las debilidades de los criollos. Empacadizo, engreído, sabía robar sin necesidad de meter la mano en el bolsillo ajeno; alguna vez por ahí, leía un diario y eso le bastaba para darse aire de hombre sabio. Pelo duro, ojos bola, saltones, bigote aspudo, era mañoso y chinitero como él solo. Su mujer le importaba mucho menos que sus caballos, aunque ella misma fuera hecha como a medida para ayudarlo en todo; no le hacía nada lidiar con el más atrevido de los borrachos y sacarlo del despacho a empujón limpio si consideraba que estaba propasándose, en medio de los más crudos insultos. Tenían una sola hija a la que estaban criando ignorante y agrandada, reservándola desde chica para algún "dotor", según decían. Con esa manera de ver la vida, no era raro que allí se bailara, se bebiera hasta quedar tendidos y se tirara la "saltona" por sacarse el gusto. Miserias todas que hubiera querido no ver jamás, porque se le metían en el alma como espinas ardientes.

-Parece que va triste, lo que vuelve a su casa -dijo Pedro, que le enseñaba el rumbo en el senderito colgado y pedregoso.

-No; cómo voy a ir triste! Al contrario! -Le dio vergüenza. Le pareció que le habían tocado una llaga; eso era cierto, aunque no lo quisiera confesar. Le dolía todo lo que dejaba atrás. Era un pedazo vivo de su vida que estaba latiendo muy adentro con todo su caudal de lo realizado, de risas sanas, de llanto de hombre llorado a lo hombre por dolores ajenos, que lo quemaban muy adentro. Caras cobrizas de niños, rostros de hombre greñudos, unos ojos de mujer, unas palabras pronunciadas con humildad, casi implorantes, en el momento de partir: -Vuelva, maestro, vuelva pa' este otro año! -y hacia delante, algo como el tiempo detenido, inmóvil, espantando imágenes queridas, rostros casi borrados, gestos y palabras que le huían y a los que en vano intentaba alcanzar para apresarlos y asirse de ellos con las manos cargadas de ternura y esperanza.

-Fernanda... mamá... hijo...! -Temblaba. Sería verdad, que un poco más adelante tenía todo eso en el mundo? Todo eso estaría esperándolo todavía más allá? Le parecía mentira...y tenía miedo, mucho miedo.

-Maestro... yo sé por qué viene tan callau. -Sobre el paso de las mulas, otra vez la voz de Pedro lo sacó de su abstracción.

-Te diré si acertaste.

-Viene pensando, segurito, en por qué los puesteros 'e l'estancia no jueron ayer a la fiesta.

-Es cierto...No sé qué ha pasado... -Esas ausencias le habían dolido, no tan sólo como un desprecio, sino como un fracaso de su gestión.

-Yo sí sé.

-Contame.

-Y güeno... es el Capataz, que s'emperró.

-El Capataz?

-'Ta clarito... como usté güelta a güelta le descubre el pastel...

-Porque les ayudo a sacar las cuentas y no dejo que les robe?

-Güeno... así lu'han contau...que los obligó... a no ir...

-Si es por eso, me alegro que no me trague... me tendrá en su contra toda la vida...! -Y le vino a la memoria el diálogo tantas veces repetido con los puesteros: -Maestro, hágame el favor de mirarme esta cuenta?

Un ligero vistazo le permitía comprobar lo gruesos errores.

-Te han pagado de menos, no ves?

-Como él me dijo...

- Pero es que no te das cuenta? Esto es así y así. Andá, reclamale. No te dejes chupar más la sangre! Hasta cuándo! -Y ese era el resultado.

-Aquélla es la casa -indicó Pedro señalando un rancho de adobes encajado entre dos cerritos. Llegaban. El mañanero aroma del tomillo le inflaba el pecho. Desde allí seguiría en sulki los veinte kilómetros que lo separaban de la estación... el tren...y después...después, lo demás, todo lo que ardía incesantemente en su alma.

Miró la sierra atrás y la vio alzarse enorme, amaneciente sobre su cabeza. Unos zorzales estaban volando toda la armonía del alba. El valle, lleno de verdes, le sonreía al frente. Todo un símbolo en el camino de su liberación. Pero amaba la piedra y el árbol rebelde que combatiendo vientos y sequías, se alzaba a lo lejos, sobre las cumbres, ofreciendo su follaje a los pájaros y a caminantes. Sintió con más claridad que nunca en esa mortificante soledad, la impaciencia y la duda en que se debatía; que arriba estaba Dios, y abajo, pequeñito, pasando insignificante bajo el tiempo, con su dolor auestas, el hombre apenas si alentado por su esperanza...

Y despidiéndose de Pedro, siguió solo su camino.

5

La lectura, como tantas otras, trataba en forma ponderativa, aspectos de la ciudad de Buenos Aires. Y él había venido cayendo en la trampa de exaltar entusiasmado toda aquella grandeza distante y extraña de la que hablaban los libros de lectura. Notó que a veces sus alumnos quedaban embobados, pensando en todo aquello tan distinto a lo que conocían. También en eso había errado el camino.

-Ahora cierren los libros -ordenó-. A quién le gustaría irse a vivir a Buenos Aires?

-A mí.

-A mí.

-Y a mí, -Y las manos volaron y hasta los más chicos, aunque no entendían mucho de qué se trataba, levantaron las suyas al ruido de las argollas.

-No les gusta este lugar?

-No, señor, no sirve...

-Es muy triste...

-No ven? -dijo con amargura-. Estos libros enseñan a irse. Nos ponen los ojos en otro lado. No importa. De pie la clase. Salgan. Vamos a seguir conociendo nuestro lugar. -Salieron contentos. Y desde el patio mismo les fue enseñando todo lo que ellos, por tenerlo cerca, no veían jamás.

-Un cielo así, limpio, fragante, no verán nunca en Buenos Aires. Ni una tierra tan negra y fértil como ésta, tampoco.

Ah, sí; pero allá son ricos, -se animó a decir el Chalolo.

-Aquí también lo seremos. -Comprendía que era necesario abrir urgentes posibilidades en el lugar, para mejorar las condiciones de vida de sus pobladores. De lo contrario, ni uno solo quedaría a habitar en él. Algo, en un tiempo, los había desequilibrado; el rumbo estaba perdido, y por sí mismo no lo iban a encontrar jamás. Para más, esos libros, alguna radio (el Capataz tenía una con la que sólo escuchaba el "parte diario"), alguno que se había ido a la Capital y escribía, les hacía abrir grandes los ojos: -"Aquí, con poco, alcanza para comer, agua para tomar no te falta y te podés vestir como gente y divertirte en algo. "Era una gran razón. El día que todos comprendieran eso, que el trabajo que ellos estaba realizando no valía nada, que en otra parte podrían vivir como gente y no como animales, todos cargarían su "mono" y se alejarían.

-Estas huertas secas volverán a reverdecer.

-Si no llueve. Cómo!

-Dice la mama qui'antes esto era di' otra laya.

Doña Rufa contaba, haciendo pasear sus ojos desalentados, sobre los peladares: "Llovía siempre, señor y los hombre andaban garbosos. Pircando, preparando el aradito, afilando las hoces o armando tropillas de yeguas pa' trillar el triguito a pata. Era otro el ánimo. Pero ahora, qué!

-Lloverá y el arroyo alzará agua y arriba harán un murallón que permitirá disfrutar de abundante agua en todo tiempo. Y continuaba luego: -Miren qué hermoso es todo! -Y abarcaba con el ancho ademán del brazo los faldeos cerreros, las sendas por entre los bajíos pastosos, los árboles que desparramaban a todo viento su corazón, puesto a cantar en el alma de los pájaros.

-Y no han oído nunca lo que cuenta el cieguito Nicolás?

-Sí, señor, él cuenta qui'hay oro arriba 'el cerro, pero mi tata dice qu'es mentira.

-Y si fuera cierto? Hay que saber buscar, por supuesto, y es posible que un día encuentren esas vetas. Pero vamos a empezar trabajando con los padres de ustedes; todos juntos pediremos que nos abran un camino que llegue hasta aquí y ya, para entonces, tendremos la escuela en la casita nueva, limpia, con vidrios en las ventanas...ya verán...! No hay por qué vivir pensando que solamente es lindo lo que hay en otra parte. Esto también lo es. Quieran mucho a esta tierra que es de ustedes, de sus padres, que fue también de los abuelos gauchos que salieron a pelear con los de afuera, porque la querían como se quiere a la madre; cuando sean grande, yo les pido que hagan lo posible por vivir y trabajar aquí, sin esclavizarse a otra cosa que al trabajo honesto y a la vida del

hogar. Y finalizó diciendo: -Qué hermoso es Pisco-Yacú! Como para llenarse el corazón con él y salir a cantarlo por todos los caminos de la patria! –Se había emocionado. Los chicos, como pollitos, permanecían en silencio a su lado, sintiendo en las almas que algo nuevo caía desde ese paisaje hecho con árboles, cerros coloridos y senderos vistos anteriormente, sin que nada le dijera.

-Volvamos ya? –Treparon corriendo la cuesta, juntando piedrecitas de colores los más chicos, preguntando los otros sobre hojas y frutas silvestres. Todo tenía significado, historia, distinto valor.

-A la naturaleza debemos mirarla con los ojos bien abiertos, porque ella, hasta de aquello que nos parece más insignificante, nos dará una enseñanza.

-Mamá dice que las arañitas trabajan.

-Sí, pero los pajaritos mucho más-, había interrumpido “Pajarito”, ya con los ojos perdidos en su fascinante reino de las aves. Tenía los bolsillos como inflados, llenos por plumitas de todos los colores, granos y piedritas.

-Qué te ha pasado? –Acababa de descubrirle un ojo morado. Entonces se le acercó el niño como un ternero a la madre.

-Me pegó la mama... -alcanzó a oír que le decía en voz muy baja.

-Qué le hiciste?

-No... porque...no hice nada...m’entretuve y mi’agarró la tormenta arriba.

-Pero por qué te fuiste hasta los cerros? –Y continuó aconsejándolo, aunque no creyera lograr nada efectivo con eso. Porque sí “Pajarito” veía una avecita diferente o si un silbo nuevo lo conmovía, como un poseído se iba tras ella, volando sobre las piedras, olvidado del hambre y de la sed. Ninguna otra cosa le importaba. Sabía dónde encontrar refugio en cuevas de piedras y rey se sentía entre los árboles coposos, donde podía pasar horas contemplando los movimientos de aquellos pájaros que lo cautivaban.

Cómo arrancarlo de ese cielo donde vivía, sin destruirlo? Porque de esa forma y no de otra, amanecía la luz en sus ojos. Sólo bastaba verlo hablando de cualquier cosa común y luego pasar al tema de las aves, para comprenderlo. Se transfiguraba, y hasta en el menor de sus gestos o movimientos se asemejaba a la aérea liviandad de los rundunes en vuelo.

-En lo mejor del baile de los pajaritos, discutieron. Y se trenzaron. A cuchillo limpio jue. Dice l’agüela que saltaban di’aquí para allá y ninguno se podía tocar. Hasta qu’en una d’esas se le jue con todo el Chingolo, pegó un resbalón el “Pecho Colorau” y áhi nomás quedó. La Pititorra le contaba después al comisario: -Con el cuchillo le pegó...con el cuchillo le pegó...Y le imitaba el gorgojo apresurado del pajarito... -La agüela me contó. Ella sabe –añadía al finalizar, serenándose y quedando muy serio.

-Qué lindo! –Los compañeros de él, batían palmas.

-Cómo los cuenta! –Era cierto. Hasta él mismo se sentía subyugado por ese mundo nuevo que le iban descubriendo sus niños, ahora que no tenían vergüenza de comunicarse con su maestro. Era como si estuviera echando raíces en una tierra rica, jugosa, con un alma grande y transparente; es que estaba tocando el verdadero país, ese que sonaba tan lindo para el oído y el alma: Argentina! Y oyéndoles sus relatos, adivinanzas y coplas, tenía la seguridad de que por ellas circulaba, cálida, pura, la verdadera savia de la Patria alzada desde su misma entraña. Si era el nombre de un patriota el que sus labios pronunciaban con emocionado y respetuoso fervor, tenía cercanía y frescura del cántaro que se levantaba del río; si era el nombre de un animalito, el candor y el cariño de algo que les pertenecía desde siempre a sus vidas mismas. Qué comunión espiritual todavía sin corromper corría en consejas, y dichos aprendidos a la orilla del fogón

familiar, donde los corazones se apretaban uno al lado del otro para protegerse, uniendo las lamas con la misma unción con que las manos se unían en las oraciones que decían antes de dormir! Los cuentos del zorro, las adivinanzas, las coplas, como aquéllas que le repetían a veces:

“A la orilla di’un río
‘taba un zorrino
espuelitas de plata,
poncho merino”.

Todas con su especial encanto y frescura le hablaban de un mundo ingenuo y alegre, casi totalmente perdido. Pero el alma nacional, de la que allí encontraba rasgos, resabios últimos, en el resto más civilizado del país, había sido borrada. El alma nacional había sido arrancada de sus goznes por el aluvión inmigratorio y nos había dejado en cambio, esos restos desorientados, sin calidez humana, sin adhesión terrígena, sin el sentimiento nacional del que pareciéramos avergonzarnos. Porque todo lo extranjero era admirado y ponderado. Lo nuestro, nuestro propio rostro, desfigurado y ridiculizado. En estos hallazgos que lo fortalecían, encontraba fuerzas para perseverar.

Un lento tropel molía piedras por el alto. Los niños, como mulas de sentidos, aguzaron el oído.

-Es el morito de don Ercolano.

-No, ese animal nu’es de pu’aquí... -Exacto. No era de allí. Cuando lo vieron acercarse, mudos, se hicieron a un lado. Algunos quisieron reírse, pero con un gesto lo contuvo.

Sueltas las riendas, bamboleándose, como un muñeco de resortes, desabrochada la vieja chaqueta, sin poder abrir los ojos con la visera de la gorra echada para atrás, pasaba el agente de policía.

-Es una vergüenza! –protestó indignado ahogando las risas de algunos.

-Mientras no halla autoridad no habrá orden ni respeto por nadie.

-Anoche le robaron un novillo a don Noé.

-Y cómo no? No ven el guardián del orden en el estado en que va? Los mismos que han robado, son, sin duda, los que lo hicieron emborrachar. ¡Pobre nuestro país! –Y en este lugar, era como en cualquier otra parte. Lo sabía bien. El juez y el comisario apañaban matreros y asesinos como el “Gaicho Negro” y se repartían con toda frescura las ganancias. Y pobre del que les fuera con quejas a ellos!

Aquí era eso, un novillo, una honra, pero más allá, como lo denunciaban día a día lo diarios viejos que llegaban a su poder, eran cifras fabulosas las que defraudaban, los que, de un modo u otro, llegaban a administrar los dineros públicos. Se hablaba mucho de investigaciones, de nuevas leyes para evitar enriquecimientos ilícitos, pero a la hora de ponerles la marca de fuego a los infames, les temblaba la mano a todos. Por qué? Acaso todos eran iguales? Y los representantes del pueblo, elegidos por él para trabajar en pro de su felicidad, dictando las leyes que la hicieran posible, sintiéndose seguros y omnipotentes en sus bancas, sólo sabían realizar largas sesiones para insultarse en una y plantear cuestiones de privilegio en la siguiente, ese privilegio por un honor que entre ellos se pisoteaban groseramente. Así, la voz de los bienintencionados, quedaba sepulta en el escándalo sin fin, y el pueblo comprendía el escamoteo, oía y callaba.

Y él, pobre iluso, que quería eliminar la corrupción nada más que con su trabajo y prédica y que soñaba todavía con mejorar en su carrera profesional valido nada más que su capacidad y honestidad, en un país donde solamente el acomodo, la obsecuencia, la postración indigna, eran efectivas! Analizando sus posibilidades, sentía que sus sueños se derrumbaban. Retornaba entonces a su memoria, una vieja imagen que por más que hiciera, no podía olvidar; siempre, de pronto, reaparecía desde las aguas borrascosas en las que se debatía zozobante. Tendría más o menos nueve años, cuando junto con unos compañeros escaparon al río que venía crecido. Todos sabían nadar y gozaban con tirarse a las aguas y luchar con la fuerza de la corriente. Pero aquella vez el río estaba muy embravecido. Hasta las chilcas orilleras habían sido totalmente borradas.

-Yo no me largo, -dijo-. Está muy bravo.

-Yo tampoco –gritó otro para que lo oyeran sobre el bramido de la corriente.

-Aquí en la orillita no hace nada –arguyó el más grande, que sabía nadar muy bien-. Si está con mucha fuerza, nos volvemos. –Los otros no quisieron seguirlo.

-Maricas! Aprendan! –Y en un abrir y cerrar de ojos, arrojó a un lado la ropa de pobre que vestía y como una ranita dio el salto desde lo más alto de la barranca. Pareció que el agua turbia se lo había tragado, abriéndose como un succionante embudo. Tras un tiempo que les pareció eterno, lo vieron aparecer desde el torbellino barroso, negro, por un instante y de nuevo hundirse atraído violentamente hacía las profundidades, para no aparecer más. Ese rostro, en la primera y única salida que hizo del agua, se le había grabado hondamente y para siempre. Era la angustia, la desesperación manoteando, el horror, el grito mudo del ansia por seguir viviendo, partiéndose en el silencio imponente del momento final, cuando todavía estaba con toda la vida adentro. Aquel recuerdo de la infancia, lo atenaceaba muchas veces, cuando se sentía acosado por tantos inconvenientes contrarios a sus aspiraciones.

Tal vez tuviera razón Fernanda cuando insistía para que abandonara ese lugar. No ignoraba lo mucho que su mujer sufría. Pero, y otra vez lo mismo, cómo cerrar los ojos a una realidad que era tan fuerte como aquellas otras razones? Por un lado su dignidad. Estaba dispuesto a no arrodillarse ante nadie para conseguir su traslado. Por otra su vocación, su cariño por ese pedazo olvidado de patria, al cual estaba dispuesto a entregarle lo mejor de su vida. Ya no le importaba la riqueza, sino realizarse, alcanzar una categoría de vida superior, en la cual cifraba toda su felicidad. Pero la duda volvía a golpearlo. Y su hogar? Cómo desentenderse de él? Tenía hijos, tenía mujer...y si Fernanda llegaba a cansarse un día de vivir siempre rodeada por esa cuatro paredes fría, sin tener con quién compartir su vida? Y si despertaban en ella ansiedades secretas, nacidas de tan larga separación, que la llevaran a escapar de esa situación que él le creaba con su actitud porfiada? No habría querido referirse a eso aquella tarde, cuando ya finalizadas las vacaciones y al disponerse a partir de nuevo a Pisco-Yacú, le habló con voz temblorosa? Qué sabía él! La tenía abandonada, en realidad. Se le endiabló la sangre; y otra vez ese pedazo de vida le cruzó como un relámpago por el alma.

-Por qué no le hablas por tu traslado al doctor, antes de irte?

-No te preocupes. Ganaré mi traslado por méritos, sin que sea necesaria la intervención de ningún doctor. Y menos de ése. Ya verás.

-Es un capricho tuyo.

-Es dignidad.

-Dignidad! Entre tantos indignos que digitan los ascensos. –Y se le llenaron los ojos de lágrimas. No supo qué responderle. Menos, cuando agregó con vehemencia: -No te das cuenta que te necesito a mi lado? Que tu hijo también te necesita, tu madre, todos? Que mis noches sola son terribles y que...? Y le fue imposible continuar hablando. Vencida por el llanto...

Podía traer complicaciones aquello. Y la mejoría económica que había intentado lograr, hasta ese momento no era más que un sueño.

Le había dejado la promesa de que, si las cosas no salían bien, a vuelta de año abandonaría la escuela.

-No dejaré que pases necesidades; yo me limitaré por todos los extremos. Pero ahora, déjame vivir y pensar en la única forma en que puedo hacerlo: Así, con la frente alta, como me enseñaron mis padres.

Todo aquello le llegaba como el viento helado de los abismos que amenazaban abrirse de repente a nuestros pies.

-Maestro, dice tata que mañana le va a traer dos varas p'al techo 'e la escuela nueva, si es que encuentra el burro. La débil vocecita se alzó con la fe de los que van a cumplir grandes realizaciones en el futuro.

-Ah, dijo haciendo un alto en la marcha y todos lo imitaron. –Que ningún padre deje de venir el domingo, porque empezaremos a cortar los adobes.

-Tata dijo que vendrá.

-Y tata.

Aleteó otra vez con alas finas de alguacil, la esperanza. La casita nueva para la escuela, era otros de sus sueños. Un rancho, sí, pero limpio, aireado, clavado allí en el terreno que le habían donado, más cerca de la aguada, con amplio patio y terreno para plantaciones. Faltaba tan sólo la escritura, pero el dueño de los terrenos que vivía en la Capital, le había asegurado que lo haría de un momento a otro.

-Vaya ganando tiempo. Disponga nomás. Ese terreno es para la escuela. Y él se había dispuesto a hacerlo así, una, porque necesitaba una casa limpia, y otra, porque quería darle por la cabeza con esa realización al Capataz, al que no quería verlo más por motivo de la casa. En ella todo sería alentador y armonioso; podría enseñarles una higiene a fondo, que hasta entonces no, le era posible en un rancho sucio, donde pululaban toda clase de bichos. Las lecciones que daba sobre la materia, iban a resultar efectivas, cuando todas las cosas apuntaran en la misma dirección. Si no, imposible. Entre tanta falta de higiene. Lo que había echo con Rosita no tenía valor alguno. Un día le descubrió una herida infectada en la cabeza. La examinó con detenimiento. Por un momento vaciló...nunca había visto aquello. Luego, resueltamente, la llevó a la cocina, tomó una tijera y en un santiamén, la negra y lustrosa melena de la niña, pintada de puntos blancos, desapareció. Empapó un pedazo de algodón en fluído y no bien hurgó el hueco de la herida, un hervidero de maza blancuzca amarillenta, empezó a caer. Finalmente, con prolijidad, realizó una limpieza a fondo. Increíble. Era agusanamiento de una herida, provocada por la niña al rascarse; el motivo, piojos...

Aunque él nada comentó, el episodio trascendió y las madres, tocadas en su amor propio, empezaron a hacer tiempo para mandar más limpios a sus hijos. Llevado por ese mismo deseo, aprendió a cortar el cabello y los sábados a la tarde, les dedicaba el tiempo que necesitaban.

-Ahora sí que están donosos! Después, mucha agua y jabón y listo!

De esa manera cuidaba la higiene del cuerpo, en la que era, tal vez demasiado estricto; pero entendía que esa forma de proceder se imponía en un medio donde privaba la holganza, donde la costumbre se respetaba como una norma que debía ser ciegamente acatada. Pero todavía más difícil le resultaba la enseñanza de la higiene del alma. Parecía mentira que tras aquellos ojos de mirar candoroso, la picardía estuviera incubando ya, acechando el vicio, madurando la inclinación al delito que los atraía irremisiblemente. Eso lo preocupaba muchísimo; quería hacer de cada uno de sus alumnos, el más bueno, el más honrado, es decir, aspiraba a conservarlos en el estado de pureza en que los concebía. Pero lo peor de todo estaba en que quienes debían ser los primeros en inculcarles prácticas del bien, les enseñaban lo prohibido. Solamente quedaba él para evitarlo; él debía corregir castigando, pero para poder hacerlo tenía que ser infalible en el momento de señalar al culpable. Jamás podía cometer una injusticia.

Por eso aquella vez, no hallaba a qué mágico secreto apelar, para encontrar el billete de un peso que alguien había levantado de una caja, que dejara sobre el banco. La desaparición era misteriosa. Le indignaba que fueran tan vivos para burlar su autoridad. Pero más de una vez lo habían hecho. Al billete aquel, nadie lo había visto. La penitencia de dejar a todos los alumnos después de clase, no había dado resultado. Y esa era una de las medidas extremas, a la que evitaba llegar por los más pequeños que debían esperar largamente a sus hermanos.

Cavilaba después del registro general, que no diera resultado. Tal vez la niña no lo hubiera traído o lo hubiera perdido en el recreo o en la calle. Sin embargo, Juana juraba y rejuraba entre lágrimas que sí los había traído, que era para pagar “uno gastos” en el almacén, y Rosita, su compañera de banco, los había visto cuando salieron al patio en el último recreo.

-Caray! –se decía acariciándose la cara y volvía a mirarlos de uno por uno, a tiempo que todos se le aparecían como símbolo de la inocencia; el amor propio lo picaba más y más.

-Ninguno saldrá de aquí en todo el día si ese billete no aparece! –Los más grandes permanecieron mudos. Algunos de los más chicos empezaron a llorar. Pero los minutos pasaban y pasaban y nada.

-Voy a registrar de nuevo a los varones; pasen de uno por uno a mi pieza. Empezaron a desfilar, uno, dos, tres, y nada. Ya se veía haciendo un papelón.

-Sacate la camisa-, le exigió a otro que entró con mucha calma. Nada.

-Ahora el pantalón. –Prosiguió con la revisión prolija, minuciosa-. Cómo! Y esto?

-Señor, no me rete...! Me los hizo mama! –Eran dos bolsillos finos, angostos y largos, que nacían por el lado de adentro de la pretina, donde se encontraba, no sólo el peso, sino también dos gomas y un tapiz que ya había dado por perdidos. La madre le enseñaba a robar. Era culpable ese niño?

La picardía, la trampa, la viveza, entraban en la formación hogareña que le daban a aquellos niños. Para ellos que oían hablar y veían realizar ciertas cosas prohibidas de manera habitual, resultaban hechos simples y naturales.

Por eso volvía a preguntarse: lo odiaban por esta manera de proceder contra lo que significaba una burla a las leyes, a las formas del decoro y la decencia? No le importaba, porque solamente procediendo así se encontraba consigo mismo, aunque sabía decididamente en su contra a los que se veían perjudicados por su lucha contra el juego y el alcoholismo, como el dueño del almacén y el “Gaucha Negro”.

Por otra parte, no tenía a menos entrar a rancho alguno y participar de la rueda del mate, en tanto hablaban del tiempo seco o de la mala parición de cabras, ni tomar un vaso de vino o hacer un tiro de vuelta y media a la taba, aprovechando, de paso, para ir dejando caer algunos consejos o enseñanzas. No pocos lo escuchaban con atención y lo respetaban, como el Juanca, que si estaba en el boliche y él aparecía por ahí cerca, se hacía esconder el vaso para que no supiera que andaba bebiendo de nuevo.

Otros, como don Bantas, le cabestreaban de lo lindo; cuando él le decía:

-Pero usted es muy mano suelta. Así no va a tener nunca nada, don!

Y el viejo, arrugando más la cara trizada de arrugas, que respondía:

-Ve...! Si'asusta el muerto del degollau! -Y no dejaba de tener razón.

Un día era el Cacho otro el Toribio, el que llegaba hasta su rancho con el sombrero en la mano.

-Vengo a embromarlo, maestro.

-Vos dirás.

-Ando en la mala; 'toy con la Patricia enferma, y necesito algunos pesos pa'poder hacerla medicar.

Según la ficha, se los daba o si había riesgo que de paso lo tirara en el boliche, le contestaba: -Está bien. Decime qué remedios son; yo te los encargaré.- O- Andá nomás al médico del pueblo, no hay tiempo que perder- y le daba una carta para que cargara en su cuenta la consulta.

-Usted y yo no vamos a juntar plata nunca, maestro, acuérdesese lo que le digo -seguía hablando el viejo Bantas-. A más, usté áhi saber porque estas cosas ande'tar en los libros, qui'a la plata no l'hizo el hombre, si no el diablo y el muy sinvergüenza pa'verlo correr como loco atrás d'ella, hizo las monedas redondas. No ve? En cuanto abrimos un poquito la mano se van rodando y áhi tenemos que salir nosotros pu'atrás... Y toda la vida así.

El viejo tenía alguna razón. A él, sobre todo, se le iban más que rodando. Su mujer no perdía oportunidad de hacérselo notar. Pero le era imposible cerrar los ojos a esa realidad hecha de apremios y necesidades. Y su mano se abría una y otra vez para dar de su misma necesidad.

Compadecido del infortunio de Pedro, le había hecho un lugarcito en la cocina. Compartía con él su plato de comida, el asado o el locrito que le enseñara a preparar doña Rufa, a cambio de compañía y mandados. La alegría se le escapaba de los ojos al muchacho, como si nunca hubiera sufrido y se volvía locuaz, de manera especial en las noches, a la luz de la vela, mientras el mate iba y venía seguidito y alegre de mano en mano.

Sabe, señor maestro, lo que li'ha andau pasando a don Aniceto? Si había bandiau las otras noches con unas copas en el boliche.

-Qué milagro!

-Y ahí 'taba como es su costumbre, cargosiando a unos y a otros. Al Toribio, al Alfonso, al León, chino fiero, usté lu'ha visto, que tiene unos puños como bolas de piedra. Qué juerza tiene el loco ese! 'taba medio cáido el viejo, pero no dejaba d'embromar. Y al último se l'había agarrau con el León.

-Fiero el León, no? -León...bah...! El León...! -Apenas abría los ojos, largaba un gruñido, li'hacía la cara fiera y dale otra vez: -Viejo nariz 'e talón de sapo! 'Ta el León...!

-Tate en juicio, Aniceto -le decía por ahí ya por reventar el León, ahí afirmau al mostrador, junto al medio litro.

-Jui dí'una! Me gusta llegar a tiempo y echar una cucharada! Si'taba pa'morirse 'e risa del Aniceto como l'ochaba! Y dele y dele: -León? Pucha 'el León!

Cualquier cuzco le pega una corretiada...-. Pero hasta ahí no más jué. Porque nu'había terminau de decir eso, cuando el León lu'había escondiu di'una piña abajo di' unos bancos. Cuando al rato se levantó, sacándose la tierra 'e la cara, se sentó medio azonzau 'tuavía y mirándolo medio di'abajo al otro, dijo con voz de flauta dulce: -Malo el León, no? –Y soltando la cabeza sobre los brazos se quedó dormiu.

-No ha estado mal.

-Y yo le voy a decir que li'ha hecho bien, porque al otro día nomás se jué a la médica pa'que lo cure.

-Del golpe?

-No, del vicio 'e la bebida.

-Y?

-Güeno, dicen qui'anda mejor. La médica le dio que tome el vino, pero eso sí, con agua bendita. Por lo menos ya no 'ta tan boca sucia.

O si no, era cuando su guitarra se callaba dando un respiro a sus recuerdos que venían en tropel, que el muchacho le hablaba de su amor por la Pastora.

-Anoche juí a lo de doña Lola y bialé con la Pastora.

-Y que sabés bailar, vos?

-Yo no... pero 'es lo de menos... Yo lo que quiero es estar cerquita d'ella. ...Y es tan olorosa y suavcita... Da gusto! –Y luego, cebando el mate, agregó apenado aquella vez: -Una sola pieza bailé...después la capujó el Regalau y ése es como el carancho; no la soltó más en toda la noche. Le juro que si'hubiera tenu el cuchillo, se lu'hago jugar por el pupo...chino desgraciau!

-Que li'arrastra el ala todavía?

-Que no le digo? –Y ya se le escapaban las lágrimas de resentimiento.

-Ahora, para colmo, con esa "música" que se han comprado, no se cortan los fandangos. Vaya a saber en qué irá a terminar todo eso!

Por un rato Pedro se quedó pensativo; luego, como aliviado de sus preocupaciones, agregó: -Sabe maestro... li'hacen un cuento los muchachos a don Jovo. Dicen que cuando oyó el "jonogra" por primera vez, pegó una espantada tan grande que jue a parar a los campos y que se oía un solo ruidero de las cañas quebradas 'el maizal, lo que disparaba como un condenau el viejo.

Que no quería saber nada con ese cajón anda 'taba mandinga, según decía. Li'hacen el cuento que volvió recién al otro día, medio muerto di' hambre y a las espantadas. Y muy mentira nu' ha'i ser, porqu'es arisco el hombre.

Aquella charla de Pedro, le hacía olvidar un poco de esa sensación que sentía a veces de ir avanzando por sobre un tembladeral; Pastora que asomaba en su imaginación con su cara preciosa y esos dos ojos como señales de peligro, pero que a él lo atraían y de los que sólo sufriendo, lograba contener sus ganas bárbaras de correr a buscarla de una vez. Más allá, el rostro oscuro de diablo del "Gaucho Negro" y sus amenazas de que le haría sentir el filo de su facón. Y era capaz y cruel el condenado ese. Y el Capataz y el comisario y.... vaya que si había cosas para preocuparse. Pero sería fuerte, tenía que serlo y por nada se dejaría arredrar.

Cuando moría la charla y se sosegaba en su ir y venir el mate, callaba también la guitarra, las brasas se iban volviendo rescoldo y sus ojos buscaban el sueño; entonces, como negras y desbordadas crecientes, regresaban hasta su soledad todas aquellas conversaciones y sentía como si le raspaba la piel con espina.

-Estaré procediendo bien? –se preguntaba de nuevo-. Aspiro a la felicidad de ellos; pero si no saben vivir de otra manera, si no les entra en la cabeza otra concepción de vida, no seré yo el equivocado? Todo mi sacrificio, toda mi vida que les entrego sin limitaciones, tiene algún sentido, entonces, si nada voy a sacar en bien para los demás? Como el agua fresca de la vertiente le llegaban de pronto las risas de sus niños, las caritas que parecían estar renaciendo, esos corazones que día a día iban descubriendo un mundo de ternuras ocultas, y que ya sabían insinuarse en alguna palabra cariñosa, en alguna expresión de gratitud o reconocimiento.

-Señor...esto es pa'usté. –Era a veces un huevo de perdiz o una botija de moscardones.

-Y eso?

-Lu'hallè en la sendita. –Y los ojitos se tendían junto con las manos, rogando que se los recibiera, y al hacerlo, comprendía la felicidad que le caía como lluvia en esa cerrazón que tan poco sabía de amor.

Esas pequeñas cosas lo alentaban a luchar. Algún día, tal vez, todo fuera diferente para ellos... más claro el horizonte, más risas, más cantos. Y para él también la vida podría mostrarle el lado bueno...en cualquier momento podía llegarle la noticia que tanto esperaba. Por qué no ese mismo día? Su esperanza venía galopando leguas y leguas en los caballitos flacos, que allá, a las mil quinientas, llegaban con la correspondencia. Parecía que el otro mundo, distante, olvidado, se abría para él cuando de los maletones empezaban a salir las cartas... de Fernanda, el sueldo siempre poco y ya totalmente distribuído, los diarios viejos ya, de tanto viajar; algún día tal vez su soñado traslado.

Esa mañana, en la que regresaba con sus alumnos del arroyo bebiendo de sus ramos de luz más altos y olorosos, venía pensando que Pedro estaría ya de vuelta de su viaje a la estafeta. Cómo le saltaba el corazón a ese solo pensamiento, cómo tenía que acortarle las riendas a su inquietud para no correr alocadamente como un niño al encuentro del muchacho, para arrebatarse cuanto traía en las viejas maletas!

Al acercarse al patio, le sorprendió verlo afirmado a un árbol, caída la cabeza, lo mismo que el burro que corría a coletazos las moscas.

-Cómo te fue, Pedro? –le preguntó impaciente mirando las alforjas vacías.

-No juí! –repuso con vos apenas audible pasándose las manos por los cabellos.

-No? Qué pasó? –El muchacho estaba como mudo. Los chicos se habían detenido también sorprendidos al verlo así.

-Después le voy a contar –Y pareció que los ojos se le licuaban a la temperatura elevadísima que le fundía las pupilas.

-Pasemos. –No podía esperar más. Era muy raro aquello. Los dejó a sus alumnos copiando unos ejercicios para el día siguiente y salió de nuevo.

-Qué te sucede?

-No puedo contarle...no puedo! –Y calló su voz ronca, a punto de sollozar.

-Tu mamá? –Pensó que le hubiera llegado alguna mala noticia de ella.

-No...no...

-Y entonces?

-La Pastora...

-Qué tiene la Pastora?

-Se jué anoche con el Regalau...! Perro! Desgraciau! –Y mordiéndose los puños se largó de cabeza contra los pellones de su recado, al que movía sosegadamente el burro al respirar.

No halló qué decirle. Nunca pensó que Pedro la quisiera tanto. De lo contrario, como días anteriores, no sin zozobra, había tomado conocimiento del secreto, de cosas que había sucedido y de lo que iba a suceder, hubiera intentado, por lo menos, disuadirlo de ese cariño que era imposible por muchos motivos y ahora más que nunca.

Pero ya era tarde.

6

Como un guijarro vivo, doliente, desgarrándose entre los filones rocosos, venía lejos la copla, desmoronándose sobre la garúa que traía el aire de la sierra:

“Yo soy como el cuzco bayo
que ladra a la madrugada,
si halla que comer, come,
y si no, no come nada.”

Y más atrás, los disparos hechos al aire con un revólver barato y los gritos largos, ululantes, dolorosos, de algún borracho que subía quién sabe desde dónde, poniéndole a la noche, el indefinible terror de lo primitivo y caótico.

En el cuarto estrecho, la vela alumbraba temblando el cuadro con el retrato de la madre y de Fernanda, y en el cajón que hacia las veces de mesa de luz, la fotografía del hijo; todos estaban allí, acompañándolo.

Luego era la soledad, huraña, hueca, metiéndose en cada cosa, en cada rincón, y al llegar en ríos por la noche, lo apretaban contra cuatro paredes, aprisionándole las sienes a veces hasta hacerlo brotar lágrimas sin que supiera por qué. Los recuerdos semejaban pájaros distantes que venían, pegaban un aletazo ligero sobre su frente y volaban de nuevo a su patria nativa en el tiempo. Y se quedaba más solo, entonces, hueco, liviano como el aire, enfrentado a una realidad que tenía la fuerza destructiva del arroyo cuando alzaba agua hasta atorarse. Entonces buscaba afiebrado el rostro de su mujer, quería verla, quería tenerla para que lo acompañara, para sentirla tiernamente a su lado; pero no bien alcanzaba su imagen, se le deshacía como un muñeco de tierra y no le quedaba más que un montoncito de polvo pintado que se diluía en segundos. Y más todavía, le pasaba con su hijo al que no alcanzaba ubicar en ningún plano, por más que Fernanda no hiciera otra cosa que hablarle de él en todas las cartas. Tal vez, pensaba, fuera para bien, porque solamente así, cortada su ansiedad por todo aquello, huyendo sin querer de esas fuerzas que lo atraían continuamente, podía acomodar su vida al mundo contradictorio que lo rodeaba.

Allí estaban sus libros, sus cuadernos, entre otras cosas que decían de su transformación obligada por el medio, como la manta que se echaba al hombro al salir, el cuchillo, las botas; además, las últimas cartas de ella sobre la mesa, la silla vieja, el lavatorio, la percha colgada de la pared de adobe, todo un remedo de

hogar, sin otro calor que el le daba su intención de hacer un nido rústico, donde cupieran sus escasos sueños.

Se mentía; como en muchas cosas; como en su traslado, por ejemplo, sobre el que ya empezaba a dudar, pudiera alcanzarlo por el camino de decencia que había elegido. Pero como movido por el ansia de una secreta venganza, se proponía más y más, darse entero, darle por la boca a los descreídos, con hechos positivos, a los que pensaban que ser maestros era sinónimo de esclavo y alcahuete del poderoso de turno, de cobarde y rastrero, capaz de ceder vilmente al que le ofrecía el mendrugo más grande; que maestros era una profesión para flojos y cobardes, desdeñable e inservible.

Le demostraría que no. Con sus propias manos, ayudado por algunos de los pocos que lo seguían, había cortado adobes; con las suyas, aserrado y labrado las varas, construido marcos y puertas para la casa que levantarían en cuanto tuvieran noticias que el terreno donado había sido escriturado.

En una "minga" como la de los tiempos idos, donde entre la alegría y la confianza de no defraudarse, se alzaban las cosechas, así iba a finalizar la construcción que había soñado para su escuela. Una casa coqueta, abrigada y con mucha luz amparada por el viejo algarrobo en cuya vecindad pensaba levantarla.

Sintió ganas de reír imaginando a sus niños, a la Mechita, al Pancho, a Tunino, a Pajarito, a todos, a todos, con sus camisitas remendadas, sus pies mal calzados o simplemente cruzando a pata limpia los senderos riscosos, acurrucaditos al lado del fogón, en las mañanas heladas, contentos, saboreando el maíz tostado, sin tener que soportar la tortura del llanto de más de uno, herido por el frío. Todo sería diferente. Y cuando hablaban de ese tiempo, los ojos se perdían en el ensueño y parecían saborearlos felices: -Yo le traire un tarrito 'e maíz pa'que tueste.

-Y yo un peludito, en cuanto el Tigre agarre uno.

-Y yo, maestro, en cualquier momentito, el crespín que usted no conoce.

Repensó la respuesta. Era cierto que le había dicho que no conocía a ese pájaro, que en verdad parecía una animita, porque nadie podía verlo.

-Yo sí lu'hi visto –respondió Pajarito.

-Bueno, pero no se lo puede apresar.

-Yo sí soy capaz y le voy a traer uno, más adelante: en cuanto los árboles si'hacen de cogollos, ya empiezan a llegar.

-Muchos vienen?

-No, señor, poquitos. Pero por el alto, allá en los cerros, yo sé di'una parejita que siempre viene. D'esos le voy a agarrar, señor maestro.

Quedó pensando en que debió haberlo disuadido, pero nada le dijo, porque en ese momento llegó una vecina con un niño que no hacía más que llorar.

-Señor, se lo traigo pa' qui'usted haga el favor de vérmelo. Mírele la garganta y la cara. –El niño estaba desfigurado por una hinchazón que le cubría hasta el ojo.

Le hizo abrir la boca y lo examinó cuidadosamente.

-Qué remedios le ha hecho?

-Doña Domitila, la médica, le dio un unto p'al pescuezo y después que le pusiera flor de ceniza y que li'atara una media al cuello.

-Qué lástima! Esa médica no sabe lo que hace; las cosas caliente le han sentado mal a su hijo. Es un flemón para adentro lo que tiene. Yo le pondré una antipiojena. Es lo único que puedo hacer.

-Y sanará?

-No, señora. Es necesario y urgente que lo lleve al pueblo para que lo vea un dentista. Puede ser peligroso esto.

-Y cómo, señor? Si no dispongo de nada!

-Tendrán que poder, señora. Sírvase: esto le servirá para algo. Y esta notita para el dentista. -Y junto con el papel le entregó los últimos pesos que le quedaban.

Ni por cerca había andado la médica con su diagnóstico y mucho mal le había hecho; pero era inútil; no entendían que no se pusieran en manos de curanderas.

Un día llegó a casa de doña Tomasita, un rancho estrecho como muchos, pero limpio como pocos y de pronto vio en la cumblera un sapo amarrado, chupado ya, casi seco.

-Y eso?

-Lo colgó la médica. Como Juancito tiene la culebrilla...

-Y con eso va a sanar?

-Ella ha dicho que cuando el sapo se muera, él va 'tar curau.

El pobre animal, con los ojos agrandados, clamantes, apenas si respiraba, muriéndose de hambre y de sed.

-Por favor... hágalo largar, doña Tomasita. -Y todavía costó convencerla.

Siempre la ignorancia por un lado con los vicios, refugiándose en todos los ranchos, ofreciendo ejemplos terribles, como un orden de vida natural, en contra de sus prédicas, lo que significaba que muchos lo miraran como si él fuese el hereje que venía a combatirles sus acertadas maneras de pensar y juzgar; y más allá, esa misma maldad, simbolizada en la "Tuerta", seca, curcuncha que cruzaba noche y día las sendas, siempre llevando y trayendo chismes, fomentando sucios entreveros, enseñando a las chinitas chicas a descubrir sus secretos, conocedora de las mil formas para entregarlas después y sacar algún provecho para sí.

De tal manera los ranchos se llenaban de criaturas, "hijos del viento", por lo común, que venían al mundo porque sí, para nada; no eran más que otra boca para chupar de sus necesidades. De allí que el dolor doliera menos, tantas veces, que fuera como un estado natural y que sobre la aridez de una vida de repechos sin cuento, los hombres se dejaran arrastrar vencidos al cuesta abajo, con el olvido miserable que les ofrecía el vino.

El recuerdo de Pastora, emergiendo de todo aquello como los restos de un naufragio, lo hizo estremecer. Esa chica de tan fresca belleza, tan candorosa, que había llegado a inquietarlo seriamente, acababa de desaparecer para siempre de su camino. Le dolió pensarlo. Y las aguas claras donde todavía se reflejaba su rostro cautivante, por una misteriosa atracción contra la que su voluntad era impotente, se removieron de nuevo. Una sensación de vacío, de falta de aliento, lo obligó a enderezarse. Era disparatado. No, nunca pudo haberla querido. Sin embargo...las veces que llegó hasta la casa de Pastora, a pesar de haberse propuesto firmemente no hacerlo!

-Señor... -le decía ella tan sólo al alcanzarle el mate, pero sus ojos claros hablaban de una vida dura de la que era prisionera, de una ansiedad que él imaginaba devoradora, consumiéndola cruelmente, pero que se volvería tierna en otro pedazo de espejo, en otra luz, si unos brazos fuertes como los suyos se ofrecieran para sostenerla.

Tal vez no hubieran sido más que locuras suyas, delirios de su carne quemante que más se exacerbaba en contacto con la naturaleza virgen, caliente

en los terrones, fragante desde los troncos de los árboles airosos, invitante en los calaguales tupidos, al resguardo de hualanes y pedregales hoscas, bravíos, como para revolcadero de pumas.

Pero Pastora había caído. La madre vino a contárselo en un anochecer.

-Nunca pensé que cuando la mandaba al agua, s'encontraba con el deschavetau ese del Regalau... áhi, en el rancho abandonau...claro, quién los iba a ver... Y no darne cuenta, señor! Si siempre 'taba ganosa por ir a la vertiente... Dios ciega al que quiere perder... Y áhi jué donde si'aprovechó de su inocencia. Y la "Tuerta" era la que llevaba y traía... y yo en la luna! 'Ta muy avanzada ya y cuando s'entere, Jovo la va a moler a palos, señor! Ah, porque eso sí... pobres, pero decentes! Ahi donde lo ve, es hombre de pocas polcas y mazurcas ralas... Y nu'hallo qui'hacer ahura... hasta es capaz 'e desgraciarse en el Regalau...

-Consoló como pudo a la mujer y quedó en hablar con don Jovo. La cuestión era muy difícil. Cuando después de muchas vueltas el día aquel puso el dedo en la llaga, el hombre quedó como si le hubieran clavado un puñal en el pecho.

-No! Cómo dice eso! M'hija no, nunca! –Todos sabían cómo la quería y la regaloneaba. Y cuando al final debió rendirse a la realidad, quedó como un pájaro abatido por el tremendo golpe.

-Qué vergüenza! Y con ese atorrante!

-Ahora, para arreglar esto, no quedan más que dos caminos, don Jovo... a lo mejor, se corrige este muchacho... sería que quisiera casarse...

-No, nunca... nunca, maestro! Antes prefiero verla muerta!

-Entonces, lo mejor será llevarla de aquí hasta que pase ese momento.

-Cuando don Jovo llegara un momento antes a su casa respondiendo a la invitación, era un hombre feliz. Se retiraba hecho un cadáver, una sombra.

-Yo que la quería tanto... que buscaba pa'ella, pa'todos los de mi rancho nada más que la felicidad! Qué desgracia!

Por esto había desaparecido Pastora del vecindario: no era, como decían que se hubiera huído con Regalado. Aunque éste también hubiera desaparecido para ponerse lejos de las amenazas de muerte de don Jovo.

No tenía sueño esa noche. Se desgastaba pensando y fumando un cigarro tras otro. Por el ventanuco divisaba a lo lejos los cerros como negros fantasmas y oía el aire fresco a poleo rozando la piel de la tierra, que sonaba como un cuero reseco.

Al alcance de su mano estaba el cuaderno... sintió ganas de escribir y dejó corre la pluma escogiendo los pensamientos: "Y toco la soledad y la noche de octubre me duele en los dedos. La vida está agazapada mirando al hombre que soy y como para saber si estoy vivo todavía, suelta sobre la noche un graznido que hace crujir las tablas de mi rústica puerta. El tiempo se detiene y todo lo que tengo se vuelve difunto. Quiero gritar, quiero romper esta caparazón de sombras que me apresa y el puñal me invita a tomarlo y a salir a romper bultos con él. Estoy despierto hasta adentro y abiertos los ojos en espera siempre de un nuevo dolor. Pero a nada cederé. Afuera pasa la noche encabalgada en le tiempo y oigo crujir la tierra chupada por la sed. Agua, agua! parecen gritar las bestias, las mies que se revuelve boqueante por no morir en los surcos, el viento que agita las ramazones. Está cargado el cielo de una nubazón espesa, pero los hijos de la lluvia no se destrenzan en este pago que parece estar maldito. En todo encuentro señales que parecen preguntarme por qué no huyo también como los pájaros en el invierno".

Dos golpes en la puerta lo sobresaltaron. –Maestro!- Era don Lázaro.

-Adelante, amigo! –Entró el viejecito sonriente, como pidiendo disculpas.

-Un perro li'hace falta, maestro.

-Tal vez.

-Así le cuida la puerta, no ve?

-Tiene razón. Y tras un silencio, preguntó: -Y que lo trae a esta hora?

-Resulta que jui a lo de mi compadre Abundio y m'entretuve por demás.

-Como siempre, no?

-Uff! Ya m'está por retar!, -dijo torciendo la cabeza y encogiéndose como para hacerse más chiquito todavía. -Si vengo "fresquito", no ve?

-Será porque ha tomado las copas heladas.

-Güeno... volvía di'allá, como le decía y como vide luz, aquí me tiene.

-Hizo bien. Toma un matecito?

Veanló. El mezquino pregunta. -Y soltó una risa corta, acezada, para continuar diciendo: -Resulta que le quería contar lo de Pedro...no sé si si'habrá dau cuenta...pobre muchacho!

-Se ha perdido de aquí Pedro.

-Anda como trastornau dende que se jue la chica. Ni que l'hubiera chupau la víbora!

-Ya se le pasará.

-Y claro que se li'ha de pasar! Aunque este golpe le viene bien pa'qui aprenda a no meterse a zonzo!

-Si querer no es meterse a zonzo, don Lázaro.

-Cómo no. Usté puede querer mucho a su caballo, a su perro, eso sí, pero a la mujer...hummmm! Ni un pelo más allá de lo justito. Es un bicho muy traicionero. -Se quedó callado, haciendo sonar la bombilla. Quién sabe qué viejos tiempos exploraba! El pucho le temblaba entre los dedos.

-Yo sé por qué le digo! No tengo estas canas al vicio. Pero aprendí e'pichón nomás y m'hice diablo pa'llegar a lo que gusta y no llena cuando no compromete, entiende?

-Ya veo que está con ganas de contar alguna historia.

-Aguarde... creo que sí. -Encabalgó una pierna sobre la otra. Bostezó el candil y el silencio se hizo hondo. -Y qué casualidá, fijesé... 'ta garugando finito como aquella noche. Mi'andaba gustando mucho una chinita... Clara se llamaba y 'taba a punto caramelo...era fierona, pa'qué le voy a mentir, pero piernuda, la Clara. Quedamos de encontrarnos una noche en un entrevero qui'había en un rancho a unos metros 'e la casa d'ella...un tal...espérese, ya le digo...Ulogio, esu'es...Eulogio Cuello era el viejo...Lindo baile jué...porqu'esas eran farras y no matuastos! Ya verá usted...como le cuento, la tenía mirada, como el rey 'e los pajaritos a la Clara, que recién andaba aprendiendo a volar. En una d'esas, ya la convidé ajuera, a charlar. Esperate, me dijo, en cuantito se descuide mama. Pintaba lindo todo y 'taba empezando a madurar, cuando si'armó un bochinche de padre y señor mío y empezó el reparto 'e palos...áhi hubo pa'todos...puñalada va, puñalada viene, s'enredaban los chinos en las bombachas, gritaban las mujeres, volaban las botellas, pero al final, todo jue pura chafalonía. En cuanto se sosegaron los revoltosos y se armó de nuevo el peringundín, me dice la Clara: Yo me voy a casa, si queris, andá dentro di' un ratito...y salió haciéndose perdiz. Pa' que contarle, yu'estaba como potro amarrau al palenque. En cuanto se descuidó la vieja, me le jui al humo. Güeno, ya le dije qu'era fiero, pero querendona qu'era un lujo la Clara. Mi' hacía tropel el corazón como manada 'e chúcaros! Y ahura viene lo güeno...dentré tantiando en la oscuridá hasta que di con lo qui'andaba buscando... 'taba olorosa la Clara y un beso había alcanzau a darle cuando oímos temblar la tierra por unos pasos...y ya, junto con pegau, llegaron también...ya la

jodimos, le dije sin saber qui'hacer y en eso prendieron un jósjoro...amigo! 'Ta que se ponía fiero el pastel! Sos vos Chacho? Le preguntó ella desde la cama donde estábamos sentados, con una vocecita 'e santa. Sí, ché, an'ta la torta –le contestó el otro, qu'era un hermano d'ella, más atravesau que trote 'e perro. Ahí, en el cajón 'e la mesa, pues...entonces, cuando se dio vuelta y apagó el jósjoro, ya me corrí hasta la punta 'e la cama buscando dónde esconderme...En eso, caray, prendió otro jósjoro más, pero ya mi'había alcanzau a meter abajo 'e la cama, como le digo...juna, casi ni respiraba! Como había quedau medio torcido, cuando quise acomodarme pa'esperar mejor a que se juera semejante goloso, encaje una pata en una cosa que no podía saber qué diablos era y la dí güelta...menos mal qu'el zonzo n'oyó el ruido...me quedé quietito mientras el otro hurgaba el cajón, sacaba la torta y se ponía a darle al diente lo más pancho en l'oscuro. Juna! Qué rabia mi 'había dau! Bramaba como un toro! En eso que 'taba áhi con la carreta encajada hasta la maza, otro tropel que llega sin resuello. Ahí sí que se me ladió el apero! Y empecé a lamentarme pensando qu'el que no nace p'al cielo, en balde es mirar p'arriba! Si era doña Saturnina, la madre, vivita y coliendo, la qui'había llegau. Qué le cuento! No bien entró como el ogro olfatiando carne humana, ya gritó: Quién 'ta acá! Y le dice el Chacho, yo, mama. Y qui'hacis, ah? 'Toy comiendo torta...Y la Clara? 'Ta en la cama...y me le dice la vieja qu'era una sargentona 'e primera, qué te pasa que ti 'has escapau! Nada, mama, sino que me dolía la cabeza. Ya si'acerca y le dice al Chacho, prendé la luz...el otro zonzo que prende la vela y entonces la vieja que se llega hasta la cama y le dice a la Clara, ché, falta el Lázaro allá...si'habra ido? Y ella...yo no sé mama, le contesta quejosa, como si realmente 'tuviera muy enferma... Y yo a todo esto, abajo 'e la cama como avestruz contra el cerco, sudando a chorros. ¡Ah, la pucha, que julepe! Cuando el zonzo acabó la torta se jué y ellas quedaron chismiando...qui' hora s'irá... suspiraba yo sin importarme un pito las cuerriadas que 'taban haciendo, hasta qui'a las cansadas, dice la vieja, voy a buscar el pañuelo que m'hi dejau allá y ya vuelvo a acostarme; y apagando la luz, salió. En cuantito quedamos solos, me dice la Clara viendo que yo manoteaba por salir di abajo... no te vas, esperate un poco... pero yo ya no podía más, qué quiere que le diga, porque 'taba en medio di'un charco pegajoso y embarrau hasta las mismas verijas con algo que no sabía qué diablos podía ser. Entonces le digo, no, no puedo, 'toy empantanau hasta el cogote... Jesús, gritó ella tocándome la ropa... es arrope, has dau vuelta la botija con arrope 'e mama! Qui'hacemos! Pegó un salto la Clara, prendió la vela y ya vimos la qu'el chorro oscuro di arrope corria despacito di'abajo 'e la cama. Ay jué truca! Si si'hubiera demorau un ratito más la vieja l'hubiera descubierto y áhi se mi'hubiera armau la di'a pie al toparse con mi bulto en medio 'el arrope! Qué barro, compañero! Güen... tonces le digo "chaguándome" un poco la ropa... mirá, no me puedo quedar...y qué vas a hacer, cómo te vas a ir todo engrudau al baile, otra vez! Había dejau el sombrero y el rebenque, allá. Y qué decir del caballo! Tenía razón la Clara. Cómo iba a volver si daba lástima! Pa'los pavos! Al fin dispuse dejar el sombrero, el rebenque, el caballo y todo lo demás qui'usté m'entiende, por culpa di'una botija di' arrope; a más, tuve qui' hacer a pie las dos leguas hasta las casas, con los ojos largos, como chivo con hambre! –Seboreó el tiempo joven en los labios y luego de una pausa, agregó: -Pero yo no mi'iba a morir por moza alguna. Qué esperanza! Pero este Pedro es más zonzo qui'un zapallo. Ahí anda como pollo angarrotau por una pollera...no, no...!

-Y... son modos de querer –le respondió alcanzándole el mate. Removió la bombilla don Lázaro y luego de una pausa, ya borrada su sonrisa pícara del

rostro charqueado, preguntó: -De modo que va a cambiar l'escuelita p'al algarrobo?

-En cuanto nos escrituren, sí. Están demorando las noticias, pero en cuanto las tengamos, nos largamos a alzar paredes. -Los ojos claros le relumbraron de alegría.

-Cuando se quiere se puede. Ya ve: En menos que canta un gallo, hemos preparado todo para levantar la casita.

-Pero hay algunos qué li'andan mezquinando al bulto.

- Ya se sabe; son los mezquinos y los que le tiemblan a la escuela, porque ellas un día les harán caer la máscara con que se cubren la cara. Son decentes y muy buenos de boca, nada más. -La indignación le había hecho subir la sangre al rostro curtido.

-Yo no sé... a veces la cosas qui' uno oye hay que decirlas... a otras no... cada uno oye y guarda lo que le conviene, nu'es así? Yo sé qu'el Capataz a dicho qui' usted se la va a pagar. -Y con los ojos achicados por el humo oloroso a hinojo, se quedó mirándolo.

-A mí nada me importa de él. Si con lo que hago le doy en la matadura, será porque no se cura.

-Pero es hombre de cuidau... cuando Dios era chiquito, éste ya era sinvergüenza. Acuertesé 'e lo que le digo, maestro.

-Ya sé que es hábil para tirar la piedra y esconder la mano.

-Es del partido que manda, a más. Ufff! Hay que ver! -Y sacudió los dedos.

-Por eso se creen dioses, dueños de vidas de grandes y chicos y sólo viven pensando en copar votos, sea como sea, para no perder esa ventaja. Y pobre del que se resista!

-Como el paciente. No supo? A la cárcel 'e la cuidá jué a dar todo por hacerse el duro. No, si cuando yo digo...

-Pero no fue por hacerse el duro. Era un hombre decente. Pobre pero de una pieza, que quiso hacer valer su derecho a pensar libremente. Pero no, aquí no se puede hacer eso. O hay que someterse al mandón de turno o hay que reventar, si no se lo puede voltear por la fuerza.

-Por la juerza?

-Claro; porque desde las urnas, cuándo! El partido que está en el poder, tiene la máquina montada para el triunfo. Compra votos, prepara urnas, somete conciencias, viola derechos, qué! -La amargura le cayó como una mancha de barro.

- Es mal bicho el Capataz.

-Será; pero yo no me haré a un lado de la huella aunque vengan degollando, como dijo Fierro; y enseñaré a mis alumnos a ser dignos y lucharé para que algún día todos tengan su trabajo aquí y haya caminos para que llegue el progreso.

-Pucha! Cómo me gustaría verlos a estos agrandaus sin más qu'el hollejo!

-Esto cambiará, don Lázaro! -Soñaba con esas ásperas piedras cediendo paso a la corriente civilizadora, verdaderamente nacional... soñaba con sus alumnos, hombres ya, incontaminados por la deshonestidad, viviendo con la frente bien alta, orgullosos de su lugar nativo, labrando la tierra con cariño y tomándole gusto a la palabra "Patria", pues estaba seguro que ahora les sonaba a burla. Patria... pero es que esos pobres desheredados tenían patria ahora que no había guerras, donde su sangre era la primera en ser derramada?

-Llegará un día, don Lázaro, en que por la educación, el pueblo será dueño de su destino y estos malditos arreadores de recua, que son los malos políticos, serán barridos con el pie, como la peor boñiga!

-Hamalaya les entraran a mover el avispero di'una güena vez! –Y en su vieja sonrisa había también como una esperanza que enarbolaba banderas en un cielo remoto, hundido quién sabe bajo qué largos quebrantos! Se levantó pausadamente y fue a salir-. Me voy antes que se largue l'agua –dijo mirando hacia fuera.

-Si no va a llover, don Lázaro.

-Qué no? Nu'ha visto cómo estaba la luna, acaso? En cuantito se de vuelta el viento, ya verá... No, no, son cosas qui'hay qui'aprender, maestro. –Y salió.

En el fogón seguía ardiendo un fueguito alegre, tibio, compañero. No tenía sueño. Y del corazón mismo de la llama, casi transparente, empezó a arrancar dibujos, versos, sueños, ojos, los de su mujer, los preciosos de su hijo. Un relámpago lo encegueció al tiempo que un remolino le pegó un zamarrón con furia al algarrobo. El viento ya se había dado vuelta. La sabiduría de don Lázaro se confirmaba.

Pensó en las cosas que debía hacer al día siguiente y que tal vez la lluvia le impidiera realizar: traer leña, buscar carne, porque la que tenía ya no podía comerse de olisca. La llama ya había tronchado su altivez. Sordamente unos goterones repiquetearon en el techo de barro y un viento fresco se coló por las hendiduras. Con abundante ceniza enterró las brasas y fue a acostarse. La alegría le llenó el pecho cuando escuchó desatarse con furia el chaparrón. La llama de la vela bailoteaba feliz. Luego, entre los truenos, y algunas piedras que empezaban a caer, le pareció escuchar un grito largo y agudo. Pero nada más. Sopló la vela y trató de cerrar los ojos. No podía; estaba preocupado. Tras un trueno el grito aquel reventó con claridad ante su puerta: -Pajarito! Se perdió Pajarito! Señor maestro, no lo vio a m'hijo? –Divisó ante su puerta a la madre del niño chorreando agua. No perdió tiempo. Alzó el poncho y salió. Bajo la lluvia, desatada con furia, los dos bultos se encogían sobre los senderos en busca del niño extraviado.

Lejos, arriba, pasaban silbando unos patos.

7

La tarde moría con el balido último de los cabritos, que bajaban triscando sobre los pedregales. El grito de algún pastor se arremansaba en los corrales de piedra. Estaba oloroso el aire a hualán florecido. Pero el maestro, de pie junto al horcón, con la mirada perdida en los cerros, apelaba a toda su fortaleza para sobreponerse al momento que vivía. La imagen de Pajarito, con los ojos entrecerrados, respirando trabajosamente en su catre de tientos, consumido por la fiebre, le sacudían la sangre en violentas oleadas. Y él sin saber qué hacer ni decir, desarmado, impotente, abatido.

-Se muere, señor! Se muere! –El dolor de la madre no le daba tregua.

-Tenga calma... Pueden obrar los remedios; confíe en Dios.

Aquella noche anduvieron en vano; lo encontraron al otro día a las 12; lo había sorprendido la tormenta y se desorientó. Cuando dio con una cueva ya estaba empapado. Allí lo encontraron, indefenso ya, consumido por la fiebre; no se explicaban cómo podía haber ido tan lejos. Pero después, se acordó el crespín que le había prometido; claro, era por ese lugar por donde había dicho que iría a buscarlo; tal vez si lo hubiera disuadido a tiempo, nada hubiera ocurrido. Pero, la realidad era esa. Con los ojos cerrados, el niño respiraba con mayor dificultad. Dos noches había velado ansiosamente y nada le hacía tener esperanza. Por el contrario. Le recorrió un escalofrío y sus labios, imperceptiblemente, imploraron a Dios.

Un silencio largo le caía desde el cielo incontaminado y no acababa de arrancarse una espina, cuando ya otra le amenazaba el panorama de sus sueños queridos. Así por ejemplo, la casita para la escuela, ya no podría ser. Primero fue el Capataz mismo que le hizo llegar la noticia como un simple murmullo para reírse secretamente al conocer su reacción, y luego le llegó la confirmación por boca del propio puestero de los Díaz. Les habían rematado toda la propiedad, incluido, por supuesto, el terreno donado para la escuela. Todos sus esfuerzos habían resultado inútiles. Y oía dentro de su alma como si cayera el cascoterío de sus sueños deshechos otra vez. Buscaba para un lado y otro, y por todas partes sólo veía la vida huraña, emponzoñándole los caminos. Es que realmente la vida era así? A todos los hombres les tocaría afrontar lo que a él? O todo era producto de una sociedad mal constituida, o por el contrario, fruto de su inutilidad? Se irritó al darse cuenta que estaba teniéndose lástima, que es lo peor, juzgaba, que puede ocurrirle a un hombre. No. Era cobardía. Aunque al lado de aquello, como siempre, podía contraponer pedacitos de luz plena, que sonaba como cascabeles en su corazón.

Pocos días atrás había estado de nuevo en la represa seca y al lado de la varillita de álamo que ya se erguía verdeante, plantó otro. Tenía otro hijo. Eran dos ahora los sueños que empezaban a alzarse, cubriéndose con el verde de la vida y buscando derroteros de cielo. Eran dos las existencias que desde allí, desde esos alambres que los representaban, iban a estar acompañándolo en medio de su soledad.

Aunque como siempre le venía sucediendo, a la alegría de la noticia, siguieron las reflexiones que se la sorbieron como el agua cristalina del arroyo, que se enloda y desaparece en el sucio arenal. Crecían sus responsabilidades, era más imperiosa su presencia en el hogar. Hacía falta más dinero para afrontar nuevos gastos y él seguía estacionado, haciendo milagros con lo insuficiente. Había aprendido a pegar botones, a zurcir y a remendarse la ropa, a limpiarse el traje barato de confección, a mezquinarse cualquier gusto de los muy escasos que pudiera darse en el lugar, como tomar un trago de buen vino. No, no podía. La estrechez económica y la soledad lo cercaban más y más.

En la misma carta en la que Fernanda le daba la buena noticia, lo enteraba de la designación de un maestro recientemente recibido para desempeñarse en la dirección a la que él aspiraba. Sintió en ese momento como si lo hubiesen sumergido en un pozo profundo, lleno de todas las inmundicias. Era un asco, un asco que le daba vuelta las entrañas. Otra vez la política había metidos sus dedos sucios y era sin duda de los de ellos, de los incondicionales del partido gobernante, al que habían designado. Y no podía ser de otra manera, porque en la provincia, como en tantas otras, las cosas oficiales se manejaban como bienes familiares. Así, sus afanes de superación nunca le servirían para

nada. A su alrededor, todo seguía siendo oscuro, huidizo. Aunque en medio de todo aquello, algo permanecía intacto. Su corazón de hombre, echado a volar como una campana, sediento de salir por todos los caminos a buscar la verdad y la justicia, a las que, no le cabía duda, habría de encontrar con la felicidad de los niños, esas avecitas mansas que se llegaban a su lado chupados por el hambre y la sed de amor. Entonces, la elección, aunque lo hiciera sufrir, no era difícil. Haría pie y arremetería contra lo que fuera...odio, mezquindad, acomodo, inmoralidad, delincuencia y hasta contra sus propias comodidades.

Los fuertes del lugar estaban acostumbrados a que se les hablara con el sombrero en la mano, fueran grandes o chicos, a todos los medían con la misma vara de crueldad e injusticia.

Venía a veces una criatura sobre el frío de la tarde cortadas las carnes por el viento bravo del cerro, se arrimaba como un cuzquito miedoso al mostrador del bolichero, y tiritando entero, decía: -Azuca...

-Cuánto tráis! – le exigía secamente el vendedor, ese hombre gordo, cara redonda de chancho, cejas espesas y juntas, pelos parados y hablar autoritario y mandón.

-Esto. –El niño abría su mano y de allí le arrebatava las monedas como ave de rapiña.

-Veinte...qué te voy a dar por veinte!

Cuando no era que le hurtara una moneda directamente y dijera: -Diez...Y que el chiquilín protestara: -No, si traje veinte...

-Los habrás perdiu por el camino, abriboca! –Y cuando no por roto, por descosido, la criatura se volvía tiritando por las sendas que la sombra borraba, con las manos vacías o poco menos, perdiendo su llanto por el mate que no lo calentaría, por el pedacito de torta que no iba a probar y con lo que su hambre soñaba...lo seguro, siempre, era la paliza que lo esperaba.

-Y el Capataz, que de buenas a primeras dejaba sin trabajo a alguno tan sólo porque tenía el látigo en la mano y los quería sometidos a sus cuentas y razones. Y en todos esos casos, el maestro tenía que escucharles las quejas: -M'hi quedau sin conchavo, maestro....

-Qué te ha pasado!

-Y, como li'hablé que me parecía justo que después 'e cinco años mi'aumentaron un poquito...güeno, según usté mi'había dicho...

-Seguro que me nombraste!

-Y güeno...no me di cuenta...se puso furioso, m'echo y me dijo que viniera a pedirle conchavo a usté que mi'había de pagar mejor.

-Canalla!

Y aquí ando sin tener qui'hacer y con la pollada que no tiene naíta pa'comer... -El silencio flotaba largo sobre los segundos. Luego agregaba: -Y güeno... qué se va a hacer! Dios lu'habrá queriu así! –Eran criollos de poca pena, ignorantes, desarraigados, incrédulos y sometidos, que iban hacía donde el viento más fuerte los llevara. No parecían hijos o nietos de aquellos hombres de los que hablaban siempre don Lázaro o doña Rufa.

El los veía quedarse horas en el boliche, sentados anta un vaso de vino, rumiando quien sabe qué recuerdos oscuros, tratando de recomponer vaya a saber qué viejas y trizadas esperanzas!

Y podía dar fe de que eran guapos, aguantadores como animales, cuando le entraban a poner al hacha, la pala o lo que fuere, sin más para nutrirse que un poco de vino, que iban pasándolo a lo largo del día y un asado, no muy abundante, a mitad de jornada. Parecían sacar del aire mismo su vitalidad. Sí, se

daba cuenta que eran del mismo temple de los hombres de antes, a los que se había abandonado después de sacarle el jugo. Eran de aquellos a los que los grandes hacedores de opinión, a los que los patricios pudientes desde sus altos sitios, les hacían un lugarcito entre los héroes, como gauchos de Güemes o intrépidos granaderos. Eran, claro que sí, de la misma fibra, de la misma sangre también de los que defendieron como diosas su pedazo de suelo natal con el Chacho, Ramírez o Facundo. Ellos no supieron más que de ese amor, y con toda su ignorancia, pero con lealtad de perro, se dieron en seguir al hombre que les hacía sentir que esa tierra que pisaban, que esa tierra donde dormían el sueño largo sus abuelos, les pertenecía como la madre, como la vida misma, que era de ellos y que, por consiguiente, esa lucha tenían una poderosa razón de ser. Vaya que si eran los mismos! Pero ahora que la Patria estaba hecha, que no era precioso regarla con más sangre, llegaban los gringos con su fama de sabios y laboriosos (también con su crudo materialismo) y a ellos se les hacía a un lado como si fueran un estorbo, una vergüenza; en especial, para la posición preponderante del porteño, que había sacado una larga punta de ventaja en su trato con la gente del otro lado del mar, con los hacedores del progreso, señores exquisitos, con quienes, decían, daba gusto departir y, además, dueños de grandes riquezas, riquezas con las que vendrían a copar todas nuestras fuentes más ricas y fáciles de ser explotadas. A cambio nos dejaba la libertad de seguir soñando con nuestra imponderable grandeza.

Ayer héroes, ahora bárbaros, negros ignorantes, a los que no tan sólo se olvidaba, sino que se los rechazaba con repulsión y se les cerraban, como a advenedizos, todas las puertas que pudieran llevarlos a la superación. Sin planes ciertos de educación, sin aperturas hacía las fuentes de trabajo, tanta frustración terminaba en un profundo resentimiento. Así andaba el país! Y volvía a preguntarse: Por qué esta diferencia, si estos seguían siendo en lo más profundo de cada uno, ahí donde la tierra duele y el amor crece y florece como los pastos, igual, igual que aquéllos? Por qué la Patria no alcanzaba hasta sus ranchos, hasta sus corazones, ahora? Cuando arribaba a estas conclusiones, sentía una pura alegría, una alegría de niño, corriendo por sus venas. En todo eso descubría un motivo más que suficiente para su sacrificada lucha. Y se complacía en recordar entonces, la pequeña cosecha de afectos que niños y grandes se encargaban de arrimarle a su corazón.

A veces, al atardecer, cuando se sentaba en el patio y sacaba la guitarra, algunos muchachos se detenían a escucharlo desde la distancia; los invitaba a pasar y aunque al principio se mostraban huraños, se fueron animando poco a poco. Aprovechaba esas circunstancias para conversar con ellos, interesarse en sus gustos y aspiraciones, porque también las tenían, contarles hechos que ocurrían en otras partes o leerles, según la oportunidad, algún cuento o historia que pidiera interesarles. Y parecía que sí, porque siempre regresaban.

Cuando salía a recorrer los senderos, no preguntaba de quien era tal o cual vivienda; a todas llegaba por igual; ni se le ocurría pensar que en muchas de ellas vivían individuos que tenían serias cuentas con la justicia o que fueran reconocidos en la vecindad por su conducta reprobable. Su corazón estaba por encima de todas esas consideraciones. No era de ellos toda la culpa, sino, en gran medida, de un sistema deshumanizado y esclavizante que los había arrojado a la más cruel orfandad, a vivir en ese fango, como lo hacían, sin posibilidades de salvación. Para él todos eran hermanos a los que debía brindarles su ayuda espiritual por cobre todas las cosas. Era entonces cuando le parecía más hermosa la misión del maestro sobre la tierra. Esa manera de pensar le ayudaba

a sobrellevar las desazones, que entre otros, le daban con frecuencia el comisario y el Capataz.

Como había varios padres que no mandaban nunca a sus hijos a la escuela y nada había logrado con la persuasión, le pidió cierta vez al comisario que les hiciera recordar sus obligaciones; ni lerdo ni perezoso, salió él, personalmente a visitarlos.

-No le digo, doña Petra? Mire lo que quiere hacerme hacer el maestrito! Que la moleste, tan luego a usted pa' que le mande los chicos a l'escuela! Como si no supiera que si no los manda será porque no puede! Y Todavía s'emperrau en que se los lleve a la juerza y le cobre multa...! Y después se las viene a dar de santo! Qué le parece!

Más allá era lo mismo, con una variante final: -Pero yo no te voy a molestar, Nicandro, porque a él se li'antoje! Vos sos mi amigo y correigionario-, añadía meloso. Viene pa' que te des cuenta quién es la mosquita muerta ese, nada más...-y sonría con sarcasmo.

Cosas, hechos de todos los días, a los que no podía mezquinarles el cuerpo. Y no lo iba a hacer, porque ya era muy claro el sentido de su misión humana y social. Su posición ante la adversidad propia y extraña, estaba tomada y no iba a traicionarse ni a traicionar.

Se mordió los labios. El río de silencio pasaba de nuevo removiéndole el suelo a sus pies. Así lo sentía a veces y entonces, mezquinándole el pensamiento a los seres queridos, cuyas imágenes se le borraban de la memoria, desasido de la tierra y de sus hombres, por los que quería seguir padeciendo, se dejaba flotar.

Así se había quedado ese día, cuando una bulla sobre las pisadas que quebraban la oración, le hizo prestar atención afinando el oído. Conoció en seguida la voz del Capataz. Y luego escuchó su larga carcajada. Como a propósito pareció detenerse en el callejón, frente mismo a su vivienda, para desahogar su alegría. No atinaba a pensar cuál pudiera ser el motivo. Aunque era evidente que lo hacía para provocarlo. Contuvo sus deseos de salir a preguntarle si buscaba a alguien. Por un rato todavía rieron y hablaron en voz alta refiriéndose en forma sarcástica a una persona cuyo nombre no daban.

-Sólo pido mucha paciencia...! -Contuvo su indignación. Ya se perdían las voces por las costas del arroyo. No dudaba que iban a rematar en el boliche y que allí festejarían hasta el amanecer el motivo de la algazara. Buscando despejar la cabeza, salió por la senda con rumbo opuesto al que habían llevado los otros. La noche callada, bajaba a torrentes por todas las laderas, caía en el arroyo y corría, sedosa, acariciante, bajo los mollares, entre las mentas y envolvía de sueños a los ranchos. Lejos, lejos, un llanto estremecedor de niño pequeñito, el tintineo apagado del cencerro de alguna cabra vieja al sacudirse o el fueguito pobre que calentaba una esperanza de locro tardío, le decían que la noche aún estaba despierta.

En eso, como una aparición, salió de entre la sombra un bulto de mujer:

-Maestro! -lo llamó.

-Que es usted, Chola? -preguntó apagando la voz.

-Sí maestro. Voy a su casa.

-Y a esta hora.

-Sí, porque no quería que me vieran llegar, algunos.

-Vamos, entonces. -Caminaron en silencio. Le parecía que de rato en rato la oía sollozar atrás suyo, ya que marchaba punteando la senda. Al llegar prendió una vela.

-Estoy a sus órdenes, Chola. –La vieja se arregló el rebozo y se pasó la lengua por los labios secos.

-Vengo a pedirle un gran servicio. Sé que si puede, no me va a decir que no.

-Ya sabe que así será.

-Resulta que...güeno, vengo a ofrecerle mi campito.

-A mí?

-Sí, quisiera que usted me lo comprara. Porque Lionte, el Capataz, me lo quiere quitar aunque sabe bien que el campo es mío.

-Y entonces, cómo se lo va a quitar! –Apretándose el viejo rebozo contra la cara, la mujer empezó a sollozar.

-Usted sabe bien cómo somos d'indefensos los pobres! Y ahura me sale con una amenaza! Dende que murió Nacho no me deja sacar ni un palo de leña! Y cómo vamos a poder vivir así, señor!

-Pero si él no tiene ninguna razón, por qué les va a prohibir! –No entendía!

-No ve? El es rico y puede lo que le da la gana. Cuando vino la mensura, m'hizo firmar un papel como lindante y ahura me sale con que el campo es d'él, no le digo? –Ya se lo imaginaba al Capataz restregándose las manos como la mosca después del banquete. Así había hecho toda su riqueza.

-Cuándo irán a aprender a no firmar cualquier papel, ustedes!

-Sí, pero ya nu'hay remedio...lo firmé...cómprame el campo, se lo ruego.

-Y por qué me lo quiere vender tan luego a mí?

-Porque usted es hombre y sabe ler. El Capataz no se le va a animar...en cambio a mí...

-Mire, si tuviera dinero se lo compraría. Pero yo también soy pobre, sabe?

-No puede... -Y otra vez se cubrió el rostro con el manto y siguió sollozando-. Ahura yo no sé qué voy a hacer!

-Véalo al juez, al comisario, ellos la van a proteger.

-Qué van...si son uña y carne con el otro...adiós maestro! –Y dando vuelta, a las nariceadas, cruzó el umbral!. No había alcanzado a salir del desconcierto, cuando la vio regresar con inseguro paso.

-Mi'olvide 'e decirle...otra cosa l'iba a pedir.

-Diga, Chola.

-'Toy tan abatida y sola...usted sabe...con esa carga 'e chicos que tengo y sin una ayuda pa' nada...

-Ya sabe que pudiendo...-esperaba que le pidiera dinero.

-Tengo el más chico y nu'hallo qui'hacer con él...es inavenible. Tengameló usted, señor...que lu' acompañe y li'ayude en algo, quiere?

-Está bien, Chola; tráigamelo cuando quiera; se lo voy a tener. –Falta le hacía.

-Gracias, maestro...mañana, entonces...le voy a preparar la ropita. –Y ese fue entre la oscuridad, al parecer aliviada.

Entró de nuevo. Bebería de un jarro con leche de cabra y marcharía a visitarlo a Pajarito. Vivía pendiente de él; no podía dejarlo bajo el único cuidado de la madre, incapaz de todo. No, por él haría cuanto fuese necesario... como por cualquier otro de ese puñado de niños serranos que se le habían atado a su vida. Estaban allí dándole un sentido nuevo, diferente a su existencia, que alcanzaba por ellos, una serenidad, una transparencia que antes no había conocido. Y con ellos le llegaba también un cariño distinto por la tierra, por esa tierra común,

hosca, arisca, mezquina, pero llena de esplendores, de aromas, dulzura y gozos, poblada de verdes olorosos y trinos deslumbrantes.

Quería todo aquello, ese mundo que surgía oscuramente de entre la maraña de dificultades y que se hacía luz y canto en su corazón. Risas de niños, morenos, peluditos, aindiados, de ojitos candorosos, senderos abruptos, cerros esbeltos, árboles cobijadores, esa felicidad chiquita, pero pura de ellos, a la que se les adivinaba en los ojos al poder jinetear un burro arisco, silbar arreando las cabras quedadoras, bañarse en los remansos prohibidos cuando el arroyo cargaba agua.

Se disponía a soplar la vela, cuando escuchó la voz de Pedro saliendo como desde atrás del rancho.

-Maestro...

-Pedro...qué andás haciendo a esta hora!

-Vengo a despedirme.

-Cómo! No sabía que estuvieras por viajar.

-Sí, maestro. Me voy.

-Y a dónde!

-Qué sé yo! A donde quiera! –Y dejó caer los brazos desalentado.

-Pero estás loco! Entrá. –La luz de la vela le dio en el rostro pálido-. Por qué te vas; contame.

Se dejó caer pesadamente en un banco. –Porque no puedo vivir más aquí.

-Vamos, hombre!

-Es que así es, nomás.

-No te entiendo.

-La extraña mucho, m'entiende?

-A quién?

-A ella, pues...a la Pastora! –Le temblaba la voz. Los ojos consumidos por el desvelo, se le veían enrojecidos y la barba rala, crecida, le daban el aspecto de un loco.

-Vamos. Eso no es de hombre. Y vos lo sos, Pedro. –De la cabeza gacha le colgaba el silencio al muchacho.

-Querés tomar algo? –le pregunto al tiempo que le servía un poco de leche.

-No, maestro. Nu'apetesco; hace días que no puedo probar boca.

-Se te nota. Estas fundido y vas a terminar mal así. Es una locura tuya.

-Ya sé, maestro. Tendría qui'olvidarla, porque ha siu una sinvergüenza, pero no puedo acostumbrarme a vivir sin verla...

-Podrás.

-Era tan bonita la Pastora! –Y los ojos bien abiertos parecían seguir buscándola entre el rosado de la lumbre del brasero, donde las brasas ya se iban volviendo ceniza-. A veces –agregó-me dan ganas 'e matarme! Si'toy embrujau!

-Vamos! Sos un chico, todavía...pasará un tiempo y te sentirás aliviado. No sos el primer hombre que sufre una pena de amor. Pero pasará. Ya vendrá otra mujer y entonces...adiós, Pastora.

-Pero nunca, ninguna será comu'ella!

Era cierto. Nunca pisaría en Pisco–Yacú otra mujer de tanta belleza como ella. Había sido una flor exótica, nacida quién sabe por qué misterio, entre aquellos pedregales. Su boca, los ojos, los modales, todo en ella proclamaba el capricho de Dios de haberla dejado nacer en tal lugar.

Y Regalado, afilando sus uñas como el “pájaro”, había barrido un día con todos aquellos sueños, que muchos alimentaban de cargarla alguna vez en ancas de su pingo. De las canalladas de éste, padre de muchas criaturas de las que llenaban los ranchos como hijos de nadie, recordó el episodio del viejo aquel que en un boliche le pidió, muy ceremoniosamente, un aparte: -Perdone, Regalau, no? Usté a más de güen hombre, es güen amigo...por eso lo incomodo. Yo sé qui'usté tiene relaciones con la Mecha...y a más qu'es padre de sus chicos, no?

-Así es, así es...-asentía el chino, grandote, compadrón, medio agachado por el peso del brazo del otro que lo tiraba para abajo colgado del cuello.

-Resulta -continuaba- que m'hijo, qu'es un pichón di'hombre, si'ha enamorau d'ella y, güeno...qui'anda con ganas di'acollararse...y como yo sé qui'usté tiene más di'una pa' “suple” y falta, le quería pedir el consentimiento pa'que la chica si'acollare con m'hijo. -Y Regalado, con su cara azorrada, los negros bigotes finos, acariciándose la barba, tras hacerse el que pensaba largamente, le había respondido: -'Ta bien...usté, don Agundio es un gran amigo...y mi'ha honrau mucho con esto...muy honrau, sí, señor; Y yo no lo puedo despreciar, no, no, nunca! Cómo! Si himos siu toda la vida como chanchos! Oiga -le gritó al bolichero- ponga otro litro 'e vino que yo pago.

Así andaban las cosas en Pisco-Yacú.

-Ya sé, maestro, que soy un pobre diablo, un infeliz, peru'iba a hacer lo posible para merecerla! -le siguió diciendo Pedro en su lamentación.

-Claro que sí. Y bien capaz que sos!

-Peru'ella jugaba conmigo...me coquetiaba...y pa' esto que s'iba a l'oración a encontrarse pu'allá con el otro, cara 'e perro, desgraciau! No haberlo sabiu! Por eso no puedo seguir viviendo más aquí! -dijo cerrando los puños. Dejó el vaso en la mesa el maestro y se le acercó.

-Tendrás que poder, Pedro. Es de maricas andarle jugando a las escondidas a padecimiento por polleras. Aquí hay muchos niños y personas grandes que sufren por hambre o porque están enfermos y eso es peor que todo, porque hay cómo atenderlos. Yo pienso hacer cuanto pueda para aliviarles, aunque sea en parte, sus padecimientos. Y vos, Pedro, me vas a ayudar. Te necesito aquí y yo no te dejo ir a ninguna parte.

-Es que yo...

-Nada. En cualquier momento compraré un pedacito de tierra y la trabajaremos los dos, me has entendido?

-Es que...

-Hay que dejarse de lamentos. Yo también estoy solo y triste, pero con eso no hacemos nada. Andá nomás. Te espero mañana temprano para hacer algo; empezaremos por el carrito aguatero. Estoy cansado de traer agua en tarros.

Todavía guardó silencio por un rato el muchacho. Se comió las uñas, se alisó el cabello, sollozó. Después, pesadamente, como un viejo encorvado, levantándose el pantaloncito corto, buscó la puerta.

-Ta bien, maestro, -había respondido finalmente en voz baja.

-Ah, y traete las pilchas, para que te quedes aquí, conmigo! -Oyó luego por un momento el golpear de los pasos fuertes, desparejos del muchacho que vivía envejeciendo años por minuto. Después sopló la vela y buscó la senda que lo llevaría a casa de Pajarito. El corazón le apuraba el andar y la intranquilidad le machacaba las sienas fuertemente.

El silencio pulía estrellas altas.

El rancho del curandero quedaba metido entre las piedras y se llegaba hasta él por un ríscoso y colgado sendero. Pero la mujercita había cargado como Dios le ayudara a su hombre y allí, sentado en un banco, lo sostuvo ante la mirada de los ojos alucinados del médico, un hombre grandote, barbudo, que hablaba lentamente con un leve acento extranjero.

Entre uno y otro, el gran brasero despedía el calor de sus brasas vivas. Lo miraba largamente al enfermo, acercándole el rostro en tanto pegaba a su pipa, hondas, nerviosas chupadas, para dejar escapar luego el humo, hasta llenar la reducida habitación. Las volutas subían, se espesaban, se revolvían en círculos grises y azulados y llegó un momento en que envolvió a todos de manera tal, que apenas si se distinguían los bultos bajo tan cerrada humareda. La atmósfera era irrespirable.

-Ah, ah...! –dijo entonces el mano santa tras su estudiado silencio. Se enderezó parsimoniosamente, alzó un puñado de ruda y lo dejó caer en las brasas. Se retorcieron las frágiles ramas, lucharon, se volvieron crepitantes y el olor al yuyo los obligó a respirar cortito, ahogados, sofocados por tanto humo, que ya había borrado totalmente las formas de cuanto había en la habitación.

En tanto el enfermo tosía y tosía, la mujer, cubierta la cabeza por una tohalla, suspiraba y lagrimeaba. El silencio era como el humo, opresivo y asfixiante.

-Vio? –dijo mirando el brasero-. Han luchau con los malos espíritus. Ahí tiene la prueba. Li'han hecho mal...no será fácil... La que se lu'hizo tiene mucho poder...pero tenga fe...

Los días demostraron que de nada había valido aquella lucha de los espíritus. La tisis galopante siguió su camino y el enfermo murió al poco tiempo.

Se había quedado hasta tarde en el velorio el maestro y de éste, como de otros a los que asistiera, se retiró impresionado. Esos ranchos bajos, estrechos, con cruces de palma pegadas a la pared y las tijeras clavadas en la puerta para ahuyentar los malos espíritus, luego el cordón de siete nudos, prolijamente hechos, como pequeñas rosas. Y después, el coro de las lloronas, que a la muda señal de la que parecía hacer de directora, empezaban a soltar alaridos como si les estuvieran arrancando de cuajo el alma, chillidos desafortados acompañados de contorsiones y gestos de dolor, de un remecerse los cabellos, tirarse las orejas, restregarse los ojos, buscando arrancar lágrimas de donde ya no eran posible continuar sacándolas. Pero el realismo era impresionante.

Ese mismo acto de escalofriante fingimiento lo había presenciado en los novenarios; aunque hiciera años que el pariente había fallecido, estas mujeres contratadas, lo lloraban como si estuviera de cuerpo presente.

Regresando sobre la noche en busca de su rancho, el maestro no había podido alejar de su mente la imagen de miseria penosa de ese submundo turbio, sucio, primitivo, que lo confundía y no le daba paz.

Le venían a la memoria también las letanías de doña "Jesusa", la rezadora obligada de cuanta novena y novenario hubiera en la vecindad, como

así también para ayudar a “bien morir”, para lo que era sumamente solicitada. Las letanías eran un encadenamiento de desfiguraciones que nadie podía entender, y que, aunque por ahí hicieran tentar a alguno, eran repetidas con lloroso fervor. También le hacía gracia oírle leer las novenas gimoteando de piedad, como enajenada por la emoción, escuchándose en el tono de voz cada vez más alto y atiplado, sin que tuviera conciencia de lo que leía. Más de un a vez le oyó leer: “Comía como bestia; dormía sobre una vieja; est’era la vida ‘el santo...”, cuando lo escrito era: “Comía como vestía; dormía sobre una vieja estera; la vida del santo...”

Encendió la vela al llegar; hacía calor y los bichitos de luz empezaron a bailotear. Sobre la sierra venía bramando la tormenta; sacó la silla al patio, y buscó en la guitarra la comunicación con sus sueños e ideales, que a veces sabía encontrar tañendo las cuerdas. Y era entonces, como un remanso la música, como una lluvia liberadora el caudal de armonías que sus dedos iban creando mágicamente desde su inconsciente. En esos momentos, cuando la guitarra se le entregaba, sentía blandas, dóciles las cuerdas, dándole acordes hondos, claros, con resonancias desconocidas que le hacían vibrar el alma. Se sentía en esos momentos desaparecer, y sólo quedaban allí su alma y sus sueños, confundidos con las estrellas.

Pero esa noche no encontraba un solo acorde cálido, mensajero de nuevos hallazgos. Y las coplas, cuyos secretos caminos encontraba con frecuencia, y eran fragantes como esos yuyitos desconocidos de la orilla del arroyo, azucaradas como un higo blanco que madura entre el círculo de avispa zumbadoras, le caía ahora a los labios como un pedazo amargo de la noche; y las que improvisaba le hacían doler al corazón:

Qué laya tendrán mis penas
que no me quieren dejar;
voy y vuelvo, y como perros
me han de salir a encontrar.

Calló su guitarra; Loncho, el muchachito de doña Chola, roncaba adentro a pata tendida. Por el sur los relámpagos latigueaban con furia el lomo negro de los cerros y por la pampa de piedra, se oía galopar el viento arisco.

Entró. Por la ventanita silbaba ya la tempestad. Se preparó para andar como la gata con sus cosas, porque no bien caían cuatro gotas, llovía más adentro que afuera.

Se acercó al niño. Le hizo gracia la cara de limpia inocencia, y sus cabellos duros que le achicaban la frente. En diez días había engordado como un chanchito. Pero había que ver con que desesperación comía! También, si tendría necesidades para contar el pobre Loncho! Fue de nuevo a la mesa y se entretuvo en hurgar papeles. Allí dio con la última carta de Fernanda y aunque le mezquinaba leerlas, porque lo torturaban, lo hizo como por décima vez. Hasta que llegara Pedro, que había ido a la estafeta y se demoraría atajado por la lluvia sin duda, dispuso entretenerse avivando recuerdos. “Ya no te pido que vengas porque es inútil. Aquello vale más que todo para vos, según parece-, lo regañaba de entrada. Pero si a veces insisto, es porque necesito muchísimo de tu ayuda para criar los hijos...No te olvides que son dos y que Carlitos me da más trabajo ahora, porque se muere de celos. El primer día, al oír que alguien lloraba en la cuna, se ha puesto de pie en su camita y tras chistar con fuerza, ha dicho: “Cállese, que la voy a castigar! Y le hubieras visto la cara de malo, con el ceño

fruncido, igualito que el padre! Y esto no te lo cuento para impresionarte, pero sí para que tengas una idea, aunque sea remota, de cómo son tus hijos, como piensan, qué les sucede cuando no estás. Siempre Carlitos te ha extrañado mucho y pregunta por papá diez veces al día por lo menos, pero ahora es diferente. Hoy, al volver de la cocina lo encontré atrás de la puerta sollozando. Al acercarme, se echó en mis brazos llorando sin consuelo. “Yo no tengo padre, me dijo y luego con tono de hombrecito resentido: “Yo no tengo leche para tomar”! O cuando tengo a la nena en brazos o la envuelvo, él me mira desde lejos y me dice: “Mamá...vení conversame...No crees que esto me parte el alma? No te gustaría estar al lado de tus hijos, ya que no tanto al lado mío?”

Apretó la carta entre sus dedos y la soltó luego como si fuera un pedazo de carne agonizante. A él, a cientos de leguas de distancia, le sucedía lo mismo, momento a momento. Y mientras sus hijos crecían faltándoles el cariño que tenía para ellos, vivía, en cambio, dándole con largueza y consagración de santo a seres que habían sido extraños a su vida.

No le reprocharían este abandono suyo toda la vida, sus hijos, cuando llegaran a comprenderlo? Y su mujer, podría sobrellevar siempre esa carga que él no le ayudaba a compartir, conforme era su deber?

Tan distinta que había sido la vida en el hogar de sus padres. Siempre, hasta que se fue a la ciudad a estudiar, al lado de ellos, gozando con su compañía, sintiéndose seguro, amparado, alegre en todo momento. Si enfermo, allí las manos de su madre, si deseoso de algo, su padre, serio, reservado, lleno el corazón de ternuras para él. Había sido realmente feliz en su casita de campo, rodeada de árboles donde jugaban los pájaros, oyendo al alba el balido de las lecheras, sabiendo que al levantarse lo esperaba el petiso ensillado y sus perros queridos, para salir a acompañarlo en el largo galope de la mañana. Había chicos buenos que eran sus amigos, viejecitas que llegaban a donde estaba su madre, para retirarse luego siempre agradecidas por la ayuda que les prestaba. Ser bueno, para él, era un estado natural, porque para eso tenía todo lo que su necesidad de niño reclamaba: pan, ropa, muchísimo cariño y protección.

Después la vida sería diferente; pensiones, caras desconocidas, duras, en la ciudad donde estudiaba; más, ya las vivencias de aquella vida feliz, le iban a permitir sobrellevar todo lo desagradable; además, sabía que no estaba solo, que no lejos había otro mundo que le pertenecía y al que iba a reintegrarse al finalizar el año y en el que sería feliz: su hogar.

Qué difícil, volvía a pensar, sería que sus hijos, pidieran decir un día lo mismo del hogar que él les había dado! Y en tanto, qué hacía allí? Seguir soñando con mejorar de ubicación, continuar esperando le reconocieran méritos en un país donde tan sólo llegaban los acomodados y entregando a la más descabellada posibilidad, la felicidad de los suyos y la propia? Estaría condenado eternamente a vivir añorando el hogar, de niño, lejos, estudiando, de hombre, maestro, también siempre y siempre lejos? Cuando más pensaba en eso, más se afirmaba en la idea de que estaba cometiendo una locura. Fernanda tenía razón. Y eso que desconocía todos los riesgos que lo asechaban, todas las amenazas que recibía de sus enemigos, que muy a pesar suyo, se había ido echando encima.

Escuchó la lluvia destrenzarse alegremente primero, con furia después. Su fresca le enanchó el pecho. Ya era tiempo que llegara. La sequía había hecho estragos. Por los pelados pedregales, blanqueaban los huesos de las osamentas a todo rumbo. Pero no importaba; las pocas cabras que quedaban seguirían viviendo y desde allí volverían los pobladores a empezar. Los brazos

labradores que sabían de la alegría de dar vuelta los terrones, saldrían a tapar portillos, a asegurar el cerquito de ramas o las culebreantes pircas, a afilar las rejas y sembrarían maíz y un poquito de zapallo, aunque más no fuera.

Los relámpagos seguían descolgándose como viborones luminosos desde el cielo y los truenos resonaban por los quebradales como nutrida descarga de fusilería. El arroyo empezaba a roncar, como a él le gustaba oírlo, vivo, pujante, toro embravecido arrastrando árboles y piedras, exigiendo su cuota de riesgos a cambio de lo que prometía para todo el año.

Hubiera deseado verlo a Pajarito, pero ya era imposible; aunque amainara la lluvia, el arroyo no lo dejaría pasar. Desde el día anterior que no lo veía al niño.

La fiebre había cedido, pero la tos lo atormentaba todavía. Del Pajarito moreno, movedizo y vivaz, sólo quedaban los huesos, el pellejito y los grandes ojos, que antes reflejaban toda la hermosura del cielo que él amaba, ahora cubiertos por nubarrones sombríos. La debilidad lo consumía y dormía todo el día.

Cuando iba a visitarlo, después de un largo rato conseguía reanimarlo y parecía que de nuevo la alegría intentaba resplandecer en su rostro al evocar colores, movimientos y silbos de las aves amigas.

-Yo tengo un nidito de rey del bosque...Ya no falta mucho pa' que saquen...A usted le voy a dar un pichoncito cuando pueda ir al cerro a buscarlo. Podré ir, nu'es cierto, maestro? -Y la tos que volvía de nuevo a ahogarlo.

-Seguro que sí, Pajarito. Y pronto, nomás...Además, que la escuela te está esperando. Estamos aprendiendo muchas cosas nuevas.

Y le preguntaba de uno y otro compañero y luego, ya en su tema predilecto, empezaba a relatarle, entrecortadamente, historias de pajaritos que lo llenaban de felicidad. Ese era su verdadero mundo, toda su felicidad.

Iría a verlo al otro día y le llevaría el libro que le prometiera.

Cómo lo quería a Pajarito! Y así como a él, a todos: debajo de la cáscara de cazcarria que los cubría a veces, qué alegría le daba ir con paciencia sin fin, con muchísima bondad, descubriéndoles el corazón, despertándoles la sensibilidad a los sueños, al mundo secreto que cada uno escondía y que poco a poco le daban a conocer! Lo animaba día a día la esperanza de hacer de cada uno de ellos, el niño más bueno, el más capaz; buscaba, sin descanso, hacer aflorar en cada uno, lo más rico de sus posibilidades. Y se le henchía el corazón de gozo al ver que sí las había y que empezaban a asomar lentamente como los verdes brotes al llegar primavera. Ahí mismo, atento el oído hacía afuera, esperándolo a Pedro, se dispuso a hacer tiempo leyendo algunas de las últimas redacciones que les había pedido.

Allí estaba la de Anita: "Querido maestro: ya que es tan buenito con nosotros, aprovecho para decirle que tengo dos hermanitos, uno de tres y otro de cinco años y que con ellos sé jugar a la escuela. Yo les cuento lo bueno que es usted, y con qué cariño nos enseña a leer y ellos me piden entonces que los traiga a la escuela conmigo, para conocerlo. Yo les digo que sí, que algún día cuando estén más grandecitos y el burro que tenemos esté bien manso, porque el otro que tenemos es mañoso y los puede voltear.

Mi hermanito más grande ya hace algunas letras que yo le enseño y aunque hace mal los deberes, yo siempre le pongo diez, porque si le pongo menos, se enoja y no juega más". Cuánta pureza había en sus niños!

Un día había despachado antes de hora, porque así se lo pidiera la madre, a Tunino, ese chiquilín deschalado, enclenque, cara de viejo, que lo miraba siempre como queriendo adivinarle los pensamientos, y sabiendo lo

distraído que era, le recomendó que no fuera a demorarse porque si así lo hacía, un pajarito iba a venir a contarle.

Al otro día, al llegar a clase, se acercó y bajando la cabeza, con palabras entrecortadas y gruesas, le confesó: -Ayer...ayer iba demorándome un poquito nomás...y áhi, áhi, por la Crucecita, unos bichitos negros me sacaron corriendo.

-Yo te había dicho, Tunino! -Y escondió las ganas de reírse. Un día, pasando por ese lugar, había visto un grupo de hurones, y ya no dudó de que eran esos animalitos los que habían asustado a Tunino.

Se asomó de nuevo. La tormenta se descolgaba para el lado de la sierra y la lluvia pulverizaba su fragancia en finísimas gotas. Ya percibía, por el rumor ronco, que las corrientes aledañas estaban embraveciendo más y más el arroyo. Cómo se ponía de lindo cuando venía de agua hasta la boca! Pasaba lavando la arenisca y las piedras y cantaba la alegría en las cortaderas bravas y en las hierbas de la orilla que abrían entonces las corolas, en cuyos perfumes flotaban las avispas y mariposas de colores. Teniendo agua el arroyo, Pisco- Yacú era un paraíso. Y después de las lluvias, en las mañanas, el sol parecía un espejo levantándose desde atrás de las sierras, madrugaba más el gallo de doña Ninfa; alguna copla olor a siega bajada por las honduras quebradeñas y la Goyita, con su flaca figura y cargando la jorobita, pasaba por frente a la escuela sobre el reverbero de luz, gritando con toda su voz, como si fuera diciendo adiós desde un tren: -Adiós, Tata! Adiós, Gemórin! -Y volaban las gallinas a su paso y las abejas irisaban las alas cristalinas sobre su cabeza.

Entonces sí era lindo todo aquello. Con esa grata sensación de felicidad fue a buscar la cama. Era tarde ya. Por la ventana y a la luz de los relámpagos, sobre el fondo imponente y oscuro de los cerros, vio a sus dos varillitas de álamo, también alegres por la lluvia, mecidos por el aire, con la dulzura de la madre que mece la cuna y le pareció que se abrazaban.

Quiso dormirse, pero no pudo. Como años de fatiga le empezaron a invadir el cuerpo y sintió que el corazón aceleraba la marcha. Buscó rendirse de alguna manera, pero no, sus ojos continuaron velando alertas, buscando horizontes y más horizontes. Molesto, fatigado, intenta mojarlos en la sombra y procura dejarlos que se vayan camino a la soledad interior, como una bolita que rueda y rueda hasta el final. Le parece que pronto caerá en las profundidades del sueño. Pero los sentidos lo levantan de nuevo, al escuchar en la lejanía el rebuzno del burro de los Camargo o el gallo siempre cantor de doña Ninfa. Y otra vez sus pensamientos, avivados y la imagen de Pedro que avanza a las costaladas del burro, chorreando agua de su poncho viejo, o la carita de sus niños, lavaditos, llegando con la madrugada, tierna de brotes verdes, a la escuela. Es inútil que se esfuerce: sus nervios no ceden. El sueño llega cuando quiere, no cuando se lo persigue. Porque no es nada más que un momento, ese en que se despega el cuerpo cansado, de la luz que se borra de los ojos.

Y luego, su mujer, Carlitos, llamándolo...la pequeña Lilián, a la que todavía no ha llegado a conocer. Se da vuelta y nada...los números de sus deudas, le bailotean ante los ojos y luego dócilmente se alinean para que él vaya haciendo la suma desalentadora: Médico...once pesos...remedios, siete setenta...almacén...treinta...velas...tres pesos... a Fernanda...setenta...

En un remolino de sueño, sombras y fatiga, piedras y espinas, le parece escuchar un suave y lejano tamborileo... y encima las gotas de lluvia... y teclean afuera en una chapa... Quisiera arrancarse de una vez la máscara de sueño que se ha ido pegando al rostro, pero le cuesta, no puede, hace grandes esfuerzos... porque ahora no debe dormirse... los pasitos del burro... Fernanda... Lilián... su

casa... las cosas todas de su casa, danzan y le traen olores y voces familiares... Lilián... las glicinas... otra vez Fernanda y sus ojos dulces, sus besos cálidos y su voz hablándole en secreto.

-Maestro...! –El grito de Pedro lo hizo saltar; prendió la vela y salió de inmediato. Arriba el cielo barría con furia gruesos nubarrones y empezaba a aparecer algunas estrellas. Pedro, bajo el ramadoncito, estaba chorreando agua. Al bajar las maletas, le pareció verlo trastabillar sobre el barro del patio que brillaba como charol.

-Te mojaste, Pedro?

-Y... le parece? –respondió ya llegando a la puerta; y le recibió la maleta y entró; cuando lo hizo el muchacho, a la luz de la vela le encontró desconocido el rostro.

-Qué te ha pasado!

-Y qui'acaso no puedo tomar un trago? –Dio unos pasos, tropezó en un banquito y quedó haciendo equilibrios-. Que no soy hombre yo? Diga! –Un fuerte olor a vino llenó la habitación.

-Pero te bandeaste muy fiero. Y eso a mí no me gusta.

-'Ta bien; disculpe, no? Pero mi'agarró la tempestá en el boliche... No sé cómo me dejó pasar ese arroyo condenau!

-Te has expuesto muy mucho... otra vez no debes hacerlo. –Recordó lo traicionero que era el arroyo cuando estaba crecido.

-'Ta bien... 'ta bien, maestro, sí, sí... -Y un hipo le cortó la palabra.

Y mientras hurgaba impaciente la maleta buscando las cartas, le llamó la atención: -Así vas a terminar mal, Pedro.'

-Ta enojau, maestro? –preguntó adelgazando ridículamente la voz al final.

-Te parece que no tengo razón?

-Si nu'es pa'tanto, pájaros negros, cogote blanco... -Y cuando el maestro lo miró fijamente, pasándose las dos manos por el pelo retinto y mojado, agregó bajando la cabeza: -Dende que se jué la Pastora ando más zonzo qui'aquel qu'echó l'argolla al agua. Usté m'entiende.

-Por esta vez te disculpo. Pero estas cosas no me gustan. Y tené cuidado, no me pisés al chico.

-El Lonchito? Mírelo al Lonchito... Y duerme con los ojos cerraus... Habrase visto! –añadió inclinándose cómicamente sobre el niño que dormía tendido sobre un jergón al tiempo que lo señalaba con el dedo.

El maestro rasgó nervioso el sobre de nota con membrete oficial. No sabía por qué sentía tan seca la garganta; arrojó el primero que traía una circular. Y cuando desplegó el otro papel, sus ojos se fueron abriendo más y más... "Trasladar por resolución N°... por razones de mejor servicio a la Escuela N°... de "Las Cruces" al señor..." Mejor servicio? Mejor servicio? Cómo podía ser? Quién le había jugado tan sucio? Más de una vez había oído nombrar ese lugar, situado hacia el norte de la provincia, ponderado como lo más inhabitable que pudiera concebirse y al que se destinaba, por lo común, a personal sancionado por faltas graves. Sin caminos, sin agua, en medio de un verdadero desierto, aislado de todo, entre unos arenales, allá por donde el diablo perdió el poncho. No podía entender semejante injusticia.

-Maestro... pasa algo? –Al verle la cara, se le había pasado en parte la borrachera.

-No, nada, Pedro.

-Maestro...usté sabe que yo... por usté... -y quiso decirle de su agradecimiento y de todo su afecto.

-Lástima que hayas venido en ese estado... tan luego ahora!
-Pero... maestro! Si no tengo nada! —e hizo un esfuerzo para mantenerse derecho-. A pasau algo, maestro?
-Bueno, sí. Que ahora soy yo quien debe irse de Pisco-Yacú.
-Usté? Pero si no faltaba más?
-Me mandan, Pedro y no me queda otra cosa que hacer.
-No puede ser... no puede ser, -repitió con amargura, y tras verlo asentir con la cabeza, agregó: -Qué desgracia! Y qué vamos a hacer sin usté?
-Lo que yo les he enseñado, Pedro. Luchar y luchar, para poder vivir mejor un día, entiendes? Y ahora, tendrás que hacerme un favor. Yo debo salir mañana mismo de aquí.
-Mañana? Pero...maestro...!
-No les voy a dar tiempo a que se ríen en mis propias barbas los que pidieron mi traslado y se salieron con la suya! Y de los que son mis amigos... bueno, no tendría valor para despedirme!
-Los que lu'hacen ir son unos desgraciaus y algún día la van a pagar!
-Por favor, andá ahora mismo a lo de Roque. Decile que venga en cuanto aclare dispuesto a llevarme hasta "Piedras Anchas". Que traiga otra mula para cargar mi avío.
-Estos sí que son pesares! —se lamentó llevándose las dos manos a la cara-. Antes, la Pastora... ahura usté, maestro...!
-De mí no tengás miedo... tené por seguro que voy a volver. Como que hay Dios!
-Por áhi ya m'entró a gustar! —Y renació su alegría. —Porque cuando el maestro ha dicho negro, negro no más ha siu!
-Anda nomás para que tenga tiempo Roque. Ah, y de paso llega a lo de la Chola... se lo tengo que entregar al Lonchito.
-Cuándo l'iba durar al pobre!
-Cierto. Y saliendo, Pedro. Te espero mañana al alba para despedirme.
-Usté jué muy güeno... jué un padre, pa'mí...más qui' un padre...discúlpeme, quiere? Tan luego ahura vengo y me paso 'e la medida!
-Está bien, Pedro. Pero no te demores. Yo voy a ir acomodando esto.
-Qué desgracia! Si no le digo? Hasta luego, señor maestro. Y salió con el sombrero en la mano, trastabillando en busca de la noche a la que una lluvia finita espolvoreaba cuidadosamente la espalda.
-Oí, Pedro! —Lo llamó cuando ya iba a montar en el burro.
-Diga, maestro —respondió regresando con el sombrero en la mano.
-Una sola cosa, por si no llego a verte mañana.
-Mande, maestro.
-Quiero pedirte me cuidés bien los alamitos de la orilla de la represa, por favor. No me los dejés secar ni romper, que yo, por ellos, por vos y por mis niños, alguna vez volveré a Pisco-Yacú, te lo aseguro. —Le respondió sin palabras el muchacho echándosele como un niño con sus dos brazos sobre los hombros, llenos los ojos de lágrimas.

Cuando la noche se asomó con su silencio a gritos por el alto bordo de la represa, a la que daba su estrecha ventana, prendió la vela a cuya luz despertaron de nuevo los retratos, los libros viejos, el cubrecamas que le tejiera su madre. No tardó la negrita criada en traerle la comida, un bife duro, frito en un cebo hediondo y una torta maciza y negra, que le resultaba imposible pasar. Por la cocina cuchicheaba la vieja dueña de casa y con voz de moscardón, algo argüía Sergio, el hijo, un muchacho joven todavía. A falta de más, no era poco la buena voluntad que habían puesto en atenderlo desde que llegaron.

Y mientras roía desganadamente la torta y torturaba a su estómago con la promesa de un bocado más de bife, en cada aletazo de la vela revoloteaba el recuerdo del "Edu".

-Pobre chico! –Aquí en "La Cruz", como allá, el dolor ajeno y la necesidad, seguían perturbando la paz de su espíritu. Aquí como allá, el sufrimiento y el hambre se adueñaban de todos los ranchos. Esa lucha para darles una vida mejor a los niños, le templaba el espíritu para no desfallecer. Veía un ruego estremecedor en los ojos de su puñado de chicos morenitos y flacos que tan poco sabían de alegrías y amor; Y no podía desoirlo. A Jesús, ese negrito de ojos vivos que parecía querer devorarse sus palabras y que no le bastaba lo aprendido en la escuela, sino que pedía libros para llevarse a la casa y leer en ella. O "La Uvita" esa chiquilina esmirriada, de seis años apenas, que venía tranqueando leguas, solita casi siempre, porque sus hermanos, rara vez concurrían a clases y que traía apretando como un tesoro su cuadernito. Ella no faltaba nunca a clase. Recordó aquel día que amaneció corriendo un frío viento sur que barría con todo y estrellaba su furia roncamente en los gruesos quebrachos.

-Hoy no tendré asistencia, -pensó mirando cómo parte del alero del viejo rancho que ocupaba la escuela, se iba en alas del viento. Pero en ese mismo momento la vio aparecer de entre un borbollón de tierra, medio de lado, como doblándosele las piernitas.

-Pero querida...! Cómo te animaste a venir!

-Es que usted me dijo que nos iba a enseñar el "diez". –Y le sonrió feliz de estar ya en condiciones de iniciar el aprendizaje de lo prometido.

El "Edu"... el "Edu"...completamente consumido, cara huesosa, que andaba siempre taciturno, se sentaba en los recreos en el suelo y allí, encajando los dedos de las manos entre los de los pies descalzos, morenos, de gruesa piel, se quedaba largo rato abstraído, muy distante de todo.

-El Edu... pobre Edu...! –Pensando en él le venía a la memoria Pajarito; un vecino de Pisco-Yacú le había escrito, haciéndole llegar del niño las peores noticias. No pasaba la torta, estaba dura y amarga, y el sebo, que se enfriaba en seguida, se le pegaba en la boca... pero tenía que comer, había que hacer ese esfuerzo.

Escuchaba el silencio cayendo en la noche y sin darse cuenta, se encontraba con que estaba estableciendo comparaciones; como allá, aliado de la soledad, aquí un silencio que avanzaba desde el campo de churquis y jarillales, lo arrinconaba y le clavaba los colmillos en el corazón de tal manera que a ratos lo asustaba, lo inhibía. Pero no podía, no debía rendirse. Si allá, en todas las circunstancias había sido capaz de caer parado, aquí también debía ser lo mismo.

Debía luchar con enemigos semejantes y sus armas eran las mismas; no, no podía batirse en retirada.

Nunca creyó que pudiera haber un lugar como “Las Cruces”. Todo lo que había oído contar, más lo que imaginó, no alcanzaron para darle una idea ni siquiera aproximada de la realidad aquella que había visto, a medida que avanzaba en una marcha sin término por sendas y huellas hondas y quebradas sobre una tierra blancuzca y guadalosa, con vegetación raquífica, en la que uno que otro algarrobo de ramas retorcidas y peladas como en pleno invierno, sobrevivían como por milagro bajo un cielo desvaído, donde círculos de jotes anunciaban la muerte, bajando desde muy alto.

Y la sed comiéndole los labios y la jardinera traqueteando pesadamente leguas y leguas y después, diez más, montado en un flaco caballo, pareciéndole que en cada vuelta del camino iba a dar con las mismas puertas del infierno. Duro se le hizo cruzar esa distancia bajo un sol hirviente, un continuado viento norte de llamarada, una tierra de horno, una desolación y silencio de sepulcro. Y a lo largo de todo el viaje, tiempo de sobra para recordar a todos los suyos y el momento aquel, que no dudaba, era el que había sellado su suerte. Fernanda le había pedido en las vacaciones de invierno que hablara con don Gaudencio, el caudillo y por no contrariarla, fue. Lo recibió con una sonrisa de triunfo, como diciendo, “ya caíste”, brillante la piel morena de la cara ajada como un viejo pergamino y los ojos chiquitos, penetrantes, como de bichos.

-Cómo te va! Sentate por áhi –lo mandó como si fuese un criado-. Te sienta el campo, che! ‘tas quemau, más forniu y esas patillas largas... un gaucho... un gaucho...

-Es otra vida allá, distinta, difícil...

-D’eso, justamente te quería hablar... te dijo tu mujer, no?

-Sí, sí.

-Te puedo conseguir el traslado pa’un lugar cerca di’aquí, ‘tamos? –Y siguió jugando con la gruesa cadena de oro que atravesaba su pecho de un bolsillo a otro del chaleco, como invitando a que se la envidiara, en tanto no le sacaba los ojos de encima-. Como no obtuviera respuesta, continuó: -Pa’ dentro di’un mes podías ‘tar junto a tu mujercita...hacía mucho que no la veía a la Fernanda... -Le relampaguearon los ojos. –Te felicito...supiste elegir...has hecho bien...el hombre nunca debe ser zonzo...si le gusta...

-Me hablaba del traslado –le interrumpió mordiéndose la lengua para no decirle lo que estaba pensando de él en ese momento.

-Güeno...como te decía, creo que te conviene...y vos sabís que yo, eso nu’hago a los amigos...y que por estas gauchadas pido bien poco..., digamos...a más...esto te lo digo a vos nomás...has cáido mal a las autoridades del departamento allá y eso...

-No siga, por favor...! –Había llegado dispuesto a escucharlo sin decir palabras, pero al verle la cara repulsiva, los bajos instintos rebasándolo, no pudo soportar más. Y poniéndose de pie, agregó: -Usted no tiene por qué molestarse. Es cierto que necesito el traslado, pero estoy dispuesto a esperar que la superioridad me lo dé, cuando crea que a llegado el momento por mis merecimientos. Para eso cumplo con mi deber.

Lo paró al aire el viejo, con una gruesa risotada de mandón.

-Pero no siás bruto, hombre! Di’ ande me salís con eso!

-Cómo! Si trabajo y mi concepto...

-Conceto...! Conceto...! –repitió con desprecio-. Acaso no sabís que las vacantes ‘e la Capital las manejo yo y qui’ a mí no m’importa un comino el conceto ese que vos decís?

-No importa. Además, por si le interesa, vaya sabiendo que me encuentro cómodo entre mis vecinos, a pesar de lo que le ha dicho a usted el Capataz o el comisario.

-Vecinos? –Le volvieron a relampaguear los ojos-. No será alguna carnesita silvestre? –añadió con otra risotada, babeándose y dejando ver los dientes verdosos hechos pedazos.

-Me vuelve a ofender, usted! –replicó con firmeza.

-Vaya! Tan decente el hombre!

-O es que no sabe que soy maestro? –Al oírlo pegó un salto el viejo, ya perdiendo del todo los estribos.

-Así también te vas a joder con decencia y todo. Ni el diablo te va a salvar! El “buenas tardes” del maestro, quedó retumbando sin respuesta entre las cuatro paredes descascaradas de la “sala”, donde colgaban algunos viejos retratos, que siguieron mirándolo hasta que desapareció.

El hecho de estar allí, tratando de comer esa torta seca, y amarga, indicaba que el hombre aquel no había tenido dificultades en cumplir con su palabra. “La Cruz”! La Cruz era la que llevaba él en ese lugar que parecía maldito. Hacía calor, un viento norte de tierra, pesado y aburrido, seguía soplando, soplando hasta esa hora. En la cocina seguían la charla en voz baja de doña Juana y de Sergio; a ratos resaltaba la voz chillona, aguda, de la negrita. La sed lo mortificaba, pero no quería pedir agua, porque ya sabía que eso era aumentar el suplicio. Quería soportar hasta el último, porque esa tortura, ya lo había comprobado muchas veces, era poca comparada con la otra. Con razón que al mirarse al espejo se encontraba flaco, quemado, chupada la cara; mirándose las patillas y el cabello largo, no se encontraba diferencia con los pobladores de “La Cruz”. Así también día a día, se daba cuenta cómo evolucionaba su espíritu. El áspero contorno físico, las mil contrariedades y sinsabores, no solamente le habían hecho perder peso, sino también lo habían endurecido. La ignorancia y la desesperante necesidad, a las que él disputaba sus niños procurando rescatarlos para la felicidad, eran sus enemigas más encarnizadas y mañosas.

-Vengo a ver, señora, cuantos hijos tiene en edad escolar –decía.

-Y...éste, y éste...y éste... -y daba los nombres.

-Y aquella? –preguntaba por una mujercita semidesnuda que se escondía-. Ya debe andar por los seis años.

-No, señor, apenas si anda en los cuatro. Pasa qu’es muy crecida.

-Tiene la boleta?

-Voy a buscarla. –Entraba a la habitación. Pero aquella era boleta que no aparecía jamás. Era un viejo juego al que ya conocía. El alumno, de tal manera ingresaba a la escuela a los ocho o nueve años. Y después, un buen día le hacían saber que ya no lo mandaban más porque ya tenía los catorce y para probarle tal cosa, le mandaban la boleta perdida.

No comprendían que solamente cuando por la escuela aprendieran a abrir los ojos, no se repetirían esas escenas que lo deprimían. Apretaba los puños preguntándose para qué vivía aquella gente, qué sentido tenía sus vida, cuál era el propósito de aferrarse con uñas y dientes a una existencia que todo les negaba. Esos hombres que pasaban bajo solazos que “rajaban” la tierra, arriando su último puñado de cabras o su única vaquita, envueltos por la sofocante tolvanera

en busca de una represa distante leguas, donde les permitieran, por una “paga”, que bebieran una vez o dos. Y si lograban salvarlos, más allá la garra del señor poderoso, ofreciéndoles poco menos que nada para quedarse con los animales.

-Te voy a hacer la gauchada...porque sos vos... pero pa'mi son un clavo tus cabras. -Eran palabras falsas, porque tenía una represa gigantesca a la que nunca se le agotaba el agua.

Y la sonrisa resignada y amarga de los forzados vendedores, alejándose con la miserable dádiva en la mano por un animal muchas veces querido.

Y güeno...pior es nada...o...así como s'iba a morir...pobre azuleja...!

Había tantas cosa que no llegaba a comprender! Oía nombres, le relataban costumbres, veía hechos que no alcanzaba a acomodar en el ordenamiento de su nueva vida. Y aquí también el boliche tragándose las monedas que ganaban duramente los hombres, derribando quebrachos, volteando retamas y la taba y la baraja, la inmortalidad; los cuatreritos emboscados en los montes huyendo de la complacencia de la autoridades, poco menos que inexistentes, los viejos ricos taimados, alargando la mano como para dar, pero arrojando la piedra y recogiendo el provecho; las novenas que clamaban con sus cajas atraían a la gente desde leguas, que durante días farreaban de lo lindo hasta la noche misma del “acabo”, donde lo primero no era rezar, sino beber y jugar hasta quedar desnudos y achurarse a lo perro, si alguno “les pisaba el poncho”.

Ese era el mundo que percibía rodeándolo, en una tierra que mostraba los dientes a todo rumbo, sin una esperanza, gimiendo en el arrastrado viento norte que se estiraba hasta la noche, aullando en algún perro muerto de hambre, haciendo boquear de sed a las represas. Y lejos, lejos, los ranchos grises, callados nidos de penas, con pichones acurrucados, de ojos ensombrecidos y piel encogida y áspera de prematuras arrugas. Y la lluvia siempre sin venir y los hombres de todos los otros lugares del mundo, olvidados de esos parias en su propia tierra. Todo aquí era igual o peor que en Pisco-Yacú. Y por eso, la misma pregunta lo desvelaba constantemente. Podría con su sola acción destruir todo aquello y construir un nuevo orden de cosas más en consonancia con lo que él entendía, debía ser la existencia de un ser humano? A cada momento percibía lo difícil que era aquello. Un día antes había ido un vecino y muy humilde, con la cabeza baja, haciendo jugar el sombrero entre sus manos, le dijo: -Maestro, vengo porque...

-Qué le anda pasando?

-Y...resulta que...güeno, no sé como empezar.

-Creo que puede hablar con toda confianza.

-Y de no? Por eso vengo...Resulta que...güeno, Tiodoro...usted lo conoce.

-Sí...me gusta poco ese hombre.

-La cosa es que como él andaba sin conchavo, lo llevé una vez a mi rancho y se quedó unos días...después volvió y se siguió quedando.

-No le digo!

-Ya no le daba por trabajar, total...yo tenía conchavo...pero ahura 'toy descontento...

-¿...?

-Y...con el trato qu'ella le da...y en eso soy yo muy delicau...

-Y por qué no le ha dicho de una buena vez que se vaya?

-Pero si...si ya l'hi pediu...y qui'hace...me promete, pero después si'hace el zonzo y sigue lo mismo.

-La culpa es tan sólo suya que le sigue alambrando. Por qué no le dio desde el principio una buena pateadura?

-Ya sabía como iba a terminar aquello. En cuanto intentara hacer valer sus derechos de dueño de casa, el otro iba a alzar vuelo con la paloma. Tantas veces había visto repetir ese juego! El amor, los celos, y el deseo les hacía errar el paso vuelta a vuelta. Era un deseo bárbaro y condenable. Condenable? Bárbaro? Acaso no era ese mismo que a él lo torturaba? Y cuántas veces parecía que él mismo iba a claudicar, vencido por la desesperación! Era cuando un fuego devorante le alzaba la imagen viva, fresca, fragante, con la piel suave, tibios los labios de Fernanda sobre la noche cálida, sahumada por bocanadas de yuyos. Y sin poder apartarla de su pensamiento, lo acometía como una furia por correr a sus brazos, refugiarse en ellos, buscarle hondamente el alma en los ojos y luego todo el amor en la boca temblorosa. No, pero él no podía rendirse, no podía abandonarlo todo. Era otro de los sacrificios que hasta entonces le exigía su profesión y debía someterse. Lo mismo que las preocupaciones que su larga ausencia le creaba y que las cartas de Fernanda avivaban más y más. "Carlitos estuvo enfermo y te llamaba en sueños. Yo le engaño diciéndole que ya vendrás. Si vieras qué grande y travieso está! Esta mañana había quedado solo en el dormitorio y al despertarse, trepado en la barandilla de su cuna, alcanzo el despertador y ahora el pobre esta sin punteros. A la hora de la mesa, cuando no quiere comer más, da vuelta la cara y se hace el dormido cerrando los ojos. Y si lo vieras! Ahora está de cariñoso con su hermanita...Qué felices seríamos si estuvieras a nuestro lado...!"

Pero no podía ser. A él lo habían arrojado lejos, como a un temible delincuente y no había ley ni gremio que acudiera en su defensa, en la defensa de sus derechos humanos y sociales, en el derecho que tenía a vivir con dignidad, sin tener que someterse a los viles. Era inútil dejar que esas ideas le revoloteaban en la cabeza, porque más se le llenaban de rabia los puños ante la impotencia. Ya llegaría la hora de la justicia. En tanto debía estar al lado de sus niños, de Jesús, de la "Uvita", sufrir con el "Edu"...tratar de tragar esa carne que no pasaba, asomando sus ojos a la hondura de la noche inmensa, que desde el otro lado de la represa, entraba por su ventana como un fantasma y consumía sus propios dolores y desesperanzas ajenas...y ahí, en ese momento, no podía olvidar, no podía arrancarse el más vivo y reciente de los episodios vividos por más que quería...Había escuchado esa tarde ardiente el golpear seguidito de los pasos de un asno y pensó que era el muchacho que regresaba de la estafeta; pero enseguida golpearon las manos con nerviosidad.

-Maestro...! -Fue un grito. Salió sin perder tiempo. Era un hermanito del Edu, aquel muchacho taciturno, de piernitas negras y flacas, al que parecía llevar el viento cuando cruzaba el patio.

-Manda a decir tata que vaya! -El susto le caldeaba la cara aindiada al niño.

-Ha sucedido algo?

-El Edu... 'Ta muy jodiu! -Alzó su vieja caja con remedios y salió.

El "Edu" tenía hambre. Un hambre brutal. Se había cansado de jugar con los perros y la madre no regresaba. Sus ojos oscuros la habían buscado inútilmente por la sendita que aparecía desde el monte. Hurgó un cajón viejo donde solían guardar la torta, pero no encontró ni una migaja. No había nada. El último pedazo de charqui lo habían comido la noche anterior, gruñéndose como perros, peleando por el pedacito más grande. Afuera, sobre la ceniza, el tarro negro del mate cocido, estaba sin una gota. Tenía hambre el "Edu", un hambre

más grande que nunca. Se estiró en una carona y con los ojos bien abiertos, soñó que su madre le traía un pan grande y oloroso, como uno que trajo cierta vez del pueblo, su padre. Esto le avivó el hambre. Miró el catre, tendido con el poncho viejo, el gancho de la carne colgado del techo, sin nada, sin nada, y recogió una oscuridad que pareció se le había ido adentro. Se restregó los ojos. Le silbaron los intestinos. Se acordó que hacía más de una semana que no iba a la escuela. Le gustaba mucho la escuela. Era lindo ir. Jugaba con los otros chicos y alguno lo convidaba con maíz tostado o torta, o el maestro le daba alguna cosita siempre. Pero él casi nunca podía ir. Cuando no era porque no tenía pantalones, era la camisita la que se le había hecho hilachas en el churcal. Sentía los ojos pesados. Casi se había quedado dormido. La barriga le volvió a silbar. Una chicharra se encajó en el algarrobo del patio desolado; empezó a cantar, pero se interrumpió y la oyó volar de nuevo. El "Edu" se asomó. Sentía muy débil las piernas. La madre no venía, no venía. Ni sus hermanos. Unos andaban con ella, otros con el padre, Juan cuidaba las cabras y Ramón en el puesto. Y él allí, solo, en su rancho en medio del monte. No, solo no. Con el "Poroto", el "Gaucho", su regalón, el "Clavelito", el "Puma", todos pesados de garrapatas, con los costillares al aire.

Le hubiera gustado irse, irse lejos, a donde fuera. Le daba miedo su padre. Venía borracho casi todas las noches y le daba con el látigo a la madre. Y si algunos de ellos lloraba, también le alcanzaba un azote. Por eso, cuando llegaba, andaban escondiéndose por los rincones o atrás de los árboles. Y lloraban. Tenía mucho miedo el "Edu". El campo también lo asustaba a veces. Sentía que ese silencio hondo se le entraba por el cuerpo. A dónde podría ir! Le hubiera gustado vivir con el maestro. El tenía ojos de bueno y estaba siempre contento. Se veía que de comer no le faltaba. Siempre le daba un pedacito de torta... era bueno el maestro...sería lindo vivir con él. Pero no, cómo...! El era un bichito...un bichito sucio y con hambre...Y su madre que no venía...no venía...! El dolor de estómago lo hizo retorcerse repentinamente. Dos perros se acercaron y le lamieron las manos y el rostro. El "Poroto" trotó hacia el monte, moviendo la cola, como haciéndole una imitación. El sendero se veía blanco, como una hilacha que se iba entre los altos yuyos. Sin saber por qué, ni para dónde, salió. Los perros lo siguieron. Andando, pareció pasársele la debilidad. Y si cazaran algún bicho? estaría bueno. Cualquiera...el que fuese. Lo asaría. No le iba a costar hacer fuego. Y entonces comería...comería hasta hartarse...claro que si...le brillaron los ojos y la cara de viejo se le avivó como por un fuerte soplo de vida. Avanzó más seguro, como si sus largas piernitas flacas se hubieran fortalecido. Allí nomás los perros acorralaron una lagartija. Buscó un palo y les ayudó a agarrarla. La despedazaron y se la repartieron en un abrir y cerrar de ojos. Siguió avanzando olvidado del miedo al diablo y a los viborones. Algún peludo podían husmear los perros en cualquier momento. O una iguana. La siesta estaba muy buena para que salieran. Le arrancarían la cola y la asaría al rescoldo como solía hacer su padre. Se le hizo agua la boca pensando en esa carne blanca y riquísima. Alguna tendría que andar a esa hora, buscando huevos en los nidos bajos. Con tal que no le pagara un coletazo al "Clavelito", su regalón, porque ese iba a llorar todo el día. Hacía calor; le transpiraba la cabeza. Tuvo de repente, un fuerte vahído. Se sentó a la sombra rala de un quebrachillo. Por el monte, hondamente callado, lloró un crespín. Soñó con un porongo de agua clarita, recién llovida, dulce, rica. Se apretó suavemente el estómago, bajó la cabeza y pareció calmarse. Pero las arrugas de su boca se hacían más y más cortantes, dolorosas, en el chupado rostro moreno. Por momentos parecía que los ojos se le nublaban. El "Edu" apoyó la cabeza en el tronco del árbol. Lo consumía el

hambre. Y el día tormentoso de sol, lo desafiaba a seguir viviendo. Se frotó las piernas con fuerzas y otra vez se sintió reanimar poco a poco; una bocanada de aire caliente, fragante a paico, le infló los pulmones. Tal vez su madre hubiera vuelto ya, tal vez...y con muchas cosas para comer...torta, carne, azúcar, yerba. Lo mejor sería regresar...si, claro que sí. A dónde iba a ir a joderse bajo semejante solazo! Se levantó trabajosamente. En eso, por poco lo voltea el "Poroto" que cruzó como un viento por delante suyo y atrás de él, todos los demás perros persiguieron un peludo que escapaba como un diablo chiquito con caparazón. Le hizo gracia la cara de susto del bicho y el corazón le pegó un brinco. Todo se ponía lindo! Cuando acordó, se vio corriendo tras los perros, olvidado de todo, del hambre, de la tierra caliente que le quemaba los pies descalzos, de todo.

-Cachalo! –gritó entusiasmado, pensando que ya lo tenía en sus dientes. Pero frenó la carrera con desaliento, cuando lo vio zambullirse en una cueva. El "Poroto" empezó a cavar con furia; no se le iba a escapar. Alejó de una patada al perro, que se le resistió encarnizadamente por seguir hasta el fin su presa, y largándose boca abajo, introdujo la mano en la cueva, estirando el brazo hasta donde pudo. No lo alcanzaba, no...y los perros que se le metían con rabia por uno y otro lado de su cuerpo, como para arrancarlo de allí. Agotado, iba a dejar que se las arreglaran, cuando sintió un punzazo, un dolor como una quemadura chiquita en la mano, que lo obligó a retirarse de inmediato. Se la miró asustado...una picadura...si y allí estaba...apenas si podía distinguirla. Se la chupó apegando los labios con fuerza dos y tres veces y escupió con asco. Después, con el corazón apurado, regresó corriendo a las casas.

Cuando el maestro llegó, ya era tarde; descansaba para siempre sobre el poncho viejo, con sus hilachas de camisa, el pantaloncito sostenido por la vieja tira, a la que él tantas veces había visto acomodársela sobre el hombro.

El brazo hinchado explicaba todo. Y la ligadura y el compuesto de tabaco que aplicara la médica. Lloraba la madre y el más grande de los hermanos, en tantos los más chicos, arrinconados como pollitos sin madre, miraban a uno y otro lado, asustados. El campo los rodeaba con su piadoso silencio.

La médica explicaba: -Nu'había poder 'e Dios que lu'hiciera hablar. A las cansadas dijo han di'había siu...el padre jue a ver si l'encontraba...

Regresó el hombre cuando declinaba el sol y el aire enfriaba el rescoldo de la tarde. Ya venía muy "entretenido". La llegada al boliche para comentar el caso había sido inevitable.

-Era un viborón –dijo secamente.

-Lo mató?

-Y pa'qué! –terció la médica-. No sabes que si se la mata, muere el picau?

Gemía la madre del "Edu" tendida sobre unas bolsas sucias, tiritando, contemplando allí, tirado, con mirada perdida, a su hijo, sin poder comprender...

Así había sucedido. Unos balidos lastimeros llegaron desde muy lejos en forma patética. La soledad se le metía a la pieza como un perro corrido a palos y allí se quedaba, arrinconada, dejándole los libros cerrados, la guitarra como un palo muerto, cortados todos los caminos. Había momentos en que, si no fuera por los niños que lo hacían reaccionar de inmediato, no pronunciaría ni siquiera una palabra, inmovilizado por una nostalgia tenaz, que lo sumergía en brumas más y más espesas.

-Volver! Volver! Escapar de este infierno! Cortar todas las amarras de una vez! –Y el calor sofocante, la sed, esa devorante sed que no se calmaba con nada y la grasa de los bifés pegándose al paladar y a los labios...No podía soportar

más...sabía lo que iban a traerle, pero llamó a la criadita y pidió le trajera agua. No demoró en regresar.

-Dice la señora que la cuide, porque es la última. –Asentó en la mesa una jarrita de vidrio que contenía hasta la mitad un líquido oscuro. Bebió unos sorbos y el barro que contenía se le pegó a la garganta y lo hizo toser. Qué ganas de tomar agua limpia, qué desesperación por un vaso con agua, sintió entonces!

-Ya si'han secado todas las represas...Y si no llueve mañana o pasado, dijo anoche que vamos a tener que irnos, nomás.

-De aquí?

-Claro. Y de no?

-Y a dónde, si se puede saber?

-Y...en el puesto 'e Juentes a veces tienen agua...una represa muy grande...y, según y conforme, dan permiso...claro que hay que pagar, pero...

Al fin, era lo de menos. A caso no veía diariamente el drama de los vecinos que había perdido sus pequeñas cosechas y todos o casi todos sus animalitos? No veía diariamente cuando el sol era más quemante, llegar los pajaritos y hasta conejos de las ramas, hasta la puerta misma desesperados, clamando por agua, desde que se terminó la que había en la represa? No oyó más de una vez contar a sus alumnos, con lágrimas en los ojos, de la muerte de su caballito querido?

Y seguían viviendo, secos, consumidos, con más sed y hambre en ese infierno de penurias y lágrimas y con las primeras gotas de lluvia, lo había visto ya, alzarían de nuevo sus esperanzas, recompondrían en su corazón algún canto chamuscado y seguirían viviendo en el mismo lugar, sin pensar jamás en dejarlo.

Y él, que no padecía ni la sombra de aquello, estaba por empezar a lamentarse!

-Y bueno... nos iremos- se escucho responder, como si fuera otro el que hablaba.

Y aunque quiso recuperar el optimismo, no le fue posible. A veces los golpes en su corazón podían más que su voluntad. Hacía tanto ya que transitaba por todas las miserias, que en ese momento se sentía diferente, ajeno al hombre luchador que buscaba ser, detenido allí, convertido a su vez en un tiempo que no trascurre, en una simple cosa hueca, sin nada adentro, vacía, consumida, sin un brote para la esperanza.

10

Fue al maestro de “La Tinajita”, un muchacho joven que llegó un día a visitarlo, a quién le oyó nombrar por primera vez a la maestra de “Las Flores”.

-No lejos de aquí tenemos una colega –le dijo entonces-. Es una maestra jovencita, que está pasando las de Caín.

-Y de dónde es?

-De la Capital... Celia...Celia Balceiro se llama.

Afirmado en la serenidad de su mirada, que le daba singular aplomo, agregó despreocupadamente.

-No pasará mucho sin que abandone, entonces.

-No, no vaya a creer. Es una mujer admirable. –Y en la cara morena y redonda del colega, le pareció ver como un soplo de felicidad, por lo que pensó que podía ser una linda chica. –No sólo que es joven y bonita, continuó diciendo con una sonrisa, sino que es una mujer de temple. Ya la va a conocer.

-Es una verdadera lástima que tenga que ejercer en estos parajes.

-Por qué! Al contrario!

–Porque siendo como usted dice, no debiera vivir aquí, donde hay peligros por todas partes. Pienso que, como tantas, regresará abatida un día cualquiera, o lo peor, en cualquier momento cederá a la angustia, a esta soledad que tanto deprime y se entregará rendida, sin amor y sin convencimiento, por escapar de alguna forma, a un hombre que no se la merezca.

-Bueno, le diré... en los años que llevo aquí, aunque no son muchos, he conocido ya algunos casos, pero no creo que Celia... No, no... pero ya verá. La va a conocer. Se acordó vez pasada que vendría a saludarlo.

Hablaron de muchas cosas más con Rosales aquel día, de sus problemas docentes, de la postergación de sus aspiraciones, de la falta de estímulo para el ejercicio de la profesión, del esfuerzo que había que hacer para no dejarse absorber por el medio ambiente, de las invitaciones comprometedoras, de la tentación de los recién iniciados a ceder a cualquier ofrecimiento con tal de escapar de esos infiernos y buscar la comunidad de las ciudades, pero lo que había dicho de la maestra de “Las Flores”, le dejaron el deseo de conocerla y después, más de una vez, se sorprendió imaginando facciones en busca de la que pudiera ser la de Celia... Celia Balceiro... joven y bonita...

-Estoy tonto –se dijo-. Pero esto me ocurre porque hace tanto que no veo una mujer así, digamos, arreglada, bien vestida, que sepa conversar. Y le costó regresar al mundo de sus recuerdos: su mujer, sus hijos, que de tan distantes le parecían una ficción, los chicos de la escuela, las necesidades de los vecinos.

La vio llegar hasta el patio de su rancho un domingo a la tarde, en octubre. Montaba un zainito flaco, pero muy brioso y lo hacía con donaire, dejando flotar al viento sus cabellos rubios. Cuando detuvo el caballo, se acercó para ayudarla a desmontar y la pregunta le nació sin necesidad.

-La maestra de “Las Flores”?

-La misma. Recibe visitas? –Y una sonrisa le hermoseó aún más la boca de labios bien dibujados, los verdes ojos alegres, el rostro joven y más que agraciado, cuando le tendió la mano.

Rosales le había dicho que era joven y donosa, pero en verdad, era muy hermosa, un tipo de mujer distinta, singular, atrayente; su voz era bien timbrada, cantarina casi, finos sus modales y estaba visto que sabía arreglarse. Lucía un vestido que realzaba las líneas tentadoras de su cuerpo, fina media y zapatos de calidad. Acababa de descubrir que Rosales no le había dicho ni la mitad de lo hermosa que era aquella mujer.

En cuanto la vio, el recuerdo de otra joven se hizo patente, vivo en su corazón. Cómo podía suceder que hubiera tanto parecido? Era una gran casualidad o su mente imaginativa, afiebrada, lo llevaba a relacionar equivocadamente hechos pasados en su corazón hacia tiempo, con ese momento que vivía? Aquella otra también se llamaba Celia y había sido su primer gran amor.

Los recuerdos le llegaban tumultuosamente. Se encontraron sus ojos en una noche primaveral de domingo, en la plaza, cuando todo era risa y alegría reventando en los rosales que adornaban los canteros. La siguió viendo así,

fugazmente, en las vueltas que daban a la plaza en el paseo de los domingos subsiguientes y aunque ella respondía a sus miradas, no se decidía a abordarla. Siempre iba acompañada por otra joven mayor que ella y esto lo acobardaba. Además, por más que elegía y elegía las palabras con las que pensaba empezar la conversación, ningunas terminaban por conformarlo. Pero como día a día su amor se volvía incontenible, una noche, sin pensarlo dos veces, cuando las mujeres abandonaron la plaza las siguió y decidido a todo; al darles alcance, poniéndose al lado de su elegida, con la respiración entrecortada, dijo atropelladamente palabras que después supo estaban de más, porque Celia lo escuchaba sin escuchar, pendiente de sus palabras, pero mucho más de sus ojos, como si quién se le hubiese aproximado fuese un ardoroso príncipe al que nada pudiera negarse. Y ya olvidado de todas sus prevenciones, llegó hasta la misma casa de ella a tres cuerdas de la plaza, una casa con ventanales y balcones a la calle, y allí se quedaron aquel anochecer, solos en el zaguán, por unos minutos que le supieron a gloria. Y cuando se alejó, sabiendo que Celia lo amaba y que lo esperaba al día siguiente en el mismo lugar y hora, se sintió el hombre más feliz del mundo, capaz de remover cielo y tierra para que esa mujer fuera suya toda la vida y para darle cuentas cosas le pidiera. Nunca había sentido inclinación por la poesía, pero entonces comprendía a los poetas y él mismo se sentía desbordado por pensamientos y palabra que le llegaban de un mundo diferente, desconocido, que tenían la frescura, candorosidad y belleza de esa muchacha fresca, que lo atraía hasta hacerle perder el sueño. Y se sucedieron días en los que su felicidad iba en aumento. Ella lo esperaba en la barandilla del ventanal, en las tardes que parecían entregarles toda la quietud y aroma de su corazón de noviembre, para que ellos pudieran decirse lo que jamás alcanzaría a ser bien expresado.

-Me amas?

-Mucho.

-Sí, mucho?

-Muchísimo.

-Más que...

-Desconfiado...! –Y la calle desierta a esa hora, se prestaba para que ella tomándole la cara con ambas manos, lo acercara suavemente y lo besara con sus labios carnosos, sensuales, con la fuerza avasallante de sus diecisiete años. Estaba seguro que ese era su amor para toda la vida. Qué podía haber en el mundo capaz de separarlos? ni la muerte misma. Entonces, todo era vivir esperando que llegara el momento de verse; y al separarse, de nuevo sentirse consumidos por la embriaguez desesperante de volverse a encontrar. Cómo ansiaban renovar esa hora feliz en la que reían porque sí, en que se decían su amor con solo apretarse las manos, en tanto los ojos se buscaban fascinados por ese mundo misterioso que entreveían y que ansiaban develar!

Celia era muy hermosa, pero más lo atraía por su bondad y sencillez; había sufrido mucho ya que su madre había fallecido siendo ella muy pequeña. Para continuar sus estudios en la ciudad, había debido afrontar y resolver muchas situaciones difíciles, ya que el padre no se preocupaba mucho por ella. Y allí estaba, viviendo en esa pensión, como él, lejos de los suyos, extrañando el ambiente familiar.

Que nada podía separarlos, según pensaban, lo supo pronto. Un anochecer tubo la desagradable sorpresa de que no lo esperaba, como era lo habitual. Pasó una y otra vez frente a la casa, pero todo fue inútil. Regresó a la noche siguiente, con el mismo resultado. En el zaguán había luz, pro todas las

ventanas parecían cerradas. Pareciera que nadie la habitara. Las ideas más disparatadas se le aparecían tormentosas en la mente. No le permitirían salir más? Se habría enterado el padre de sus relaciones y disgustado, ya que era tan severo con ella, la había llevado? No sabía qué pensar y día a día se desesperaba más. Verla, verla, o por lo menos saber algo de ella! Muchas veces, decidido a terminar con ese infierno, fue a llamar para saber de una vez toda la verdad. Pero el recuerdo de una recomendación que le hiciera, lo detuvo: -No llames nunca a la puerta si yo no salgo. Sería imprudente y no deseo que la señora se disguste o moleste por culpa mía. -Tenía razón. Escribirle, entonces? Tampoco se desidia a hacerlo. Era prolongar demasiado aquello. Pero en la incertidumbre, dejaba pasar las horas, confiado en que el tiempo se la restituiría.

Una noche, por fin, la constancia de su amor, lo llevó a descubrirla. Desde lejos se alegró cuando vio luz en la ventana. Al acercarse, la divisó a través de los visillos, sentada en el comedor, ojeando una revista. La encontró muy delgada y pálida y con ser que era una tarde de verano, estaba muy abrigada. Sin duda que había estado enferma y él sin saber ni poder hacer nada por ella! Sintió deseos de golpear la ventana para saber de una vez por todas, qué le había ocurrido. Pero no, no era posible. Se alejó con el consuelo de saber que estaba cerca, que no la habían llevado, como pensara y que pronto la vería. Pero, y si no era así? Si es que le había prohibido salir a encontrarse con él? Qué haría entonces? Y si ella misma había resuelto no verlo más? No durmió esa noche y el día siguiente se le hizo eterno. Recordaría siempre que aquel día volvió con dos aplazos y ofendido por un profesor: -Hay algunos jovencitos que ganan fama y se echan a dormir en los laureles...

Al llegar la noche cruzó otra vez las calles, aromadas a glicinas y nardos, ansioso, latiéndole el corazón alocadamente; no podría resistir jamás que ella hubiera resuelto dejar de verlo definitivamente. Si era así, estaba seguro que no podría contenerse de hacer locuras. Matar, huir, enloquecer; y la calle más cerca del perfume y su amor llevándolo como en el aire... Qué alegría sintió al divisarla desde lejos en el balconcito y más todavía, cuando al tenerla cerca, supo que todo seguía siendo igual; una vieja dolencia la había retenido en cama y había sufrido más todavía por no poder tenerlo cerca ni disponer de manera alguna para hacerle saber lo que ocurría.

Se sucedieron después días muy hermosos, donde el amor era un poema ardiendo en el aire, como un cirio floral. Pero con el fin de noviembre, llegaron las vacaciones. Y esto, que años anteriores lo había alegrado tanto, en esta oportunidad lo entristeció, porque significaba la separación de Celia. Sin embargo, estaban seguros de superar el tiempo doloroso de la ausencia. Una noche cálida, en la que toda la ansiedad, el miedo, la emoción profunda que les hacía temblar el alma ante el pensamiento de que dejarían de verse, tras prometer escribirse continuamente, en un largo beso final, se dijeron adiós.

Vinieron los largos meses del verano y solamente una carta recibió de ella. Era extraño. Pero lo sostenía la esperanza de que, transcurridas las vacaciones, todo continuaría como antes. No fue así. Ella no regresó. Una y otra vez pasó frente a la casa donde antes se hospedara, pareciéndole que de un momento a otro la vería aparecer, luciendo su blusa blanca de seda, con la que tanto le gustaba encontrarla. Fue inútil. Cuando vencido por la impaciencia, preguntó por ella, le respondieron de mala manera que nada tenían que informarle al respecto.

Fue la única vez que sus ojos se empañaron por una mujer. Tiempo después recibió una tarjeta en que tan sólo había escrito una breve rima de

Bécquer y su nombre abajo. Nada más, ni dirección ni dato alguno que pudiera orientarlo. Todo había terminado. Cuando empezaba a olvidarla, observando su último saludo, encontró que el matasellos indicaba como lugar de procedencia "Santa María, Córdoba".

Había quedado en su vida como una llamarada de purísimo amor, como un oasis donde le gustaba regresar para soñar con la felicidad de sus tiempos de muchacho, para gustar del tierno dolor que deja un verdadero amor.

Ahora, todo aquel recuerdo se avivaba de repente ante la presencia de aquella mujer, tan parecida a Celia por su melenita rubia, su tierna sonrisa, los excitantes ojos verdes, que ahora lo miraban como preguntándole: -Por qué te olvidaste, entonces de mí? Debiste haberme buscado incansablemente como me lo prometiste y estoy segura que me hubieras encontrado. Porque he vivido esperándote. Cuánto sufrí en ese tiempo! Pero no, no viniste...no viniste! -Qué melancolía, qué suave ruego, qué tierno reproche, encontraba en la mirada de aquella mujer! Era la vida, acaso, que antes se la arrebatara la que ahora se la traía de nuevo?.

Aquel día, mientras duró su visita, estuvo turbado, dominado por aquel pensamiento, sin poder hilvanar una conversación coherente, sólo deseoso de entregarse al recuerdo, de callar, para escuchar en la voz femenina, a la otra, a la Celia de su juventud, que revivía inesperadamente, con toda la fuerza de un brote de primavera, en su corazón.

Y de acuerdo a lo que contaba, su destino era muy parecido al de Celia porque cuanto era de desarrollo normal en la vida de una persona, para ella se hacía difícil y con toda clase de complicaciones.

-Necesitaba trabajar con urgencia a la muerte de papá y pedí una vacante en una escuela cercana, contaba. Me mandaron a estos desiertos. Qué iba a hacer! Acepté, porque además prometieron trasladarme antes de terminar el año; sin embargo ya llevo dos años aquí y no tengo ninguna esperanza. Ya dudo de todo; hasta de mi capacidad para cumplir con la misión sacrificada y sin descanso que debe cumplir un maestro en estos lugares.

-A muchos nos pasa lo mismo pero tenemos que pensar que el maestro por sí solo no alcanzara nunca a llenar su cometido por más que se sacrifique; porque el resultado de su acción es fruto de un complejo, en el que deben intervenir otras fuerzas paralelas a la nuestra.

-Además –continuó diciendo ella- en la mujer maestra, todo se complica. No sabe usted cuánto cuesta hacerle entender a muchos hombres en estos lugares que la amabilidad de una maestra, que el acercamiento que busca, es el propio del cargo. Confunden en seguida esa amabilidad con otra clase de sentimientos y el consentido empieza la persecución amorosa; cuando se le hace entender el error, es un despechado del que hay que cuidarse.

-De donde resulta que a veces es una desgracia ser..., -iba a decir bonita, pero se contuvo y agregó: ...como es usted.

-Yo no sé...pero hubo algunos que los mandé llamar para interesarme por sus hijos y le dieron un torcido interés a mi invitación. Hasta se dio el caso de otro, que una tarde después de conversar conmigo, se quedó hasta muy entrada la noche en el boliche y anduvo después rondándome la puerta, quién sabe hasta qué hora! Para colmo mi pieza no tiene puerta; toda mi seguridad son las sillas que acomodo a la entrada. Antes me moría de miedo, pero ahora tengo un revólver y todos saben que me animo a gatillar. Y en los bailes de la cooperadora? Bueno, para qué voy a contarle! No, es como le digo; una mujer joven, sola, debe pasar por muchas situaciones difíciles en lugares como éstos.

No necesitaba que ella lo dijera para comprenderlo. Si él las estaba pasando día a día, cuánto más sería una indefensa mujer como ella.

Cuando se marchó, bien baja la tarde, tras decirle que lo esperaba por su escuela, que deseaba continuar la charla, quedó lamentando haberla conocido.

Se sentía extraño, como si otro hombre, lleno de incontenibles impulsos hubiera despertado en él. Sentía ahora al vivo el hombre que había logrado mantener sometido; nunca le había resultado fácil, pero el sentido de su responsabilidad había podido hasta ese momento, más que todas las tentaciones. Después de conocerla a Celia sentía a flor de piel la sangre reventándole dolorosa y apasionada.

A caso iba a ocurrirle a él también lo mismo que a su colega Rosales? El maestro vecino lo había hecho confidente, con palabras de vencido, de la crítica situación que estaba viviendo.

-La gente donde me hospedo, es más o menos de posibles, aunque en pocas cosas lo deje notar, le había dicho. Tienen dos hijas, una como de veinte años, más jovencita la otra y tres muchachos más grandes que las niñas. Aunque trabajan poco y nada, se dan en todos los gustos, saben tirar el hueso como pocos, hacer trajo la baraja y pasan días y días de farra en farra. Y vea lo que viene a pasarme: lo que menos hubiera querido es tener amores por aquí, pero una tarde que estaba corrigiendo unos cuadernos, entra Marta a llevarme el mate, como acostumbraba a hacerlo y cuando quise darme cuenta, se había agachado, me había tomado del cuello y me estaba besando; que quiere que le diga, es una morocha de no despreciar, me comprende? Y bueno, ahora ya nos entendemos y tenemos un lugar donde nos encontramos. Claro que si los muchachos nos llegan a maliciar el juego...

-Tarde o temprano es lo que va a ocurrir, colega, si no pone fin a eso.

-Y qué puedo hacer créame que yo no he hecho nada por atraerla.

Lo miró y hallándole cara de desgraciado, pensó que esas eran otras de las cosas inexplicables que sucedían en esos lugares.

-Escape, compañero, escape...Es cierto que es usted hombre joven, pero eso no le serviría como disculpa ni ante los padres de ella ni ante el vecindario. Ahora, si le gusta la morocha, haga las cosas como deben hacerse.

Pero Rosales no se decidía y continuaba más nervioso y preocupado cada vez. Y ahora él, que había dado tan sensatos consejos, venía a sentirse atrapado y de qué manera, por los ojos de una mujer. No, pero no podía ser que lo preocupara hasta llenar todos sus pensamientos. Si nada le había dicho sobre amor ni le diría...además, en ese caso, por qué ella iba a corresponderle. No. Lo que pasaba no podía ser más que una simple impresión pasajera provocada por las circunstancias de no ver, desde tanto tiempo, a una mujer atrayente. Para él no podían haber circunstancias accidentales como esas, que modificaran, aún en mínima parte, su manera de pensar y obrar, o ser tomadas como simple distracción, porque entonces se traicionaba y traicionaba; su vida debía vivirla intensamente, minuto a minuto, realizándose y realizándola en el sentido del bien, con el sentido positivo que da el amor sin mezquindades, la mano abierta y tendida en busca de otras manos para ayudarlos a subir.

Oyó unos pasos y un infantil golpear de manos. Allí estaba Jesús, su alumno más inteligente y aplicado, con su carita de susto, la camisita vieja y el pantalón raído, hasta mitad de pierna.

-Oh, Jesús. Adelante!

-Gracias, señor. Por aquí nomás –respondió desde el patio-. Vengo a despedirme.

-Cómo! Te vas?

-Sí, señor; nos vamos todos.

-Y adonde?

-Al sur, señor.

-Pero no sabes a qué lugar?

-No, señor. Tata no sabe. Salimos mañana y vengo a decirle adiós.

A él le parecía que quería por igual a todos sus alumnos. Pero al sentir en ese momento una extraña sensación de sofocamiento, comprendió su gran predilección por Jesús, siempre silencioso y atento, respetuoso, cumplido y de una humildad conmovedora, que adivinaba sus preguntas y que no podía ocultar su alegría, al descubrir un nuevo conocimiento o encontrar la solución de algo que le había sido indicado. Pensó que tal vez, yéndose, con un poco de suerte, le fuera posible sacar provecho de su inteligencia y lograra perfeccionarse en algún oficio, ya que allí jamás pasaría de ser un arriero o buen domador.

-Espérame un momento. –Regresó sin tardanza con un libro que sabía era de su predilección y con un puñado de caramelos. –Trata de estudiar donde vayas, de aprender todo lo que puedas. Eres muy capaz. –El niño lo miraba en silencio con los ojos empañados. – Sé siempre bueno...y que Dios te ayude, hijo! –Sollozó el niño y se le abrazó con fuerza, sin decir palabra.

-Esto guárdalo para el viaje. –y le dejó caer unas monedas en el bolsillo. Se alejó la criatura cortando la tarde por entre el jarillal, el silencio como había venido, como había vivido entre aquellos soledosos desiertos. Con qué fuerzas quería en ese momento que la semilla de esperanza que había intentado sembrar en el alma de aquel niño, pudiera más que todas las pésimas enseñanzas que hubiera podido darle el medio! Un medioambiente mezquino, donde todo lo que fuera malo andaba suelto en boca y acciones de los sinvergüenzas y vividores que abundaban en cantidades.

Uno de esos, el más inofensivo, era el viejo Udelicio, pícaro sin abuela, muy humildito siempre, pero cuya cara azorrada no mentía cuando anunciaba de lo que era capaz; chiquito, mañoso, llevaba hecho más “estropicios” que pelos tenía en el bigote.

No muy lejos de su casa vivía Pancho, un muchacho honesto que tenía un zainito con el que le gustaba lucirse en carreras y rifas y al que quería como si fuese un hijo. Cuál no sería si pena y rabia cuando un día comprobó que su caballito había amanecido rabón!

Se presentó de inmediato a la policía y lo que nunca, halló al comisario con ganas de hacer algo por descubrir al culpable.

-Acá hi cortau el rastro mi comisario –dijo el agente que lo acompañaba una vez en el lugar del hecho. Se veían patente unos rastros de usutas sobre el yuyal tierno y más allá cayendo a un sendero borroso.

-Ah, ah! Seguímelo, que esta vez lo vamos a correr hasta la cueva!

Y justo, justo, los rastros desembocaban en el rancho quinchado del viejo Udelicio. Lo invitaron a la comisaría y allí empezó el interrogatorio. No duró mucho. En cuanto lo apuraron con los remedios, aunque se defendió como gato panza arriba, termino por confesar.

-Y por qué lu'hiciste, ah?

Carraspeó como dos o tres veces el viejo, se acomodó los cabellos con las manos curtidas y retorciéndose como si le doliera el estómago, empezó a hablar muy lentamente, según era su costumbre.

-Resulta qui'andaba muy embromau del hígado, no? que es un dolor bárbaro que da pu'acá (y se señalaba por otro lado) y como la médica me recetó que tomara un té de cola'e caballo todas las mañanas...

-Ah, ah...y eso qué tiene que ver...

-Sí, pues...usted sabe, comisario, que yo no tengo más que burros...

-Y eso qué tiene que ver.

-Sí, pues... tuve que salir a buscarme una.

-Ah, ah...y de qué vas a tomar el té ahora? –Le preguntó el comisario brillándole la cara de picardía al tenderle la trampa.

-D'esa cola pensaba yo...pero ahura tendré que seguir enfermo nomás.

-No mintás, Udelicio! Si lo que la médica t'indicó fue un té de yuyo y a más que ya himos visto la cola 'e caballo colgada en el boliche. Te juego a que la cambiaste por un medio litro 'e vino!

Ahí soltó la cabeza el viejo, como si lo hubieran descoyuntado. Porque así había sido. La misma noche que la robó, la había cambiado por un poco de vino y yerba.

Era sin abuela el viejo Udelicio!

En un ambiente con gente de esa clase se criaban sus alumnos y no era difícil que, por más que la escuela cumpliera, ellos cayeran arrastrados, a la larga, por el mal ejemplo. Por eso intentaba hacerles lo más agradable la permanencia en la escuela, retenerlos en ella cuanto le era posible, para fijarles mejor sus enseñanzas y una forma de vida a la que, anhelaba, aspiraran siempre en el futuro.

Que la vida entrara a ríos en su escuela, era su mayor deseo, por lo que, sin vacilar, dejaba a un lado los programas totalmente desconectados de la realidad. A las flores y a las aves no las enseñaba por figuritas, sino que las observaba en vivo, de lo que les ofrecía la naturaleza misma, allí donde nacían en el árbol en el que se posaban o entre las hierbas donde se ocultaban. Al enseñar anatomía, comparaba tripas con intestinos, bofes con pulmones y no era extraño que cuando examinaban las hachuras, alguna niña refiriéndose al esófago, lo llamara ingenuamente "ocote colorado". Hacía la corrección y todo quedaba perfectamente fijado.

Y cuando les leía en voz alta, trataba de transportarlos a ese mundo de belleza que invariablemente tenía la página elegida, con las que procuraba despertarles el buen gusto y la sensibilidad por lo bueno y lo bello, a la vez que el interés por volver a leer o escuchar de nuevo esa misma página. Así, un día, después de leerles y comentar "Platero", cuando gozaba mirándoles en el rostro el deslumbramiento pintado por aquel burrito peludo, con plata de luna y tan manso, se le ocurrió preguntar: -Alguno de ustedes tiene también su "Platerito"?, más de cinco niños levantaron entusiasmados las manos. Y estaba seguro que después de escuchar aquellas páginas, tan hermosos como el de la lectura, les habrían parecido sus burritos.

O aquella glicina que encontraron una mañana tras de la casa, arrastrándose por el suelo con sus brotes y guías ya largas, a la que encatrarón con entusiasmo y ayudaron a trepar. Qué alegría limpia la de Pancho el día que hizo el descubrimiento!

-Floreció! Ya floreció, señor!

-Qué floreció?

-La glicina! Si viera qué bonita está! Y todos salieron a admirarla.

-Este primer racimo de flores, se lo llevarás a tu mamá, Pancho. Ya dará más y cada uno podrá llevar flores a su casa.

En todo eso se había quedado pensando, mirando por la ventana que daba al bordo de la represa, que, por fin, rebalsaba de agua por la creciente de la última lluvia. Había agua, aunque en la superficie de la misma, hubiera amanecido tras la tormenta, flotando, muerto, el perro regalón de la casa que había desaparecido misteriosamente días antes. Pero no importaba. Había agua, era lo esencial y no tendrían necesidad de salir como nómades, como de nuevo se habían visto amenazados a buscarla en parajes distantes. Todo parecía nuevo, lustroso. La tusca estaba florecida en pequeñas esferas de terciopelo amarillo y las jarillas, los quebrachos con sus verdes intensos, brillantes, invitaban a vivir. Todo parecía haber resucitado; hasta el canto perdido del crespín, el trinar de los cardenales, el ir y venir de las mariposas alegres, bailarinas de hermosos colores.

-Señor...lo busca la señorita –le anunció la negrita.

-La señorita? –preguntó aturdido, como si no hubiera entendido- . Ah, la señorita...! –Y sin darse cuenta, se alisó rápidamente el cabello y se arregló la camisa.

11

Alrededor de la rústica mesa, en el comedorcito, que era a su vez dormitorio, se habían quedado aquella tarde. Por la ventana que daba al poniente, les llegaba el rumor del monte. El aire, columpiándose como un niño en las ramas de los corpulentos quebrachos y algarrobos, algún rundún aleteando jubiloso sobre la glicina, las avispas volando atareadas desde la represa, los moscardones horadando ruidosamente las varas de techo.

Si el día que la conoció la encontró hermosa, en esta nueva oportunidad, con su vestido de seda ajustado al cuerpo, los rubios cabellos bien tirados para atrás, los aros grandes, de oro, en las orejas pequeñas, por todo y cada uno de los detalles que la adornaban, lo deslumbró.

-Como usted no fue, ya ve, he venido.

-Hizo bien.

-No soporto tanta soledad, le aseguro. –El tono de su voz era tierno y expresaba su protesta con el aire de una niña mimada.

-Creo que a todos los forasteros nos ocurre lo mismo. Pero en nuestros alumnos, el trabajar con ellos y para ellos, está nuestra salvación, no le parece?

Asintió como con cansancio. Y volvieron a quejarse del abandono en que se tiene al maestro de campaña en las escuelas argentinas, de lo inútil de su acción en la mayoría de las veces, porque sin la colaboración de una acción concomitante, el medio destruye cuanto el maestro labra y levanta.

-Escuelas como las nuestras, desmanteladas, sin medios, en vecindarios míseros, con vicios y costumbres reprobables tan arraigadas, estoy creyendo a veces que no conducen a nada.

De aquel tema fueron pasando a otros más personales. El maestro sentía un regocijo, una felicidad de sentir cerca a aquella mujer, de oler su perfume, de ver sus manos finas y delicadas entrelazarse nerviosamente, por más que intentara ocultarlos.

Al descubrirse esa euforia, desconocida en él, pensó que sería por la viva evocación que la traía de aquel pasado de su juventud, pero luego debió reconocer que no, que ahora no era feliz con un sueño, sino por una mujer, por una verdadera mujer que se le acercaba en sus palabras, que le hablaba en voz baja, como invitando a la intimidad, que le pedía con los ojos que la comprendiera, que estaba buscando ansiosamente, la forma de desnudarse espiritualmente ante él.

-Le confieso que no vengo por consultarle nada; lo hago tan sólo porque su proximidad me tranquiliza, me sienta bien.

-Y bueno... si hay tantas cosas, en realidad, de las que podemos conversar. -Y desviaba intencionadamente el tema a los libros que leía, a las noticias siempre viejas que les llegaban como desde el otro lado del mundo, a los escasos diarios que recibían. Pensaba a saltos en su hogar, en sus hijos, que se le asomaban como por una ventana en el recuerdo fugitivo, y aunque sentía su corazón ansioso por descubrir de una vez qué era aquello tan parecido a un mundo de encantamiento que parecían ofrecerles aquellos ojos incitantes, un mundo que tendría que ser inigualable cuando esa boca dejara amanecer las palabras enamoradas, cuando esos labios hicieran de mensajeros para la entrega de tanta belleza, se estremecía y cerrando los ojos, huía lejos con su pensamiento.

Y en tanto la miraba, sin escucharla, lo torturaba la idea si podría una y otra vez escapar a sus insinuaciones, sino estaba haciendo un papalón ante ella al pasar por tan ingenuo. Tal vez llegara a reírse de él como lo hacía de Rosales.

-Hace mucho que no lo ve a Rosales? -Intentó escabullirse por ahí.

-No... si casi semanalmente va a verme. Pero es tan aburrido el pobre...

-Sin embargo impresiona como un buen muchacho.

-No digo que no...pero, yo soy franca. A mí no se me entretiene ni como colega ni como amigo. Es demasiado simple, no le digo?

Por momentos le fastidiaba pensar que esa mujer venía a romper la paz de su vida; esa paz que sentía de estar con sus niños, de preparar las clases diarias, de ayudar a algún vecino, de salir a caminar por los senderos y pensar una y otra vez en los suyos, imaginando escenas futuras al lado de su mujer, de sus hijos...aunque a veces, esto pareciera diluirse a un montaña de días, de tanto no escuchar la voz de sus hijos, de tanto no apretarlos contra su corazón lleno de savia enamorada, de tanto tiempo sin recibir una caricia de nadie...

Pero allí, de nuevo, se alzaba la imagen viva, inquietante, atrayente de Celia, que con su presencia llena de gracia, parecía borrarle viejos pesares. Como desde lejos le llegaba su voz: -Debo irme ya. Lo espero el sábado?

-Cómo no. Le aseguro que iré.

-Deje un poco a sus alumnos, a sus libros. Le hará bien salir.

-Tal vez.

-Sino hace así, se volverá viejo antes de tiempo.

-Créame que así me siento a veces.

-No se deje vencer; aprenda de mí. Yo soy alegre y no quiero dejarme aplastar. Me asustan la soledad y el silencio.

-Sin embargo, yo creo que a veces nos viene bien, porque la soledad, al dejarnos frente a nosotros mismos, nos obliga a conocernos mejor.

-Oh, yo me conozco demasiado -protestó-. No, no; la soledad me excita. Estando sola, pienso en tantas cosas...! Y además, me siento con fuerzas para no desperdiciar mi vida, para amar hasta la muerte, créame; esto me importa más que todo. -lo miró largamente como desafiándolo. Y tras un corto silencio en que

sólo se escucho su respiración anhelante, que le hacía templar delicadamente la seda que se evaporaba en su pecho, salieron.

-Irá el sábado, entonces?

-Cumpliré, -le respondió sonriendo. Y luego llamó:- Se va la señorita... - Salió Sergio de una covacha y luego la dueña de casa de otra y se despidieron.

Quedó con el perfume de ella en la mano y con un dulce, incitante ardor que se complacía en mantener despierto hora a hora, minuto a minuto.

-Celia! -dijeron en la soledad el nombre sus labios como para traerla.

-Maestro... -Era Sergio, con su sonrisa de muchacho buenazo, que de regreso se asomaba por la puerta. -Se olvidó que tenía que ir a lo de don Ruperto esta noche?

-Ah, caray? Tenés razón! Sí, me había olvidado. No querés acompañarme?

-Bueno, voy a agarrar mi lobunito, entonces.

No demoró y salieron como agachados bajo la primera sombra de la noche, callados, oyendo el silencio del monte, mirando oscurecerse más y más sobre los viejos árboles, en los hondones que cruzaban, recibiendo el repudio de las lechuzas en sus largos y sostenidos chistidos, como cuando veían pasar un zorro.

Como un aletazo, sobre el lento golpear de los cascos de los caballos, le volvía el recuerdo fresco, inquietante de Celia. Que encrucijada! Ahora, secretamente, aunque hiciera por negarlo, lamentaba ese desencuentro, como en su tiempo había lamentado aquel otro, con una mujer que parecía a ver sido recortada de ésta, o está de aquella.

Y las dos veces el destino jugándole en contra. Cuando amó con toda su pasión de muchacho, un camino que se la llevo para siempre. Y ahora, poniéndole al alcance de la mano la misma imagen, los mismos ojos, esa boca sedienta a la que él besara tantas veces, pero ahora a tantos años y con tantos imposibles por delante, en un misterio indescifrable de la vida.

-Maestro... no si'acordó qu'esta tarde tenía que ir a ver al "Pelaito", el chico 'e Montero.

-Es cierto! No sabés cómo está?

-No, maestro.

-Cómo me olvidé! Qué insolación tenía ese chico!

-Qué lí'anda pasando. 'Ta medio mal 'e la memoria en este último tiempo, no? -Le pareció ver a la luz difusa de las estrellas que Sergio lo miraba sobradamente. Era lo que faltaba! Que empezaran a faltarle al respeto! Sabía muy bien que para andar en la lengua de cierta gente, era muy poco lo que le hacía falta. Y entonces, pobre de él si lo llegaban a agarrar!

-Esta chica que vino a hacerme perder tiempo! -dijo castigando a su caballo sobre la falsa protesta-. Lo que pasa es que es nueva y hay muchas cosas de escuela que no sabe... qué se va a hacer... hoy por tí, mañana por mí -añadió tratando de disipar toda duda.

-Es linda, no?

-Ah, ah... -asintió confusamente. Sólo se escuchó después el tranco de las cabalgaduras interrumpiendo el cabecear de la noche, espantando a algún alicuco que dejaba escapar su fúnebre chillido; y entre ellos, los hombres, sumidos en sus pensamientos, rama viva a punto de frutecer a veces, pero cayendo de nuevo en el abismo sin fondo de su propia sombra.

Cuando llegaron, los cabritos estaban a punto. Era aquella, gente pobre, pero muy decente. Antes de sentarse a la mesa, pasaron ante un humilde

altarcito, de los que había visto en varios otros hogares y rezaron una novena. Conmovido escuchó la plegaria de esa familia humilde y creyente, elevando rogativas a Dios por el eterno descanso del alma de sus muertos, por la felicidad de sus parientes, amigos y todos sus semejantes. En seguida cantaron los gozos, con una unción, con un fervor que lo contagió de tanta fe religiosa, que le hizo sentir a Dios muy cerca, como hacía tanto no lo sentía. Luego el dueño de casa, invitó a pasar a la mesa tendida en el patio; comprobó que la fama de buen asador de don Ruperto estaba bien ganada. Atentos, amables y obsequiosos, le hicieron olvidar de todas sus preocupaciones y hasta llegó a reír con ganas, como hacía tiempo no se escuchaba a sí mismo haciéndolo. Después vino la guitarra a formar en la rueda y a la luz de la luna que asomaba sobre los montes, desde la pareja menor de los hermanitos de 8 y 9 años, hasta los dueños de casa, ya blanqueando canas, pero juguetones y divertidos, hicieron temblar el patio con sus zapateos ágiles y vistosos, con una gracia y picardía natural en el rostro y en los movimientos, que le hicieron añorar tiempos en los que el criollo se manifestaba en toda su autenticidad.

Habían pasado una hermosa noche. Los despidieron afectuosamente en el patio. Al otro día, mejor dicho, a pocas horas cuando saliera el lucero a anunciar el día con su fresca hermosura de plata, él ya estaría afirmado al horcón mirando pintarse el alba y esperando la aparición, por escondidas sendas, de sus niños más madrugadores.

-Mire, maestro, como se viene dando vuelta la tormenta del sur –le anunció Sergio, mientras galopaba adelante a campo traviesa-. Por aquí tal vez le ganemos a llegar... -Los relámpagos se sucedía uno tras otro y a su luz podía seguir a Sergio que galopaba entre espinosos algarrobos y desparramados jarillales, fieramente sacudidos por el viento. Se veía obligado a confiar, ciegamente, en la baquía de Sergio y en la habilidad de su caballito, que respondía con nobleza a sus nerviosos talonazos. Una gran rama que se le vino encima al quebrarse, por poco no lo desmonta. Pero no había tiempo para lamentarse. Sergio, adelante, con la bayusca blusita que se inflaba como globo, seguía haciendo gambetas a gigantescos fantasmas negros que parecían abrirse al paso de las llamaradas del cielo, en medio de retumbantes truenos. Gruesos y fríos goterones empezaron a golpearle la cara. Si por él hubiera sido, ya se hubiera refugiado bajo un árbol hasta que pasara la tempestad; pero Sergio volaba, mudo, adelante y él no podía aflojar ni despegarse ni un tranco de gallo de su guía, porque entonces estaría perdido. Nunca podría orientarse.

-No se quede, maestro... ya falta poquito! –Oyó que le gritaba el muchacho en medio del viento y de los truenos que seguían reventando entre remolinos y estruendosas llamaradas azulinas.

Eterna se le hacía aquella marcha infernal. Iba totalmente desorientado, con la cara y las manos lastimadas por las espinas. Pero siguió dándole rienda y talón a su zainito, que a veces estaba a punto de ser barrido por el viento. Llegaron a las cansadas, totalmente empapados. Se rieron con Sergio, porque a penas llegaron, como por milagro, las abiertas cataratas, cesaron. Sólo el viento siguió aullando furioso por lo quebrados jarales.

Al despertar, tras un sueño intranquilo, le dolía la garganta y comprobó que tenía un poco de fiebre. Aunque, muy decaído atendió a los niños. Pero, al día siguiente, ya no le fue posible levantarse. Era la primera vez que eso sucedía en su vida de maestro. Oyó muy bien cómo sus alumnos llegaban a la escuela, desparramando bullitas y cómo regresaban luego, lentamente y en silencio. Adivinaba la tristeza que llevarían al regresar.

Sabía que para casi todos ellos, estar en la escuela era descansar, gozar, disfrutar de verdad de su vida misma de niños. Había tantas criaturas abandonadas, tantas que no yendo a la escuela, tenían que trabajar, sin asco, como hombres hechos y derechos, en lo que viniera!

Sus ojos afiebrados recorrían una y otra vez el cañizo del techo, se cansaban de imaginar figuras en las paredes de blanqueo descascarado y volvía a buscar en su imaginación las caritas de algunos de sus niños, como un Claro, que quedaba solo en el rancho con sus dos hermanitos y debía cuidarlos haciendo las veces de madre. Jugaban los chicos con el perro que se dejaba pisar y tironear la cola, como si supiese que esos niños necesitaban que él cumpliera las veces de un juguete y cuando ya se aburrían de eso y el hambre o el sueño los vencía, allí quedaban tendidos, entreverados con los animales. A eso de las doce, Claro, al regresar de los quehaceres, preparaba el mate cocido y los despertaba luego para que lo tomaran, partiendo lealmente en partes iguales el pedacito de torta que le dejaban. Y el Ñatito, que venía casi siempre poco menos que desnudo? Cómo verlos así y dejarlos sufrir? Era por eso que su sueldo, de por sí insuficiente, no le rendía para nada y tal vez fuese por eso mismo que Fernanda, pensando vaya a saber qué cosas, le escribía menos cada día y unas cartas en las que parecía esforzarse por demostrarle afecto. Es que también tendría que cargar con sufrimiento por eso? Si ella supiera la falta que le hacía todo su cariño! A veces, por todas esas cosas, una tristeza profunda le hacía bajar la cabeza y le señalaba el camino del boliche, como el único remedio para sus penurias. O un tedio, en otras, que lo hacía amanecer indiferente a todo, insensible, como si hubiera perdido toda su capacidad de sentir, como si una gran costra le impermeabilizara el sentimiento. Y entonces pensaba en esas mesas mugrientas de juego que se armaban en los boliches, donde se emborrachaban y desplumaban sin asco y en las que, los maestros, no eran de los últimos en tallar o en pisar el “hueso” antes que terminara de rodar. Rosales, que ya había cedido a esas tentaciones, le decía que no tardaría él también en caer. Esperaba que no, aunque lo justificaba. Qué importaba vivir con un poquito de más o de menos en esas soledades, o como ellos decían “por ahí no más andarís, toparés con toparís... “En cierto momento por lo menos, sentían emoción, se entretenían en algo, sacudían sus vidas, vivían, que era lo que él precisamente necesitaba a veces. Una minúscula masa errante, sola, sin principio ni fin, desvalidamente puesta en un lugar sin espacio ni tiempo, eso, nada más que eso le parecía ser en algunos días. No podía comprenderlo Fernanda? Era cierto que su promesa de abandonar aquello envejecía. Pero no era por su culpa. El pedía traslado. Entendía merecerlo. Últimamente había hecho una nota en tono desesperado, en la que pedía, aunque fuera, lo ubicaran de nuevo en Pisco- Yacú. Tal vez en ese momento que un cambio de política había desplazado al viejo caudillo, tuviera más suerte, si las cosas se hacían como estaban prometiéndolo una vez más y como nunca habían llegado a hacerse todavía: con rectitud, con honestidad. Porque de otra forma estaba condenado al eterno destierro. Pero no desertaría. No se iba a defraudar a sí mismo cediendo a sus debilidades; no, no dejaría así como así a “La Cruz”. Era ese también un pedazo de tierra argentina y él estaba convencido que donde estuviera pisando en su bendita patria, aunque fuera el rincón más lóbrego, sentiría un hálito fresco subiéndole desde sus piedras olvidadas y amaría siempre sus senderos por los que viviría imaginando llegar de un momento a otro lo mejor, todo lo lindo que esperaban los ojos candorosos de sus niños. Además sentía un gran placer en acompañar a aquellos hombres, que aún en tanto desamparo, seguían apegados, fieles a esos oscuros rincones.

Porque mentían todos los que decían que el criollo era flojo; claro que mentían; lo que pasaba es que habían sido y seguían siendo miserables guiñapos en las manos del tigre.

El día que se produjera un cambio radical, que debía producirse en el orden social, era posible que hasta el cielo se volviera más generoso y entonces, podrían sembrar como tiempos idos, criar animales y ese mismo impulso, no cabía dudarlo, arrastraría al buen camino a los descreídos, a los que habían perdido toda fe y se dejaban flotar simplemente en la vida. Volvería otra vez, con la tranquilidad que da el desahogo económico y la esperanza que se hace realidad, la paz a los hogares, la felicidad de construir con sus propias manos, más y más, para quedarse por siempre en ella.

Si Fernanda imaginara parte siquiera de lo que era su vida! Si pudiera pensar lo mucho que la necesitaba a cada momento, y más que nunca en esa hora, en que estaba tendido, clavados los ojos en el techo sucio, lleno de arañas y vinchucas, enfermo sin saber qué tenía, sin la promesa de auxilio alguno! Se cubrió la cabeza con la almohada y sintió blando el corazón, rebasado por un profundo resentimiento, como cuando era niño. Como entre sueños oyó decir más tarde que Sergio iría a buscar la médica. No tubo fuerzas para protestar. Además, a quien recurrir. Allí jamás llegaba un médico y si traían el del pueblo, no le alcanzaría el sueldo para pagarle la visita. Oyó luego algo como un revoloteo de murciélagos y todo se le oscureció por un rato, como si sus alas repugnantes le hubieran cubierto los ojos. Le parecía estar hundiéndose en un pozo; se esforzó por escapar. Le dolía la cabeza, no, no era su cabeza era una bomba a punto de estallar. Vio escapando sobre su delirio el brillo encantador de una mariposa...la siguió ansioso y vio que en su vuelo escribía con letras grandes, de todos colores, el nombre de Celia. Quiso escapar de esa pesadilla que lo llevaba errando por el aire; trabajosamente lo logró. Se chupó los labios partidos, resecos. No podría ir a visitarla el sábado, como le había prometido.

-Quedaré mal otra vez con ella...soy un charlatán...

En eso empezó a ver que su novia de antes danzaba graciosamente en un jardín grande, lleno de flores, que se veían más hermosas aún pintadas por la luna. La veía acercarse más y más palpitándole el pecho joven llenos de ternura los ojos que se ofrecían para él, y cuando ya le parecía que iba a tocarle el vestido blanco, que la alcanzaría por fin, sintió como si se le abriera la tierra a sus pies y otra vez empezó a caer, a caer por una brecha oscura sin que su grito espantoso al sentir que la perdía, lograra alcanzarla.

-Celia...!

-Maestro...maestro...! 'Ta con pesadilla? -Abrió los ojos. Sergio lo sacudía.

-Ah, sí. -Se dio vuelta en la cama y cerró los ojos, aliviados.

No supo después cuánto tiempo pasó. Sólo recordaba pedazos de una noche espesa, con sombras pegajosas y una tos que le hachaba el pecho y le despedazaba la cabeza. Oyó, como en una pesadilla, a la médica trotando de aquí para allá, con aflicción y a Sergio, preguntándole: Qué le parece, doña; nu'ira a mejorar?

-Y yo qué sé...yu' hago lo que puedo... -Respondía con voz cavernosa, echando una chupada a su cigarro. Y sentía la mano áspera que lo friccionaba una y otra vez y el calor de las cataplasmas.

-Creo que debimos llamar al médico.

-Ustedes son muy dueños. Algún día áhi llegar...si es que llega, ése -dijo sarcástica.

-Yo no se...Y si li'avisamos a la señora?

-Y que va a hacer ella? No lo va a curar me supongo, no?

-Yo decía pa'que disponga. La mamá y yo qué sabemos!

-Y en esas noches largas, interminables, al abrir los ojos, siempre la vela temblando en un rincón y al lado de su cama, Sergio, atento a sus menores movimientos, cuidando que no se destapara, pronto para lo que pudiera suceder.

-Cómo se siente, maestro? –le preguntaba no bien lo veía entreabrir los ojos.

-Ya lo ves... -Se sentía cada vez más débil, cada vez más indefenso. Tal vez hubiera sido ese su destino. Vivir lejos de los que amaba siempre y morir así, solo, como un perro sin dueño.

El tenía quienes lo querían. Pero qué lejos estarían Fernanda y su madre de pensar cuánto las necesitaba en esos momentos!

-Si a usted le parece, avisamos a su casa. Mandaría al pueblo a hacer un telegrama.

-No, no...por favor! –Se opuso terminantemente pensando en el apuro que pasarían al recibir semejante noticia. Prefería afrontar solo lo que fuera, antes que mandar ese aviso. Aunque de pensar, nada más, que alguna de ellas pudiera estar a su lado, lo reanimaba. Pero no, era imposible. Y al sentirse en tal desamparo sin más compañía afectiva que la de sus cosas, con las que no podía comunicarse, las fotografías, su manta, la fusta, un desaliento frío se le ganaba por todo el cuerpo, haciéndolo estremecer.

Y una de aquellas noches, cuando ya no podía soportar más tanta fatiga, tanto dolor indefinido, esa fiebre que lo devoraba, como un perdido, pidió dos analgésicos y una jarra con agua, de esa que caía en ese momento desde el techo por un viejo caño, de la lluvia que se desataba afuera con viento y piedra. Sergio le alcanzó lo pedido, junto con un vaso grande de agua helada; todavía se diluían algunas piedras en ella. Y bebió con la desesperación de un muerto de sed, sin pensar en nada que no fuese en la delicia de apagar el fuego que le consumía el cuerpo.

-Gracias –dijo luego de terminar el contenido del segundo vaso que bebió, y de inmediato se tendió en la cama como para toda la vida. No supo cuánto estuvo así, sumido en un sueño sin orillas. Como escapado de una pesadilla, o de una muralla que lo hubiera tenido aplastado, en un momento sintió que la tensión disminuía y que un sopor lento empezaba a soltarle el cuerpo. Una sensación de laxitud lo fue invadiendo y se dejó llevar, llevar suavemente como si fuera tendido en una canoa que surcara muy plácidas aguas. Después no supo nada más...

Despertó muy tarde al otro día. Sentía como si le hubieran sacado un fuego torturante del cuerpo, en el que sólo quedaban los rastros de su mal.

-Qué manera de transpirar anoche, maestro! Tres veces le cambié la ropa, oyó?

-No, nada.

-Y cómo está? Parece que ya puede abrir los ojos.

-Si, estoy mejor. Gracias, Sergio. Andá dormí, que yo también voy a descansar, por fin. –Tras un momento, salió despacio el muchacho y entornó la puerta. Qué noble era! Lo que había echo por él! Jamás podría pagárselo con nada! Despertó a las doce, cuando Sergio abrió de nuevo la puerta. Por primera vez desde que cayera enfermo, la luz no le hirió tanto los ojos y se sintió reanimado el verlo entrar a su habitación.

-Mire lo que le han tráido sus chicos –dijo enseñándole un ramito.

-Verbenitas del campo! Mis chicos...! –Y los vio desfilar ante sus ojos, preguntándose qué les sucedería; a la Uvita, negra, como una pasita, pero de corazón tan generoso, que repartía, entre todos, el pobre puñado de maíz tostado que le daban para matar el hambre en las largas mañanas; Matías, flaquito, larguirucho, de andar cansado, que llegaba primero que todos en su burro flaco, sentado en la punta del anca, muy airoso, como si lo hiciera en una bicicleta; a María, a Nicasia, a todos, todos, con sus rostros morenos, tristes, con una tristeza crecida desde adentro como una mala hierba, pero que ya habían aprendido a reír, a cantar, a ser niños por primera vez.

Desde lejos oyó un galope que lo hizo enderezar. Pensó que pudiera ser algún padre que había decidido llegarse a verlo.

-Es el chico de la maestra el que viene –le anunció Sergio, tras asomarse.

Sintió como si le hubieran dado un golpe en su carne debilitada. Había querido olvidarse de ella. Quería olvidarla, alejarla...debía hacerlo...estaba dispuesto a que así fuera...Ahora lo asustaba, lo martirizaba de nuevo la realidad de esa existencia, de ese compromiso del que su enfermedad lo había desatado. El había creído que para siempre. Por qué venía de nuevo? Qué buscaba? No, no...

Sergio regresó de inmediato con una carta. Eran pocas líneas: -“Lo he esperado inútilmente. Por qué no vino?”-, le decía. Y más abajo: -“Seguiré esperando. Vendrá?”-. Quedó de nuevo atormentado sin saber qué decir ni que hacer.

12

Noviembre crecía monstruosamente con su calor agobiante y su sed. Antes de salir el sol, la sofocación anunciaba lo que iba a ser el día; ni una brisa se columpiaba en las escasas hojas; de la tierra se levantaba un aire cálido de rescoldo. Las perdices levantaban su silbo como un clamor por las espesuras y alguna chuña desde las ramas de un algarrobo seco, dejaba caer su picoteado desasosiego. La represa de nuevo, no era más que un corazoncito de agua al medio, lleno de renacuajo. Por los peladares blanqueaban las osamentas y los animales que se mantenían en pie, no eran más que un puñado de pelos que barría el viento; un viento incesante, que hacía crujir el cuero de las puertas desde la mañana hasta entrada ya la noche.

Desde la siesta había estado esperando impaciente la llegada del muchacho que fuera a la estafeta, como si con él fuera a llegarle la liberación. Siempre esperaba; el día de correo le resultaba insoportable, porque lo enervaba. Soñaba con buenas noticias, pero también temblaba pensando en las otras. Y si se habían enfermado sus hijos? O si su mujer había empezado realmente a cansarse de su interminable abandono? Y seguía pensando y pensando...qué hacía Fernanda en todo ese tiempo que él no estaba? Podría seguir viviendo siempre en la soledad sin fin a la que él la había condenado? Quién sabe! Y otros pensamientos como pesadilla lo torturaban. Quién se la admiraba, quién se la codiciaba secretamente, tal vez? Era joven, hermosa, atrayente. Y evocando las

horas maravillosas de amor que le había dado, sentía ganas de emborracharse hasta olvidar todo, de esa vida que llevaba, de ella, de ese fuego que lo arrasaba hasta los mismos huesos.

Ahora esperaba las cartas con mayor desesperación. Era la suya la situación del animal acorralado que buscaba ciegamente un resquicio por donde escapar. Tenía que salir de allí...necesitaba urgentemente que así fuera.

Aquella mujer con su belleza, con la fuerza avasalladora, germinadora de vida que le ofrecía, se le había vuelto una obsesión, una presencia permanente en su pensamiento, que lo sobresaltaba a cada instante.

Y para más, cuando aún estaba restableciéndose, tuvo sorpresivamente su visita. No bien enterada de su enfermedad, abandonó la escuela y de un solo galope corrió a verlo, como si se tratara de un caso de muerte.

-Por qué no me hizo avisar de su gravedad?

-No...por qué iba a molestarla.

-No, no se lo perdono –Y se sentó al lado de su cama, como si fuera su madre o su mujer y le acomodó la almohada, las sábanas, la mesita de luz.

-Miren, cómo ha quedado! Y si se hubiera muerto? –Y acercándole los ojos, esos ojos alucinados y alucinantes, lo envolvía en la tibieza de su aliento.

-No se ha tenido lástima! Ni más ni menos que un chico!

-Y para qué! Si aquí un hombre y un perro valen lo mismo!

-No quiero oírlo hablar con ese pesimismo! Parece un malcriado! –Le tomó el pulso, le aplicó el termómetro, le indicó a la dueña de casa lo que debía darle de comer y beber, en tanto seguía regañándolo cariñosamente. Aunque intentaba oponerse, sus ojos la seguían fascinados, mirándola ir y venir en el cuarto estrecho, cimbreantes las caderas, bien formadas las piernas, y aspiraba hondamente su perfume, ganoso de bebérsela con su aire amoroso.

-Dejarla pasar...dejarla pasar... tiene que resbalar por sobre mi piel como un poco de agua que sobra...dejarla pasar...! –Las palabras le subían desde su corazón; pero ella estaba allí, viva, tentadora, ofreciéndose. Sentada a su lado, le habló de su vida en tono íntimo, suave, lentamente. Le confesó que nunca había amado y que se guardaba con todo su apasionamiento para ese día...

-Hasta ese día, que tendrá que llegar, no pienso ceder...de alguna manera sabré escapar de aquí...en tanto, puede darse cuenta, sufro...hasta hace poco me sentía tan sola, tan aterradoramente sola...ahora, por lo menos, tengo un árbol amigo que me cobija con su sombra... -y le sonrió con tristeza como solicitándole una rectificación en eso de "amigo".

Qué decirle? Qué responderle? Sus pensamientos eran un remolino... y callaba. Cuando ya la tarde borraba ramazones y espinudos senderos crecían en sombra y silencio, al disponerse a partir, tomándole las manos, le pidió por centésima vez que se cuidara.

-Lo hará?

-Por cierto. Así no me reprende más mi doctora.

-No va a engañarme?

-Le aseguro que no. –Y ella, entonces, inclinándose delicadamente, en un rápido movimiento que él no imaginó, pegó su boca a la suya como una muerta de sed y él pudo sentir sus labios cálidos, temblorosos, su piel suave y la respiración entrecortada, ansiosa. Sólo deseó que aquel momento no terminara nunca. Alguien llamó afuera; nada más se dijeron. Escuchó sus pasos alejándose, oyó su risa con la alegría de primaveras sorprendentes, favorecidas por inesperadas lluvias y luego, el galope que se perdía en el campo. Quedó como flotando en un mundo irreal. Y todo nacía de aquellos ojos que parecían haber

quedado allí, mirándolo intensamente y ofreciéndole, todo su misterio, como el solo motivo de su luz.

Más penoso se le hizo el transcurrir del tiempo. A la felicidad que le daba saberse amado por una mujer como Celia, se levantaba de inmediato, amenazante, desazonadora, su conciencia, acusándolo de tamaña culpa y entre una y otra alternativa, la brújula de su vida parecía que iba a volar de su eje.

Días después había regresado Celia a buscarlo, pero él no estaba y como tardara en volver, se desentendieron. Al enterarse, sintió un gran disgusto y fue inútil que intentara conformarse con que eso era lo mejor. No; el placer de aquel beso el recuerdo del rostro hermoso, de su cutis suavísimo, de los labios rojos, carnosos, y esos ojos que sabían prometer la gloria, junto con la evocación del cuerpo perfecto, que se dejaba adivinar, terso, cálido y fragante bajo las sedas, lo trastornaba.

Fin de año se aproximaba y había quedado comprometido en hacerle un a visita antes de que ambos regresaran a sus respectivos hogares. Y estaba firmemente resuelto a hacerlo. Iría, estaba seguro que iría, por más que en cierto momento sintiera levantarse en su interior una tenaz resistencia. Pero quién iba a ser capaz de detenerlo con todo lo que imaginaba, ya recibiendo en amor, en voluptuosidad, en pasión arrasando todos los diques?

Ni lo sucedido en fecha reciente a Rosales, el maestro amigo, valían para que profundizara en sus reflexiones. Por más que, según le contara, aquella morocha le resultaba muy cargosa, no por eso desdeñaba encontrarse con ella; claro que si los muchachos nos llevan a maliciar...decía. Contaban que así había sido, en efecto, y el casorio se armó de un momento para otro. El caso es que Rosales ya estaba casado con la morocha aquella y que no volvería solo a sus pagos, si es que volvía. Por cierto que el vecindario se había sacudido ante el acontecimiento y los comentarios iban y venían.

Llegó a pensar que no era nada difícil que las frecuentes visitas que le había hecho la maestra, hubiera dado ya lugar a alguna habladuría. Pero desechó de inmediato, fastidiado, esa reflexión; porque el deseo de ver a Celia, de sentirla muy cerca, de ir adivinando fracción a fracción ese momento que tenía que llegar, ya que no podía equivocarse, lo arrastraba como una ciega correntada y él se dejaba llevar, sin que hubiera otra cosa ya que le importara. Descubrir de una vez aquel fascinante misterio que sus grandes ojos escondían.

Dio dos chupadas al cigarrillo y otra vez buscó impaciente, por entre la viva luz del sol que alzaba reverberos de los médanos, le figura del muchacho regresando de la estafeta, zangoloteándose con las maletas, pero sólo diviso esqueletos de árboles, yuyos quemados, churquis achicharrados. Ahora necesitaba más que nunca una buena noticia, algo que fuera a significarle su definitiva liberación del lugar. No podía resistir más esa situación, que desde lo más profundo, lo acosaba incesantemente. Y se sentía, entonces, vil y traidor. Discutía bestialmente consigo mismo y tan sólo por que el otro "yo" no llegaba a corporizarse, no se trenzaba en una lucha a muerte con el.

Aún con esos pensamientos, alargó la mano hasta la mesita de luz donde estaban sus viejos libros revueltos, con ganas de escribir en su cuaderno alguno de los pensamientos que le revoloteaban por su cielo, como calandria en primavera. Lo abrió y empezó a leer desganadamente algunos de los últimos párrafos que escribiera. Aquello le pareció insulso, tonto, sin ninguna trascendencia, sin vida. Hacía mucho que se sentía impotente, incapaz y su cabeza era un remolino de ideas contradictorias. Euforia a ratos, penas, desfallecimiento luego. No, no estaba para escribir; no valía la pena perder el

tiempo en eso. Dejó el cuaderno de nuevo y apartó la mirada al tiempo que una víbora escapaba de la habitación y trepaba ágilmente por el umbral. Ya no lo impresionaban, por lo que no se molestó en perseguirla.

-Maestro, que no va a ir al velorio? –Los ojos medio blancos del negro lo miraban con picardía, asomado a la puerta.

-Sí, sí...ya salgo para allá. –Acomodó los libros en la mesa y se dispuso a salir. Como tantas veces, la noche anterior, había tenido que presenciar como la muerte se llevaba una buena vecina, sin que nada pudiera hacer para satisfacer lo que la desesperación de los familiares le exigía. Destino de un pobre maestro de escuela, lleno el corazón de amor, pero también sometido a mil limitaciones. Pasada la medianoche, regresaba cruzando como una aparición las sendas solitarias del monte. El grito estremecedor del alicuco, encajándose en las ramas a lo lejos, lo arrancó por un instante de sus pensamientos que erraban muy lejos de allí. Al fin, ese habría sido el destino de esa mujer, como la de casi todos los pobladores del lugar...nacer, crecer por que sí, para vivir sufriendo y finalmente morir un poco antes o un poco después. Era igual; los que llegaban a viejos debían llenar la formalidad de penar largamente, desesperarse como esas enredaderas que vanamente procuran elevarse; ellos vivían tendiendo sus guías hacía el juego, el alcoholismo, lo que viniera, para entregarse finalmente, ya huecos, pura figura andante, a la sombra perpetua. Eran los suyos, verdaderamente, horizontes sin luz.

Siguió avanzando; se aseguró la pistola en la cintura y apuro el paso. Pensó que a lo mejor lo estuvieran esperando buenas noticias. Fernanda tendría que haberle escrito. Deseaba una carta tranquilizadora. En la última, escrita con visible apresuramiento, tan solo le contaba que se había entrevistado con el inspector y que éste había reconocido que su traslado obedeció a una maniobra política. Pero por qué había ido a entrevistarse con semejante individuo? Era de esos funcionarios sin escrúpulos, que saben valerse del cargo para someter dignidades o deshonorar a jóvenes postulantes necesitadas, inexpertas o extremadamente ambiciosas. Si él mismo le había contado a Fernanda de los deshonestos proceder de ese hombre en especial con las mujeres que desfilaban por su despacho, por qué se había humillado presentándose a verlo? Había hecho un disparate. Se mordió los labios profundamente mortificado. Los árboles se alzaban a su lado como fantasmas silenciosos; faltaba poco para llegar al "Paso de la Perdiz", donde según contaban los paisanos, asustaban todas las noches. Qué ganas tenía que apareciera en ese momento la luz mala aquella! Contaba don Cruz que él la había visto venir una noche, en la que se veían las manos, de clarito que estaba, al tiempo que parecía habersele pegado a sus pasos un silbido lastimero de pollito. Cuando la tuvo muy cerca, no le quedó más remedio que pegar el grito: -Ave María Purísima!- Y nada, la muy condenada que se le acercaba más y más. Sin perder la sangre fría, sacó el puñal y cuando la tuvo a su alcance, le tiró una puñalada con alma y vida. Contaba que le pareció oír como un quejido y que chispas, que parecían caer de un cigarro, se dispersaron sobre los pastos secos. Historias! Ojalá le saliera a él! La noche se prestaba. Pasó oyendo tan solo el golpe suave de sus pasos sobre los médanos que empezaban a refrescarse con el rocío. Un cabrito recién nacido baló por los corrales distantes. Era aquello como el símbolo de la soledad. De nuevo pensó con ansiedad en Celia. Si pudiera estar cerca de ella, no dudaba que desaparecieran todas las pesadumbres. Hasta cuándo iba a dejar que el maestro viviera sometiendo al hombre que había en él? En una timbeada, en el boliche, en entreveros de polleras, el hombre tenía que ser más que el maestro. Claro que sí.

Comprendía bien que con Celia estaba haciendo un papelón. Era un cobarde. Pero dejaría de serlo. Sí. Y su alegría quedó temblando en el corazón mismo de la noche. Una bulla de borrachos lo volvió a la realidad. Hubiera querido evitarlos, pero conoció la voz de Nacho, un muchacho simplote de allí cerca. Ya estaba cumpliendo paso a paso el ciclo de su educación. Cuarto grado, merodeo del boliche, entradas furtivas al mismo; después, entrada franca y borrachera con los grandes. Ya estaba en la última fase. Continuó avanzando. Cuando pasaba cerca y los otros trastabillaban en silencio tratando de individualizarlo, para evitarse sorpresas, lo habló:

-Qué andás haciendo, Nacho?

-Y...nada...tomando un traguito. Y usted, maestro? –balbuceó babeante.

-Vuelvo a las casas de un velorio. Es hora de que vos también lo hagas, me parece. –Lo miró el otro en silencio, luego, acercándosele con pasos vacilantes, soltó la pregunta con descaro. –Qué viene di'allá? –Y señaló con todo el brazo hacia el norte.

Lo tomó de sorpresa la pregunta: -De dónde?

-Y...de donde sabemos los dos... -Y soltó una carcajada que coreó el otro.

-A mi me vas a respetar, inservible! –le dijo tomándolo con furia de un brazo.

-'Ta bien, maestro...'ta bien... Si ya me voy, no ve? Güenas... maestro, güenas...

-Disculpelo... 'ta muy tomau... ya mesmo lo llevo –y diciendo y haciendo, entre hipos y manoteos siguieron el camino.

La alusión era muy clara. Era lo único que faltaba! –pensó todavía enardecido-; que echaran a rodar juntos sus nombres por el vecindario. Se le encendió la cara de vergüenza. Reconoció entonces que él tenía mucha culpa de que eso pudiera suceder. Se había olvidado de pensamientos que toda su vida viviera repitiéndose: El maestro debe merecer, hasta la muerte, la confianza de su vecindario. Y también: Que tu vida sea el espejo donde tus vecinos puedan mirarse, para embellecerse espiritualmente. No. Hacía bastante que se habían apartado de ese camino. Por lo menos, que ya no le importaba en absoluto la línea recta. Y el beso aquel de Celia volvió a quemarlo y el recuerdo le desató una fiebre que lo sumió más y más en su delirio.

Al llegar encendió la vela y busco apurado la correspondencia. Ni una carta de su mujer. Los demás eran papeles sin importancia. Lo ensombreció la rabia, una loca amargura y de un manotón hizo volar cuanto había en la mesa, sacó una botella con aguardiente y se sentó a beber. Bebió una copa y otra, atormentado. La sangre crecía por sus ojos y le enrojecía el rostro. Levantó del suelo el cuaderno y escribió de un tirón: “Hay un aroma que no es el de los follajes altos; hay un canto que no es del agua entre las piedras, pero sin saber de dónde viene, me enternece y estremece. Hay una claridad que no es la del alba que sube por las cumbres. Hay un alma.”

Bebió otra copa. Desde adentro le renacía una alegría vieja, arrebatadora, desde largo tiempo adormecida en su corazón. Iba a atraparla, le gustaba oírla dictándole cosas en medio de la noche. Pero cuando empezó a ahondar los caminos en la búsqueda, no halló nada. Se miró el corazón y no encontró nada de aquello. Y todo lo externo que había edificado, empezó a derrumbarse son sordido ruido de inútil cascoterío. Y de entre el polvaderal, asomaban los ojos tiernos de sus hijos y la voz, de su mujer que le decía una y mil veces: “-Vuelve, no tardes, vuelve pronto, te espero siempre”.

La noche antes del regreso, no durmió; las vacaciones habían llegado. Se revolvió en la cama, como un enfermo, hasta que amaneció el día. Minuto a minuto de su oscuridad iba rescatando la imagen de sus chicos, morenitos, quemados por el sol, de frente estrecha, rostro inexpresivo y frío, y todos le tendían sus manitas y lo llamaban. Luego, Celia, que lo esperaba y le ofrecía su vida, fresca, olorosa, excitante. Y los vecinos que lo querían: Don Zandalio, doña Santa, el viejo Cleto, todos a su lado. No era ese su mundo, acaso? Qué tenía él al otro lado del horizonte borroso? Es que había algo más allá de esos inmensos arenales desiertos que lo cercaban, que estuvieran esperándolo? Allá estaba el mundo portentoso de los otros que lo ignoraban, que ignoraban a sus vecinos, a sus chicos, a todo eso que sentía como propio, por lo que ya estaba aprendiendo a odiarlo por tanto egoísmo acumulado. Volver...Había dejado tanto un día, que en ese momento en que el regreso estaba próximo, el miedo lo dominaba. Tenía la impresión, otra vez, que en las horas que venían cerca, se jugaba su suerte a todo o nada. Y el hombre se alzaba impotente, con su carga de taladrantes preocupaciones, necesidades y deseos y oscuros instintos, que de nuevo lo sometían triunfantes.

El chocolate que prometiera a sus niños para la fiesta de fin de curso, no había podido ser. Las dos vaquitas de doña Santa, a pesar de todos los cuidados especiales, estaban con las ubres poco menos que secas. Qué desencanto el de sus niños! Y ahora, con el adiós, mudo, le dejaban sus bracitos temblorosos, sus besos apretados, húmedos y se iban en silencio tragados por los senderos ardidos por el quemante sol. Le parecía que cada bultito que se perdía tras los jarillales, se iba arrancando de su propia vida.

Cómo había llegado a quererlos, a entenderlos, a sufrir con ellos! Cuántas veces las listas de sus cuentas a pagar tuvieron un rayón arriba por que hubo a última hora, unas alpargatitas que comprar, algunos lápices, un cuaderno...! Pero ellos se lo merecían todo. Lo demás, estaba seguro, ya se arreglaría. Suspiró. Al otro día todo eso no le parecía más que un sueño. Ya estaría cerca de su casa a lo mejor. Se volvió del patio. Almorzaría. Luego iría a despedirse de Celia. Se lo había prometido. Ya estaba resuelto que así fuese...se sometía al destino...que él dispusiera; no podía acallar su inquietud, sin embargo. Era una nerviosidad que no le daba paz el pensar en ese encuentro. A ratos se disponía a desecharlo para recuperar de una vez su tranquilidad, pero otra fuerza poderosa, la misma de siempre, bramaba por sus huesos y finalmente se le imponía. Celia no era mujer para despreciar.

Fue a mirarse al espejo que colgaba de la pared, cuando lo contuvo un llantito que salía desde atrás de la puerta. Se asomó.

-Uvita! Qué estás haciendo?

-No quiero irme...no, no...! -Y lo puñitos querían taponar el torrente desbordado de sus lágrimas.

La levantó en sus brazos fuertes.

-No llores...si voy a volver. Pronto voy a volver, tontita! Que no te lo he dicho ya? -Y al apretarla contra su pecho, le pareció que era un hijito suyo al que estrechaba, que era su hijo que estaba allí llorando por falta de amor, en medio de un gran, de un desolador desamparo; que eran de uno de sus hijos esas lágrimas que resbalaban por las mejillas quemadas, de uno de sus hijos del que le faltaba ternura...Se le aflojó el corazón!

-Volveré, Uvita! Volveré, hija! Quieres caramelos? -Esto que hubiera bastado para otro, no surtió efecto. Los apretaba su manita cascaruda, pero

seguía llorando sin cesar. Largo rato la retuvo en sus brazos, hablándole de cien cosas para hacerla olvidar; y cuando la tensión cedió, fue un cuentito y luego un juego gracioso, que le llevó a besarle el cuellito negro y al hacerle cosquillas, le volvió la risa, cantarina, desbordada. Y ya olvidada, se dejó llevar un trecho hasta el callejón.

-Bueno, ahora te vas...

-Hasta mañana, maestro.

-Hasta mañana, Uvita.

-No se va ir, no? –y levantaba el dedito y ladeaba la cabecita amenazándolo.

-No, no, Uvita... -Era como para llorar.

Y tras dejarla, la vio alejarse, confundiendo con su sombra, morena y chiquita; luego dio rápido la vuelta, ciego, sintiendo renacer, plenamente dentro de sí al hombre puro y llegando al patio, gritó con furia, como con miedo de que otra vez exaltaciones espúrias se lo borrara de un solo golpe:

-Sergio!

-Maestro...?

-Quiero que prepares los caballos para que me lleves al pueblo.

-Cómo! Ahora?

-Ahora!

-Nu'habíamos quedau en salir mañana al alba?

-No. Será ahora mismo. Vamos. Te ayudare a agarrar los caballos.

Y tras hacerlo, ansioso se puso a preparar sus bártulos para salir de inmediato.

Los chicos, en un rincón, con los ojos llenos de lágrimas, se habían quedado recordando:

-Y qué piensa usted que podemos darle? –La mujer le clava la pregunta afirmada por sus ojos duros, sin chispa de fe.

-Yo no sé...algo. –La voz del hombre es calma, dejada como su andar, como el transcurrir de su vida abrumada por la miseria.

Los dos se quedan mirando la mortecina luz de la vela. Los chicos, un poco más atrás, abriendo grandes los ojos, esperan la decisión. No dicen nada, pero tienen el corazón lleno de las palabras más bonitas, por si llegan a dejarlos hablar.

Todo es silencio otra vez; cada uno gana campo afuera en pensamiento y en tanto en medio de la inmensa desolación de jarilla y quebrachal los padres ven tan sólo cabritos muertos de hambre y sed, los chicos, los cuatro chicos, divisan desde sus almas el chañar que se cargó de flores y saben que después de eso viene, ineludiblemente, el tiempo de la ausencia larga del maestro para las vacaciones, senderos borrados, labios mudos, cerrados para la risa y el canto.

-Y no si'anima que le demos la gallina? –se arriesga a preguntar él.

-Es l'única!

-Yo decía...jué tan güeno el maestro...! –Las manos expresan vagamente, más vagamente aún lo que ha dicho la voz pesada y ronca.

La madre mantiene el gesto hosco, severo, con las manos fuertemente apretadas contra el pecho.

-Y si'animaría a dársela?

-Nos ha hecho tanto bien...!

Los chicos rompen sus ruedo de aislamiento e irrumpen con sus voces de campanita mañanera.

-A mí me curó cuando me picó la víbora...Si nu'es él...!

-Cierto.

-Y a mí me sacó una espina así, que se me clavó en el talón!

-Ciertito, pues.

Y las dos más chicas, con una sonrisa que se les pegaba con tristeza al rostro: -Cuando la Petronita me despeinó ayer, el mi'arregló las simpitas.

-Y a mí cuando m'enanca en el burro, me dice: hasta mañana, lucerito! – Y le brillan de felicidad los ojos a la Uvita.

-Güeno...no desageren... -La mujer hosca, más afilada la nariz por la seriedad, se mantiene firme.

-Peru' es qu'es tan güeno...! Ciertito es cuanto llevan dicho. –El hombre mira a sus hijos y sabe bien que ese chiquito de alegría que les chispea en los ojos, a él se la deben. A él, que es grande, pero bueno como un niño que sabe ensañar cosas para la vida de los hombres, pero también las más lindas para ese mundo maravilloso de sus niños, que él, en medio de la ceguera de su ignorancia, es capaz de adivinar claramente.

-Mama...por qué hay pueblos? –Suelta la pregunta el mayor.

-Y pa'que lo quiere saber?

-Y...porque si n'hubiera pueblos el maestro no s'iría.

-Cierto, y se quedaría aquí todo el verano y con él podríamos ir a juntar algarroba y piquillín –añade otro, contento, como si soñara.

-Güeno...ya 'tan bolaciando 'e más; tendé el jergón, Juana y vayan a dormir.

-Mama...la gallina?

-El dirá... -Apenas si con un movimiento de la barbilla lo indica a su marido. No quiere afrontar esa decisión que la obligara a desprenderse de algo que mucho habrá de costarle. Tras una larga pausa, pasándose la mano por la cabeza, el hombre desmadeja su pensamiento.

-'Ta bien; se la daremos. –Está pesado el silencio, como mojado por muchas lágrimas. Luego añade: -Eso sí, me gustaría qui'uno 'e nosotros jueva a llevarle la bataraza.

-Y usted nomás, ya qui'ha 'tau tan garifo pa'disponer...yo no tengo hilachas pa' poneme, además. –Esconde la cabeza entre los hombros flacos para guardar entre ellos un viejo resentimiento.

-Y cómo! Si yo tampoco tengo alpargatas! –Los brazos abiertos ampliamente manifiestan la verdad de un crucificado.

-Podía comprar.

-Y con qué!

-Qué sé yo! – Y chancletea, fastidiada, en la estrechez del rancho.

El desencanto marca en el hombre comisuras más hondas y amargas. El rostro es joven aún, pero tiene la vejez del sufrimiento repetido que agobia y se vuelve arrugas.

-Hasta que nu'haga una changa.

La mujer parece despertar y mueve lentamente la cabeza, oscurecida por el aturdimiento.

-Y güeno...que se la lleven ellos nomás.

-'Ta bien. Attendé, Juana. –Se queda pensando el hombre, buscando dificultosamente las palabras-. Mañana, -continúa el hombre- le llevás la gallinita y le decis..., güeno, yo no sé...que le mandamos eso..., que le vaya bien, y que vuelva...! Y que vuelva, eso! Y que vuelva! –Sacudiendo el sueño han apoyado con entusiasmo la idea los chicos y como si acabaran de desprenderse de un

gran peso, ahora ya se van a acurrucar sobre el jergón tendido en el suelo para todos. Cama dura, con un sueño más duro y oscuro todavía, que apenas, si a veces tiene el poquito de luz de una estrella asomando arriba, entre las jarillas peladas del techo.

De allá, de la escuela vuelven al otro día con unas figuritas, con un libro, el Juancho con unas bolitas, acusándola a la Uvita que no se quería venir, pero todos con una pena de raíz honda, la que les ha dejado ese día y que no pueden borrar la impresión dulcísimo del beso y las palabras del maestro.

-Volveré...volveré, hijos!

Largo es el verano y querida la esperanza, que alguna tarde les hace saborear un canto que se deshilacha entre el balido de los cabritos, sobre el cuadro de maíz achicharrado por el sol, allá muriendo sobre el oscuro nido de los alikukos, que se llenará de miedo después, a la noche.

Y por fin, la senda para la escuela, se abre otra vez con un día de marzo y allá va sobre ellas, que tiene, como para acompañarlos, verbenas florecidas y espejos de agua pintados por la lluvia reciente, desgranado sus racimos de risas y de cantos, que nadie les ha enseñado, montados felices en el burro viejo que se va lomeando el peso de su bulliciosa carga.

Al divisar el rancho de la escuela, lo miran como si fuera un castillo, de esos bonitos que hay en los cuentos del maestro. No importa que la maleza haya invadido sus patios ni que, por entre las patas del burro escapen haciendo sonar sus crótalos, una pareja de enfurecidas víboras. La escuela, la escuela, por fin la escuela y en ella, sin duda. El querido maestro esperándolos.

No han acabado de descolgarse del montado los más chicos, cuando la noticia los deja tiritando como en mitad del invierno.

-El maestro no güelve más...lu'han mandau a otra parte, -la da el casero como si tal cosa.

-Enton...no vuelve más?

-No vuelve nunca más?

-No?

-....? -El Pancho queda mudo, pensando que será el pueblo el que se los quita y la Uvita, pensando lo mismo, maldice eso que ella piensa es un montón de casas de ricos, allá lejos, muy lejos.

-Por qué... por qué nos han quitado al maestro, si era nuestro, nuestro?

-El año pasado dejó dicho, por las dudas que no llegara a volver, que como no pudo llevar la gallinita qui' ustedes le regalaron cuando se jué, se las entregara con los pollos que llegara a sacar. -Los niños le oyen como si el casero hablara desde más allá de una lluvia brumosa, más allá del mural de la sombra. No comprenden.

Y todavía la mujer del casero, que agrega asombrada:

-Y doce sacó! Doce! Había siu güena sacadora! Aquí 'tan...vengan.

Ellos, allí, en medio del patio, sólo siguen escuchando: No vendrá más...no vendrá más...!

El griterío de lo pollos les espanta por un momento esas ganas tremendas que tienen de llorar, de partirse el pecho y dejarlo al corazón que se vaya donde está ansiando escapar, desde su dura cárcel.

-No...!

-No...!

Allí les han llenado dos bolsas con las aves y se las han cargado en el burro. Allí va, avanzando éste, con la cabeza gacha, más largas las orejas,

asombrado, oyendo ese raro silencio de los niños que lo siguen sin despegar los labios.

La senda no tiene ni flores ni espejos de agua, ni hay pajaritos asentados en los árboles de la orilla, si no todo es un bosque inmenso, lleno de asechanzas y espinas y ellos están solos, ignorados, lejos del mundo, cargados sus huesos de niños con un gran cansancio y sus ojos ensombrecidos por un largo, por un viejo dolor que es para hombre.

Hoscos, llenos por ese mismo silencio, llegan al patio del rancho, al que encuentran más ruinoso, más sombrío.

Al escuchar el griterío de los pollos, aparece la mujer y con las manos en jarra, los recibe sonriente:

-Y eso?

-El maestro...el maestro no vuelve.

-Pa' nosotros? -pregunta sin poder contener la curiosidad.

-Se quedó en el pueblo...

-Qué muchos...! Qué muchos...! -Feliz, sin pérdida de tiempo, olvidada de toda, baja las bolsas con la carga.

-Mi comadre me las manda?

-No...es que...no vendrá más, mama. -Se han quedado los cuatro de pie, endurecidos, cada uno con un pollo en brazos.

-Y qué le sucede que si'han quedau áhi, como muertos? La mayor le repite como para que oiga de una vez, si es que todavía no ha oído.

-Qu'el maestro no vuelve!

-Y por eso le vas a gritar a tu madre, atrevida?

Restregándose lo ojos, sale el hombre de su hueco de sombra.

-Pero dígame, Deifilia, que nu' entiende? -Una vieja y su culta rebeldía asoma en sus palabras. -Acaso, -continúa- vale más una gallina, muchas gallinas, las que sean, qu'el maestro?

-No, pero... -el bochorno le tiñe el rostro ajado.

-Que no se da cuenta qu'el nu'hay venir más?

-No vendrá más?

-No vendrá...?

-No...? -Todavía preguntan uno a uno y luego a coro los niños, como implorando que los desmientan, desconcertados, emponchados en lúgubre asombro.

-Ento, es cierto, tatita? -La Uvita se le cuelga del cuello, tiernos, temblorosos los descarnados bracitos.

-Sí, sí, m'hijita... qué lástima! -Le nace la voz en un hilo enronquecido y siente que una lágrima le cava por dentro un áspero surco de dolor.

-Pobrecita! -añade la Juana.

Y cada uno se da vuelta y mezquina la cara y se busca en lo más escondido a sí mismo, para dar rienda suelta a su sentimiento.

Canta la mujer más allá, pero su alegría cae enlutada como sobre un silencio de secos cipreses.

Casi se sentía feliz de encontrarse de nuevo en Pisco-Yacú, de saberse otra vez limitado por los altos cerros del poniente y mirar las serranías, que cortándole todo camino por el naciente, lo alejaban de la civilización. Prefería, mil veces, el rostro duro de la piedra, al horizonte hosco, callado de los montes desolados y guadales interminables de “La Cruz”. Aunque en Pisco hubiera gente más brava, de hábitos censurables arraigados quién sabe desde cuándo, más cerrados, alcahuetes y jactanciosos, amigos de lo ajeno, del juego y del vino, del amor sin ataduras, que tenían en el Capataz, el comisario y don Reyes el bolichero, sus cabecillas más decididos, y, además, mujeres como doña Anastasia que nunca le perdonaría que le criticara sus bailongos o como doña Hipólita, mujer sargentona, bocadura, que nunca había simpatizado con él. Pero no importaba, como tampoco que hubiera largos períodos de sequía, ya que, por lo menos, quedaba la esperanza del arroyo, que por ahí tronando fuerte, alzaba agua y destapaba vertientes. No le apenaba tampoco enterarse de la destrucción y robo de todo el material que dejara con destino a la casita limpia que pensaba construir para la escuela; adobes, tirante, varas, todo. Era lo de menos. Se sentía fuerte. Todo iba a superarlo. Su corazón empezaba a olvidar, además, aquel espejismo de amor que lo conmoviera en “La Cruz”. El beso de sus hijos, los días felices disfrutados juntos durante las vacaciones, le hacían sentir de nuevo todo el gusto por la vida. Lo recordaba a Carlitos, bullicioso, juguetón, prendido de su mano, sin que nadie lograra convencerlo de que debía separarse por momentos de su padre.

-No, si te dejas, te vas a ir otra vez. Por eso. No es cierto, que nosotros no lo dejaremos ir más? –Y los ojitos candorosos que se entendían tan bien ya con los de la madre, buscaban en ella la confirmación.

Después su lengüita que no paraba: -Los zapatitos que me compraste se me acabaron ayer. La culpa es de mamá que me los ponía todos los días, ves? Y a la rubia Lilián con su melenita de oro, encuadrándole los mofletes colorados, su naricita respingada y los ojitos claros, vistiendo una faldita azul y un saquito rojo, que le hacía acordar tanto a una gringuita, peleándose con Carlitos por estar mayor tiempo a su lado.

Aunque no había querido aceptar la intervención de Fernanda en el pedido de traslado, a la distancia la comprendía. Su muda protesta, su miedo, sus presentimientos, no habían sido equivocados.

Pero todo aquello había pasado y al partir de nuevo hasta las vacaciones de julio, le había dejado la promesa que a fin de año renunciaría al cargo si no lo trasladaban a un lugar donde pudieran vivir juntos. No era posible, lo comprendía bien, que dejara por tanto tiempo abandonados a sus hijos ni condenaba a semejante vida a su mujer.

-No ves que ya nos estamos poniendo viejos? Si no sales ahora de aquel lugar, cuándo piensas hacerlo? No comprendes que tus hijos te necesitan? Por qué tanto sacrificio inútil? Pareciera que no nos quieres. Ya no hablo tanto por mí, porque estoy aprendiendo a resignarme, pero sí por nuestros hijos que tanto te extrañan.

Tenía razón. Pero en tanto llegaba ese momento y continuaba esperando le mejoraran la remuneración, siempre prometida pero nunca hecha efectiva,

redoblaría el esfuerzo para levantar ese vecindario, no desfallecería en su intento de salvar a sus niños de la miseria, la esclavitud, el vicio, a los que, irremisiblemente los condenaba la ignorancia, la pobreza en que vivían y el medio ambiente. No ignoraba que lograrlo era muy difícil para un solo hombre, por más que él considerase que había avanzado muchísimo en la adquisición de recursos didácticos y psicológicos, estudiando en cuanto libro podía conseguir y observando atentamente a sus educandos, a las costumbres del vecindario, para aprovechar todas las posibilidades que ofrecía el lugar; había llegado a comprender que era conveniente una enseñanza esencialmente práctica que abriera caminos inmediatos al niño, haciéndole sentirse seguro, capaz, útil a sus padres y con fe en poder alcanzar con práctica y dedicación, un mayor perfeccionamiento; todo aquello, más una orientación permanente hacia la belleza, que los alentara a elevarse, con un concepto por la hermandad humana fundada en normas de vida que les hiciera gustar la alegría de vivir, de ofrecerse en amistad y en servicios, cuantas veces les fuera solicitado.

Al sentirse más seguro en el manejo de sus recursos profesionales y sopesar el bagaje poco menos que nulo traído de la escuela normal, se sentía desorientado. No se explicaba cómo esos establecimientos podían adolecer de fallas tan serias en un país que estaba capacitando a sus jóvenes para que salieran a librar la batalla del porvenir del país desde sus bases más remotas. Indudablemente estaba muy descuidada la educación. Todavía quedaban en las aulas profesores sin título, sin vocación además y lo peor, sólo preocupados en percibir sus sueldos, que sabían muy bien ocultar su incapacidad atemorizando, libreta en mano, a los alumnos deseosos de aprender. Para más, después a tantos como a él, los esperaba el rancho de la escuela sin útiles, un simple hueco sombrío, como si no fuera más que un miserable refugio para alimañas y no un lugar para develar importantes misterios, para acercarse a la belleza y a la bondad, para aprender a conocer y a gustar la vida, para orientar a cándidos niños hacia ese mundo maravilloso que el maestro les enseñaba a descubrir diariamente. Pero no iba a cejar.

Ya había recompuesto muchas cosas en su corazón, la ausencia de Loncho, por ejemplo, el chiquilín que le dejara un día doña Chola, de Pedro, que yéndose al sur había huído buscando olvido para la ingratitud de Pastora de la que nada se sabía en el lugar, de Pajarito, que tras mucho luchar con su implacable mal, había volado hacia su cielo fascinante. También le había costado convencerse de la muerte de Juanca, ocurrida a manos del “Gaicho Negro”, que a traición, por una inocentada, lo había apuñaleado. Todos le contaban cómo estaba de reformado el Juanca y se santiguaban al decir “que el pobrecito, sabiendo quién era el otro y las amenazas que le había hecho, se dejó estar afirmado en la ventana del boliche en tanto el “Gaicho” se le acercaba como para conversarlo”.

-Cuándo iba a pensar que lu'atropellaría así! —concluían relatándole.

-Y no lo metieron a la cárcel?

-Di'ande! Lo llevaron, pero ya está de güelta Por algo es amigo del comisario.

-Tenés razón. —Y entonces no podía dejar de pensar que a él también se la tenía jurada el individuo ése.

-Las otras noches ha bajau al boliche y dicen que se quedó abriendo la boca cuando s' enteró qui'usté 'taba de güelta aquí y dijo, ya lu'haremos ir. Por el comisario o el capataz, ése no va a dejar de hacerse ojalar el cuero cuidesé, maestro.

-Sí, sí, gracias: me cuidaré. Pero no tenga miedo, no pasará nada. Sabía que de frente no le haría nada, pero a traición sí. Tenía que dormir con un solo ojo y cuidarse muy bien para no caer en algunas de sus trampas.

No poco trabajo le había costado andar reuniendo de nuevo a sus alumnos por entre los ásperos senderos, porque al otro maestro se le habían desbandado en seguida. Algunos estaban grandes ya, otro se habían ido al sur en busca de trabajo y los más chicos, como siempre, eran mezquinados a muerte.

-Y que mi'hago sola, si se lo mando? Quedo con las manos cortadas, no ve? -Más allá era otra la que se hacia rastra: -Cómo le voy a mandar los chicos a semejan te distancia? Y si me los agarra el león, usté me los va a salvar? -Aunque fueran acostumbrados a andar todos los días solos, cerro arriba, cuidando las cabras en medio de la más impenetrable soledad, sin más compañía que le perro pastor, con su bolsita echada a la espalda, en la que guardaban unos puñaditos de "ancua" y el mezquino pedacito de torta para todo el día.

Luchaba con los padres, de nuevo, y tendría que hacerlo también con los muchachones cerriles, hurafños, cuando no atrevidos, que sabían hacérsela muy bien a cualquiera en cuanto veían un poco de debilidad. Por algo el maestro que lo reemplazó debió abandonar el lugar al poco tiempo de llegar. Ni un solo día pudo imponer su autoridad.

A pesar de que él les había enseñado a jugar decentemente, seguían subsistiendo los juegos bárbaros, con palos que hacían las veces de cuchillos, encontronazos entre gauchos y matreros, que a veces se hacían verdaderos. Eran odios familiares heredados de sus mayores, los que al menos descuido, daba motivos para trezadas que a veces resultaban sangrientas. Trataba de alejarlos de influencia nefasta del boliche, reuniéndolos por las tardes en la escuela, estimulándolos para que se comunicaran, haciéndoles escuchar la guitarra o relatándoles cosas que pudieran resultar de interés. Pero estaba visto que los atraía todo lo fuerte, lo violento, aquello donde hubiera latente un peligro, porque pronto desertaban de sus reuniones.

Tenía que volver a empezar en Pisco- Yacú, pensaba no sin cierta amargura, luchar contra aquellas arraigadas costumbres, contra la autoridad mal ejercida, contra los rateros y el grupo de cuatrerros que vivían por allí cerca, permanentemente emboscados. Sino lograba modificar el medio ambiente, nunca lograría alcanzar la evolución social que anhelaba. Pero cómo? La escuela sola, era impotente; las familias no podían ayudarlo en su obra, eran muy pocas; apenas i podía cubrir con ellos los cargos de la asociación cooperadora. Don Diego continuaba ayudándolo siempre, un serrano humilde que comprendía cabalmente la importancia de la educación; don Justo o don Pedro, hombres que conservaban toda la hidalguía de los viejos criollos. Poder llegarse en las tardes hasta la casa de ellos significaba para él el mejor esparcimiento; con ellos tomaba un trago amigablemente y hacían sus buenas trezadas al truco, con trampas y mentiras a granel. Además, Buenos Aires seguía creciendo y su canto de sirena entusiasmaba y arrastraba a los hombres del interior, donde cada vez se le hacía más difícil ganar si quiera un pedazo de pan de cada día. La gran capital con las nuevas industrias, abría fuentes de trabajo, pero arruinaba el interior del país. Solamente la miseria era lo que quedaba para ellos; pensando en eso comprendía la situación creada a esos hombres. Así lo veía pasar por las sendas con el hacha al hombro, flacos, arruinados, o se dejaban estar en sus ranchos, mano sobre mano, mudos, sombríos. Era una callada rebeldía por la injusticia con que les chupaban la sangre, lo que los sometía a esa inercia suicida, situación que el medio ambiente agudizaba. Que no eran flojos lo demostraban cuando se

iban al sur en tiempos de cosechas. Trabajaban como animales, ganaban en buena ley sus abundantes pesos, bien que los trajeran y los dilapidaran de inmediato en pilchas exageradamente vistosas y en días y noches de bulliciosas "amigadas". Vaya que si sabían trabajar! En más de una hachada se quedó observándolos y se conmovió de ver a aquellos hombres morenos, de pelo duro y mejillas secas, dándole al hacha sin asco, de sol a sol, sin más descanso que para sacarse la camisa, "chaguarla", volvérsela a poner, tomar un tarro de mate cocido y seguir dándole sin parar. Cómo no les iba a quedar algo de la fibra de doña Paciana, viejita alentada, que casi ciega ya, todavía "guastaba" molle, "guachapiaba" lana y hacía un arrope de tuna que era para chuparse los dedos? No todo debía estar perdido en esta tierra de argentinos, por muy pocos que quedaran amándola todavía de verdad. Si esos a los que él veía, eran en su mayor parte descendientes de aquellos que habían tenido sus bien cuidados huertos, sus cuadros verdeantes de sembradío, canaletas para riego abiertas en el corazón mismo de la piedra, y que unidos y felices, levantaban sus cosechas tal como lo contaba el viejo Lázaro saboreándose en la evocación.

- Eran otros tiempos, maestro -le decía-. Mi tata murió cuando yu'era todavía niño 'e pecho. Pero mama arquió el lomo y se hizo juerte áhi en esa posesión que queda en la laderita, donde están esos nogales viejazos. Güeno, ya le digo, cada vez que mama tenía que levantar una cosecha fina, juntar maíz o lo que juera, ya mandaba a avisar a los vecinos y ellos venían todos el día tal. Si' acostumbraba entonces, el día lunes, antes d'empezar el trabajo, a rezar el rosario; después, un güen tarro 'e leche y un poco 'e maíz tostau pa' los chicos y con eso, hasta las doce. Todo el día iba a ver usté a la gente moverse lo mesmo qui' hormigas. Guapa la chinada, qu'era de ver! A la noche se comía y luego venían las diversiones.

Se tomaba unos güenos tragos 'e vino, había cantos, bailes y cuentos hasta llorar 'e risa en el medio 'el patio grande que sabía haber. Así hasta que terminaba el trabajo, todos juntos contentos 'e vivir. Entonces se rezaba otra vez el rosario esa noche, se daba gracias a Dios y después venía la fiesta grande. Mientras ellos trabajaban, nosotros qu'éramos chicos, nos aburríamos y salíamos al campo o por los cercos 'e ramas tapaus di'uvitas, a correr conejos, lagartijas o a buscar nidos o camatises. A la noche, mientras los grandes bailaban, nosotros jugábamos a la mancha, a los novios o a las escondidas! Qué le cuento! Ahí picariábamos 'e lo lindo con las chinitas ajenas. Y güeno, ya cuando todo 'taba terminado, mama no preguntaba cuánto se debe, si nó alce y lleve y ya sabe, cuando le falte, aquí hay más, hasta que se termine. Entonces, si toca sufriremos juntos l'escacez. Esto era todo el arreglo y naide faltaba a la palabra. Y güeno... -concluía en un suspiro el viejo... -después todo se jué perdiendo, nos desparramamos poco a poco, aprendimos otras costumbres y así vinimos a quedar con una mano atrás y otra adelante, sólo dueños di'unos cueros viejos pa'echarnos a dormir en el suelo como los perros.

No, toda aquella forma de vivir tendría que derivar en una gran postración, originada en hechos que modificaron la estructura nacional y de los que ellos no tenían culpa alguna. Mejorando las condiciones de vida, abriendo posibilidades para todos, estimulándolos, las cosas mejorarían, volverían aquellos tiempos que no tenían por qué haberse perdido definitivamente. Se sentía feliz de estar acompañando a aquellos hombres que, a pesar de todo, seguían apegados a su pedazo de tierra, a su árbol, a sus piedras y a los que empezaba a hacérseles agua la boca, pensando que no faltaba tanto para que aquéllo empezara a hacerse realidad. Porque habían oído comentar del surgimiento de

un hombre, que dueño de la situación política, hablaba de la patria como ninguno, y salía en defensa de los pobres, como antes nadie lo hiciera. Decía verdades siempre escamoteadas que tocaban el corazón de la gente del pueblo al hacerlos sentir parte también de esa patria que ayudaban a construir con su sudor, y que hasta entonces no llegaba hasta ellos. Había esperanzas en muchos, pero de las últimas de un pueblo castigado largamente por la mentira.

A pesar de todo, era lindo Pisco-Yacú, y le llenaba su cabeza de sueños: la casita para la escuela, un diquecito, el camino que acortara las doce leguas que los separaban del pueblo. Y esto haría fácil sacar la leña, el carbón, los minerales que tendría que haber en esos cerros. Todos esos sueños tenía que sembrarlos, tenía que convertirlos en ambición de muchos, en clamor de grandes y chicos, para que un día cuajaran en realidad.

En tanto, andaba entusiasmado por comprar un campito para probar algunos cultivos y entretener en él sus momentos libres. Lo malo era que, en ese caso, debía empeñarse. Y a Fernanda no le haría ninguna gracia. Pero la idea le daba vueltas y vueltas. Tendría que estrecharse mucho más en sus gastos. La tarde fresca le trajo olor a hualán, a menta húmeda y le llegó el rumor del hilo de agua que corría conversando entre las piedras del arroyo. Una mandioca desparramaba flores por el cielo y desde las cháguaras pegadas al pedregal, sobre el agua, el aire alzaba del almíbar fragante de la colmena.

Era lindo aquello, a pesar de la soledad que pareciera a veces, petrificar hasta las venas. Y al subir el arroyo, vio los dos alamos, el alma, el sueño de sus hijos, dulcemente mecidos por el aire y sintió ganas de cantarles muchos, muchos arrorros a la luz de la primera estrella que venía esplendente, clara como nunca, sobre las sierran que empezaban ya a dormirse en el trino de sus zorzales. Y se propuso luchar más que nunca.

Desde lo alto de la loma, antes de bajar para el otro lado, camino a la estafeta, divisó la casita blanca de la escuela. Cuánto le había costado ese sueño! Esta vez había podido ser, aunque tras muchísimos esfuerzos. Primero, para conseguir la donación del terreno; después, los materiales y por último, los cimientos, los adobes, las paredes que se levantaban, el techo coronando la obra, bajo un algarrobo grande, amparador, que esparcía un gran ruedo de sombra. Sobraban los dedos de una mano para contar los vecinos que le habían puesto el hombro con decisión. Pero ahora, desde la distancia, se notaba que la escuela no era una vieja tapera, sino una casa donde vivía gente, con su rubio y cuidado alero, su patio limpio, puertas y ventanas con vidrio, algunos tarritos con plantas. Qué alegría la de sus niños al sentirse allí como en un nido tibio! Ahora el calor no les hacía nada ni los fríos del invierno, donde la escarcha de un día se alcanzaba con la del otro, tampoco, porque eran recibidos allí por el fogón siempre con su llamita reconfortante.

En su nuevo local comprobaba mejor que nunca, que su tarea no era la de un simple artesano que trabajaba hierro o madera, a la que da forma a golpes o a punta de hierro; no, él estaba ante almas, en sus manos habían depositado una materia viva, sensible, que todo lo esperaba de su maestro para concretar su destino más alto.

Sí él llegara a aflojar, si se detuviera o ablandara en su labor, suya sería la culpa de haber dejado cargar con la cruz a cientos de seres. Y tras cada par de ojo, fascinado, se aproximaba al misterio de esas almas, en las que encontraba sed de amor, ansias de saber, fuentes soterradas de alegrías, anhelos que

querían expresarse, pero que tantas veces morían en los labios y quedaban allí secos, para siempre.

No sabía cuál de sus alumnos podía ser, pero había unos cuyos ojos negros venían en sus noches más largas y le preguntaban o le contaban cosas, y en otras, le gritaban, clamándole, que no los dejara hundir en la soledad y las sombras. A otras, lo acompañaban hasta más allá de su desolación y se veía en un lugar alto, muy alto, sin que pudiera precisar si era un pico de faldas resbaladizas o un edificio de muchísimos pisos, en el que, de pronto, quedaba solo, despojado de todo, ante un vacío imponente, y entonces, desesperado, se aferraba a las piedras con uñas y dientes. Pero resbalaba más y más, se deslizaba a pesar de sus esfuerzos, era irreparable que caería al vacío... su angustia y su miedo se hacía gruesos pedazos de gritos horribles... y cuando ya estaba perdido, enloquecido, una voz de niño era también la que venía a salvarlo. –Maestro...!-, le decía con ternura al tiempo que le tendía sus dos manos pequeñas. Y volvía a encontrarse seguro y sentía que el pecho se le llenaba de fortaleza.

Estaba orgulloso de su obra, aunque le siguiera trayendo disgustos. El Capataz, despechado, no se resignaba a que le hubieran sacado la escuela de su rancho, con la consiguiente pérdida del alquiler que percibía. Al poco tiempo de mudarse a la casa recién terminada, oyó gruesas piedras que caían en el techo; el caso se repitió dos noches seguidas. A la tercera, ya dispuesto a terminar con aquello, esperó agazapado tras unos hualanes y cuando los autores regresaban satisfechos de repetir la hazaña, les salió al cruce.

–Ah, con que habían sido ustedes! –los enfrentó haciendo brillar el revólver.

–Maestro! No gatille, por servicio! –Y retrocedieron acoquinados.

–Así me pagás, Ercolano, todo lo que llevo hecho por vos y por tus hijos?

–Disculpe...es que... -se atragantaba con las palabras.

–Hablá! Por qué hacías eso!

–Nos mando el Capataz, por eso, nada más!

–Hacete hombre de una vez...aprendé que no debés hacer el mal aunque sea bueno el pago...Vayan...vayan, cobardes! –Y mirándolos con desprecio, los vio alejarse como sombras chuscas sobre las retorcidas sendas.

Recuerdos, cosas pasadas...Su caballito tranqueaba y tranqueaba. Siempre que se acercaba a la estafeta, una sofocación le ajustaba más y más la garganta. Porque todas las cosas decisivas que esperaba en su vida, le debían llegar desde lejos. Lo bueno y lo malo, todo. Nunca había podido sobreponerse a la intranquilidad que le daba el día que llegaba el mensajero de correos.

En el lugar donde funcionaba la estafeta, para más, todo era deprimente; el caserón estaba sobre un peladar que siempre parecía barrido por el viento; los pocos árboles que quedaban, semejabán seres brutalmente torturados, retorcida la ramazón, como infernales espectros. Allí cerca, había canchas donde se corrían carreras de caballos y otra de taba, donde el hueso brincaba desde la madrugada hasta muy entrada la noche en los días señalados para entrega de correspondencia. Se desplumaban sin piedad. Eran hombres de todo pelo los que se desplazaban allí y venían desde largas distancias a hacer su entrega de plumas, cerdas y cueros, cuyos hedores llenaban todo el ambiente. Pero así y todo, en esa casa de “ramos generales”, más exquisito parecían encontrar los licores, porque los bebían con una ansiedad y una sed, que solo se calmaban en la borrachera. Y entonces venía lo mejor.

Allí conoció a un maestro que en nada se diferenciaba ya del paisanaje. Barbudo, vistiendo amplias bombachas y desteñida camisa. Había traído aquel día su carga de cueros y se dejaba andar por los diferentes rincones aceptando un trago a uno y otro compadre, u ocupaba una mesa de las tendidas para jugar al naipe, de la que no se levantaría hasta barrer con todo o quedar sin un real. Supo que su escuela estaba totalmente abandonada, pero también se informó que el concepto que le dejaban los inspectores, era siempre óptimo. Como para creer que los méritos le iban a servir para hacer carrera!

Había salido aquella tarde de abril en busca de la correspondencia, en un día frutal, con el otoño adentro, cuando inesperadamente, luego que llegara, se levanto la tormenta y empezó a darse vuelta arriba con unas nubes negras, como árganas llenas de agua. El muchacho que hacía el servicio de correo en dos flacos matungos, todavía no había llegado. Lo hizo poco después, cuando el agua se derramaba a cántaros. Observó toda la operación previa al reparto de correspondencia con ansiedad. Por fin salió una carta para él...Era la letra de Fernanda, pero apenas se la conoció por sus rasgos nerviosos. Rompió impaciente el sobre; el papel solo decía: "Tu mamá muy grave. Viaja de inmediato". Quedó anonadado. Luego, metiéndose el poncho, encaró hacia los árboles, donde encogido, su caballo aguantaba el fuerte chubasco.

-Maestro! Maestro!, -lo llamaron desde el despacho, pero el ya avanzaba rudamente golpeado por el agua y el viento, sordo y mudo, levantando de la boca a su caballo con las riendas en cada costaladas. Tenía que volver a la escuela a sacar unos pesos, cambiarse la ropa y avisar que viajaba, cosa que no le iba a llevar mucho tiempo. Oyó desde lejos roncar al arroyo, pero pensó que podría vadearlo todavía. Pero al llegar a la orilla, comprendió que no sería fácil. La noche se había venido encima y en la oscuridad pudo percibir que el agua revolvía ramazones, troncos y piedras; bajaba la correntada negra, revuelta, con una furia que amedrentaba. Cuando lo animó, el animal bufaba y no se decidía a entrar al cauce. Estrechada entre altos peñones, era posible que la furia de las aguas los arrastrara. Largo rato lucharon su coraje y su amor, con el razonamiento de que arriesgarse era una locura. Y finalmente, desesperado, llegó a la conclusión de que no el quedaba otra alternativa que esperar hasta que bajara la corriente. Se sentó a la orilla y quedó aplastado. Ya no vería más a su madre. Recordó su cara donosa, sus ojos llenos de ternura, sus manos bondadosas, que nunca descansaban. Qué alma grande había sido la suya, qué fortaleza ejemplar para enfrentarse con las mayores dificultades! Cuando murió su marido, ella se empeñó para que siguieran estudiando los hijos y alquiló una casa en la ciudad. El campo y los animales que habían quedado, los administraba desde allá. Pero eso no bastaba. Por eso, para que alcanzara, tejía, bordaba, cultivaba y vendía flores...Cuánto sacrificio! Ahora, lejos, tal vez estaba yéndose definitivamente sin que él pudiera llegar a darle el último beso, a apretarle las manos, esas manos de santa que tanta ternura le habían ofrecido siempre! Qué suerte la suya! un arroyo que no alzaba agua nunca, roncaba como loco tan luego ese día. Si era como para llorar!

En tanto, ya con toda la noche encima, oía golpear los gruesos goterones en las alas del sombrero y veía correr gruesos nubarrones hacía el sur, por lo que no dudaba que el arroyo seguiría alzando más agua todavía. Su desesperación era completamente inútil ya, lo comprendió.

Sobre su ensombrecido corazón, como si bajara con su bramido impresionante de la caverna misma de los truenos, el cauce oscuro siguió creciendo, negro y tumultuoso, como su pena.

Miraba los dos álamos grandes ya, alzándose lustrosamente verdes hacia el cielo, desde la orilla de la vieja represa cercana al rancho, donde antes funcionaba la escuela; y no lejos de la nueva, otro más tierno que pareciera cantar con aquellos, a la primavera llegada desde el cielo en el pico trinador de los mil pajaritos que jugaban entre sus ramas.

Pensó como si soñara, que eran tres sus hijos, tres ya, pero distantes, casi desconocidos para él, que lo llamarían todos los días, reclamándole el cariño y la felicidad de esa presencia que todavía continuaba negándoles. Dispuesto a terminar con esto, viajó a la capital a presentar la renuncia.

-Tan luego ahora va a hacerlo?, -le dijo el inspector-. Pero no, amigo. Las cosas vendrán mejor para el magisterio –concluyó diciéndole.

-Piensa usted que ahora se hará justicia?

-Sin ninguna duda. Aguantó lo más, soportó lo menos; yo sé por qué se lo digo.

Se alejó pensando. Podía ser. Ya era tiempo que, como tantos otros, los asuntos de la educación empezaran a manejarse con estricta justicia; justicia, seriedad, honestidad, era lo que urgentemente reclamaban todos los aspectos de la vida del país para estabilizarlo y avanzar. No pedía otra cosa: era lo que había vivido esperando desde hacía largos años.

A poco de llegado a “Pisco- Yacú”, recibió una carta de Fernanda: “Dice el señor inspector –le hacía saber- que no dejes de hablar con el diputado López. Es el hombre que puede ahora.” Malditos, malditos todos! Había sido solamente cambiar la soga que les anudaban al cuello! Por llevar la contra a tanta indignidad, por demostrarles que por lo menos existía un argentino decente en un país corrompido, se quedaría para siempre en el mismo lugar!

Además, secretamente, era lo que deseaba; que lo dejaran allí para seguir cumpliendo con ese vecindario, con esa gente a la que tan cerca de su corazón sentía, cuyos dolores y esperanzas, entre penurias y privaciones sin cuento, había aprendido a compartir. Si él no entregaba amor a los niños, quién podría hacerlo? Si él no llegaba pronto y consciente a prestar su auxilio a un enfermo o a salvar una situación espiritual o material afligente, quién lo haría? Ni un médico ni un sacerdote, jamás. No podía ocultarlo: sus niños que eran como el agua fresca corriendo por su vida, habían ido convirtiéndose, poco a poco, casi en el único motivo de su existencia.

El único día que se sentía pobre, extraño, era el domingo, porque no los veía llegar, quitándose el sombrero y saludándolo, mientras él, desde el ramadón, mirando asomar la mañana por entre los cerros, paladeaba los últimos mates. Y los veía de inmediato encaminarse alegres a acomodar los bancos, preparar el pizarrón y las tizas, revisar las plantitas, quitarle los yuyos o pasar al galponcito a continuar sus trabajos: un banco para el hermano, una repisa, una silla, la canasta de totora, la azotera bien trenzada que les ensañaba a hacer el cieguito Nicolás, las obras de alfarería, toda esa vieja artesanía que habían ido dejando de lado, y que él intentaba impedir que desapareciese y valorizarlas a la vez, al tiempo de hacerles sentir la felicidad de ver cómo sus manos, poco a poco se tornaban habilidosas.

Analizaban los progresos que hacían, estudiaba nuevos métodos de enseñanza, quería hacer alegre su escuela, “aprender jugando”, como había leído después que él ya hacía mucho tiempo lo ponía en práctica; observaba cómo gozaban al penetrar por sí mismo, confiados y seguros, por la puerta que él les entreabría. Y se complacía con los resultados.

El primer día que le llevaron a Ángel María, la madre se lo dejó poco convencida: -Yo no sé cómo lu'irá a poder a este mataco. Nu'habla... Nu'hay poder 'e Dios que lu'haga decir una palabra.

Y mucho le había costado, era verdad. Pero habló. Ya estaba en superior y cuando le hizo repasar el Paso de los Andes, Ángel María, con los ojos agrandados por el entusiasmo y con palabras emocionadas, le fue contando: -Y las mulas tanteaban, primero, despacito entre las piedras, pa'no cáirse, y las sendas eran como unos hilitos, arriba, sobre los despeñaderos.

Así como él, todos esperaban el momento de poder referirse a los Granaderos a Caballo, al General San Martín, a todos los valientes hombres que nos dieron este pedazo lindo de tierra, según les enseñaba, “para ser querida hasta la muerte”. Así lo sentían sus alumnos y el optimismo empezaba a abrirles caminos en el futuro.

No, no quería ni pensar en dejar ese mundo que tanto le había costado construir. No podría dejarlo nunca a Bartolo, al que, el primer día debió traer poco menos que a la rastra, porque su cabeza de débil mental pensaba vaya a saber qué cosas, pero que ahora, con su mirar bizco, su ojo sin párpado, era el primero en llegar acompañado por su perro, al que dejaba allí, esperándolo en la tranquera, hasta el momento de la salida y que a veces le decía: -Me gusta l'escuela. Aquí es lindo, porqui' hay de todo...

O el “Tordito” (tal vez por negro le pusieron así) que durándole el miedo todavía por lo que había oído contar en la noche sobre “El Macho”, le decía: “Lloraban los perros que daba miedo, anoche; y don Nacho nu'había güelto. Recién esta mañana lu'encontraron cáido cerca 'e la represa, desmayau, y dicen que tenía los brazos y la cara llena 'e rasjuñones y la ropa hecha hilachitas. Pa'tata qui' ha peliau con el diablo! Y los ojos se le volaban al contar.

Dura, difícil, había sido la siembra; pero se daba cuenta que empezaba a cosechar. Día a día aumentaba el número de vecinos y también el de los que se haría ojalar el cuero por él si el caso llegaba. Ya no sólo eran el cieguito Nicolás y don Diego, que siempre llegaba en su bayo a ofrecerle para sus chicos, de lo poco que tenía, un queso o un almud de maíz para tostar. Había otros que se arrimaban también, ganados por su buena voluntad y lo servicial que era. Todos muy humildes, pero nobles.

Pedro, otro de sus elegidos, había regresado del sur hecho un hombre alto, flaco, pero fuerte, musculoso, que donde quiera demostraba ser tan capaz como el que más en montar un potro y dejarlo hecho una seda, tirar un pial de volcado, enlazar un toro y aguantárselo a pie firme.

Ya habían conversado varias veces, pero nunca le había hablado de Pastora. Se veía claramente que aún le dolía, que no había podido olvidarla totalmente. Era nostálgico el hablar, descreído al referirse a mujeres, y en el rostro tenía una melancolía que estaba más abajo de las palabras.

Sabía que Pastora estaba de regreso en el vecindario, convertida en una mujer triste y arruinada, ya que tras su primer caída, sin valor para regresar al hogar, donde el padre no la perdonaba, se largó a peonar en la ciudad y allá había vuelto a caer. Hasta que la miseria, venciendo el amor propio que le atajara el retorno, la trajo de vuelta por el mismo sendero que la llevara un día.

Una mañana muy temprano, cuando los cardenales enloquecían con sus trinos por el bajío aromado y verde, llegó Pedro como avergonzado.

-Tomás un mate?

-Güeno... -Lo chupó en silencio, con los ojos perdidos por los cerrizales.

-Tenés alguna novedad?

-Ninguna, maestro. -Pero el pie no dejaba de hacer rayas en el suelo, la mano tironeaba del grueso bigote negro y por ahí abría la boca como para decir algo, más sólo seguía alentando el silencio.

-Contame, Pedro, qué te anda pasando. Necesitás algunos pesos?

-No, no faltaba más...

-Bueno, qué más voy a decirte.

-Sabés cómo te estimo, de manera que si algo andás precisando, no tenés que andar con vueltas para decírmelo.

-Sí,... este..., claro, no sé...ya sabe qui' ha vuelto la Pastora?

-Sí...cómo no.

-Juna...!

-Y bueno...le sucedió lo que tenía que sucederle. Tanto baile y rifa, tanta mala amiga, todo por darle en el gusto a ella.

-Trompetas! -Y la indignación le quemó la cara.

-Todavía la seguís queriendo?

-Sí, maestro.

-La has hablado?

Asintió como avergonzado.

-No es para tener vergüenza. Son cosas que ocurren a veces.

-Ella ahora es gustosa. A más yo l'hi dicho que a los chicos que tiene se los voy a querer como si juesen míos.

-Bien hecho.

-Por eso vengo a pedirle que si me puede servir usted de padrino...

-Por cierto, Pedro. Y yo voy a pagar los chivos ese día, como acordamos una vez.

-Gracias, maestro. -Hizo una pausa. Luego agregó como apenado-: Eso sí... usted se dará cuenta... nos tendremos qu'ir di' aquí.

-Y por qué?

-Y, por todo lo que pasó...y a más que nu'hallaría conchabo en nada.

Le pareció que si se iba Pedro perdía a un hijo. Era de los que mucha falta hacían en el lugar.

-Pienso, desde hace mucho, empeñarme en la compra de un campito. Me han ofrecido uno ahora más o menos barato y estoy casi decidido. No te gustaría ayudarme a trabajarlo?

-Pero maestro! Qué más quiere el sapo que lu'hechen al agua!

-Podrás hacer tu rancho en él y ya, por lo menos, tendrás adonde vivir.

-Qué güena noticia, maestro! Se va a volver loca de gusto la Pastora en cuanto le cuente! - Y tras darle un abrazo, salió poco menos que corriendo.

Cuántos había como Pedro, simples, humildes, sin carácter, sujetos fáciles a la atracción de las fuerzas del mal, que los llevaba y traía a voluntad!

Y a falta de otra acción organizada, la escuela sola, él solo debía tratar de alzar un dique contra esas fuerzas. Cuánto bien podía hacerse, cuando se sentía de verdad lo que era hacer caridad!

Esas cosas le aventaban lejos ideas calenturientas que le revoloteaban por la cabeza, haciéndole sentirse fracasado muchas veces; porque era muy

difícil su gestión y debía debatirse con fuerzas oscuras que lo dejaban indefenso, casi sometido.

Allí estaba, por ejemplo, ese que llamaban el “rancho maldito” y que se alzaba al otro lado del arroyo, en el camino a la estafeta y que fue donde había tenido sus encuentros Pastora y Regalado.

El hombre que lo hizo, según le contaron, no era muy trigo limpio. Gaspar se llamaba; tenía una historia larga y turbia y había llegado allí con miras de vivir escondido de la justicia, por un lado y por otro, ganarse unos pesos valiéndose de cualquier medio y sacando provecho de la ingenuidad de los serranos, para escapar después lejos, alguna vez. En los rústicos estantes a penas si tenía algunas latas viejas de sardina, pero el vino, la baraja y la taba, esos no faltaban jamás.

Un buen día se habían reunido algunos vecinos y mataban el tiempo jugando al truco; por una cuestión de centavos fue que discutieron. Como Leandro era un hombre bueno, incapaz de camorras, viendo que la cosa se ponía turbia optó por retirarse. A penas había alcanzado a llegar al callejón, cuando cayó muerto. Allí estaba todavía la cruz de madera que lo recordaba, junto al tala donde cayera.

Al poco tiempo, por una ficha en una jugada de taba, se armó una verdadera batalla campal, entre los Tisera, que eran tres hermanos más malos que las arañas y los Torres, que habían bebido el odio que les tenían a los otros en los pechos de la madre. Aquello fue cosa pocas veces vista. Como invitados por la fieraza de los dos bandos, fueron entrando en el baile todos los que se encontraban allí, de uno u otro grupo; y desparramados por el callejón, por el patio, en la bajada del arroyo, sólo se oía “tomá vos y dale a Braulio”, entre los planazos y puñaladas a muerte que se tiraban. Tres habían quedado muy heridos y más de cuatro salieron con la cabeza “coloreando” como cardenal.

No pararon ahí las cosas. Fue en ese mismo invierno, al poco tiempo, para unas carreras muy grandes que iban a correrse en el lugar. En muchas leguas a la redonda no se hablaba de otra cosa que de aquella carrera. El del pago era el alazán de los Gómez, un bonito animal ligero como él solo. Para cuidarlo mejor lo llevaron a lo de Gaspar, el bolichero, que se las daba de compositor y a tal fin, le arreglaron en muy buena forma una pesebrera bien techada y quinchada con caña de maíz prensada, de tal manera que no se colaba ni un hilo de aire frío y además, para mayor seguridad, le habían puesto una puerta, como ni en la casa de ellos usaban, a la que aseguraban en la noche con un candado. Mejor cuidado no podía estar y allí no más, para mayor garantía, a diez metros del despacho. Faltaba cuestión de días para la “depositada”, una noche muy fría y oscura, en la que caía una helada que encogía el cuero, se había ido juntando gente en el boliche, y calentándose con una y otra grapita, jugaban, reían y charlaban apasionadamente sobre la carrera. Fue una de esas que alguien tomó un olor raro a cosa quemada y al salir al patio, vieron una gran humareda que escapaba de la pesebrera, ya que en ese momento ardía como grasa por los cuatro costados. La pobre bestia allí encerrada, bufaba, pateaba, relinchaba en una desesperación casi humana, pero nada pudo hacerse por salvarlo. Murió el alazán quemado vivo, sin que jamás llegara a saberse qué mano hereje le prendió fuego al cobertizo. Acobardado por todo esto que había ocurrido en tan corto tiempo, se marchó Gaspar sin rumbo fijo. Y aunque ya empezó a decirse que ese rancho estaba maldito, al poco tiempo de casarse fue a ocuparlo un muchacho que sólo parecía vivir para echar hijos al mundo. Aquello era una conejera. Uno por año; sin fallar. La necesidad lo llevó a trabajar en una

mina y un año habría estado allá metido en los túneles, cuando regresó consumido por un mal sin remedio. Al poco tiempo murió allí, solo, tirado como un perro, en ese rancho al que, desde entonces, nadie se aproximaba. Y allí estaban sus ruinas, la cruz y el miedo que lo rondaba.

Cosas así que sucedían con cierta frecuencia, lo obligaban a recogerse en sí mismo, como el mataco en su cascarón. Porque no era el golpe que se ve venir, si no el brazo que se estira desde la sombra y apuñala, la arteria, el disimulo que esconde malas intenciones, la hipocresía que provenía, tal vez, de vidas largamente sometidas a crueles e inhumanos despotismos y necesidades.

Al mismo gaucho negro, a pesar de las amenazas que de una u otra forma le hacía llegar de vez en cuando, le temía menos que a esas otras cosas, cuyo origen no alcanzaba a descubrir.

-Andesé con cuidau, maestro. Sobre todo cuando salga de noche.

-No tenga miedo... que si se ofrece, yo también le haré sentir el calor de mi marca. -Y acariciaba el revólver encajado en su cintura.

-Yo sé por qué le digo. No l'estoy hablando 'e fantasmas, si no d'ese negro qu'es como el chimango. Sabe apretar la presa hasta hacerle saltar los ojos, con vida.

Se cuidaba. Qué mejor que su compañero? Pero no por eso iba a dejar de hacer las mil cosas que la circunstancia le exigían, a la hora y por los caminos y parajes que fueran.

Si el miedo lo hubiera retenido en las casas de noche, doña Mariquita por ejemplo, no andaría contando el cuento. Una noche, cerro arriba se moría si tener quién la asistiera. Pero exigiéndolo a su caballito, alcanzó a llegar a tiempo con los primeros auxilios para su ataque al corazón.

En ese momento, mirando los álamos, le parecía estar compartiendo la hermosura de ese anochecer con sus hijos; Oía como si el aire al posarse en ellos, se volviera susurrante canción de cuna, alegres, aleteantes canciones infantiles. Era entonces cuando el recuerdo de su hogar se hacía más constante y más viva la lucha que libraba su corazón tironeado por esos sentimientos que se lo disputaban: Pisco-Yacú...su hogar...!

Cómo le hubiera gustado saber qué hacían sus hijos a esa hora! Tal vez estuvieran jugando en el patio, alumbrados por esa misma luna que doraba la cresta de los cerros o tal vez reunidos alrededor de la mesa tomando sus tasas de leche, comiendo el pan que él tan pocas veces podía compartir con ellos. A qué hora lo recordarían más? Sería tal vez, entonces, mirando su lugar vacío a la cabecera de la mesa o a la hora de irse a dormir? Qué ganas tenía de verlos, de estrujarlos entre sus brazos! Carlitos iba ya a la escuela y no podía imaginárselo de guardapolvo blanco, con un libro debajo del brazo, sentado en un banco, atento a lo que la maestra le enseñaba. Cómo se iba el tiempo!

Fue caminando hasta donde los álamos alzaban su alegre y verde copa riente al cielo y se quedó largo rato contemplándolos en silencio. Cómo habían crecido! Día a día los miraba estirarse más y más, en la primavera sobre todo. Carlitos...Lilián... Mara...! Pero no los tenía a su lado... sabía mucho más de la vida de esos arbolitos que la de sus propios hijos... Sintió su corazón como un gran nido vacío... Se dio cuenta que estaba así, porque en él cabe el amor que se da como también el que se recibe. Y él, tan pocas oportunidades tenía de recibirlo! Cuando se acercaba a los arbolitos, sin pensarlo, se encontraba elevando una plegaria para que sus hijos estuvieran sanos, y casi con desesperación, rogaba porque fueran buenos... no pedía mucho más, pero eso sí, con toda el alma.

De regreso entró a su habitación y encendió la lámpara. Hacía mucho que no sentía necesidad de escribir, de volcar sus estados de ánimo en un papel.

En la soledad de su pieza, esa soledad que lo acompañaba desde el día que llegara y donde cada cosa de tanto estar a su lado, parecía ser parte ya de su persona, la imagen del hijo se alzaba más y más clara, como si lo llamara en silencio, como si viniera y se pegara tiernamente a él, para contarle en voz baja las cosas que le ocurrían en ese mundo maravilloso. Tan pequeño e indefenso su hijo y él, lejos, sin poder hacer nada para su seguro andar!

Desde su corazón se alzó con claridad nunca vista, la imagen de él, la carita regordeta, morena y riente, y sus ojos, en los que le parecía ver siempre una escondida chispa de tristeza. Entonces, en la inmensidad en que campeaba sus pensamientos, buscó con desesperación una compañía que muchas veces olvidaba y musitó un ruego: “Te pido de todo corazón que lo hagas bueno a mi hijo; buen hijo, buen hombre, amigo servicial para todos. Y no me lo dejes sufrir. Es muy chiquito todavía, comprendes? Yo estoy muy lejos para apretarlo contra mi corazón y arrancarle el mal. No me lo desampares... Gracias, Dios...!”

Por un rato quedó como embelezado. Luego se levantó, trajo la cacerolita, se sirvió unas cucharadas de guiso de pobre que había preparado y comió sin apetito. Estaba ausente, lejos, pensando en los suyos, ansiando estar junto a ellos, riendo con ellos. Pero no. Más tarde seguía acompañándolo desde el bailoteo de la vela, la imagen de Fernanda. Pensaría en él a esa hora en que se desvelaba, se imaginaría cómo era de opresiva su soledad sin escape posible? Cómo necesitaba en ese momento, en que sentía débil el corazón, tenerla a su lado, para abandonar la cabeza rendida en su pecho lleno de ternuras! Ahogó el grito de su sangre y se levantó de nuevo. No podía dormir. Salió con la guitarra al patio; ella entendía a su corazón, en ella descargaba todos su sentimiento, así como otros lo hacían bebiendo o aturdiéndose en la pasión del juego. La luna pasaba sobre los cerros plateando los faldeos, dibujando fantasmillas que parecían ir trepando y trepando. Pensó que si fuera capaz de apresar con sus dedos, de la guitarra, ese amor avasallante que le llenaba el pecho, con su perfume a tomillo y el rumor del agua que cascabeleaba en la noche, crearía, sin duda, una página musical para todos los tiempos.

Luego, hasta lejos, cayendo como una sosegada voz de la noche, se escuchó su guitarra clara y sonora, como el corazón mismo de la tierra, ayudándole a entibiar sueños y calentar esperanzas.

Estaba a punto de acostarse cuando desde el patio oyó el grito:

-Maestro! Maestro! –Se levantó. Era un peón de la estancia.

-‘Ta muy enfermo el “Capataz”. Le manda a decir que vaya.

-Estás seguro que me manda a llamar a mí? –preguntó extrañado, sabiendo el odio que le tenía.

-Sí, a usted. Y que no se demore. Parece que ‘ta grave el hombre.

El “Capataz”! Lo que había sufrido por culpa de la maldad de ese hombre!

Sintió ganas de decirle que se fuera, que ni por toda la plata del mundo iría auxiliarlo, pero se dominó.

-Sabés qué tiene?

-Yo no sé. Son unos temblores raros que lu’agaron desde hace rato.

No tenía que odiar a nadie, por nada; eso entraba en las enseñanzas que daba y en las que practicaba siempre. Pero todas las denuncias infundadas, todas las persecuciones que ese hombre había desatado en su contra, todas las calumnias echadas a correr, sus burlas, sus compadras de poder y de plata

para achicarlo haciéndolo sentir un menesteroso, se levantaban como un violento ventarrón en su pecho y le trababan la lengua.

-Maestro... qué le digo?

-Sí, sí... decíle que ya voy; ya mismo salgo para allá.

Preparó su caja con remedios y marchó a pie. No eran muchas cuadras. Por primera vez, desde que vivía en el lugar, entraría a la casa del señor todopoderoso, del rey del lugar.

Lo hicieron pasar de inmediato al dormitorio. Allí estaba el enfermo, con su cuello corto, el rostro seco, huesudo. Los ojos hundidos, lejos, casi inmóviles, pero bravos, despavoridos, temblando entero y sacudido por una agitación continua, en su cama de altos espaldares de madera.

-Perdone, maestro, que lo molesté! –pudo apenas murmurar dándose vuelta y mirándolo con desesperación. En tanto la mujer, afligida, atropellando en su aturdimiento bancos, chicos y perros: -Por acá, por acá, maestro...sientesé, sientesé, don... Jesús, por Dios! Lo que no viene a pasar, tan luego a nosotros, se da cuenta?

Y el “Capataz” en medio de su tiritamiento y sudores, sin dejarse vencer todavía, rugiendo con la voz que le quedaba: Sirvanlé algo, carajo...! Atiendalón al maestro! Qui’ hacen! Pero Paca... A ver, vos, Eudora! Y continuaba dando órdenes y contra órdenes, movilizándolo a sus huestes, desde la debilidad que lo consumía, como en sus días más gloriosos.

15

Desde temprano la pititorra, entrando y saliendo por la ventana, con sus chisporroteos de luz, le despertaba el día para sus ojos; y luego, ahora que estaba sentado bajo el viejo algarrobo amparador de la casita, mirando sin ver, la inquieta avecita seguía subiendo y bajando, charlando sin parar, trayéndole el olor de la primavera hasta su descanso.

-Quién soy? Qué tengo? –Ahora que algunos achaques habían ablandado su cuerpo, esas preguntas con más y más frecuencia se le aparecían como fantasmas, no bien quedaba a solas emparvinando pensamientos. Se restregó los ojos que le ardían como nunca. Una tos seca lo obligó a doblarse.

-Quién soy? Qué tengo? –Unas espigas secas de trigo, de granos chuñuscos, inservibles, apretó con desaliento en sus manos. Otra vez había fracasado la cosecha. Seis, siete, ocho años, ya no recordaba bien cuántos, se le habían ido labrando el campo, invierno y verano, junto a Pedro.

Fueron años difíciles, en los que a los dos los sostenía la esperanza que alguna vez se daría la buena. Trabajaron a la par, desmontando, emparejando, haciendo leña de los árboles para que Pedro “pudiera ir tirando”; mientras tanto, las semillas salían de su bolsillo y más debía apretarse el cinto. Y una y otra vez, como si estuvieran malditos tenían que ver que lo sembrado se les reducía a polvo. Entre tanto, los plazos se vencían y él tenía que continuar pagando la deuda contraída por el campo. Pero igual seguían dándose ánimo: -La tierra es buena...alguna vez tendrá que dar...

-No nos ayudan las lluvias, maestro. Eso es lo que pasa... -comentaba Pedro, recordando que otra vez habían verdeado los surcos, todo prometía muchísimo, pero, cuando más falta hacía el aguacero, las nubes pasaron como pájaros errantes, altas y lejos.

No por eso quería dar el brazo a torcer; se resistía acusar el fracaso por más que sufriera. Además, quería demostrar con el ejemplo, que esas tierras eran aptas para cultivos nunca probados. Por eso en un año u otro, fue adquiriendo girasol, papas, tártago y hasta algodón. Con gran sacrificio, compró plantas de manzano y de olivo, que repartió entre algunos vecinos, para estimularlos. Todo prendía; jubilosa la tierra hacía reventar en brotes a cuanta semilla o gajo nuevo caía en sus entrañas. Pero, como una maldición, siempre la sequía o plagas inesperadas, se llevaban todo.

Esto le costaba disgustos con Fernanda, ya que no comprendía el motivo de esos gastos que no daban ningún provecho. Pero él insistía. Con una buena cosecha que alzarán, ya se levantarían para todo el viaje. Era cuestión de no desanimarse, pues, no tan sólo a él le sucedía eso.

Por la noche, oyendo regresar a Guadañin desde el boliche, completamente borracho, cantando canciones que nadie entendía, llegaba a la conclusión de que no solamente los criollos fracasaban en esa tierra; también a los gringos se les quemaban los libros.

Guadañin y su hermano habían llegado a Pisco-Yacú sin que nadie supiera de dónde ni cómo y de inmediato se habían arremangado a trabajar. Eran hombres de sudar la camisa desde el alba hasta la noche; trabajaban con habilidad la tierra, hurgaban las piedras, hachaban árboles, quemaban carbón. Pero también, poco a poco, habían ido cediendo ante continuados fracasos, sin que hubiera quien les ayudara a superar el castigo de los malos años. Guadañin, el menor, se emborrachaba cada vez que bajaba desde las sierras a buscar proveeduría o también en la soledad y pobreza abrumadora de su rancho, allí, solos, contándose viejas cosas, callando quién sabe cuántos sueños despedazados por la realidad; y se iban hacia la noche, cantando como en un llanto. Cantos ininteligibles, que más tormentosa les hacía la nostalgia.

Se compadecía de ellos; mas, cuando en las noches, por los senderos vecinos, estrechos y culebreantes, oía tranquear el burro de Guadañin, que era el más joven de los dos, en tanto entonaba sus canciones raras que hacían reír a los grandes y esconderse de miedo a los chicos.

Había que saber esperar. En tanto, su escuela era como un remanso. Allí con sus niños descansaba; allí era como el huerto de la esperanza. Aunque también sabía del dolor que deja el ver cómo en el camino iban quedando las esperanzas desperdigadas. A veces se sentía orgulloso, satisfecho, cuando lograba integrar un grupo de alumnos, homogéneo, entusiasta, capaz. Empezaban entonces a mortificarlo las preguntas. Y qué voy a ofrecerle después? Qué podrán hacer ellos aquí? Si con saber sobar una lonja, cortar una rienda, tejer una bomba, echar un pial de volcado, bastaba. Pero lo más cierto era que cuando ya se ufanaba de su éxito, otra vez empezaban las deserciones a minar por la base de su obra. El pastoreo de las cabras cuando escaseaban los pastos, el acarreo del agua, los arreos, salir a rastrear algún animal perdido, cercar o aporcar un cuadro de tierra, le despoblaban la escuela. Cuando al fin de sus reclamos insistentes eran atendidos, comunmente el niño había perdido todo interés por aquello que ya había empezado a olvidar.

Si esto lo desalentaba, con más razón todavía paladeaba el gusto amargo de la inutilidad de su gestión, cuando sus ex-alumnos, en los que había creído poner la buena semilla. Eran atrapados por el lodazal que los rodeaba.

Un anochecer se le presentó Isidro, aquel alumno picarísimo que supiera tener. Sabía de él que se había marchado a trabajar a las minas y tal vez por eso, ahora que estaba de vuelta, se explicara el hecho de que estuviera tan flaco y de mal color, “acabado”, como decía Pedro.

La entrada en asunto fue larga, difícil; los nervios no le daban paz. Hablaba con voz tomada, una tos persistente lo interrumpía con frecuencia y se retorció las manos sin cesar, se alisaba el pelo y a ratos se clavaba los dedos como garras en los ojos.

-Estoy seguro que voy a entenderte. Y puedes estar seguro que te ayudaré. Pero debes contarme las cosas con sinceridad, sin vueltas.

Parpadeó la vela. La soledad se apegó más al rancho empujada por la noche.

-Güeno, jué como le dije. Habíamos cobrau ese sábado...éramos tres muchachos...nos habíamos hecho muy amigos...usté sabe, allá en la mina se sufre mucho, pero uno se desquita farriando 'e lo lindo el fin de semana...juímos a un baile que había cerca...usté sabe, allá la plata corre como agua. Ahí todos tiene pa' gastar y no se chupa vino. Ahí se toma cerveza, sidra o cualquier otra cosa mejor. Y nosotros tomábamos y tomábamos esa noche. Pa' eso la pasábamos también siete días metius en el túnel. Marcos era un güen muchacho y había una chinita que si' había prendau locamente d'él..., cuando la dejaba después 'e cada pieza, venía a hacer jarana con nosotros y decía, vos dejá el agua correr...Y nosotros ya sabíamos lo que nos quería decir, porque era muy afortunau...Maestro, no sé si podré seguir...es muy peliagudo lo que viene... -Y de nuevo dejó caer vencida la cabeza.

-Jué pasando la medianoche que si' acercó y nos dijo: me pidió que l'acompañe, y nos guiño el ojo. Nosotros 'tábamos muy borrachos, m'entiende?, por eso se nos ocurrió hacerle una broma. En cuanto salieron, los seguimos un rato por altos y bajos, tomando como muertos 'e sed de la botella que llevábamos...Los alcanzamos 'e repente conversando junto a un algarrobito qui' había entre unas piedras...Maestro, comprenda, nada l'íbamos a hacer...pero entonces, ella al vernos si' asustó, gritó y nosotros la quisimos hacer callar...no sé, no sé...no mi' acuerdo bien cómo jué aquello!

-Entonces, vos fuiste? -Los ojos del maestro se agrandaron de asombro. Recordaba aquel como a uno de los crímenes más bárbaros que se habían conocido en la zona. A la muchacha la encontraron al otro día ahorcada de un algarrobillo, con tiras hechas de su propia ropa.

-Pero yo no juí, se lo juro. -Y besó la cruz que hizo con los dedos.

-Y entonces?

-Ya le dije. No sé lo que pasó después. Habíamos tomau de más.

-Pero decime; y por qué no confesaron?

- Cuando nos dimos cuenta 'e la barbaridá qui'habíamos hecho, juramos que ninguno iba a hablar si nos llevaba la policía, aunque nos dieran los palos que fueran; así jué...nos apalearon de lo lindo, pero no abrimos el pico.

-Has hecho bien en confiarme todo eso, Isidro. Pero entiendo que nunca podrás vivir en paz con el peso de semejante culpa.

-Si usted supiera, maestro...! -Se mojó con la lengua los labios re secos y se los chupó con fuerza después. -Hi veniu a hablar con usted porque tengo miedo.

-Te persiguen?

-No, eso no... y le pido que mi' ayude...ya le digo, tengo miedo...Cuando nos largaron, hace d'esto como un año, tiempito después Marcos se fue al sur y allá se agarró una enfermedad que lo llevó en un santiamén. El otro, antes 'e que me viniera, 'taba en el túnel y un desprendimiento lo dejó hecho torta...algo malo nos persigue...es una maldición, segurito, maestro... -Y por los ojos le pasaba un quemante calor de piedra.

-Qué le perece, que tengo qui'hacer, maestro? -Y la pregunta se avivaba en la ansiedad del rostro flaco y de piel apergaminada y amarilla.

-Vas a descansar confesando todo a la justicia. No te queda otro camino.

Esa noche, hasta muy tarde, se le oyó hablar y hablar al maestro, a ratos aconsejando, en partes como rogando, después, en otras, como si estuviera retando a un niño. Convencido, por fin, al otro día Isidro viajaría al pueblo y se entregaría detenido. Pero esa noche, después de salir de la casa del maestro, como viera luz en el boliche, dispuso llegar. Se entretuvo y bebió como un muerto de sed y enseguida empezó a hablar como un perdido. No faltó un cosquilloso que se sintiera ofendido y en un entrevero confuso, recibió una puñalada que terminó con su peregrinar.

Eran los vicios, las malas costumbres de la gente que lo rodeaba, las que le hacían dar esas chupadas largas al cigarro buscando olvido para sus fracasos, que le señalaban con claridad ex-alumnos como Isidro.

Era siempre el contorno con su ley bárbara a la que no podía anular, a "La Tuerta", más curcuncha y flaca que nunca, que iba y venía arrastrando sus hilachas, fuera invierno o verano, día o noche, sin sentir que los días petrificaran su cara de bruja, llevando y trayendo chismes, armando los ganchos para que cayeran las incautas, ensuciando cuanto sabía que estaba limpio todavía.

Eran el bolichero con sus mañas, su mujer, hombruna y atrevida; el comisario con sus apaños, la escuela del "Gaicho Negro", los bailongos de doña Anastasia, la negación permanente de todo lo que él enseñaba, sobrepasando su prédica con la pujanza que da la satisfacción inmediata de oscuros instintos. Su siembra era larga, para alguna vez y los frutos a penas si asomaban. "No convenzo a nadie", se repetía a veces, desalentada.

Y era como si todos estuvieran ciegos, porque nadie escarmentaba con los golpes terribles que recibían por vivir de esa manera, tal como le había sucedido al bolichero, que había vivido cuidando y mezquinando a su hija, para que no fuera a caer en manos de ningún "mugriento", como decía.

Pero Regalado con su estampa de criollo bien plantada, seguía haciendo relamer de ganas a las mozas y la "Tuerta" descubrió un día que fue a comprar un puñadito de azúcar al boliche, que la chica del despacho había madurado, que tenía su corazón como "cualquier hija de vecino", y además que se estaba muriendo por el Regalado. Y halló sendas oscuras para que se encontraran, hasta que un día, el chino dejó el plumerío y alzó vuelo con la paloma "hasta más ver". Desde entonces no les quedó a los padres más que lamentarse, pero no por eso modificaron sus costumbres.

Cuando desde lo más lato del gobierno se continuó hablando el lenguaje nuevo que los criollos tan bien entendían, les sacudía las fibras y los arrancaba de su modorra, haciéndoles sentir que esa patria que pisaban también era la de ellos, que eran hombres y no sombras, pensó que había llegado la buena hora que él también esperaba desde tantos años. Todo estaba próximo a mejorar. Grandes obras se hacían en muchas partes: diques, caminos, escuelas. Era cierto eso. Les bastaría con que hicieran el Pisco-Yacú un pequeño embalse en el

arroyo y que les abrieran un buen camino hasta “Piedras Anchas”. De tal manera, teniendo agua y caminos, se asegurarían el cultivo de la tierra y una salida barata para sus productos.

Habló esperanzado en esto, no como un político de los tantos malos que había conocido, sino como un hombre argentino interesado en el progreso, en el bienestar de sus vecinos, de aquellos que lo seguían en su prédica; cierto día se reunió con ellos y fueron al pueblo y expusieron al dirigente, sus necesidades más apremiantes. Este, que era hombre de mucha labia, les pintó en un solo soplo todo lo que haría por sus conciudadanos y hasta les dibujó el cielo con un dedo.

Volvieron contentos porque, si quiera una vez, alguien se había acordado de ellos. Pronto se acercaron unas elecciones y entre la alegría del vecindario, desde el pueblo empezaron a construir el soñado camino. Quince hombres de “Pisco-Yacú” tuvieron trabajo en la obra. Las perspectivas eran inmejorables. Sin embargo, pasó la fecha de las elecciones y el trabajo se paralizó. No lejos, las esperanzas se renovaron en las elecciones siguientes. Como el pedazo de camino se había destruido por el tiempo transcurrido, volvieron a empezarlo desde el pueblo. Y otra vez ocurrió lo mismo. Aquéllo era para desalentar a cualquiera. Se repetía el juego de antes. Al analizar la situación, comprendió con pena que desde alguna parte se estaban desbaratando los propósitos revolucionarios que habían entusiasmado a los humildes. En el interior del país, lo sucedido era simple. Cuando los que habían tenido siempre el sartén por el mango vieron que peligraba su posición, que había una gran fuerza con un programa nacional que amenazaba con barrerlos en cuanto se afirmara en el gobierno, sin dudar mucho, se pasaron de inmediato al partido de los “descamisados”. Y desde adentro empezaron a parar todos los golpes. Estaban en su posición de dirigentes y jamás iban a aflojar en lo que más le dolía, no la patria, sino sus bolsillos, sus encumbradas posiciones y su afán enfermizo de figuración. Por eso es que, mientras desde arriba dejaban llover esperanzas, abajo el pueblo seguía esperando y esperando; y cuando empezaban a vislumbrarse resultados favorables, todo se fue enredando de manera increíble; para la hora de dudar, en vez de los auténticos dirigentes, capaces de jugarse hasta la vida por sus ideales, aparecieron de nuevo los entregados al imperialismo; por ellos y por los adulones que con el humo de su incienso no dejaban ver el verdadero camino a los que llevaban las riendas, se siguió errando el rumbo. Entonces, era por demás que el comisario regalara pan dulce y sidra; en el primer boliche la cambiaban por una botella de vino tinto. Sentían de nuevo el fracaso y les dolía la limosna. Los grandes objetivos con los que el pueblo argentino soñaba, no los iban a alcanzar con tales dádivas, ni tampoco queriendo meter a la fuerza sus ideas en la cabeza de los que no pensaban como ellos. Pero a eso se estaba llegando, impulsados, sin duda, por la sensación de fracaso que avistaban.

Cuando todavía creía en aquel movimiento de contenido nacional, llegó un día, lo que nunca, el comisario a su casa.

-Le traigo la ficha pa'que firme, maestro.

-Ficha?

-Y no? Es orden... todos los empleados públicos tienen que firmarla. Usted es de los nuestros... qué inconveniente puede tener, entonces.

-Sepa, comisario, que yo no soy de nadie, contrariamente a otros que son del mejor postor y se venden hasta por pasteles. Y que no hay empleo que puede importarme si es que por él tengo que someter mi conciencia.

-Ah, no? –dijo mirándolo desafiante-. Eso lo vamos a ver. –Y castigando su caballo se perdió al galope más allá de los molles que orillaban el arroyo.

Estaba seguro que el comisario no se iba a quedar en amenazas. Y así nomás fue. Al poco tiempo debió viajar al pueblo para acompañar a una enferma grave y fue el doctor, al que hacía mucho tiempo trataba y el que estaba muy vinculado con los dirigentes, el encargado de informarle de la acusación del comisario.

-Han pedido su cabeza, maestro; él y el juez. Y se la van a cortar. Por eso, como amigo, le pido que reflexione. Yo respeto sus ideas, pero es a usted a quién corresponde considerar su propia situación: sus años de servicio, su familia... no sé, usted verá... me parece que le va a resultar muy duro empezar de nuevo otra actividad. Piénselo; no es más que firmar la ficha de afiliado. – Siguió una pausa larga. En un instante el tremendo sufrimiento que lo aquejaba le ahondó y multiplicó arrugas en el rostro. Tras reponerse, dijo con voz seca: - Mañana le daré el contesto, doctor, -Era sábado. Debía regresar a la sierra al otro día. Esa noche, en el hotel, no pudo pegar los ojos: “Los dirigentes han pedido su cabeza...” Mil veces escuchó las mismas palabras. Bien sabía que habían empezado a decapitar, cuando el caudillo lo pedía. Así también se lo había hecho saber ya, más de una vez, Fernanda, que se quejaba de que tal cosa ocurriera y le rogaba anduviera con cuidado. Pero no toleraba la idea de tener que afiliarse a un partido político porque se lo impusieran de arriba. Era de cobarde aceptarlo. Sin embargo pensaba en la pobreza de su hogar, en su mujer, en sus hijos... Si lo exoneraban, dónde iba a conseguir trabajo? Era muy difícil; además, ya no estaba para iniciarse en otro oficio. El hambre, las necesidades que pudiera pasar, no lo asustaban, pero sí, la de sus hijos; sí, cerrarle todas las puertas del porvenir. Y seguían dándole vueltas las ideas. Pero poner la firma le significaría no poder ser jamás, otra vez, el hombre libre que abominaba de todas las ataduras, de todos los sometimientos, tal como había sido hasta entonces. Y otra vez la imagen de sus hijos, la pobreza, el miedo que no pudiera costearles ni la educación siquiera, que volvía a sacudirlo íntegramente. Por horas, la desesperación lo acorraló despiadadamente esa noche.

Al otro día, con la cabeza baja, pasó por el consultorio del doctor y le pidió la ficha. Nunca se sintió tan rebajado en su dignidad como en el momento en que asentó su firma. Tuvo la clara sensación de que estaba entregando su conciencia por un pedazo duro de pan. Y cuando lo hubo hecho, sintió la repulsa de sí mismo, el desprecio que siempre había sentido por los cobardes; se había estafado. Ganó la calle, desalentado, disminuído, achicado por la vergüenza. Nada de esto iba a decirle a Fernanda. Para qué! Ya tenía de sobra con la frustración a que la había condenado, con la estrechez, tan semejante a miseria en la que la obligaba a vivir. Los hijos estaban grandes y crecían los compromisos; ya no eran tan sólo vestirlos y alimentarlos; ahora también contaban los gastos de educación. Cómo debían esforzarse para que sus hijos pudieran ir a la escuela, disimulando de la mejor manera, esa estrechez económica que pudiera disminuirlos ante sus compañeros! Qué contrasentido! El, que había vivido soñando poder costearles una carrera, que vivía ponderando los valores de la cultura, se veía en figurillas para que sus hijos concurrieran a la escuela sin tener que andar pidiendo una cosa aquí o más allá.

Y esa situación, que se agregaba a todas las otras preocupaciones que tenía, le abría en el pecho otro socavón de penas, linderas con la amargura por el repetido fracaso en su vida de maestro.

Para olvidarse de todo eso, algunas tardes iba a acompañar en las mateadas a Doña Rufa; estaba muy vieja ya y compartía su soledad con una criadita; observando el rancho, poco menos que reducido a las cuatro paredes carcomida por el tiempo y los moscardones, recordaba que esa había sido una linda casa, hecha desde los adobes a las varas y puertas, por el hábil dueño de casa. Y no solamente eso, sino que, además, como muchos otros vecinos, él mismo había construido sus muebles, mesas, sillas, aparadores y cajas, rústicos todos, sólidos, bien hechos, que tenían además el sello de lo que se construye esmeradamente con amor. Este y la hachuela y el serrucho, bastaban. Poco quedaba de todo aquello. Sin embargo, para ella, todo era salir hasta su viejo algarrobo, sentir que la acariciaba con su sombra y dejar andar los ojos por la serranía, por los cañadones que en otro tiempo se doraban con los trigales, para que, pitando su cigarrito de chala, se olvidara de todos sus achaques.

Una tarde la hizo acordar de la leyenda que una vez empezara a contarle.

-Quién sabe si me voy a acordar... ando muy trascordada... güen... sí, quedamos cuando Pisco, qui'había veniu de Yacú, aquel paraje del Perú, al pasar por estos lugares, conoció a Calandria y s' enamoró, perdidamente, sí, señor, d'ella. El li'habló, pero la muy presumida, aunque le gustaba el mozo, tanto que se derretía por él, sentía recelo, por lo que quedó en contestarle otro día. Y jué por eso que Pisco, claro, aunque iba muy apurau, dispuso demorar un día su viaje; qu'esperara un poquito el mensaje urgente que llevaba del Inca pa'los Césares que podía hacerle... y mientras, en esa noche, junto a la fuentecita donde la había conocido, sacó su quena y dijo con ella su alegría de hombre enamorau. Calandria qui'andaba desvelada, lo escuchó. Jamás había oído nada tan precioso. Su canto era muy lindo, pero esto le pareció mejor, mucho mejor. Vaya a saber qué sintió en ese momento, oyendo aquella dulcísima quena que sabía llegar hasta las almas y emborracharlas con su música! Yo no sé... pero jué qui'al otro día, al encontrarse como habían quedau, coqueteando le hizo entender que también lu'amaba, pero no le dio el "sí"... Pisco nu'hallaba qué pensar... Y sin llevarse el corazón de Calandria no s'iba a ir... Ya lu'había dispuesto así... y empezaron a pasar los días... ya parecía qu'ella consentía... que ya llegaba el momento... pero no... a ratos l'encontraba triste, apagada, como enferma... ya ni su canto precioso se oía en las mañanas... pero no podía adivinar qué le pasaba a la joven india, cuya belleza parecía irse marchitando con cada día...y jué de pronto una noche muy oscura, que se alzaron gritos, llantos y todo era un humo espeso cruzando dende el norte y tapando todo; y los chasquis volaban por quebradas y pampas con el mensaje: Hombres blancos... han llegau los hombres blancos...! han llegau los hombres blancos...! -Y todos se preparaban pa'la guerra... Pero ni así Pisco seguía su camino, como si l'hubieran hechizau, áhi mendigando el amor de Calandria...Ya todo 'taba perdiu... acusau por su culpa hubiera queriu llegar hasta la Ciudad 'e los Césares a cumplir con su mensaje; y entonces, su sufrimiento, por no haber cumpliu con su amado Inca, era más y más. Llegar, llegar... pensaba él.

-Alas te pido, padre Viracocha! -sollozó una noche y jué como por magia, que poquito a poco se jué volviendo un pajarito qui' andaba de rama en rama; y aunque ya tenía las alas, no s'iba, buscándola a Calandria desesperau por verla por última vez... Pero era inútil... y una mañana, cuando ya iba a alzar el vuelo, la vio llegar, hundiéndose en las totoras, hasta la misma fuentecita y escuchó que lo llamaba, como alguien qui'a perdiu su amor. Dende una rama alta, Pisco vio como las tribus preparaban apuradas los arcos y las flechas...y más miedo tenía 'e dejarla abandonada a ella, que la veía allí sola y llorando. Y como pa'que supiera

que l'acompañaba, trinaba en las noches con los mismos silbos de su quena tan maravillosa. Calandria, al escucharlo, salió a buscarlo... quería contarle su arrepentimiento, quería decirle cómo lo había querido, confiarle que no se animó a decírselo porque temía que al quedarse, le quitara la admiración de los indios de su tribu que l'adoraban por su canto. Y lo llamaba y lo seguía buscando, estirándose por entre las ramitas de los árboles y de tanto andar, s'iba haciendo más y más chiquita y cantaba como lo había hecho en momentos más felices, seguro que si l'escuchaba iba a volver a su lau. Pero no... qué! Pisco, el pajarito del plumaje verde dorado y tornasol, ya si'había vuelto, con gran desengaño y arrepentimiento a su tierra. Entavía se ven las fuentecitas, aunque secas, donde ellos hablaron di'amor... Pisco-Yacú...! Tata sabía lindo su historia...

Escuchándola, el frescor de la tierra nativa, toda su pureza primera, le volvía con fuerzas al alma y sentía quererla más todavía. Y parecía despertársele el corazón a un tiempo lejos, cuando su esperanza achaparrada de tanto chupar raíces amargas, veía llegar volando muy alto, desde la sierra, los temporales anunciadores de la lluvia, con su silbido misterioso y desaparecer en seguida, como tragados otra vez por el cielo. Y volvía el distante recuerdo de "Pajarito" y con él, las historias que le hacía de las aves, entre ellas, de las paneleras.

Viven muy arriba, en las sierras –le contaba-. No comen más que miel de los panales, pero lo que más le gusta es la colmena de los palos. Son ariscas, señor... ésas nunca llegan a las casas... Era cierto. El las había visto después entre las sierras, en yuntitas, picoteando la miel que les gustaba tanto.

En esos momentos se olvidaba de contrariedades y sentía recuperarse, para seguir dando lucha en el frente que fuese. Hasta le parecía que se destapaban sus vertederas de alegría y le daban ganas de reir porque sí... Y era raro, ya que su boca se había olvidado de llenarse de risas, secas por los achaques y contrariedades de todo pelo.

Muchas cosas había perdido y al final era nada... pero la salud, sí. De tanto andar bajo soles de fuego partiendo terrones, de tantas mojaduras en procura de aprovechar, en los raros tiempos de lluvia, todas las corrientes para regar, había aflojado su salud de hierro y le había quedado una tos pertinaz que no cedía a remedio alguno y, lo más grave todavía, una afección a los ojos, que empezó con un ligero ardor, pero que persistía y aumentaba a punto tal, que desde hacía un tiempo, las cosas se le aparecían como un borrón, que se enturbiaba día tras día.

-Tiene muy mal la vista, maestro –le decía doña Cieta y se acercaba para verlo mejor-. Le hará bien un parche de sangre de gallo, clavo de olor y grana. Haga lo que le digo y se va a curar, segurito.

-Gracias, gracias-, le respondía, pero no pensaba en eso; ya habría tiempo.

No podía abandonar la escuela para viajar a la ciudad y hacerse examinar y además, cuando su sueldo llegaba, ya estaba totalmente invertido. De todo eso, nada quería contarle a Fernanda porque sería tan sólo para afligirla. Y ya tenía bastante con la cruz que llevaba!

-Quién soy? Qué tengo? –Otra vez las preguntas, con furia de malón, venían a golpearle en lo más hondo del pecho. Le daban la respuesta en ese momento unas espigas secas que apretaban sus manos. Después, unos recuerdos queridos, tan distantes, tan brumosos a veces, que tembló pensando que no fueran enteramente suyos, o que en cualquier momento pudieran escapárseles de su vida. Vine pobre y soñé ser rico. Vine joven y pensé que lo

sería siempre. En cuántos zarzales del camino se me fue quedando la vida! – razonó.

Cerró los ojos. Sintió como si su alma estuviera totalmente vacía. Por qué, por qué tenía que ser así? Y hurgando más y más adentro de su alma, creyó entender que su frustración le venía de no haber podido conciliar las dos pasiones de su vida, de la exigencia a que se veía sometido día a día a optar por una de dos: su familia, o los niños y vecinos de Pisco-Yacú.

Comprendía que ese desdoblamiento le había restado fuerzas y positividad a su acción. La felicidad plena, la satisfacción completa, no había alcanzado a saborearla nunca. Si gozaba al lado de los suyos en el verano, la nostalgia de sus niños distantes, lo despeñaba en hondones de tristeza. La felicidad... Alzó los ojos y la claridad del día pareció lavarle las sombras del corazón. Sí, sabía que las posibilidades del hombre son infinitas cuando hay fe. Y él la tenía y muy profunda, en su misión de maestro. Tan sólo pedía que no le faltaran las fuerzas para no dejarse doblegar, soportar todo como ese viejo algarrobo que lo cobijaba. Mil y mil aquilones había sentido bramar por su copa sin que ninguno le hiciera mella; apenas si su fuerte ramazón retorcida, como clamando hacía el valle verdeante que se divisaba a lo lejos, indicaba lo tremendo de sus batallas.

Y pensando que iba a recuperarse pronto, ya le parecía sentir que su soledad, después de todo, no era tanta. El “Compañero”, ese perrito barcino que un día encontraron abandonado a la orilla del camino sus alumnos y del que se hizo cargo, se acercó en ese momento, se echó a sus pies y lo miró insistentemente con sus ojos tristes, como preguntándole en qué mundo de penas andaba tropeando.

Cuando se puso de pie, saltando a su lado y dando cortos aullidos, le indicaba alborozado el rumbo claro del arroyo.

No, no estaba solo. A veces el cariño de un perro ladero es muy mucho en la vida de un hombre.

El enfrentamiento en ese sector de la ciudad era a muerte. Por las orillas de la tarde agonizante, ardía el tableteo de las ametralladoras. Continuó avanzando entre el fuego, como inconsciente, desesperado. Quería reunirse con sus hijos a cualquier costa. Sintió un gran alivio cuando tras larga marcha, divisó su casa. Tras llamar comprendió que no había nadie en ella; pudo entrar saltando la tapia por el fondo. Cuando consiguió abrir una puerta, comprobó que todo estaba revuelto. Tal vez, su mujer, en el apresuramiento, hubiera dejado todo aquello así. Sólo encontró la máquina de escribir portátil en el lugar donde la guardaba Fernanda. Cargó con ella y emprendió la marcha. Tenía que encontrar a sus hijos cuanto antes. No lejos debió detenerse. La oscuridad era ya cerrada. Había grupos armados que proferían gritos y desde uno y otro lado de las calles, le llegaban los estampidos de cerradas descargas. No hallaban dónde refugiarse. Cuando las balas silbaron más cerca, se parapetó contra una ventana.

Inadvertidamente, al afirmarse la abrió. Sin pensar, saltó a una habitación desconocida en el mismo momento que un grupo armado pasaba velozmente por la calle en un jeep. No tenía con qué defenderse. Dentro había una mujer, que, a la luz de una vela lo reconoció. Siga por el fondo, le indicó muy nerviosa. Le dejaré la máquina...llévemela usted, le pidió en voz baja. La mujer consintió con la cabeza. Siguió su marcha. Cruzaba calles desconocidas de la ciudad. Pensaba sólo en sus hijos. Tal vez estuvieran en una difícil situación sin tener quién los ayudara. Tenía que seguir. Necesitaba seguir. Vagamente pensaba que pudieran estar en la casa de una amiga de su mujer que vivía en las afueras. Cuando le pareció que sus piernas no daban más, se detuvo. La mujer debía alcanzarlo en ese lugar, junto al viejo paredón del ferrocarril. Los tiroteos seguían sin cesar. Cuando ella llegó, su intranquilidad iba en aumento. Y la máquina?, le preguntó al verle las manos vacías. Me la arrebataron, le respondió. Sintió crecer su desazón. Le había costado muchísimo pagarla. Pero no importaba. Otra fuerza lo impulsaba en ese momento. Tenía que seguir corriendo en busca de sus hijos, aunque debiera abrirse paso entre las llamas que crecían más y más. Nada podría detenerlo. Siguió avanzando hasta llegar a un sector de la ciudad que le pareció ser el que buscaba. Preguntó a una hombre que cruzaba casi corriendo, y a la ligera, le respondió con vaguedad. Al llegar le dijeron que estaba equivocado; no era allí; estaba totalmente perdido y sin saber qué hacer. Por propio instinto seguiría buscando. Estaba como atontado. Así llegó hasta una zona de quintas, en las afueras. A la luz de un foco muriente, vio un médico y dos enfermeras que curaban a unos heridos. Cuando pregunto por la casa que buscaba. Le dijeron que ya había pasado. Le dolían muchísimo los pies y la sed lo torturaba. Le pareció que la información que le habían dado era equivocada, por lo que siguió avanzando hacia donde él creyó mejor. El caso era no detenerse; confiaba en encontrarlos de un momento a otro. Al doblar una esquina, vio a un grupo de muchachos que comentaban los sucesos y que lo miraron con extrañeza cuando se les aproximó. Parecieron dispuestos a reírse de él. En eso, a la débil luz que llegaba, distinguió las facciones de uno de ellos, que le pareció conocido.

-Ah, sí, perdone, maestro! —y lo abrazó. Entonces lo miró mejor. El otrora niño, tenía los rasgos duros y muchas arrugas en la cara sombreada por la gorra grasienta. Cuando le preguntó por la calle que buscaba, le dijo que estaba cerca y porfió por acompañarlo. Pero lo rechazó amablemente. Quería seguir solo. De nuevo avanzó por calles desconocidas, sin poder apartar de su cabeza el pensamiento querido de sus hijos, pareciéndole a ratos, que a la vuelta de cualquier esquina, lo esperaba emboscada la muerte. Hasta allí todavía los gritos de Perón! le llegaban como una viva llamarada desde los cuatros puntos cardinales. Ya el cansancio lo vencía y se afirmó a un poste. No supo cuánto estuvo así. Cuando reaccionó, dispuesto de nuevo a seguir la búsqueda, comprendió que aquellos gritos se alejaban más y más y comenzaban a diluirse paulatinamente en la inmensidad de la noche.

Todo aquello había pasado. Lo que empezara siendo un sueño lleno de claridades y bonanzas, se esfumaba como un espejismo. Pero no podía negar que de aquel movimiento, había quedado algo muy positivo. La incorporación efectiva del pueblo a la vida cívica, el despertar de ese mismo pueblo del afán de luchar por una vida digna, la toma de conciencia del gran valor de su capacidad y fuerza para compartir la responsabilidad en la conducción del país, pueblo que ya no se iba a someter fácilmente al mando de los poderosos ni a todas las fuerzas emboscadas que habían vivido negándole toda posibilidad, que era negar la posibilidad de la Argentina auténtica, esa que construía sus callosas manos sin

otro reconocimiento que el de tenerlos arrinconados en las orillas como repugnantes estorbos.

Pensaba siempre en aquello; de nuevo estaba entre sus niños, entre sus piedras queridas de la sierra. Caminó con torpeza; el mal de sus ojos iba en aumento. Era una oscuridad que poco a poco se le iba ganando más y más adentro. Para leer tenía grandes dificultades, lo mismo para corregir cuadernos, pegar un botón o asegurar un remiendo. Le costaba convencerse de que no fuera una afección pasajera. Y entonces más apremiantes se volvía las viejas preguntas que lo asediaban noche y día: Quién soy? Qué tengo? Qué hago todavía en este lugar lejos de mi familia? Y se hacían cada vez más tenaces, porque su estómago no resistía ya la comida preparada a base de charqui o cuajo, como con frecuencia le sucedía. Tan magras pitanzas habían terminado por minar su organismo. Al mirarse en el espejo, se encontraba ridículo. Flaco, negro, con la piel arrugada y muchas canas. El físico era un retrato del estado espiritual. Se figuraba como un árbol añoso de seca ramazón, como aquellos retorcidos de “La Cruz”, castigados cruelmente por la furia de los vientos.

Qué iba a hacer! La sería enfermedad de Carlitos había apresurado la venta del campo, que sólo dolores de cabeza le había dado. Las lluvias nunca vinieron a ayudarlo. Tenían razón los criollos, cuando dejaban las tierras abandonadas o cuando apenas si las rasguñaban por “encimita”.

-Pa' qué! No ve? –le decían cuando él estiraba una y mil razones para convencerlos de que sembraran. Pero ahora, también tenía que agachar la cabeza.

Muchas veces había pensado que aquella venta iba a realizarla cuando llegara el momento feliz de partir para reunirse definitivamente con su familia y que con ese dinero podría comprarse una casita en la ciudad. Sacaría entonces a los suyos del estrecho departamento sin aire y sin luz en el que habían nacido y se habían criado sus hijos. Pero todo salió mal. Quedó con las manos vacías y con más deudas encima. Lo único que le quedaba de positivo era el “morito”, un animal que le había salido tan noble como los viejos caballos de nuestros gauchos. Al amanecer, su silbo lo hacía llegar al galope desde donde se encontrara, y luego de comer el terrón de azúcar, le restregaba en la mano el hocico afelpado, pidiéndole más.

Esa era su vida. Fernanda, desde largo tiempo, se había resignado a que debieran vivir lejos el uno del otro. No le hacía ningún reproche. Sin embargo no dejaban de preocuparle, y cada vez más, sus hijos. Qué pensarían de él? Tal vez lo juzgarían como un hombre sin carácter, que por cobarde los había dejado abandonados a la abnegación de la madre. El, era cierto, no había estado nunca presente en los momentos en que ellos más lo necesitaban, en los actos más lindos y trascendentes de sus vidas, el ingreso a la escuela primaria, la primera comunión, los cumpleaños. De sus enfermedades, se enteró tarde siempre. Cada vez que regresaba a su hogar, allá al año, comprendía que los más chicos lo miraban con desconfianza, como si le temieran. Fernanda tenía que intervenir para romper el hielo: -Cómo? No lo besan a papá, ahora? Sólo entonces se entregaban a sus brazos.

Los mayores parecían tener vergüenza de verlo vestido así, con su viejo traje de confección, con esos zapatos que le molestaban, con todo aquello que le resultaba incómodo, acostumbrado ya al uso de botas y bombachas.

Pero qué buenos eran! Tenía que reconocer que todo era fruto de esa mujer ejemplar que había sabido sobrellevar las contrariedades y estrecheces, en toda una vida de larga desesperanza, de frustraciones, sin ceder un punto al

desaliento, sin desviarse jamás buscando los caminos fáciles, defendiendo al hogar y a los hijos con la ineludible voluntad de sacrificio y amor de una madre como poca. Eran, sí, tenía que reconocerlo, hijos de ella, íntegramente de ella. Oscura mujer de un maestro de escuela, cuántas picadas había tenido que abrir, cuántos sueños que postergar, cuántas lágrimas que ocultar, cuántos menosprecios soportar, para que él pudiera seguir conservando su integridad de hombre, cumpliendo con su destino, tal como lo entendía, con la frente alta ante los políticos deshonestos, ante superiores creídos y venales! Toda una vida de sacrificios entregada totalmente a ellos, sin dejar oír jamás una protesta. Tenía derecho de haberle exigido tanto?

Qué lejos habían quedado sus sueños de jóvenes, cuando pensaban que a sus hijos nada iba a faltarle! Todo había resultado de otra manera. Cuántas veces el simple pedido de ropa para los hijos, la más indispensable, había recibido de él la respuesta: “Hay que esperar hasta el otro sueldo.”

“Papá: ya mis zapatos no tienen suela –le escribía Carlitos-. Yo le pongo cartones, pero cuando llueve me mojo lo mismo los pies”.

Era entonces, al tomar conciencia de las penurias que soportaban sus hijos, cuando más lo aplastaba la amargura. Era un remordimiento que vivía acosándolo con mayor agudeza a medida que pasaron los años, por no haber sido capaz de tomar una decisión en tiempo oportuno, que salvara su felicidad, pero mucho más que eso, la felicidad de sus hijos, el derecho a compartir el amor de los padres. El, que había vivido alentando a los otros, enseñándoles a sacar fuerzas de flaquezas para proyectarse noblemente en la vida, no había sido capaz de luchar por su felicidad, de no entregarse hasta conseguir vivir al lado de sus hijos, para darles su amparo y su amor, para ayudarles a perfeccionarse, a ser mejores cada día.

Desde la distancia no le quedaba más que escribir cartas llenas de recomendaciones: “Cuida mucho a tu madre, Carlitos, porque es una santa y le ha tocado sufrir mucho en esta vida. No la dejen trabajar demasiado. Traten de ayudarle en todo lo que puedan. Y no descuides a tus hermanas. Recuerda que hasta el día que yo vaya, debes ser un verdadero padre para ellas. Estoy con ganas de retirarme, para lo que he empezado a gestionar me reconozcan mis años de suplente. Aunque...bueno, aunque me jubile pronto y vaya a acompañarlos, no creo que les vaya a servir de mucho ya. No vayas a decirle esto a mamá...es una confidencia que debe quedar entre los dos. Me he agravado de la vista. Ya no hay cristales que me vengán bien. Los que traje ya no me sirven. Qué decirte lo que padezco! Pero ya estoy resignado a todo. Mientras ustedes anden sanos y estudien mucho, yo soportaré lo mío con entereza. Como te prometí, elige la tela para tu traje; cuando vaya veré si puedo comprarme uno, aunque sea de confección. Mis pilchas ya dan apuros”.

Y a Fernanda: “No sé a qué hora me irá a dejar salir la niebla, para llevarte esa carta a la estafeta. Hace un frío de los mil diablos, esta oscuro y yo a veces pienso que me estoy poniendo muy viejo, porque necesito mucha luz para ver. Para colmo de males, hace días que no consigo ni una gota de kerosén. Sin embargo, a pesar del frío y la niebla, mis chicos no faltan nunca.

“Cuídate mucho y cuida a los chicos, porque este invierno será terrible. Te mando todo el sueldo; como verás no hay aumento, aunque todas las cosas se hayan ido a las nubes; paga lo que puedas y compra ropa de abrigo para los chicos.”

Y allá, a las mil y quinientas, Pedro, que siempre lo merodeaba, que siempre sabía que a su lado iba a encontrar un pedazo de pan para llevar a su

casa, donde Pastora hacía milagros para mantenerla limpia a pesar de su pobreza y carga de hijos, llegaba con una carta de ella. Era lo que más ánimo le daba, en la que le hablaba de los hijos, del adelanto de los estudios, de lo mucho que lo recordaban y cómo vivían para esperarlo. Y aunque las palabras eran diferentes, le parecían las mismas escritas con igual cariño 25 años atrás. Cuánto tiempo se le había ido dolorosamente! Con cuánta amargura se había enjuagado la boca en el amanecer de cada día! Y siempre solo, sin más compañía en las noches, que su almohada y el nombre de Dios.

A veces, al lado del fueguito en la oscuridad, todos aquellos recuerdos se arremolinaban y lo empujaban a tomar una copa y otra...era una gran sed que no podía arrancar de su pecho. Pero no iba más allá de quebrantar un poco de su abatimiento, despertando sus ganas dormidas de descolgar la guitarra y buscar una copla olvidada para decírsela a la noche. No, no se emborrachaba nunca. Se hubiera avergonzado toda la vida de buscar olvido de tal manera. Y así se quedaba hasta tarde, hachando penas, quemando dolores, removiendo carcomidas esperanzas. Ya ni el viejo Lázaro estaba para que viniera ayudarlo a cortar sus largas noches de soledad. Así era su vida. Los buenos se morían o se iban lejos. Los linderos de piedra se caían, se rompían los cercos de rama. Sólo seguía habiendo ojos para Buenos Aires, por que el egoísmo de los que mandaban, no les permitía, por sus sentimientos antinacionales, mirar hacia el interior y emprender la gran obra que cimentara la verdadera Nación. Y de tal manera, se quedaba a lidiar con los que entendían la vida al revés.

Como ese sinvergüenza del Cholo, que nunca había podido pasar de primer grado, pero que ahora andaba por la calle, echando humo como una chimenea con su cigarro y ya con el clavel en la oreja. Era el prototipo del atrevido que no sabe ni reconocer barreras y que en cada palabra, en cada gesto, lleva permanentemente la provocación y la ofensa.

Pero no podía dejar que siguiera haciendo lo que se le viniera en ganas en el vecindario. Y como las cosas habían llegado a un grado intolerable lo mandó llamar. Se sentaron a la sombra del viejo algarrobo.

-Cómo te va?

-Bien nomás, maestro. -Cara sumida, pícaro sin abuela, los ojos no escondían las ganas de echarse a reír que sentía.

-Decime Cholo, yo alguna vez pensé que llegarías a ser un hombre de provecho, pero... -El silencio dio a entender su decepción.

-Siga, maestro, -lo desafió enderezándose un poco en el asiento y acomodándose la blusita pobre que vestía.

-Bueno, te llamé para decirte que no esta bien lo que andás haciendo.

-Yo creo que esas son cosas mías. -Ajustó los labios y le brillaron los ojos.

-Y mías. Porque si yo enseño la moral y buenas costumbres en la escuela, que es la escuela de todos los de aquí, no ha de ser para que vos vengas después a darme en los dientes con tu comportamiento. Vos no podés seguir viviendo así, descaradamente con tu tía.

-Eso no le importa a usted!

- Cholo! -Lo levantó con la mirada y con el gesto-. Me vas a escuchar, te guste o no lo que te voy a decir. Vení acá... -El muchacho se había puesto de pie e inclinaba la cabeza como para alejarse ya.

-Mañana mismo, oíme bien, te irás de aquí. Y si no sos lo suficientemente hombre para hacerlo solo, te llevás ese escracho descompuesto de tu tía. Has

entendido? Tenemos que terminar ya con el escándalo que dan ustedes todos los días. Nada más. Que te vaya bien. –Agachó el lomo y se alejó el Cholo.

Qué podía significar su trabajo en el aula con mentes tiernas, si no podía modificar el medio ambiente que le creaba todos los días parecidos problemas? Tipos así como el Cholo o el Tuerto Contreras, que pasaban la vida vagando, garreando y buscando a quien embromar, eran productos, en buena medida, de una desacertada acción oficial, de factores de poder aliados contra el pueblo, sin inspiración nacional, sin objetivos nobles y definidos, descaradamente tendiente a mantener una clase social en la ignorancia y la miseria. ¿Hasta cuándo seguiría esta farsa de democracia? Hasta cuándo esos legisladores que sólo llegaban a ocupar sus bancas pensando en lucir su oratoria o en pasar por inteligentes insultando con más vilurencia que ninguno al opositor, defendiendo con uñas y dientes, no las aspiraciones del pueblo, sino sus propios intereses. Que abandonaban sin vergüenza alguna sus bancas, para quebrar el quórum que frenaba buenas leyes si de defender mezquinas posiciones partidarias o intereses de “correligionarios” se trataba, pero, eso sí, disfrutando de las prebendas y privilegios que cualquier conde envidiaría? No querían ver que el pueblo andaba descalzo y hambriento y que las arcas de los poderosos estaban repletas. Querían ignorar que la desesperación por las necesidades nunca satisfechas y el sometimiento por la fuerza, posterga, pero no evita que esos resentimientos, tarde o temprano, estallen violentamente. Por qué no se preocupaban por abrir de una vez por todas, las fuentes de riqueza de la tierra para todos, por qué no dejaban que se capacitaran mejor en más y mejores escuelas sus habitantes, por qué no querían una verdadera justicia que devolviera la fe en las leyes que imponía respetar al hombre y asegurarle su bienestar? Parecían cosas imposibles de ser realizadas. Se sentía pesimista y en muchas cosas se había vuelto, él mismo, un neto producto del medio que lo rodeaba. Contra los peligros que lo rondaban, jamás se lamentó con nadie. Hombre era y había aprendido a andar con los ojos bien abiertos y con el cuchillo o el revólver, ahí, en la cintura, al alcance de la mano. Por lo demás, sí, para los pobres, para los descreídos, para aquellos a quienes la vida que llevaban los hundía más y más, su fe en su misión permanecía inalterable: dar y darse sin mirar a quien. Su vieja religión sin sentido, aquí alcanzaba un vigor, una vida, que transformaba y vitalizaba su espíritu. “Dios es amor; ellos me necesitan, creen en mí, debo dármelos íntegramente; me siento feliz con la felicidad de ellos y todas mis miserias quedan sepultas, cuando hago de mi vida una vida de amor. Por qué temer, entonces? “Era cuando mas fuerte se sentía, cuando le era más fácil perdonar a todos los que los ofendían. Aunque no sin morderse los labios hasta hacerse doler, comprendía que ese mismo Dios lo sometía a dura prueba. El Capataz, que estando tan enfermo lo hacía llamar desesperado, una vez repuesto, no sólo no le daba ni las gracias, sino que se negaba a pagarle los remedios que él le mandara a buscar.

No tuvo enemigo más de cuidado en Pisco-Yacú que el “Gaucho Negro”. Sin embargo, a él le había tocado tener que correr a cerrarle los ojos. Una madrugada llegó don Pancho con la noticia: -Maestro, en la mesilla ‘ta dando las últimas boquiadas el “Gaucho Negro”-. Cuando llegó todavía luchaba por vivir. Pero con una bala en la nuca, alguien que jamás se supo, se habría cobrado sin duda, su deuda.

De pie en ese amanecer de cristalino silencio, miró de nuevo los altos álamos, cuyos contornos distinguía en forma confusa. Se sentía muy feliz de acercarse a ellos; le parecía estar otra vez, entre los suyos y entonces sus

pensamientos le dolían menos. Tal vez no fuera más que una vieja costumbre la suya de encontrarse allí, pensando en todo lo feliz que hubiera podido ser de haber vivido al lado de su familia. No le quedaba ya más que el consuelo de algo que pudo ser, pero que lamentablemente no había sido.

Pareció despertar. La Campana, agitada por el “Negro” que era diariamente el primero en llegar a la escuela, andaba bajo el cielo por los altozanos, sembrando su alegre llamado y las bullitas empezaban a levantarse tempraneras de los senderos, que se hacían caracoles por sobre los altos rocosos.

En ese mar sin orillas, en el que a veces le parecía encontrarse sumergido, oteaba hacía uno y otro lado y todo era inútil. Nada percibía que pudiera liberarlo de la situación difícil en la que había vivido debatiéndose. Aunque ya pensaba insistentemente en la jubilación, tampoco la deseaba. Para qué! No podría amoldarse jamás al modo de vivir ciudadano; hasta sentía un miedo tremendo, cuando llegara el momento del regreso, de sentirse rechazado por los suyos, de no poder tolerar un bullicio de aquella vida, de no ser capaz de vivir de nuevo en un medio que le iba a resultar completamente extraño. Era ridículo lo que ocurría, pero inevitable. Acorralado por esos pensamientos, muchas noches se quedaba sin pegar los ojos. Y más de una vez, con una sonrisa amarga, se comparó con el cuadro aquel que presenciara en una primavera, despiadadamente seca: la vaca caída, agonizante de sed y de hambre, miraba con horror cómo los árboles secos, que rodeaban el displayado donde estaba caída, se poblaban más y más con las alas negras de los jotes que afilaban, graznando nerviosos, sus curvos picos hambrientos. En los ojos del animal extenuado, se pintaba el horror por la muerte que allí estaba llegando, en cada negra alas que se sosegaba y la desesperación, por no tener ya fuerzas para escapar. Era imposible. La muerte estaba allí, implacable.

Pero no, él no estaba en las últimas; tenía tiempo, debía hacer algo para rehacerse en parte siquiera, de tan larga serie de fracasos. No podía resignarse a soportar una vejez miserable en la ciudad ni a dejar a sus hijos condenados para siempre a esa estrechez económica en que, por las circunstancias adversas, los había obligado a vivir. Todo por ser decente. Y maldecía en silencio y mordía los puchos, desasosegado.

Fue por ese tiempo, cuando empezó a repicarle en la cabeza una historia que le oyerá contar al viejo Lázaro. Algún otro vecino le confirmó tales dichos; el pensamiento de que aquellos pudiera ser verdad, día a día se asomaba de nuevo en su cabeza, entre una nebulosa de ideas, y finalmente, fue encontrando placer en resucitarlas. Por qué no podía estar allí la solución para su interminable problema?

Narraba el viejo, que siendo chico, oyó contar que más allá del “Cerro Bravo”, donde se hallaba la laguna aquella que bramaba y hacía temblar cuando se enojaban los picos rocosos del poniente, siguiendo por unas cornisas altísimas de piedra, había un río muy torrentoso y luego de seguir por un sendero difícil de recorrer por lo escarpado, se llegaba a la “Cueva del Chileno”.

Ponderaban la increíble habilidad de ese viejo minero, que había recorrido explorando todos los cerros vecinos. De que se juntara con alguna otra persona, nunca se supo. Vivía solo y solo se las arreglaba para todo. Cazaba lo que podía y él misma amasaba en la carona, sus tortas, que después asaba en el rescoldo. El caso es que, desde el valle y especialmente por las calles, se oían golpes de barretas y reventar de los tiros con lo que hacía volar las piedras en busca de las

codiciadas vetas metalíferas. Toda esto fue durante un largo tiempo. Después no faltó quién dijera haber visto cruzar una noche, por esos cerros, una tropa de seis mulas cargadas con pequeñas árganas, que avanzaba trabajosamente a paso de cabra, rumbo al otro lado de las sierras. Nada más se supo durante mucho tiempo. Más de uno intentó llegar a esos cerrizales, pero cuando no fue por roto fue por descocido, el caso es que nadie pudo ubicar nunca ese misterioso lugar.

Ya se habían olvidado del asunto y muchos, de la ambición de cambiar mezquina crianza de cabra por la abundancia que prometían los lavaderos de arenas auríferas, cuando alguien encontró a un desconocido por las altas cumbres, averiguando sobre nombres de arroyos y parajes. Contaban también que llevaba un papel en la mano. Y que buscaba un lugar que allí estaba señalado. Así pasó un tiempo. Después llegó a saberse, Porque alguien le contó en el boliche, que el hombre aquel era hijo del chileno que se alejó una noche llevando un buen cargamento de oro, al que dejara muy bien guardado en Chile, y que, a la hora de morir, le señaló en el plano, con toda claridad, el lugar aquel para que procurara repetir su hazaña. Pero, más inútil o menos tenaz que su padre, debió conformarse con regresar llevando las manos vacías.

Oro! Encontrar ese oro! Por qué no podía ser? Si ello llegaba a ocurrir, su vida, después de todo, no habría sido inútilmente vivida y tendría la recompensa que entendía haber merecido. Tantos sueños había visto apagarse a lo largo de su andar... por qué no iba a intentar éste, que tal vez fuera el último y que, era muy posible, se hiciera al fin, realidad?

Con entusiasmo de muchacho, ya con esa idea obsesiva en la cabeza, compró barrenos, picos, dinamitas y todo cuanto fuera necesario para pirquear; además buscó para que lo acompañaran, aparte de Pedro, a otro muchacho más; iban a buscar las arenas, pero también a hurgar las entrañas pedregosas de la tierra, por los altos casi inaccesibles. No podía ser mentira todo aquello.

Y una mañana empezaron a repechar el sendero, lentamente, doblados por la carga de víveres y herramientas, en busca del cerro bramador, que inspiraba temor a los lugareños y de la laguna de agua caliente, según decían.

-Cuidau en este paso –recomendaba Pedro vuelta a vuelta al maestro, que en partes vacilaba, imposibilitado de ver con claridad dónde daba el paso. Y en esas horas de andar y andar, los acompañantes se daban a desenterrar viejas historias relacionadas con arenas y pepitas de oro, algunas inventadas por su propia imaginación, pero que servían para llenarles los ojos de alegría y el corazón de esperanzas. Ser ricos de una vez por todas! Así y cambiando una y otra vez de mano la tabaquera, llegaron al momento en el que el sol se puso muy alto, ralearon los árboles y los senderos que ahondaban las cabras triscadoras, fueron quedando más abajo de los crestones imponentes de piedra. A ratos por las profundas quebradas oían despeñarse el agua. Siguieron ya con el paso fatigado, en medio del enrarecido silencio que se les metía por el pecho. Enmarcado por el círculo de águilas que los acompañaban desde el cielo, siguieron buscando ocultos senderos, rastreando con avidez sobre la piedra, un misterio que se alzaba fascinante, fantasmal y ante el cual se sentían débiles e indefensos.

En esa marcha, tan sólo se oía de a ratos la voz de Pedro, previniéndole al maestro de los peligros de un paso y ayudándole a veces a avanzar, bordeando profundos despeñaderos. Así anduvieron recorriendo por lo más alto de la montaña, entre picachos hoscos y bravíos, durante el día, para caer en la noche rendidos por el cansancio, sintiendo que los penetraba un silencio sobrecogedor. A momentos, visto que no aparecía señal alguna alentadora, pensaba en las

nuevas deudas contraídas, y acobardado por tanto fracaso, por tanto sacrificio en el que arriesgaba inclusive, su vida misma, estaba a punto de disponer el regreso. Pero era más fuerte que su sed de revancha y se proponía no ceder. Se reanimaba con la frescura que le llegaba de las cumbres, con el bullicio borbotante de los arroyos que se despedazaban una y mil veces en fantásticos saltos, o escuchando el canto celestial de pájaros extraños. Y otra vez, con las manos ampolladas, alzaba la piqueta y seguía cavando, hurgando las piedras, examinando con minuciosidad en busca de esa pizca de mineral que ansiosamente buscaba. Hasta que tras tanto andar, la ansiada cueva de “El Chileno” se hizo realidad.

Era una especie de trinchera de piedra, la que contemplaron alborozados un atardecer; al entrar, descubrió con alegría que había algunas rústicas herramientas, piedras lisas, un plato muy grande de madera de algarrobo, conanas y una cuchara de asta, que posiblemente fueron utilizadas por su dueño para seleccionar las arenas auríferas del arroyo, que allí mismo, abajo de esa inexpugnable trinchera, reventaba en tumultuoso borbollón. Quién otro sería capaz de llegar hasta ese oculto reducto? Quién se animaría a trepar y trepar por pétreos peladares, por rumbos que no parecían tener fin nunca y cuyo único signo de vida estaba dado tan sólo por algún águila que cruzaba con sus alas silbantes las cumbres? Nadie, sin duda. Lo del “Chileno” no había sido leyenda y él sería el primero en denunciar la riqueza que ya, con el corazón que se le volaba, le parecía tener llenándole las manos. Todo estaba cerca ya, pensaba. No bien amaneció salieron como sedientos en busca del oro soñado. Las provisiones escaseaban y tenían las ropas deshechas, tras ese alocado trajinar que no había conocido pausas, pero en ese momento en que la codicia les renovaba esperanzas, nadie pensaba en otra cosa que no fuera en el oro del “Chileno”.

En tanto el peón pirquineaba echando los últimos restos en la parte alta y pedregosa del arroyo en busca de las vetas auríferas, el maestro y Pedro, en la parte donde se ensanchaba arremansándose, lavaban y lavaban las arenas en el plato de madera. Empezaron a correr los minutos y no sin desaliento, fueron viendo que pasaban los granos jugando en los bordes del plato y cuando todos se iban en el juego de agua y arena que hacían en suave mecer, no quedaba finalmente nada en el fondo. Tan solo una que otra pinta, allá lejos, lejos, pero nada más. Parecía mentira: nada más.

Cuando llegó la hora de regresar, aún cuando las arenas auríferas, el rico manto que lo desvelara no había aparecido, lo mismo regresó casi feliz, cargando esperanza en las muchas muestras de piedras que llevaba y que consideraba debían ser valiosas por su contenido mineral.

Alentado por ese principio, afiebrado por esa ilusión que se iba haciendo delirante, siguió después explorando a todo viento y en todos los momentos que le quedaban libres, las serranías de los contornos. Bajo los solazos de noviembre, a plena siesta, cruzaba como un fantasma con su obsesión a cuestras. La reverberación hirviente de las piedras se le iba muy adentro y sentía como si le cortara con sus vidrios la carne dolorida. Así y todo llenaba bolsas con piedras, que remitía después a Buenos Aires para que fueran analizadas; en tanto, impaciente, esperaba otra vez que llegara el invierno para trepar de nuevo hasta la cueva del “Chileno”.

Su costumbre se había ido convirtiendo en manía, una manía que lo mantenía horas y horas despierto en la noche y de día un soñar despierto, un sentir en sus manos, a cada momento, tintineante el oro, brillante y pesado, macizo, el Wolfram, todo para él, sólo para él. Y le desbordaba el corazón de

alegría, no por la riqueza, si no porque iba a poder darle a los suyos, a su mujer, a sus hijos, lo que les había negado toda la vida.

Ya no les extrañaba tan poco a los serranos, que oscuro antes de la amanecer, se escuchara el golpe de un pico, porque sobreponiéndose a su ceguera, avanzaba por las sendas que sabía de memoria en busca de las escondidas vetas. Y a veces, hasta entrada la noche, habían de escucharse el estruendo de las dinamitas que colocaban con Pedro para hacer volar los peñascos y el golpeteo de las piquetas, afiebrado, ansioso por encontrar de una vez, la yugular brillante que le permitiría alcanzar una vida mejor.

Qué podían importar entonces los callos de su manos, los gastos en los que se le iba más de la mitad del mezquino sueldo, su cansancio en las noches sin sueño, que el dolor de sus ojos, que a veces lo sentía como si le hincaran alfileres agudos, insoportables, muy adentro! No, que ninguno de los suyos le fuera a protestar por lo que estaba haciendo. Ya no lo hubiera admitido. Porque todo estaba cerca. Era el último gran sacrificio que les pedía no podían negárselo: estrechase un poco más en los gastos, privarse hasta de lo más necesario. El había llegado a hacerlo así y no se quejaba; pasó fríos en el invierno, estaba acostumbrándose a comer poco menos que nada y hacía durar su ropa hasta lo imposible. Por que no lo iban a comprender y acompañar en esa empresa? No podía gastarse dinero en insignificancias, cuando, con un poco más de esfuerzo todo llegaría. Y junto con una rica mina, también, por fin, la liberación total. Era un hecho. Esas muestras no podían defraudarlo. Y pensando en eso, hasta los ojos parecían inundárseles de la claridad, que desde tanto le faltaba y en la boca volvía a anidarle la tierna calandria de su silbo.

17

Quedó con los brazos caídos. Era como si acabaran de sumergirlo en un pozo sin fondo.

-Qué le pasa, maestro? Malas noticias de su casa? –Asustado por la cara del maestro, Pedro no hallaba qué preguntar. A medida que lo miraba en ese momento, le parecía que su figura alta se encorbaba segundo a segundo, dejando caer suelta la cabeza encanecida, con los labios secos, deshechas las manos. Como no le respondiera y continuara allí como ausente o perdido, insistió: : Maestro, se siente mal?

Un fuerte acceso de tos lo sacudió; luego, pasándose la mano por la frente, como si buscara arrancarse las sombras que le espantaban los pensamientos, respondió con la voz quebrada de un convaleciente: -No, no, Pedro; son estas noticias sobre las piedras... -. En sus manos temblaban unos papeles.

Después de largos meses de ansiosa espera, las comunicaciones de la Dirección de Minas y Geología, donde había despachado bolsas y más bolsas llenas de muestras, eran terminantes. Sin poder convencerse todavía, leyó para que escuchara Pedro: “La muestra de referencia es una roca de filón de cuarzo que contiene pequeñas cantidades de hematita (óxido de hierro), malaquita

(carbonato de cobre). Es tan escaso el contenido de estos minerales, que la muestra carece de todo interés económico. Es posible que el cuarzo contenga una proporción muy baja de oro.”

Y la otra respuesta para unas piedras en las que tenían firmes esperanzas: “La muestra remitida en una brecha constituida por fragmentos silicios y cemento calcáreo muy ferruginoso, revestido por una delgada capa de tosca. Sin interés práctico”.

Sin interés, sin interés; todo sin interés. Fracasos y fracasos. Eran los últimos. Ya no le quedaba hacía dónde mirar. Sólo debía pensar en buscar un rincón, lo más oscuro posible, a donde ir para dejar tirada su osamenta.

No bien se marchó Pedro, arrojó lejos las piedras, desalentado. No tenía fuerzas para nada. Era como si se le hubiera aguada la sangre. Se encaminó a su pieza lentamente, vacilando. Cada día veía menos. Ya ni el consuelo de leer, que tanto le había apasionado, le quedaba. Y escribir... escribir, qué? Sobre sus miserias? Hacía tanto que lo cavaba el desfallecimiento. Lo último que tenía escrito en su cuaderno eran algunas ideas que lo había sostenido en los momentos difíciles del comienzo, las mismas que en sus frecuentes momentos de debilidad, seguían sosteniéndolo.

“Maestro. Sé justo.

No dejes quebrantar tu espíritu. Que tus ideales se encuentren siempre en lo más alto, como la bandera de tu patria, concitando esperanzas.

Tu misión es darte; darte día a día y momento a momento, con entera sinceridad. Sólo así tu vida no será como esas estrellas, a las que borra el viento del ocaso.

Que tu escuela sea como un huerto, donde flores, pájaros y niños, vivan compartiendo su agua cristalina y limpio cielo, en la más dichosa de las alegrías.

Maestro: Si no sientes tu corazón lleno de música cuando te acerques a un niño, apártate de él antes que le dañes sin remedio y confiésate que equivocaste el camino de tu vida.”

Apartó con desgano el cuaderno. Las preguntas “quien soy?”, “Qué tengo?”, que lo perseguían sin cesar en los últimos tiempos, tenían ahora una respuesta categórica. Ya no era más que la débil sombra de un hombre; era un fracasado. Qué tenía? Las manos sin nada, los sueños hechos polvo, ruina en todo. La posibilidad de su jubilación, lejos de alegrarlo, lo entristecía y asustaba. Era paradójico y cruel todo aquello. Cuando lo que tanto había vivido esperando estaba a punto de hacerse realidad, se le volvía una mortificación permanente, que lo hacía sufrir. Eran raíces adventicias las que había echado en el lugar, pero a las que le iba a costar muy mucho arrancar; tendría que despedazarlas. Además, en la ciudad y esto era lo que más lo acobardaba, tendría que amoldarse a formas de vida que ya había olvidado. Comprendía que se había vuelto un hombre huraño y torpe, al que todo le molestaba y en especial, la gente. Todas esas ideas se le venían continuamente encima como avalanchas, por lo que se sentía enloquecer a veces. En su soledad, en medio del silencio, poco a poco recomponía su panorama, reconstruía su corazón. Pero allá... qué iba a hacer? Con qué iba a llenar sus horas? Por más que lo pensaba, no encontraba cosa alguna que lo entusiasmara y las ideas, de nuevo, le giraban y giraban en la cabeza como turbulentos remolinos. Qué duro, qué difícil le resultaba decidirse! Dio unos pasos hacía la cocina, dispuesto a avivar el fuego, cuando oyó el golpear de los cascotes de un burrito en el patio.

-Señor maestro! –gritaron. Salió.

-Sos vos, Claudio? –le había conocido la voz al niño.

-Sí, maestro.

-Qué andás buscando?

-Le traigo esta cartita que le manda mama.

-Esperás contestó?

-No, maestro; me dijo que se lo dejara nomás. –Y tras saludar, se alejó sobre las sombras del anochecer.

Entró a la pieza y prendió luz. No imaginaba qué podría decirle esa vecina y a esa hora. Descifrando la letra impropia y llena de errores, leyó: “Siento tener que molestarlo, maestro, pero hay cosas que no pueden seguir así. Yo seré muy ignorante, pero una señora del pueblo me ha dicho que usted tiene la obligación de hacer visitas domiciliarias. Y usted va donde le conviene y cuando tiene ganas. Además vio el cuaderno de mi hijo y usted deja sin corregir muchos errores. Como esto no puede seguir así, yo denunciaré a la superioridad sus faltas, si usted no se corrige. Además, ya es tiempo de que deje su lugar a otro. Atentamente”.

Sintió que el mundo se le hundía a sus pies. “Dejar su lugar a otro”. Cómo no se le había ocurrido eso nunca? Por qué había vivido pensando con tanto egoísmo? Esa era la verdad tremenda, pero era la verdad. El ya no servía para nada... en la escuela no era eficaz, al vecindario no podía socorrerlo como antes, y entonces? Como un poderoso chorro de luz que le hacía doler hasta los huesos, le entraban al corazón estas verdades. Quién le escribía esa carta, era una vecina nueva que no tenía por qué saber lo que él había hecho antes por todos en Pisco-Yacú. Y lo pasado, Qué podía importarle a ella! Tampoco podía importarle que hubiera vivido esclavizado al cumplimiento del deber, que no hubiera claudicado jamás, que no eludiera nunca sus obligaciones por más penosas o difíciles que fueran, que no falseara jamás la verdad de su acción, a la que se consagrara por entero. Ni a ella ni al Estado, ya que cuando pidió licencia la única vez para hacerse atender, se la negaron, alegando cualquier cosa! Con su jaqueca y su tos permanente, ya no servía y lo arrojarían a un costado, como a un trasto inútil.

Entonces, para qué todo el sacrificio de su vida? Una y otra vez le golpeaba con furia de hachazos el pecho, la pregunta. Allí, tras larga pausa se respondía que no todo sería totalmente perdido, sí, por lo menos, algún día los maestros que venían tras él, comprendieran el importante rol que jugaban en la sociedad su profesión y percibieran, no sin dolor ni vergüenza, en qué forma absurda habían sido relegados. Tal vez entonces, superando ruines mezquindades, se unieran para romper viejos esquemas, para renovar estructuras caducas y aventar, de una vez por todas, la dañina intromisión de los políticos en la esfera educacional; solamente así se abrirían posibilidades efectivas para los que, en la consagración permanente y en el estudio sin descanso, daban al país cuanto debe darle un maestro de escuela, un verdadero maestro de escuela. Todo lo demás era engaño. En la lucha sin tregua llevada entonces, por esos abanderados de la luz y la verdad, palabra y acción de la patria misma, se abriría alguna posibilidad de conseguir, por fin, despedazar el aro de hierro. Con ese aro, que ajustaban a voluntad los poderosos, se hacía sacar la lengua, asfixiado, a un pueblo hambriento, descreído, sumido arteramente en la ignorancia, que se mofaba de las ideas de patria y libertad. Que a eso se había llegado. Porque ya había podido comprobar largamente, que esa libertad siempre tan pregonada, era solamente para los explotadores, coimeros, usureros y agiotistas; para el pueblo, la sumisión, el derecho a morirse de hambre.

Tenía que llegar el día, pensaba, en que la profesión quedara expurgada de los “ganapanes”, advenedizos sin espíritu ni vocación docente, en una carrera que no podía tolerarlos por el grave e irreparable daño que ocasionaban; un maestro sin vocación, era un mal que debía ser descuajado de raíz.

Sí, tal vez andando el tiempo lograran la ley que los amparara, que les diera seguridad económica, que les devolviera la dignidad tan manoseada, que les permitiera hacer carrera sin obligarlos, previamente a postrarse, a los pies del mandón de turno.

Sí, tal vez llegara ese gran día. Y cómo ganaría entonces la Argentina en todos sus aspectos, qué gran paso daría hacia el futuro venturoso, que él vanamente había vivido deseándole! De otro sería la suerte de vivir con sus alumnos esa época de realidades venturosas. La suya había sido la muy amarga de vivir alentándolos, descubriéndoles posibilidades, despertándoles inquietudes, para que, desgraciadamente, tuvieran que ver después frustradas todas sus esperanzas; o saber, con igual amargura, como una acusación que no le daba tregua, que intentando realizarse de alguna manera, huían de aquel lugar hacia la Capital, hacia el olvido de la tierra querida y de tantas cosas más. Y él, por su pasión de salvarlos, era el culpable, no otro.

Tenía razón la vecina, aunque hubiera otra mano escondida tras la suya. El no era más que un estorbo. Acababa de comprenderlo perfectamente.

Por eso, con decisión, tanteando, porque sus ojos no le ayudaban, escribió en pocas palabras la renuncia al cargo y la firmó. Como a un niño cuando hace su primer palote, le tembló la mano.

Andaba como atontado. Ponía ropa en la valija y luego la sacaba. En seguida que guardaba algo, pensaba que a Juan, a Pedro o al “Manquito” le harían más falta que a él esas prendas y decidía regalársela. Lo mismo le sucedía con los libros. Tanteando los guardaba en su cajón, pero se arrepentía y volvía a dejarlos donde siempre habían estado. Sentía el corazón como cuando era un niño y llegaba el día domingo a la tarde y con el la hora de alejarse de la casa con destino a la ciudad, donde quedaba a pensión durante toda la semana. Una desazón, un dolor al que tener que separarse de todo aquello que quería tanto y que ahora, ya estaba seguro, no volvería a ver jamás. Y las imágenes y los rostros desfilando. Pareciéndole que de un momento a otro aparecerían por la puerta y le dirían alegremente: -Güen día, señor!-, Pajarito, Tunino, el Loncho,...todos, todos, hasta “La Uvita” con sus ojos tristes y la vocecita acariciante.

Y después era don Lázaro al que le parecía ver sentado al lado de la mesa, con el mate en la mano contándole sus historias...y doña Rufa, el Juanca, todos, todos...!

Cada vez que se inclinaba a hacer algo, se enderezaba con un clamor; el reuma no le daba alivio ni la tos, y la oscuridad, cada vez más espesa, entraba por sus ojos.

A cada cosa que tocaba, a cada prenda de ropa que doblaba, le parecía estar diciendo, a través de ellos el adiós definitivo a la vida. Y las palabras, estrangulada la voz por la emoción que había dicho esa mañana a niños y vecinos, sonaban insistentemente en sus oídos y se le clavaban en el pecho como garfios, aflojándoles las ganas de llorar. Es que ya no había retorno posible.

“Queridos vecino –les había dicho- no voy a decirles un discurso, porque mi salud no me lo permite; tampoco podría hacerlo, porque es éste que estoy viviendo. El momento más duro, más doloroso de mi vida.

“Tengo que despedirme de mis niños, es decir, de los momentos más queridos y felices de mi vida y lo voy a hacer con la palabra más linda que siempre tuve para ellos: hijos...! Tengo que separarme de ustedes. Yo no lo quiero, nunca lo hubiera querido, pero es necesario que así sea. Les pido lo de todos los días: que sean buenos. Ayuden a sus padres y no los desamparen jamás; sean aspirantes, honrados, laboriosos; acostúmbrense a andar por la vida, con la frente siempre bien alta. El maestro que han tenido, se va porque la salud no le permite seguir trabajando. Sin embargo, desde donde sea los estará acompañando y rogando a Dios para que los haga hombres y mujeres útiles a la sociedad, cariñosos con amigos y familiares, respetuosos y de palabra, de una sola pieza en todos los actos de la vida.

Vecinos: Durante más de veinticinco años que pasé entre ustedes, hice lo posible por cumplir con mis obligaciones y traté de serles útil en cuanto me dieron mis medios y mi capacidad. No me negué jamás para nada ni a nadie en todo aquello que fue lícito u honesto y si alguna vez ofendí o defraudé, les ruego me perdonen. Les deseo que todos los sueños que puse en ustedes con mis ideas de diques y caminos, apoyo oficial para cultivos y pequeñas industrias, sean realidad en la Patria grande del futuro, esa donde no exista la miseria y donde el canto ande borrando las maldiciones de las bocas. En tanto, pido puedan trabajar con provecho, criar animales sin pérdidas y recoger buenas cosechas.

Ignoro lo que vendrá para mí; sólo Dios lo sabe. Niños: Les ruego, al despedirme, que tengan en la noche una oración para el maestro que nunca los olvidará. Que Dios me los proteja y los haga buenos hijos y buenos patriotas.

Vecinos: Los abrazo con cariño a todos. Adiós, hasta siempre o hasta nunca.”

Abandonó lo que estaba haciendo. La pititorra de siempre se colaba por un agujerito de la pared y repetía sin cesar sus limpias gargaritas de luz. Un grillo la acompañaba desde un rincón. Después, nada; el sol, afuera, dorando el día. Y su angustia, otra vez, ajustándole la garganta, apretándole fuertemente el cuerpo, llenándole de hormigas los brazos y las piernas. Salió al patio y se sentó a la sombra del algarrobo. Cuántas horas habían vivido juntos, cuántas veces, confidencialmente, le había participado de sus dudas y esperanzas! Y ahora él se separaba como una rama barrida por la furia de la tormenta. A la distancia distinguía a penas la sombra borrosa de los álamos, verticales, hermosos, gigantescos. Pensar que habían sido débiles varillitas cuando las plantó! Así, como ellos, estaban sus hijos. Tenía miedo...miedo de volver al lado de sus hijos. Vaya a saber cómo irían a recibirlo! El no era ya más que un tosco y viejo campesino. Además, de tanto estar separados, infinidad de veces los imaginaba como seres desconocidos. Muy poco sabía de los senderos que habían recorrido y también, muy vagamente, de gustos, referencias, amigos, en cuya elección tan poca participación había tenido.

Sus hijos, como los álamos, estarían allá, en la ciudad, buscando más cielos. El, en cambio, sólo pensando en rincones y sombras. Cuánta diferencia!

Y esas sendas que se iban caracoleando por los faldeos cerreros, con una que otra manchita movediza de cabras, cuántos recuerdo le traían! Y el canto de zorzales y mandiocas, que le refrescaban la memoria y le resucitaban años mozos, cuando tenía las manos desbordadas de sueños, y nada le parecía difícil; la idea de patria, entonces, le llenaba el pecho como una llamarada y sentíase capaz de inmolarse por ella en la circunstancia que fuere, tratándose de defenderla. Era lindo recordar todo aquello, las mañanitas de marzo, sus alumnos, negritos y flacos, bajando montados en los pacientes burros desde los “altos”, la

Goyita, cargando su cesta con uva moscatel y diciendo adiós con la mano muy en alto, como si los despidiera de la ventanilla del tren! Sí, con eso rejuvenecía su corazón, que a ratos, de puro cansado, parecía dispuesto a hacer el alto final.

De pronto, sintió deseos de abrazarse al viejo algarrobo y despedirse de él antes de la partida, como si fuese de su padre o de un amigo muy querido. Ese áspero tronco que palpaba, seguiría viviendo años y años, la ramazón temblante como un dulce corazón con el aire mañanero; pero dura y bravía, quebradora de roncros vientos, continuaría ofreciendo su país vegetal para el encantamiento de los pájaros, cálida mano en la horqueta sustentadora de nidos, tierno pensil paraacompararse en el silbo conmovedor. Pero él no estaría. Y ya olvidado de sí, apoyaba su cabeza en el tronco, con los ojos entrecerrados, le fue hablando en voz baja, lo mismo que un niño que se confiesa: "Te acuerdas, amigo, de todas las esperanzas que traje al llegar? Ya vez, no me llevo ni una sola. Sería, al fin, lo de menos; lo peor es que mi flaqueza de hombre me ha vencido. Te acuerdas cuando una noche, pensando a tu lado, aquí mismo, dispuse sacrificar mi familia, todo, todo lo mío, para vivir la vida de maestro, una vida auténtica, que sentía superior a todo lo de más? Me comparaba entonces con un apóstol y las palabras de Jesús me fortalecían: "Yo os envío como ovejas en medio de lobos". Y me sentía con fuerzas como para ser otro apóstol de aquellos y darme todo en amor a cambio de ingratitudes y padecimientos. Ahora, que me siento nada más que un cadáver andante, comprendo la grandeza de aquellos y toda mi infinita pequeñez; porque no supe elevar hasta Dios mi espíritu, porque fue débil mi carne, impotente mi voluntad, mezquina mi acción. Sólo me quedan, algarrobo, con el gusto dulce de la lluvia, de la primera lluvia que cayera después de mi llegada a este lugar y que bebí a tus orillas, alzándola desesperado en el cuenco de las manos del senderito de piedra por la que bajaba, otra vez la palabra de Jesús por aquel su gozo que yo compartía y que me acompañara siempre como una sonrisa de criatura: "Dejad en paz a los niños y no les estorbéis venir a mi..."

Cuánta semilla me viste arrojar, algarrobo, como el buen sembrador y cuánta fue devorada por las aves del cielo, cuántos granos cayeron en el pedregal, cuántas espinas...! Mírame el corazón como una alforja vacía...las manos magulladas y torpes, incapaces de todo ya... Miro hacia adelante y la veo a mi mujer...parece que los nervios se me enroscaran en el estómago. Ahora siento como nunca que la traicioné. Pero vos sabés bien, algarrobo, que no quise mentirle. La quería, la quiero. Era adorable...qué pura, qué fresca cuando la llevé por primera vez a mi casa, qué hermosa y tierna! Y qué desesperación la suya aquel día que le participé mi decisión de venirme! Parecía a ver presentido que me arrancaban de sus brazos para toda la vida. Sabes bien cuántas veces a tu sombra, soñé con volver definitivamente a su lado! Pero quería hacerlo con dignidad, como un hombre, con la frente bien alta y no como un miserable derrotado. Día a día, sin embargo, fuiste testigo también, de cómo iban cayendo una a una mis esperanzas. Día a día ella habrá visto caer las tuyas y tal vez haya pensado que la tenía olvidada, o que la engañaba. Sólo Dios sabe que la amé muchísimo, que la quiero...fue la vida la que de engaño en engaño, me fue arrastrando a este cienagal de donde nunca pude escapar...Ahora...los nervios que me secan la boca, es por eso...si supieras todo el miedo que tengo de volver! Qué desquite se tomó el destino. Ahora dejará reunirme con ella...ahora...! Saldrá a recibirme una señora canosa, de mirada triste y estrechará en sus brazos, esta vez sí que para siempre, a un hombre que ya no es ni la sombra del hombre que ella eligió para compañero de su vida, del que le prometiera todo, todo! Y mis hijos...qué irán a decir mis hijos? Presiento que después de mirarme en silencio

se quedarán observándome, para ver qué hago, qué digo, como si fuese un ser extraño, un intruso, como lo seré en realidad. Todo aquello seguirá siendo mío, pero a todo lo sentiré lejano, frío, extraño... Tal vez no sean más que tonteras que se le ponen a mi mente enferma, pero...! Algarrobo, quisiera llorar y no puedo, quisiera gritar, pero la angustia me ahoga y no me deja!"

Quedó todavía sentado en la gruesa raíz, con la cabeza echada sobre las rodillas, sueltas las manos, sumido en un caos de pensamiento. Por el pedregal parduzco del otro lado del arroyo, se abrió como una flor el tintinear de un cencerro. Pareció despertar; se pasó los dedos por los cabellos, que ya raleaban y se restregó los ojos, que le ardían más que nunca.

Vacilante, entró de nuevo a la habitación y siguió dando vuelta recuerdos, cuadernos viejos, horas comprimidas, libros leídos una y mil veces. Tanteaba las paredes, la mesa, el banco, su taza, el cuchillo, todas esas cosas que lo habían acompañado su vida entera.

-Bueno, bueno... todo llega a su tiempo –dijo apretando otra lágrima que quería voltearle la cabeza sobre los brazos en la mesa.

El lento golpe de unos cascos le despertó la atención. No podía ser el "Morito", al que había vendido cuando dispuso regresar. Cómo lo sentía a su caballo! Había sido tan fiel! Mirando por la ventana, dejaba vagar los ojos cansados. No quería darse vuelta y encontrarse con que era mentira que el animal estaba de vuelta en el patio. Sintió de pronto que el "Compañero", que había llegado a ser como la misma sombra de l caballo, se le acercó, le lamió la mano y dando cortos aullidos y sacudiendo la cola, le manifestaba su alegría. Sí, tenía que ser su caballo. Estaba sin poder contener su emoción, cuando golpearon la puerta.

-Venga, maestro... mire quién ha llegau... -Pedro lo llamaba.

Salió. El "Morito" estaba en el patio.

-Sí 'ha veniu a despedir él también. Maestro.

Sin decir palabras salió al patio y se le abrazó a la tabla reluciente del pescuezo. Luego, con voz tomada dio la orden: -Atalo, por favor. No tardará en venir su dueño a buscarlo.

Como golpeado muy adentro, regresó a la habitación. No demoró Pedro en volver.

-Ya 'tan listos los machos, maestro. –No agregó más. La pena lo apagaba.

Consideró que no había tiempo que perder: -Sí; vamos, Pedro.

Ya en el patio, con la desesperación de un condenado, recorrió con los ojos en penumbra, buscándolos, adivinándolos más que nada, a los cerros, al mollar, a los álamos queridos y luego, otra vez, al algarrobo que se alzaba como un gigante, amparando la casita que hicieron sus manos y en cuya copa un zorzal, cantaba en la voz armoniosa de la calandria.

Pero todavía debió demorarse, porque al ver los preparativos, el "Compañero" le hacía fiestas, contento, como si también fuera a ser de la partida:

-Usted se queda –dijo alargando el brazo con una caricia.

-Ya nomás han de venir de casa a buscarlo-, explicó Pedro mientras lo ataba.

En ese momento le pareció que todas sus energías lo abandonaban y la vejez le pesó como una carga de bolsas de plomo, obligándolo a encorvarse más todavía; ya le habían arrancado definitivamente a otro de sus más fieles compañeros. Era tal vez lo último que dejaba.

Le hizo unas pocas recomendaciones más a Pedro, lacónicas, con voz temblorosa, sobre el destino de las cosas que había resuelto no llevar.

Antes de montar se miró el traje viejo y los zapatos que hacía tanto no usaba. Se sentía ridículo. Le pareció que se había disfrazado de pueblero. Con su gesto de resignada amargura, montó finalmente con dificultad.

Lentamente entraron a andar las cabalgaduras por los estrechos senderos de piedra; de vez en vez acrecía el llanto del “Compañero”, que les llegaba en las ligeras ráfagas del viento. Nada podían decirse ya. Por momentos sentía deseos de abrazarse a Pedro y rogarle que lo perdonara. Suya era la culpa de todas las necesidades que había soportado ese hombre bueno y crédulo, que lo había seguido dócilmente en todos sus proyectos que jamás se cumplieron. Pero una fuerte opresión al pecho le impedía hablar. Se dejaba llevar por lo que sucedía, nada podía hacer, nada, nada decir ya.

Cruzando un bajito pastoso, como alzado de la tierra misma, le llegó el canto de un niño que le hizo apurar más todavía el pulso.

“Pobrecito el corazón
el día que yo me vaya,
áhi desandar el camino
pa’dormirse en tus entrañas.”

Era una de sus viejas coplas. Al oírla fue como si toda esa ruina en la que veía convertida su vida, cobrara alas de pronto y se hiciera una avecita dulce, liviana, volandera como alma de luz. Por lo menos en ella quedaría en esa tierra querida, en ese pedacito del corazón de un hombre que no le guardaba rencor y que si debiera vivir de nuevo, se lo daría otra vez por entero, íntegramente, hasta el día en que la viera florecer.

Porque ese día tenía que llegar.

Entraron a la mesilla de piedra y empezaron a descender una cuesta muy colgada. Pedro iba adelante, a pocos metros. El se confiaba a la baquía de su mula; crujían los cajones que cargaba el macho que llevaba de tiro. Un pájaro cantaba o lloraba, no lo supo bien; se le quedaba el corazón en Pisco- Yacú, allí, sí, en su querido Pisco-Yacú. Aspiró fuertemente, como si quisiera beberse de una sola vez todo el paisaje, todo el aroma, todo el cielo del lugar.

Los casquitos de los animales, seguían tamborileando, con sus golpes rítmicos y metálicos, sobre el duro silencio.

Un fuerte ataque de tos lo convulsionó de pronto. Todavía lo alcanzó en una suave ráfaga la copla tiernamente cantada: “Ahí desandar el camino...”

Pedro, al no oír los pasos de la mula que se había detenido al sentir las riendas sueltas en el suelo, se dio vuelta y pegó el grito: -Maestro! Maestro...!

El ya no habría de responder jamás al llamado de Pisco-Yacú. Pero desde los pedregosos senderos por donde anduviera su humilde usuta de samaritano, se levantaban las palabras del Maestro de Galilea, como si estuvieran allí, vivas, palpitantes y luego se extendieran resonando por todo el mundo, para todo un mundo corrupto, anunciando la inminente y definitiva liberación del hombre.

*** FIN ***